BIBLIOTECA HISTORICA DE LA IBERIA

TOMO IV.

HISTORIA VERDADERA

DE LA

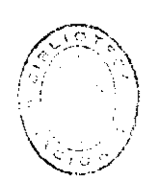
CONQUISTA DE LA NUEVA-ESPAÑA

ESCRITA POR EL CAPITAN

BERNAL DIAZ DEL CASTILLO

UNO DE SUS CONQUISTADORES.

TOMO I.



MÉXICO
IMPRENTA DE I. ESCALANTE Y Cª
BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

1870

EL AUTOR

Yo Bernal Diaz del Castillo, regidor desta ciudad de Santiago de Guatimala, autor desta muy verdadera y clara historia, la acabé de sacar á luz, que es desde el descubrimiento, y todas las conquistas de la Nueva-España, y cómo se tomó la gran ciudad de México, y otras muchas ciudades, y hasta las haber traido de paz; é pobladas muchas ciudades é villas de españoles, las enviamos á dar y entregar como somos obligados, á nuestro rey é señor: en la cual historia hallarán cosas muy notables é dignas de saber: é tambien van declarados los borrones, é cosas escritas viciosas en un libro de Francisco López de Gomara, que no solamente va errado en lo que escribió de la Nueva-España, sino que tambien hizo errar á dos famosos historiadores que siguieron su historia, que se dicen el doctor Illescas, y el obispo Paulo Jobio; y á esta causa digo é afirmo, que lo que en este libro se contiene

va muy verdadero, que como testigo de vista me hallé en todas las batallas é rencuentros de guerra: é no son cuentos viejos, ni historias de romanos de mas de setecientos años, porque á manera de decir, ayer pasó lo que verán en mi historia, é cómo é cuándo é de qué manera; y dello eran buen testigo el muy esforzado é valeroso capitan D. Hernando Cortés, Marqués del Valle, que hizo relacion en una carta queescribió de México al Serenísimo Emperador Don Cárlos V, de gloriosa memoria, é otra del Virey D. Antonio de Mendoza, é por probanzas bastantes. Y demás desto, desque mi historia se vea, dará fe é claridad dello; la cual se acabó de sacar en limpio de mis memorias é borradores en esta muy leal ciudad de Guatimala, donde reside la Real Audiencia, en veinte y seis dias del mes de Febrero de mil y quinientos y sesenta y ocho años. Tengo de acabar de escribir ciertas cosas que faltan, que aun no se han acabado: va en muchas partes testado, lo cual no se ha de leer. Pido por merced á los señores impresores que no quiten, ni añadan mas letras de las que aquí van, é suplan, etc.

HISTORIA VERDADERA

DE LOS SUCESOS DE

LA CONQUISTA DE LA NUEVA-ESPAÑA

CAPITULO I.

En qué tiempo salí de Castilla y lo que me acaeció.

En el año de mil y quinientos y catorce salí de Castilla en compañía del gobernador Pedro Arias de Avila, que en aquella sazon le dieron la gobernacion de Tierra Firme: y viniendo por la mar con buen tiempo, y otras veces con contrario, llegamos al Nombre de Dios: y en aquel tiempo hubo pestilencia, de que se nos murieron muchos soldados: y demás de esto todos los mas adolecimos, y se nos hacian unas malas llagas en las piernas: y tambien en aquel tiempo tuvo diferencias el mismo gobernador con un hidalgo que en aquella sazon estaba por capitan, y habia conquis-

tado aquella provincia, que se decia Vasco Nuñez de Balboa, hombre rico, con quien Pedro Arias de Avila casó en aquel tiempo una su hija doncella con el mismo Balboa: y despues que la hubo desposado, segun pareció, y sobre sospechas que tuvo que el yerno se le queria alzar con copia de soldados por la mar del Sur, por sentencia lo mandó degollar. Y despues vimos lo que dicho tengo, y otras revueltas entre capitanes y soldados, y alcanzamos á saber que era nuevamente ganada la isla de Cuba, y que estaba en ella por gobernador un hidalgo, que se decia Diego Velazquez, natural de Cuellar; acordamos ciertos hidalgos, y soldados, personas de calidad de los que habiamos venido con el Pedro Arias de Avila, de demandalle licencia para nos ir á la isla de Cuba, y él nos la dió de buena voluntad; porque no tenia necesidad de tantos soldados como los que trujo de Castilla para hacer guerra, porque no habia que conquistar, que todo estaba en paz; porque el Vasco Núñez de Balboa, yerno del Pedro Arias de Avila habia conquistado, y la tierra de suyo es muy corta, y de poca gente. Y desque tuvimos la licencia, nos embarcamos en buen navío; y con buen tiempo llegamos á la isla de Cuba, y fuimos á besar las manos al gobernador della, y nos mostró mucho amor, y prometió que nos daria indios de los primeros que vacasen: y como se habian pasado ya tres años, ansi en lo que estuvimos en Tierra Firme, como lo que estu-

vimos en la isla de Cuba aguardando á que nos depositase algunos indios como nos habia prometido, y no habiamos hecho cosa ninguna que de contar sea, acordamos de nos juntar ciento y diez compañeros de los que habiamos venido de Tierra Firme, y de otros que en la isla de Cuba no tenian indios: y concertamos con un hidalgo, que se decia Francisco Hernandez de Córdoba, que era hombre rico, y tenia pueblos de indios en aquella isla, para que fuese nuestro capitan, y á nuestra ventura buscar y descubrir tierras nuevas, para en ellas emplear nuestras personas; y compramos tres navíos, los dos de buen porte, y el otro era un barco, que hubimos del mismo gobernador Diego Velazquez, fiado, con condicion, que primero que nos le diese nos habiamos de obligar todos los soldados que con aquellos tres navíos habiamos de ir á unas isletas que están entre la isla de Cuba y Honduras, que ahora se llaman las islas de los Guanajos, y que habiamos de ir de guerra, y cargar los navíos de indios de aquellas islas para pagar con ellos el barco, para servirse dellos por esclavos. Y desque vimos los soldados que aquello que pedia el Diego de Velazquez no era justo, le respondimos, que lo que decia no lo mandaba Dios, ni el rey, que hiciésemos á los libres esclavos. Y desque vió nuestro intento, dijo, que era bueno el propósito que llevábamos en querer descubrir tierras nuevas, mejor que no el suyo: y entónces nos ayu-

dó con cosas de bastimento para nuestro viaje. Y desque nos vimos con tres navíos, y matalotaje de pan cazabe, que se hace de unas raíces que llaman yucas, y compramos puercos, que nos costaban en aquel tiempo á tres pesos, porque en aquella sazon no habia en la isla de Cuba vacas ni carneros, y con otros pobres mantenimientos, y con rescate de unas cuentas, que entre todos los soldados compramos, y buscamos tres pilotos, que el mas principal dellos, y el que regia nuestra armada se llamaba Anton de Alaminos, natural de Palos, y el otro piloto se decia Camacho de Triana, y el otro Juan Alvarez el Manquillo de Huelva; y asimismo recogimos los marineros que hubimos menester, y el mejor aparejo que pudimos de cables, y maromas, y anclas, y pipas de agua, y todas otras cosas convenientes para seguir nuestro viaje, y todo esto á nuestra costa y minsion. Y despues que nos hubimos juntado los soldados, que fueron ciento y diez, nos fuimos á un puerto, que se dice en la lengua de Cuba, Ajaruco, y es en la banda del Norte, y estaba ocho leguas de una villa que entónces tenian poblada, que se decia San Christóval, que desde dos años la pasaron adonde agora está poblada la dicha Habana. Y para que con buen fundamento fuese encaminada nuestra armada, hubimos de llevar un clérigo, que estaba en la misma villa de San Christóval, que se decia alonso Gonzalez, que con buenas palabras y prometimientos

que le hicimos se fué con nosotros; y demás desto elegimos por veedor en nombre de su majestad á un soldado que se decia Bernardino Iniguez, natural de Santo Domingo de la Calzada, para que si Dios fuese servido que topásemos tierras que tuviesen oro, ó perlas, ó plata, hubiese persona suficiente que guardase el real quinto. Y despues de todo esto concertado, y oido misa, encomendándonos á Dios nuestro Señor, y á la Vírgen Santa María su bendita Madre nuestra Señora, comenzamos nuestro viaje de la manera que adelante diré.

CAPITULO II.

Del descubrimiento de Yucatan, y de un rencuentro de guerra que tuvimos con lós naturales.

En ocho dias del mes de Febrero del año de mil y quinientos y diez y siete años salimos de la Habana, y nos hicimos á la vela en el puerto de Jaruco, que ansí se llama entre los indios, y es la banda del Norte, y en doce dias doblamos la de San Anton, que por otro nombre en la isla de Cuba se llama la tierra de los Guanataveis, que son unos indios como salvajes. Y doblada aquella punta, y puestos en alta mar, navegamos á nuestra ventura hácia donde se pone el sol, sin saber bajos, ni corrientes, ni qué vientos suelen señorear en aquella altura, con grandes riesgos de nuestras personas; porque en aquel instante nos vino una tormenta que duró dos dias con sus noches, y fué tal que estuvimos para nos perder; y desque abonanzó, yen-

do por otra navegacion, pasados veinte y un dias que salimos de la isla de Cuba, vimos tierra de que nos alegramos mucho, y dimos muchas gracias á Dios por ello: la cual tierra jamás se habia descubierto ni habia noticia della hasta éntónces, y desde los navíos vimos un gran pueblo, que al parecer estaria de la costa obra de dos leguas; y viendo que era gran poblacion, y no habiamos visto en la isla de Cuba pueblo tan grande, le pusimos por nombre el Gran Cayro. Y acordamos que con el un navío de ménos porte se acercasen lo que mas pudiesen á la costa á ver qué tierra era, y á ver si habia fondo para que pudiésemos anclear junto á la costa: y una mañana, que fueron cuatro de Marzo, vimos venir cinco canoas grandes llenas de indios naturales de aquella poblacion, y venian á remo y vela. Son canoas hechas á manera de artesas, y son grandes, de maderos gruesos, y cavadas por dentro, y está hueco, y todas son de un madero macizo, y hay muchas dellas en que caben en pié cuarenta y cincuenta indios. Quiero volver á mi materia. Llegados los indios con las cinco canoas cerca de nuestros navíos con señas de paz que les hicimos, llamándoles con las manos, y capeándoles con las capas para que nos viniesen á hablar, porque no teniamos en aquel tiempo lenguas que entendiesen la de Yucatan, y mexicana; sin temor ninguno vinieron y entraron en la nao capitana sobre treinta dellos; á los cuales dimos de comer cazabe, y to-

cino, y á cada uno un sartalejo de cuentas verdes, y estuvieron mirando un buen rato los navíos; y el mas principal dellos, que era cacique, dixo por señas que se queria tornar á embarcar en sus canoas y volver á su pueblo, y que otro dia volverian y traerian más canoas en que saltásemos en tierra: y venian estos indios vestidos con unas jaquetas de algodon, y cubiertas sus vergüenzas con unas mantas angostas, que entre ellos llaman maltates, y tuvímoslos por hombres más de razon que á los indios de Cuba; porque andaban los de Cuba con sus vergüenzas de fuera, excepto las mujeres que traían hasta que les llegaban á los muslos unas ropas de algodon, que llaman naguas. Volvamos á nuestro cuento, que otro dia por la mañana volvió el mismo cacique á los navíos, y truxo doce canoas grandes con muchos indios remeros, y dixo por señas al capitan, con muestras de paz, que fuésemos á su pueblo, y que nos darian comida, y lo que hubiésemos menester; y que en aquellas doce canoas podiamos saltar en tierra. Y cuando lo estaba diciendo en su lengua, acuérdome que decia *con escotoch, con escotoch*, y quiere decir, andad acá á mis casas; y por esta causa pusimos desde entónces por nombre á aquella tierra Punta de Cotoche; y así está en las cartas del marear. Pues viendo nuestro capitan, y todos los demás soldados, los muchos halagos que nos hacia el cacique para que fuésemos á su pueblo, tomó consejo con nosotros, y fué acordado que

sacásemos nuestros bateles de los navíos, y en el navío de los más pequeños, y en las doce canoas saliésemos á tierra todos juntos de una vez; porque vimos la costa llena de indios que habian venido de aquella poblacion: y salimos todos en la primera barcada. Y cuando el cacique nos vido en tierra, y que no íbamos á su pueblo, dijo otra vez al capitan por señas, que fuésemos con él á sus casas; y tantas muestras de paz hacia, que tomando el capitan nuestro parecer, para si iriamos ó no, acordóse por todos los más soldados, que con el mejor recaudo de armas que pudiésemos llevar y con buen concierto fuésemos. Llevamos quince ballestas y diez escopetas (que así se llamaban escopetas y espingardas en aquel tiempo), y comenzamos á caminar por un camino por donde el cacique iba por guia con otros muchos indios que le acompañaban. E yendo de la manera que he dicho, cerca de unos montes breñosos, comenzó á dar voces, y apellidar el cacique para que saliesen á nosotros escuadrones de gente de guerra que tenian en zelada para nos matar: y á las voces que dió el cacique los escuadrones vinieron con gran furia, y comenzaron á nos flechar de arte, que á la primera rociada de flechas nos hirieron quince soldados; y traían armas de algodon, y lanzas, y rodelas, arcos, y flechas, y hondas, y mucha piedra, y sus penachos puestos, y luego tras las flechas vinieron á se juntar con nosotros pié con pié, y con las lanzas á

manteniente nos hacian mucho mal. Mas luego les hicimos huir como conocieron el buen cortar de nuestras espadas, y de las ballestas, y escopetas el daño que les hacian, por manera que quedaron muertos quince dellos. Un poco más adelante donde nos dieron aquella refriega que dicho tengo, estaba una placeta, y tres casas de cal y canto, que eran adoratorios donde tenian muchos ídolos de barro, unos como caras de demonios, y otros como de mujeres, altos de cuerpos, y otros de otras malas figuras, de manera que al parecer estaban haciendo sodomías unos bultos de indios con otros, y dentro en las casas tenian unas arquillas hechizas de madera, y en ellas otros ídolos de gestos diabólicos, y unas patenillas de medio oro, y unos pinjantes, y tres diademas, y otras piecezuelas á manera de pescados, y otras á manera de ánades de oro bajo. Y despues que lo hubimos visto, así el oro como las casas de cal y canto, estábamos muy contentos porque habiamos descubierto tal tierra; porque en aquel tiempo no era descubierto el Perú, ni aun se descubrió dende ahí á diez y seis años. En aquel instante que estábamos batallando con los indios, como dicho tengo, el clérigo Gonzalez iba con nosotros, y con dos indios de Cuba se cargó de las arquillas, y el oro, y los ídolos, y lo llevó al navío: y en aquella escaramuza prendimos dos indios, que despues se bautizaron y volvieron christianos, y se llamó el uno Melchor, y el otro Julian, y entrambos

eran trastrabados de los ojos. Y acabado aquel rebato acordamos de nos volver á embarcar, y seguir las costas adelante descubriendo hácia donde se pone el sol. Y despues de curados los heridos, comenzamos á dar velas.

CAPITULO III.

Del descubrimiento de Campeche.

Como acordamos de ir la costa adelante hácia el Poniente descubriendo puntas, y bajos, y ancones, y arrecifes, creyendo que era isla, como nos lo certificaba el piloto Anton de Alaminos, íbamos con gran tiento de dia navegando y de noche al reparo, y reparando; y en quince dias que fuimos desta manera, vimos desde los navíos un pueblo, y al parecer algo grande, y habia cerca dél gran ensenada y bahía: creímos que habia rio, ó arroyo, donde pudiésemos tomar agua, porque teniamos gran falta della. Acabábase la de las pipas y vasijas que traíamos, que no venian bien reparadas, que como nuestra armada era de hombres pobres no teniamos dinero cuanto convenia para comprar buenas pipas: faltó el agua; hubimos de saltar en tierra junto al

pueblo, y fué un domingo de Lázaro, y á esta causa le pusimos este nombre, aunque supimos que por otro nombre propio de indios se dice Campeche. Pues para salir todos de una barcada, acordamos de ir en el navío mas chico y en los tres batales, bien apercebidos de nuestras armas no nos acaeciese como en la punta de Cotoche; porque en aquellos ancones y bahías mengua mucho la mar, y por esta causa dejamos los navíos ancleados mas de una legua de tierra, y fuimos á desembarcar cerca del pueblo, que estaba allí un buen paso de buena agua, donde los naturales de aquella poblacion venian y se servian dél; porque en aquellas tierras, segun hemos visto, no hay rios, y sacamos las pipas para las henchir de agua y volvernos á los navíos. Ya que estaban llenas y nos queriamos embarcar, vinieron del pueblo obra de cincuenta indios, con buenas mantas de algodon, y de paz, y á lo que parecia debieran de ser caciques y nos decian por señas que qué buscábamos? y les dimos á entender que tomar agua é irnos luego á los navíos; y señalaron con la mano que si veniamos de hácia donde sale el sol, y decian *Castilá, Castilá*, y no mirábamos bien en la plática de *Castilá, Castilá.* Y despues destas pláticas que dicho tengo, nos dijeron por señas que fuésemos con ellos á su pueblo, y estuvimos tomando concierto si iriamos: acordamos con buen concierto de ir muy sobre aviso y lleváronnos á unas casas muy grandes que eran adoratorios de

sus ídolos, y estaban muy bien labradas de cal y canto, y tenian figurados en unas paredes muchos bultos de serpientes y culebras, y otras pinturas de ídolos, y al derredor de uno como altar lleno de gotas de sangre muy fresca; y á otra parte de los ídolos tenian unas señales como á manera de cruces, pintados de otros bultos de indios. De todo lo cual nos admiramos como cosa nunca vista ni oida. Segun pareció en aquella sazon habian sacrificado á sus ídolos ciertos indios, para que les diesen vitoria contra nosotros, y andaban muchos indios é indias riéndose, y al parecer muy de paz como que nos venian á ver: y como se juntaban tantos, temiamos no hubiese alguna zalagarda como la pasada de Cotoche. Y estando desta manera vinieron otros muchos indios que traían muy ruines mantas, cargados de carrizos secos, y los pusieron en un llano, y tras estos vinieron dos escuadrones de indios flecheros con lanzas, y rodelas, y hondas, y piedras, y con sus armas de algodon, y puestos en concierto en cada escuadron su capitan, los cuales se apartaron en poco trecho de nosotros, y luego en aquel instante salieron de otra casa, que era su adoratorio, diez indios que traían las ropas de mantas de algodon largas y blancas, y los cabellos muy grandes llenos de sangre, y muy revueltos los unos con los otros, que no se les pueden esparcir, ni peinar, si no se cortan, los cuales eran sacerdotes de los ídolos, que en la Nueva-España comun-

mente se llaman Papas: otra vez digo que en la Nueva-España se llaman Papas, y así los nombraré de aquí adelante. Y aquellos Papas nos trujeron sahumerios como á manera de resina, que entre ellos llaman copal, y con braseros de barro llenos de lumbre nos comenzaron á sahumar, y por señas nos dicen que nos vamos de sus tierras ántes que á aquella leña que tienen llegada se ponga fuego y se acabe de arder, si no que nos darán guerra y nos matarán. Y luego mandaron poner fuego á los carrizos, y comenzó de arder, y se fueron los Papas callando sin más nos hablar; y los que estaban apercebidos en los escuadrones empezaron á silbar y á tañer sus bocinas y atabalejos. Y desque los vimos de aquel arte y muy bravosos, y de lo de la punta de Cotoche aun no teniamos sanas las heridas y se habian muerto dos soldados, que echamos al mar, y vimos grandes escuadrones de indios sobre nosotros, tuvimos temor, y acordamos con buen concierto de irnos á la costa; y así comenzamos á caminar por la playa adelante hasta llegar enfrente de un peñol que está en la mar, y los bateles y el navío pequeño fueron por la costa tierra á tierra con las pipas de agua, y no nos osamos embarcar junto al pueblo donde nos habiamos desembarcado por el gran número de indios que ya se habian juntado; porque tuvimos por cierto que al embarcar nos darian guerra. Pues ya metida nuestra agua en los navíos y embarcados en una bahía como porte-

zuelo que allí estaba, comenzamos á navegar seis dias con sus noches con buen tiempo, y volvió un Norte que es travesía en aquella costa, el cual duró cuatro dias con sus noches que estuvimos para dar al través: tan recio temporal hacia, que nos hizo anclear la costa por no ir al través, que se nos quebraron dos cables, y iba garrando á tierra el navío. ¡Oh en qué trabajo nos vimos! que si se quebrara el cable, íbamos á la costa perdidos; y quiso Dios que se ayudaron con otras maromas viejas, y guindaletas. Pues ya reposado el tiempo seguimos nuestra costa adelante, llegándonos á tierra cuanto podiamos para tornar á tomar agua, que (como he dicho) las pipas que traíamos vinieron muy abiertas, y asimismo no habia regla en ello: como íbamos costeando creíamos que doquiera que saltásemos en tierra la tomariamos de jagueyes y pozos que cavariamos. Pues yendo nuestra derrota adelante vimos desde los navíos un pueblo, y ántes de obra de una legua dél hácia una ensenada que parecia que abria rio ó arroyo, acordamos de surgir junto á él: y como en aquella costa (como otras veces he dicho) mengua mucho la mar y quedan en seco los navíos, por temor desto surgimos más de una legua de tierra en el navío menor, y en todos los bateles fué acordado que saltásemos en aquella ensenada, sacando nuestras vasijas con muy buen concierto, y armas, y ballestas, y escopetas. Salimos en tierra poco más de medio dia, y

habria una legua desde el pueblo hasta donde desembarcamos, y estaban unos pozos y maizales, y caserías de cal y canto. Llámase este pueblo *Potonchan*, é henchimos nuestras pipas de agua; mas no las pudimos llevar ni meter en los bateles con la mucha gente de guerra que cargó sobre nosotros, y quedarse ha aquí, y adelante diré las guerras que nos dieron.

CAPITULO IV.

Cómo desembarcamos en una bahía, donde habia maizales, cerca del puerto de Potonchan, y de las guerras que nos dieron.

Y estando en las estancias y maizales, por mí ya dichas, tomando nuestra agua, vinieron por la costa muchos escuadrones de indios del pueblo de Potonchan (que así se dice), con sus armas de algodon, que les daba á la rodilla, y con arcos, y flechas, y lanzas, y rodelas, y espadas hechas á manera de montantes de á dos manos, y hondas, y piedras, y con sus penachos de los que ellos suelen usar, y las caras pintadas de blanco y prieto, enalmagrados, y venian callando, y se vienen derechos á nosotros, como que nos venian á ver de paz, y por señas nos dijeron que si veniamos de donde sale el sol, y las palabras formales segun nos hubieron dicho los de Lázaro, *Castilan, Castilan:* y respondimos por señas, que de donde sale el sol

veniamos. Y entónces paramos en las mientes y en pensar qué podia ser aquella plática; porque los de San Lázaro nos dijeron lo mismo, mas nunca entendimos al fin que lo decian. Seria cuando esto pasó, y los indios se juntaban, á la hora de las Ave Marías, y fuéronse á unas caserías; y nosotros pusimos velas y escuchas, y buen recaudo, porque no nos pareció bien aquella junta de aquella manera. Pues estando velando todos juntos, oimos venir con el gran ruido y estruendo que traían por el camino, muchos indios de otras sus estancias, y del pueblo, y todos de guerra. Y desque aquello sentimos, bien entendido teniamos, que no se juntaban para hacernos ningun bien; y entramos en acuerdo con el capitan, qué es lo que hariamos: y unos soldados daban por consejo, que nos fuésemos luego á embarcar; y como en tales casos suele acaecer, unos dicen uno, y otros dicen otro, hubo parecer, que si nos fuéramos á embarcar, que como eran muchos indios, darian en nosotros, y habria mucho riesgo de nuestras vidas: y otros éramos de acuerdo, que diésemos en ellos esa noche; que como dice el refran, quien acomete vence: y por otra parte viamos, que para cada uno de nosotros habia trecientos indios. Y estando en estos conciertos, amaneció, y dijimos unos soldados á otros, que tuviésemos confianza en Dios y corazones muy fuertes para pelear; y despues de nos encomendar á Dios, cada uno hiciese lo que pudiese para salvar las vi-

das. Ya que era de dia claro, vimos venir por la costa muchos mas escuadrones guerreros; con sus banderas tendidas, y penachos, y atambores, y con arcos, y flechas, y lanzas, y rodelas, y se juntaron con los primeros que habian venido la noche ántes; y luego hechos sus escuadrones, nos cercan por todas partes, y nos dan tal rociada de flechas, y varas, y piedras, con sus hondas, que hirieron sobre ochenta de nuestros soldados, y se juntaron con nosotros pié con pié, unos con lanzas, y otros flechando, y otros con espadas de navajas, de arte, que nos traían á mal andar, puesto que les dábamos buena priesa de estocadas y cuchilladas, y las escopetas, y ballestas que no paraban, unas armando y otras tirando: y ya que se apartaban algo de nosotros, desque sentian las grandes estocadas y cuchilladas que les dábamos, no era léjos, y esto fué para mejor flechar y tirar al terrero á su salvo: y cuando estábamos en esta batalla, y los indios se apellidaban, decian en su lengua: *al calachoni, al calachoni*, que quiere decir, que matasen al capitan, y le dieron doce flechazos; y á mí me dieron tres; y uno de los que me dieron, bien peligroso, en el costado izquierdo, que me pasó á lo hueco; y á otros de nuestros soldados dieron grandes lanzadas, y á dos llevaron vivos, que se decia el uno Alonso Bote, y el otro era un portugués viejo. Pues viendo nuestro capitan que no bastaba nuestro buen pelear, y que nos cercaban muchos escuadrones, y

venian mas de refresco del pueblo, y les traían de comer y beber, y muchas flechas, y nosotros todos heridos, y otros soldados atravesados los gaznates, y nos habian muerto ya sobre cincuenta soldados: y viendo que no teniamos fuerzas, acordamos con corazones muy fuertes romper por medio de sus batallones, y acogernos á los bateles que teniamos en la costa, que fué buen socorro; y hechos todos nosotros un escuadron rompimos por ellos. Pues oir la grita, y silbos, y vocería, y priesa que nos daban de flecha, y á mantiniente con sus lanzas, hiriendo siempre en nosotros. Pues otro daño tuvimos, que como nos acogimos de golpe á los bateles, y éramos muchos, íbanse á fondo, y como mejor pudimos, asidos á los bordes medio nadando entre dos aguas llegamos al navío de ménos porte que estaba cerca, que ya venia á gran priesa á nos socorrer; y al embarcarse hirieron muchos de nuestros soldados, en especial á los que iban asidos en las popas de los bateles, y les tiraban al terrero, y entraron en la mar con las lanchas, y daban á mantiniente á nuestros soldados: y con muchos trabajo quiso Dios que escapamos con las vidas de poder de aquella gente. Pues ya embarcados en los navíos, hallamos que faltaban cincuenta y siete compañeros con los dos que llevaron vivos, y con cinco que echamos en la mar, que murieron de las heridas, y de la gran sed que pasaron. Estuvimos peleando en aquellas batallas poco mas de media ho-

ra. Llámase este pueblo Potonchan, y en las cartas del marear le pusieron por nombre los pilotos y marineros, *Bahía de mala pelea.* Y desque nos vimos salvos de aquellas refriegas, dimos muchas gracias á Dios: y cuando se curaban las heridas los soldados, se quejaban mucho del dolor dellas, que como estaban resfriadas con el agua salada, y estaban muy hinchadas y dañadas, algunos de nuestros soldados maldecian al piloto Anton de Alaminos y á su descubrimiento y viaje, porque siempre porfiaba que no era tierra firme, sino isla: donde los dejaré ahora, y diré lo que mas nos acaeció.

CAPITULO V.

Cómo acordamos de nos volver á la isla de Cuba, y de la gran sed y trabajos que tuvimos, hasta llegar al puerto de la Habana.

Desque nos vimos embarcados en los navíos de la manera que dicho tengo, dimos muchas gracias á Dios, y despues de curados los heridos (que no quedó hombre ninguno de cuantos allí nos hallamos, que no tuviesen á dos, y á tres, y á cuatro heridas, y el capitan con doce flechazos, solo un soldado quedó sin herir), acordamos de nos volver á á la isla de Cuba, y como estaban tambien heridos todos los mas de los marineros que saltaron en tierra con nosotros, que se hallaron en las peleas, no teniamos quien marchase las velas. Y acordamos que dejásemos el un navío el de ménos porte en la mar puesto fuego, despues de sacadas dél las velas, y anclas, y cables, y repartir los marineros que estaban sin heridas en los dos navíos de mayor porte.

Pues otro mayor daño teniamos, que fué la gran falta de agua, porque las pipas y vasijas que teniamos llenas en Champoton, con la grande guerra que nos dieron, y priesa de nos acoger á los bateles, no se pudieron llevar, que allí se quedaron, y no sacamos ninguna agua. Digo que tanta sed pasamos, que en las lenguas y bocas teniamos grietas de la secura, pues otra cosa ninguna para refrigerio no habia. ¡Oh qué cosa tan trabajosa es ir á descubrir tierras nuevas, y de la manera que nosotros nos aventuramos! No se puede ponderar, sino los que han pasado por aquestos excesivos trabajos en que nosotros nos vimos. Por manera, que con todo eso íbamos navegando muy allegados á tierra para hallarnos en paraje de algun rio, ó bahía para tomar agua: y al cabo de tres dias vimos uno como ancon, que parecia rio, ú estero, que creimos tener agua dulce, y saltaron en tierra quince marineros de los que habian quedado en los navíos, y tres soldados que estaban mas sin peligro de los flechazos, y llevaron azadones, y tres barriles para traer agua: y el estero era salado, é hicieron pozos en la costa, y era tan amargosa y salada agua como la del estero, por manera, que mala como era, trujeron las vasijas llenas, y no habia hombre que la pudiese beber del amargor y sal, y á dos soldados que la bebieron, dañó los cuerpos y las bocas. Habia en aquel estero muchos y grandes lagartos, y desde entónces se puso por nombre *el Estero de los*

lagartos, y así está en las cartas de marear. Dejemos esta plática, y diré, que entretanto que fueron los bateles por el agua, se levantó un viento Nordeste tan deshecho, que íbamos garrando á tierra con los navíos; y como en aquella costa es travesía, y reina siempre el Norte y Nordeste, estuvimos en muy gran peligro por falta de cables; y como lo vieron los marineros que habian ido á tierra por el agua, vinieron muy mas que de paso con los bateles, y tuvieron tiempo de echar otras anclas y maromas, y estuvieron los navíos seguros dos dias y dos noches; y luego alzamos anclas, y dimos vela, siguiendo nuestro viaje para nos volver á la isla de Cuba: parece ser el piloto Alaminos se concertó y aconsejó con los otros dos pilotos, que desde aquel paraje donde estábamos atravesamos á la Florida, porque hallaban por sus cartas, y grados, y alturas, que estaria de allí obra de setenta leguas, y que despues de puestos en la Florida, dijeron que era mejor viaje, é mas cercana navegacion para ir á la Habana, que no la derrota por donde habiamos primero venido á descubrir; y así fué como el piloto dijo, porque segun yo entendí, habia venido con Juan Ponce de Leon á descubrir la Florida habia diez ó doce años ya pasados. Volvamos á nuestra materia, que atravesando aquel golfo en cuatro dias que navegamos, vimos la tierra de la misma Florida: y lo que en ella nos acaeció diré adelante.

CAPITULO VI.

Cómo desembarcaron en la bahía de la Florida veinte soldados, y con nosotros el piloto Alaminos, para buscar agua, y de la guerra que allí nos dieron los naturales de aquella tierra, y lo que mas pasó hasta volver á la Habana.

Llegados á la Florida, acordamos, que saliesen en tierra veinte soldados de los que teniamos mas sanos de las heridas: yo fuí con ellos, y tambien el piloto Anton de Alaminos, y sacamos las vasijas que habia, y azadones, y nuestras ballestas y escopetas; y como el capitan estaba muy mal herido, y con la gran sed que pasaba muy debilitado, nos rogó que por amor de Dios, que en todo caso le trajésemos agua dulce, que se secaba y moria de sed, porque el agua que habia era muy salada y no se podia beber, como otra vez ya dicho tengo. Llegados que fuimos á tierra cerca de un estero que entraba en la mar, el piloto reconoció la costa, y dijo que habia diez ó doce años que habia estado en aquel paraje cuando vino con Juan Ponce de Leon á descubrir aquellas tierras,

y allí le habian dado guerra los indios de aquella tierra, y que les habian muerto muchos soldados, y que á esta causa estuviésemos muy sobre aviso apercibidos, porque vinieron en aquel tiempo que dicho tiene muy de repente los indios cuando le desbarataron, y luego pusimos por espías dos soldados en una playa, que se hacia muy ancha; é hicimos pozos muy hondos, donde nos pareció haber agua dulce, porque en aquella sazon era menguante la marea, y quiso Dios que topásemos muy buena agua: y con el alegría, y por hartarnos della, y lavar paños para curar las heridas, estuvimos espacio de una hora; y ya que queriamos venir á embarcar con nuestra agua, muy gozosos, vimos venir al un soldado de los que habiamos puesto en la playa, dando muchas voces, diciendo: al arma, al arma, que vienen muchos indios de guerra por tierra, y otros en canoas por el estero, y el soldado dando voces, é venia corriendo; y los indios llegaron casi á la par con el soldado contra nosotros, y traían arcos muy grandes, y buenas flechas y lanzas, y unas á manera de espadas, y vestidos de cueros de venados, y eran de grandes cuerpos, y se vinieron derechos á nos flechar, é hirieron luego seis de nuestros compañeros, y á mí me dieron un flechazo en el brazo derecho de poca herida, y dímosles tanta priesa de estocadas y cuchilladas, y con las escopetas y ballestas que nos dejan á nosotros, los que estábamos tomando el agua de los pozos, y van á la

mar, y estero á ayudar á sus compañeros los que venian en las canoas donde estaba nuestro batel con los marineros, que tambien andaban peleando pié con pié con los indios de las canoas, y aun les tenia ya tomado el batel, y le llevaban por el estero arriba con sus canoas, y habian herido á cuatro marineros, y al piloto Alaminos le dieron una mala herida en la garganta: y arremetimos á ellos, el agua á mas de la cinta, y á estocadas les hicimos soltar el batel, y quedaron tendidos y muertos en la costa y en el agua veinte y dos de ellos, y tres prendimos que estaban heridos poca cosa, que se murieron en los navíos. Despues de esta refriega pasada, preguntamos al soldado que pusimos por vela, que qué se hizo su compañero Berrio (que así se llamaba), dijo que le vió apartar con una hacha en las manos para cortar un palmito, y que fué hácia el estero por donde habian venido los indios de guerra, y que oyó voces de español, y que por aquellas voces vino de presto á dar mandado á la mar, y que entónces le debieran de matar: el cual soldado solamente él habia quedado sin ninguna herida en lo de Potonchan, y quiso su ventura que vino allí á fenecer: y luego fuimos en busca de nuestro soldado, por el rastro que habian traido aquellos indios que nos dieron guerra, y hallamos una palma que habia comenzado á cortar, y cerca de ella mucha huella en el suelo más que en otras partes, por donde tuvimos por cierto que le llevaron vivo, por-

que no habia rastro de sangre, y anduvimos buscándole á una parte y á otra mas de una hora, y dimos voces, y sin mas saber dél nos volvimos á embarcar en el batel, y llevamos á los navíos el agua dulce, con que se alegraron todos los soldados, como si entónces les diéramos las vidas: y un soldado se arrojó desde el navío en el batel, con la gran sed que tenia, tomó una botija á pechos, y bebió tanta agua, que della se hinchó y murió. Pues ya embarcados con nuestra agua, y metidos nuestros bateles en los navíos, dimos vela para la Habana, y pasamos aquel dia y la noche que hizo buen tiempo junto unas isletas, que llaman los Mártires, que son unos bajos, que así los llaman los *Bajos de los Mártires*. Ibamos en cuatro brazas lo mas hondo, y tocó la nao capitana entre unas como isletas, é hizo mucha agua que con dar todos los soldados que íbamos á la bomba, no podiamos estancar, é íbamos con temor no nos anegásemos. Acuérdome que traíamos allí con nosotros á unos marineros levantiscos, y les deciamos: Hermanos, ayudad á sacar la bomba, pues veis que estamos muy mal heridos, y cansados de la noche y del dia, porque nos vamos á fondo, y respondian los levantiscos: *Fácetelo vos* pues no ganamos sueldo, sino hambre y sed, y trabajos, y heridos como vosotros: por manera, que les haciamos dar á la bomba aunque no querian, y malos y heridos como íbamos mareábamos las velas, y dábamos á la bomba, hasta que

nuestro Señor Jesu-Christo nos llevó á puerto de Carenas, donde ahora está poblada la villa de la Habana, que en otro tiempo *Puerto de Carenas* se solia llamar, y no Habana: y cuando nos vimos en tierra, dímos muchas gracias á Dios, y luego se tomó el agua de la capitana un Búzano portugues que estaba en otro navío en aquel puerto y escribimos á Diego Velazquez, gobernador de aquella isla, muy en posta, haciéndole saber que habiamos descubierto tierras de grandes poblaciones, y casas de cal y canto, y las gentes naturales dellas andaban vestidos de ropa de algodon, y cubiertas sus vergüenzas, y tenian oro y labranzas de maizales: y desde la Habana se fué nuestro capitan Francisco Hernandez por tierra á la villa de Santispíritus, que así se dice, donde tenia su encomienda de indios, y como iba mal herido, murió dende allí á diez dias que habia llegado á su casa: y todos los demás soldados nos desparcimos y nos fuimos unos por una parte, y otros por otra de la isla adelante: y en la Habana se murieron tres soldados de las heridas, y los navíos fueron á Santiago de Cuba, donde estaba el gobernador, y desque hubieron desembarcado los dos indios que hubimos en la punta de Cotoche, que ya he dicho, que se decian Melchorillo y Juanillo, y el arquilla con las diademas y ánades, y pescadillos, y con los ídolos de oro, que aunque era bajo y poca cosa, sublimábanlo de arte, que en todas las islas de Santo Domingo y en Cuba, y aun en Castilla, llegó

la fama dello: y decian que otras tierras en el mundo no se habian descubierto mejores, ni casas de cal y canto. Y como vió los ídolos de barro, de tantas maneras de figuras, decian que eran del tiempo de los gentiles; otros decian que eran de los judíos que desterró Tito y Vespasiano de Jerusalen, y que habian aportado con los navíos rotos en que les echaron en aquella tierra: y como en aquel tiempo no era descubierto el Perú, teníase en mucha estima aquella tierra. Pues otra cosa preguntaba el Diego Velazquez á aquellos indios, que si habia minas de oro en su tierra, y á todos les respondian que sí, y les mostraban oro en polvo de lo que sacaban en la isla de Cuba, y decian que habia mucho en su tierra, y no le decian verdad; porque claro está, que en la punta de Cotoche ni en todo Yucatan no es donde hay minas de oro. Y asimismo les mostraban los indios los montones que hacen de tierra donde ponen y siembran las plantas de cuyas raíces hacen el pan cazabe, y llámanse en la isla de Cuba yuca, y los indios decian que las habia en su tierra, y decian tale por la tierra, que así se llama las en que la plantaban; de manera que yuca con tale, quiere decir Yucatan. Decian los españoles que estaban hablando con el Diego Velazquez y con los indios: Señor, dicen estos indios que su tierra se llama Yucatan, y así se quedó con este nombre, que en su propia lengua no se dice así. Por manera, que todos los soldados que fuimos á aquel viaje á

descubrir, gastamos los bienes que teniamos, y heridos y pobres volvimos á Cuba, y aun lo tuvimos á buena dicha haber vuelto y no quedar muertos con los demás mis compañeros. Y cada soldado tiró por su parte, y el capitan (como dicho tengo) luego murió, y estuvimos muchos dias en curarnos los heridos, y por nuestra cuenta hallamos que se murieron al pié de setenta soldados; y esta ganancia trujimos de aquella entrada y descubrimiento. Y el Diego Velazquez escribió á Castilla á los señores que en aquel tiempo mandaban en las cosas de Indias, que él lo habia descubierto, y gastado en descubrillo mucha cantidad de pesos de oro, y así lo decia don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos y arzobispo de Rosano, que así se nombraba, que era como presidente de Indias, y lo escribió á su majestad á Flandes dando mucho favor y loor del Diego Velazquez, y no hizo memoria de ninguno de nosotros los soldados que lo descubrimos á nuestra costa. Y quedarse ha aquí, y diré adelante los trabajos que me acaecieron á mí y á tres soldados.

CAPITULO VII.

De los trabajos que tuve hasta llegar á una villa que se dice la Trinidad.

Ya he dicho que nos quedamos en la Habana ciertos soldados que no estábamos sanos de los flechazos, y para ir á la villa de la Trinidad ya que estábamos mejores acordamos de nos concertar tres soldados con un vecino de la misma Habana, que se decia Pedro de Ávila, que iba asimismo á aquel viaje en una canoa por la mar por la banda del Sur, y llevaba la canoa cargada de camisetas de algodon que iba á vender á la villa de la Trinidad. Ya he dicho otras veces que canoas son de hechura de artesas grandes cavadas y huecas, y en aquellas tierras con ellas navegan costa á costa: y el concierto que hicimos con el Pedro de Ávila fué que dariamos diez pesos de oro porque fuésemos en su canoa. Pues yendo por la costa adelante, á

veces remando y á ratos á la vela, ya que habiamos navegado once dias en paraje de un pueblo de indios de paz, que se dice Canarreon, que era términos de la villa de la Trinidad, se levantó un tan recio viento de noche, que no nos pudimos sustentar en la mar con la canoa, por bien que remábamos todos nosotros; y el Pedro de Ávila y unos indios de la Habana, y unos remeros muy buenos que traíamos, hubimos de dar al través entre unos ceborucos, que los hay muy grandes en aquella costa, por manera que se nos quebró la canoa, y el Ávila perdió su hacienda, y todos salimos descalabrados de los golpes de los ceborucos, y desnudos en carnes, porque para ayudarnos que no se quebrase la canoa y poder mejor nadar nos apercibimos de estar sin ropa ninguna sino desnudos. Pues ya escapados con las vidas de aquellos ceborucos, para nuestra villa de la Trinidad no habia camino por la costa, sino malos paises y ceborucos, que así se dicen, que son las piedras con unas puntas que salen dellas, que pasan las plantas de los piés, y sin tener que comer; pues como las olas que reventaban de aquellos grandes ceborucos nos embestian, y con el gran viento que hacia llevábamos hechas grietas en las partes ocultas, que corria sangre dellas, aunque nos habiamos puesto delante muchas hojas de árboles y otras yerbas que buscamos para nos tapar. Pues como por aquella costa no podiamos caminar por causa que se nos hincaban por las plan-

tas de los piés aquellas puntas y piedras de los ceborucos, con mucho trabajo nos metimos en un monte, y con otras piedras que habia en el monte cortamos cortezas de árboles que pusimos por suelas, atadas á los piés con unas que parecen cuerdas delgadas que llaman bejucos, que nacen entre los árboles, que espadas no sacamos ninguna, y atamos los piés y cortezas de los árboles con ello lo mejor que pudimos, y con gran trabajo salimos á una playa de arena, y de ahí á dos dias que caminamos llegamos á un pueblo de indios que se decia Yaguarama, el cual era en aquella sazon del padre fray Bartolomé de las Casas, que era clérigo presbítero y despues le conocí fraile dominico, y llegó á ser obispo de Chiapa, y los indios de aquel pueblo nos dieron de comer. Y otro dia fuimos hasta otro pueblo que se decia Chipiona, que era de un Alonso de Ávila é de un Sandoval (no digo del capitan Sandoval el de la Nueva-España), y desde allí á la Trinidad: y un amigo mio que se decia Antonio de Medina me remedió de vestidos, segun que en la villa se usaban, y así hicieron á mis compañeros otros vecinos de aquella villa; y desde allí con mi pobreza y trabajos me fuí á Santiago de Cuba, adonde estaba el gobernador Diego Velazquez, el cual andaba dando mucha priesa en enviar otra armada: y cuando le fuí á besar las manos, que éramos deudos, él se holgó conmigo, y de unas pláticas en otras me dijo que si estaba bueno de las

heridas para volver á Yucatan. E yo riyendo le respondí que quién le puso nombre Yucatan, que allí no le llaman así. E dijo, Melchorejo el que trujistes lo dice. E yo dije: mejor nombre seria la tierra donde nos mataron la mitad de los soldados que fuimos, y todos los demás salimos heridos. E dijo: bien sé que pasastes muchos trabajos, y así es á los que suelen descubrir tierras nuevas y ganar honra, é su majestad os lo gratificará, é yo así se lo escribiré. E ahora, hijo, id otra vez en la armada que hago, que yo haré que os hagan mucha honra, y diré lo que pasó.

CAPITULO VIII.

Cómo Diego Velazquez, gobernador de Cuba, envió otra armada á la tierra que descubrimos.

En el año de mil quinientos y diez y ocho años, viendo Diego Velazquez, gobernador de Cuba, la buena relacion de las tierras que descubrimos, que se dice Yucatan, ordenó de enviar una armada; y para ella se buscaron cuatro navíos, los dos fueron los que hubimos comprado los soldados que fuimos en compañía del capitan Francisco Hernandez de Córdoba á descubrir á Yucatan (segun mas largamente lo tengo escrito en el descubrimiento), y los otros dos navíos compró el Diego Velazquez de sus dineros. Y en aquella sazon que ordenaba la armada se hallaron presentes en Santiago de Cuba, donde residia el Velazquez, Juan de Grijalva, y Pedro de Alvarado, y Francisco de Montejo, é Alonso de Ávila, que habian ido con negocios al gobernador, porque todos tenian encomiendas de indios en las

mismas islas; y como eran personas valerosas, concertóse con ellos que el Juan de Grijalva, que era deudo del Diego Velazquez, viniese por capitan general, é que Pedro de Alvarado viniese por capitan de un navío, y Francisco de Montejo de otro, y el Alonso de Ávila de otro: por manera que cada uno destos capitanes procuró de poner bastimentos, y matalotaje, de pan cazabe y tocinos, y el Diego Velazquez puso ballestas y escopetas, y cierto rescate, y otras menudencias, y más los navíos. Y como habia fama destas tierras, que eran muy ricas y habia en ellas casas de cal y canto, y el indio Melchorejo decia por señas que habia oro, tenian mucha codicia los vecinos y soldados que no tenian indios en la isla, de ir á esta tierra; por manera que de presto nos juntamos ducientos y cuarenta compañeros: y tambien pusimos cada soldado de la hacienda que teniamos para matalotaje y armas, y cosas que convenian, y en este viaje volví, y con estos capitanes otra vez, y parece ser la instruccion que para ello dió el gobernador Diego Velazquez, fué segun entendí que rescatasen todo el oro y plata que pudiesen, y si viesen que convenia poblar, que poblasen, ó si no que se volviesen á Cuba. E vino por veedor de la armada uno que se decia Peñalosa, natural de Segovia, y trujimos un clérigo que se decia Juan Diaz; y los tres pilotos que ántes habiamos traído cuando el primer viaje, que ya he dicho sus nombres y de dónde eran, Anton

de Alaminos de Palos, y Camacho de Triana, y Juan Alvarez el Manquillo de Huelba, y el Alaminos venia por piloto mayor, y otro piloto que entónces vino, no me acuerdo el nombre. Pues ántes que más pase adelante, porque nombraré algunas veces á estos hidalgos que he dicho que venian por capitanes, y parecerá cosa descomedida nombralles secamente, Pedro de Alvarado, Francisco de Montejo, Alonso de Ávila, y no decilles sus ditados é blasones. Sepan que el Pedro de Alvarado fué un hidalgo muy valeroso, que despues que se hubo ganado la Nueva-España fué gobernador y adelantado de las provincias de Guatimala é Honduras y Chiapa, é comendador de Santiago. E asimismo el Francisco de Montejo, hidalgo de mucho valor, que fué gobernador y adelantado de Yucatan: hasta que su majestad les hizo aquestas mercedes y tuvieron señoríos, no les nombraré sino sus nombres, y no adelantados. Y volvamos á nuestra plática, que fueron los cuatro navíos por la parte y banda del Norte á un puerto que se llama Matanzas, que era cerca de la Habana Vieja, que en aquella sazon no estaba poblada adonde ahora está, y en aquel puerto, ó cerca dél, tenian todos los mas vecinos de la Habana sus estancias de cazabe y puercos, y desde allí se proveyeron nuestros navíos lo que faltaba, y nos juntamos así capitanes como soldados para dar vela y hacer nuestro viaje. Y ántes que más pase adelante, aunque vaya fuera de

órden, quiero decir por qué llamaban aquel puerto que he dicho de Matanzas; y esto traigo aquí á la memoria, porque ciertas personas me lo han preguntado la causa de ponelle aquel nombre; y es por esto que diré: Antes que aquella isla de Cuba estuviese de paz, dió al través por la costa del Norte un navío que habia ido desde la isla de Santo Domingo á buscar indios, que llamaban los Lucayos á unas islas que están entre Cuba y la Canal de Bahama, que se llaman las Islas de los Lucayos, y con mal tiempo dió al través en aquella costa, cerca del rio y puerto que he dicho que se llama Matanzas, y venian en el navío sobre treinta personas españoles y dos mujeres; y para pasallos aquel rio vinieron muchos indios de la Habana y de otros pueblos, como que los venian á ver de paz, y les dijeron que les querian pasar en canoas y llevallos á sus pueblos para dalles de comer. E ya que iban con ellos en medio del rio, les trastornaron las canoas y los mataron, que no quedaron sino tres hombres y una mujer, que era hermosa, la cual llevó un cacique, de los mas principales que hicieron aquella traicion, y los tres españoles repartieron entre los demás caciques. Y á esta causa se puso á este puerto nombre de Puerto de Matanzas: y conocí á la mujer que he dicho, que despues de ganada la isla de Cuba se le quitó al cacique en cuyo poder estaba, y la ví casada en la villa de la Trinidad con un vecino della que se decia Pedro Sanchez Farfan; y

tambien conocí á los tres españoles, que se decia el uno Gonzalo Mejía, hombre anciano, natural de Jerez; y el otro se decia Juan de Santistéban, y era natural de Madrigal; y el otro se decia Cascorro, hombre de la mar, y era pescador, natural de Huelba, y le habia ya casado el cacique con quien solia estar con una su hija, é ya tenia horadadas las orejas y las narices como los indios. Mucho me he detenido en contar cuentos viejos: volvamos á nuestra relacion. E ya que estábamos recogidos así capitanes como soldados y dadas las instrucciones que los pilotos habian de llevar, y las señas de los faroles, y despues de haber oído misa con gran devocion, en cinco dias del mes de Abril de mil y quinientos y diez y ocho años, dimos vela y en diez dias doblamos la punta de Guaniguanico, que los pilotos llaman de San Anton; y en otros ocho dias que navegamos vimos la isla de Cozumel, que entónces la descubrimos dia de Santa Cruz, porque descayeron los navíos con las corrientes mas bajo que cuando venimos con Francisco Hernandez de Córdoba, y bajamos la isla por la banda del Sur: vimos un pueblo, y allí cerca buen surgidero y bien limpio de arrecifes, y saltamos en tierra con el capitan Juan de Grijalva buena copia de soldados, y los naturales de aquel pueblo se fueron huyendo desque vieron venir los navíos á la vela, porque jamás habian visto tal; y los soldados que salimos á tierra no hallamos en el pueblo persona ninguna, y en unas

mieses de maizales se hallaron dos viejos que no podian andar, y los trujimos al capitan, y con Julianillo y Melchorejo los que trujimos de la punta de Cotoche, que entendian muy bien á los indios, y les habló; porque su tierra dellos y aquella isla de Cozumel, no hay de travesía en la mar sino obra de cuatro leguas, y así hablan una misma lengua; y el capitan halagó aquellos viejos y les dió cuentezuelas verdes, y les envió á llamar al Calachioni de aquel pueblo, que ansí se dicen los caciques de aquella tierra, y fueron y nunca volvieron: y estándoles aguardando, vino una india moza de buen parecer, é comenzó á hablar la lengua de la isla de Jamaica, y dijo que todos los indios é indias de aquella isla y pueblo se habian ido á los montes de miedo, y como muchos de nuestros soldados é yo entendimos muy bien aquella lengua, que es la de Cuba, nos admiramos y la preguntamos que cómo estaba allí, y dijo que habia dos años que dió al través con una canoa grande en que iban á pescar diez indios de Xamaica á unas isletas, y que las corrientes la echaron en aquella tierra, y mataron á su marido, y á todos los mas indios xamaicanos sus compañeros, y los sacrificaron á los ídolos: y desque la entendió el capitan, como vió que aquella india seria buena mensajera, envióla á llamar los indios y caciques de aquel pueblo, y dióla de plazo dos dias para que volviese: porque los indios, Melchorejo y Julianillo que llevamos de la punta

de Cotoche tuvimos terror, que apartados de nosotros se huirian á su tierra; y por esta causa no los enviamos á llamar con ellos; y la india volvió otro dia, y dijo que ningun indio ni india queria venir, por mas palabras que les decia. A este pueblo pusimos por nombre Santa Cruz: porque cuatro ó cinco dias ántes de Santa Cruz le vimos: habia en él buenos colmenares de miel, y muchos boniatos y batatas, y manadas de puercos de la tierra, que tienen sobre el espinazo el ombligo: habia en él tres pueblezuelos, y este donde desembarcamos era el mayor, y los otros dos eran mas chicos, que estaba cada uno en una punta de la isla, terná de bojo como obra de dos leguas: pues como el capitan Juan de Grijalva vió que era perder tiempo estar mas allí aguardando, mandó que nos embarcásemos luego, y la india de Xamaica se fué con nosotros, y seguimos nuestro viaje.

CAPITULO IX.

De cómo venimos á desembarcar á Champoton.

Pues vuelto á embarcar, é yendo por las derrotas pasadas (cuando lo de Francisco Hernandez de Córdoba) en ocho dias llegamos en el paraje del pueblo de Champoton, que fué donde nos desbarataron los indios de aquella provincia, como ya dicho tengo en el capítulo que dello habla; y como en aquella ensenada mengua mucho la mar, anclamos los navíos una legua de tierra, y con todos los bateles desembarcamos la mitad de los soldados que allí íbamos, junto á las casas del pueblo; é los indios naturales dél, y otros sus comarcanos, se juntaron todos como la otra vez, cuando nos mataron sobre cincuenta y seis soldados, y todos los mas nos hirieron, segun dicho tengo en el capítulo que dello habla: y á esta causa estaban muy ufanos y orgu-

llosos, y bien armados á su usanza, que son arcos, flechas, lanzas, rodelas, macanas y espadas de dos manos, y piedras con hondas, y armas de algodon, y trompetillas y atambores, y los mas dellos pintadas las caras de negro, colorado y blanco, y puestos en concierto esperando en la costa, para en llegando que llegásemos dar en nosotros: y como teniamos experiencia de la otra vez, llevábamos en los bateles unos falconetes, é íbamos apercebidos de ballestas y escopetas, y llegados á tierra nos comenzaron á flechar, y con las lanzas dar á mantiniente, y tal rociada nos dieron ántes que llegásemos á tierra, que hirieron la mitad de nosotros: y desque hubimos saltado de los bateles, les hicimos perder la furia á buenas estocadas y cuchilladas: porque aunque nos flechaban á terrero, todos llevábamos armas de algodon: y todavía se sostuvieron buen rato peleando con nosotros, hasta que vino otra barcada de nuestros soldados, y les hicimos retraer á unas ciénagas junto al pueblo. En esta guerra mataron á Juan de Quiteria, y á otros dos soldados, y al capitan Juan de Grijalva le dieron tres flechazos y aun le quebraron con un cobaco dos dientes (que hay muchos en aquella costa) é hirieron sobre sesenta de los nuestros. Y desque vimos que todos los contrarios se habian huido, nos fuimos al pueblo, y se curaron los heridos, y enterramos los muertos: y en todo el pueblo no hallamos persona ninguna, ni los que se habian retraido en

las ciénagas, que ya se habian desgarrado, por manera que todos tenian alzadas sus haciendas. En aquellas escaramuzas prendimos tres indios, y el uno dellos parecia principal. Mandóles el capitan que fuesen á llamar al cacique de aquel pueblo, y les dió cuentas verdes y cascabeles para que los diesen, para que viniesen de paz: y asimismo á aquellos tres prisioneros se les hicieron muchos halagos y se les dieron cuentas para que fuesen sin miedo; y fueron, y nunca volvieron: é creimos que el indio Julianillo é Melchorejo no les hobieran de decir lo que les fué mandado, sino al revés. Estuvimos en aquel pueblo cuatro dias. Acuérdome que cuando estábamos peleando en aquella escaramuza, que habia allí unos prados algo pedregosos, é habia langostas, que cuando peleábamos saltaban, y venian volando, y nos daban en la cara, y como eran tan flecheros, y tiraban tanta flecha como granizo, que parecian eran langostas que volaban, y no nos rodelábamos, y la flecha que venia nos heria; y otras veces creíamos, que era flecha, y eran langostas que venian volando: fué harto estorbo.

CAPITULO X.

Cómo seguimos nuestro viaje, y entramos en Boca de Términos, que entónces le pusimos este nombre.

Yendo por nuestra navegacion adelante, llegamos á una boca como de rio muy grande y ancha, y no era rio como pensábamos, sino muy buen puerto, é porque está entre unas tierras é otras, é parecia como estrecho: tan gran boca tenia, que decia el Piloto Anton de Alaminos que era isla, y partian términos con la tierra, y á esta causa le pusimos nombre Boca de Términos, y así está en las cartas del marear: y allí saltó el capitan Juan de Grijalva en tierra con todos los mas capitanes por mí nombrados, y muchos soldados estuvimos tres dias hondando la boca de aquella entrada: é mirando bien arriba y abajo del ancon, donde creíamos que iba é venia á parar, y hallamos no ser isla, sino ancon: y era muy buen puerto, y hallamos unos adorato-

rios de cal y canto; y muchos ídolos de barro y de palo, que eran dellos como figuras de sus dioses, y dellos de figuras de mujeres, y muchos como sierpes, y muchos cuernos de venados, é creimos que por allí cerca habria alguna poblacion, é con el buen puerto que seria bueno para poblar: lo cual no fué así, que estaba muy despoblado; porque aquellos adoratorios eran de mercaderes y cazadores, que de pasada entraban en aquel puerto con canoas, y allí sacrificaban y habia mucha caza de venados y conejos; matamos diez venados con una lebrela, y muchos conejos. Y luego desque todo fué visto é sondado, nos tornamos á embarcar, y se nos quedó allí la lebrela, y cuando volvimos con Cortés, la tornamos á hallar, y estaba muy gorda y lucida. Llaman los marineros á este Puerto de Términos. E vueltos á embarcar navegamos costa á costa junto á tierra hasta que llegamos al rio de Tabasco, que por descubrirle el Juan de Grijalva se nombra agora el rio de Grijalva.

CAPITULO XI.

Cómo llegamos al rio de Tabasco, que llaman Grijalva, y lo que allí nos acaeció.

Navegando costa á costa la via del Poniente, de dia, porque de noche no osábamos por temor de bajos, é arrecifes, á cabo de tres dias vimos una boca de rio muy ancha, y llegamos muy á tierra con los navíos, y parecia buen puerto: y como fuimos mas cerca de la boca, vimos reventar los bajos ántes de entrar en el rio, y allí sacamos los bateles, y con la sonda en la mano hallamos que no podian entrar en el puerto los dos navíos de mayor porte: fué acordado, que anclasen fuera en el mar, y con los otros dos navíos que demandaban ménos agua; que con ellos é con los bateles fuésemos todos los soldados el rio arriba, porque vimos muchos indios estar en canoas en las riberas, y tenian arcos, y flechas, y todas sus armas segun y de

la manera de Champoton; por donde entendimos, que habia por allí algun pueblo grande; y tambien porque viniendo como veniamos navegando costa á costa, habiamos visto echadas nasas en la mar con que pescaban, y aun á dos dellas se les tomó el pescado con un batel que traíamos á jorro de la capitana. Aqueste rio se llama de Tabasco, porque el cacique de aquel pueblo se llamaba Tabasco; y como le descubrimos deste viaje, y el Juan de Grijalva fué el descubridor, se nombra rio de Grijalva, y así está en las cartas del marear. E ya que llegamos obra de media legua del pueblo, bien oímos el rumor de cortar de madera, de que hacian grandes mamparos é fuerzas y aderezarse para nos dar guerra; porque habian sabido de lo que pasó en Potonchan, y tenian la guerra por muy cierta. Y desque aquello sentimos desembarcamos de una punta de aquella tierra donde habia unos palmares, que era del pueblo media legua; y desque nos vieron allí, vinieron obra de cincuenta canoas con gente de guerra, y traían arcos y flechas, y armas de algodon, rodelas, y lanzas, y sus atambores, y penachos: y estaban entre los esteros otras muchas canoas llenas de guerreros, y estuvieron algo apartados de nosotros, que no osaron llegar como los primeros. Y desque los vimos de aquel arte, estábamos para tirarles con los tiros, y con las escopetas, y ballestas, y quiso nuestro Señor que acordamos de los llamar, é con Julianico y Melchorejo los

de la punta de Cotoche, que sabian muy bien aquella lengua, y dijo á los principales que no hubiesen miedo, que les queriamos hablar cosas que desque las entendiesen, hubiesen por buena nuestra llegada allí é á sus casas, é que les queriamos dar de lo que traíamos. E como entendieron la plática, vinieron obra de cuatro canoas, y en ellas hasta treinta indios, y luego se les mostraron sartalejos de cuentas verdes, y espejuelos, y diamantes azules; y desque los vieron parecia que estaban de mejor semblante, creyendo que eran chalchihuites, que ellos tienen en mucho. Entónces el capitan les dijo con las lenguas Julianillo, é Melchorejo, que veniamos de léjas tierras, y éramos vasallos de un grande Emperador, que se dice don Cárlos, el cual tiene por vasallos á muchos grandes señores y calachiomes, y que ellos le deben tener por señor, y les irá muy bien en ello, é que á trueco de aquellas cuentas nos den comida de gallinas. Y nos respondieron dos dellos, que el uno era principal y el otro papa, que son como sacerdotes que tienen cargo de los ídolos, que he ya dicho otra vez que papas les llaman en la Nueva-España: y dijeron que harian el bastimento que deciamos, é trocarian de sus cosas á las nuestras: y en lo demas que señor tienen, é que agora veniamos, é sin conocerlos, é ya les queriamos dar señor, é que mirásemos no les diésemos guerra como en Potonchan: porque tenian aparejados dos xiquipiles de gentes de guerra de

todas aquellas provincias contra nosotros; cada xiquipil son ocho mil hombres: é dijeron que bien sabian que pocos dias habia que habiamos muerto y herido sobre mas de ducientos hombres en Potonchan, é que ellos no son hombres de tan pocas fuerzas como los otros, é que por eso habian venido á hablar por saber nuestra voluntad; é aquello que les deciamos que se irian á decir á los caciques de muchos pueblos que están juntos, para tratar paces ó guerra. Y luego el capitan les abrazó en señal de paz, y les dió unos sartalejos de cuentas, y les mandó que volviesen con la respuesta con brevedad, é que si no venian, que por fuerza habiamos de ir á su pueblo, y no para los enojar. Y aquellos mensajeros que enviamos, hablaron con los caciques, é papas, que tambien tienen voto entre ellos; y dijeron que eran buenas las paces, y traer bastimentos, é que entre todos ellos, y los pueblos comarcanos se buscara luego un presente de oro para nos dar, y hacer amistades no les acaezca como á los de Potonchan. Y lo que yo ví y entendí despues acá en aquellas provincias, se usaba enviar presentes cuando se trataba paces: y en aquella punta de los palmares, donde estábamos vinieron sobre treinta indios, é trujeron pescados asados, y gallinas é fruta, y pan de maíz, é unos braseros con ascuas, y con sahumerios y nos sahumaron á todos; y luego pusieron en el suelo unas esteras, que acá llaman petates, y

encima una manta, y presentaron ciertas joyas de oro que fueron ciertas ánades como las de Castilla, y otras joyas como lagartijas, y tres collares de cuentas vaciadizas, y otras cosas de oro de poco valor, que no valia docientos pesos: y mas trujeron unas mantas é camisetas de las que ellas usan, é dijeron que recibiésemos aquello de buena voluntad, é que no tienen mas oro que nos dar, que adelante hácia donde se pone el sol hay mucho y decian *Culba Culba, México México*, y nosotros no sabiamos qué cosa era Culba, ni aun México tampoco. Puesto que no valia mucho aquel presente que trujeron, tuvímoslo por bueno por saber cierto que tenian oro; y desque lo hubieron presentado, dijeron que nos fuésemos luego adelante, y el capitan les dió las gracias por ello, é cuentas verdes: y fué acordado de irnos luego á embarcar, porque estaban en mucho peligro los dos navíos, por temor del Norte que es travesía, y tambien por acercarnos hácia donde decian que habia oro.

CAPITULO XII.

Cómo vimos el pueblo del Aguayaluco, que pusimos por nombre la Rambla.

Vueltos á embarcar, siguiendo la costa adelante, desde á dos dias vimos un pueblo junto á tierra que se dice el Aguayaluco, y andaban muchos indios de aquel pueblo por la costa con unas rodelas hechas de conchas de tortugas, que relumbraban con el sol que daba en ellas, y algunos de nuestros soldados porfiaban que eran de oro bajo; y los indios que las traían iban haciendo grandes movimientos por el arenal y costa adelante: y pusimos á este pueblo por nombre la Rambla, y así está en las cartas del marear. E yendo más adelante costeando vimos una ensenada donde se quedó el rio de Fenole, que á la vuelta que volvimos entramos en él y le pusimos nombre rio de San Antonio, y así está en las cartas del mar. E yendo más adelante navegan-

do, vimos adonde quedaba el paraje del gran rio de Guacayvalco, y quisiéramos entrar en el ensenada que está, por ver qué cosa era, sino por ser el tiempo contrario: é luego se parecieron las grandes sierras nevadas, que en todo el año están cargadas de nieve; y tambien vimos otras sierras que están mas junto al mar, que se llaman agora de San Martin, y pusímoslas por nombre San Martin, porque el primero que las vió fué un soldado que se llamaba San Martin, vecino de la Habana. Y navegando nuestra costa adelante, el capitan Pedro de Alvarado se adelantó con su navío y entró en un rio que en Indias se llama Papalohuna, y entónces pusimos por nombre rio de Alvarado, porque lo descubrió el mesmo Alvarado. Allí le dieron pescado unos indios pescadores, que eran naturales de un pueblo que se dice Tlacotalpa: estuvímosle aguardando en el paraje del rio, donde entró con todos tres navíos, hasta que salió dél, y á causa de haber entrado en el rio sin licencia del general, se enojó mucho con él y le mandó que otra vez no se adelantase del armada porque no le aviniese algun contraste en parte donde no le pudiésemos ayudar. E luego navegamos con todos cuatro navíos en conserva, hasta que llegamos en paraje de otro rio que le pusimos por nombre rio de Banderas, porque estaban en él muchos indios con lanzas grandes, y en cada lanza una bandera hecha de manta blanca, revolándolas y llamándonos; lo cual diré adelante cómo pasó.

CAPÍTULO XIII.

Cómo llegamos á un rio que pusimos por nombre rio de Banderas, é rescatamos catorce mil pesos.

Ya habrán oído decir en España, y en toda la mas parte della y de la christiandad, cómo México es tan gran ciudad y poblada en el agua como Venecia, y habia en ella un gran señor que era rey de muchas provincias, y señoreaba todas aquellas tierras, que son mayores que cuatro veces nuestra Castilla, el cual señor se decia Montezuma; é como era tan poderoso queria señorear y saber hasta lo que no podia ni le era posible: é tuvo noticia de la primera vez que venimos con Francisco Hernandez de Córdoba, lo que nos acaeció en la batalla de Cotoche y en la de Champoton, y agora deste viaje la batalla del mismo Champoton, y supo que éramos nosotros pocos soldados y los de aquel pueblo muchos, é al fin entendió que nuestra demanda era buscar oro á

trueque del rescate que traíamos, é todo se lo habian llevado pintado en unos paños que hacen de nequien, que es como de lino. Y como supo que íbamos costa á costa hácia sus provincias, mandó á sus gobernadores que si por allí aportásemos que procurasen de trocar oro á nuestras cuentas, en especial á las verdes, que parecian á sus chalchihuites; y tambien lo mandó para saber é inquirir mas por entero de nuestras personas, é qué era nuestro intento. Y lo mas cierto era (segun entendimos) que dicen que sus antepasados les habian dicho que habian de venir gentes de hácia donde sale el sol, que los habian de señorear. Agora, sea por lo uno ó por lo otro, estaban en posta á vela indios del grande Montezuma en aquel rio que dicho tengo, con lanzas largas, y en cada lanza una bandera enarbolándola y llamándonos que fuésemos allí donde estaban. Y desque vimos de los navíos cosas tan nuevas, para saber qué podia ser, fué acordado por el general, con todos los demás soldados y capitanes, que echásemos dos bateles en el agua é que saltásemos en ellos todos los ballesteros y escopeteros, y veinte soldados, y Francisco de Montejo fuese con nosotros; é que si viésemos que eran de guerra los que estaban con las banderas, que de presto se lo hiciésemos saber, ó otra cualquier cosa que fuese. Y en aquella sazon quiso Dios que hacia bonanza en aquella costa, lo cual pocas veces suele acaecer: y como llegamos en tierra, hallamos tres caciques, que

el uno dellos era gobernador de Montezuma, é con muchos indios de propio, y tenian muchas gallinas de la tierra, y pan de maíz, de lo que ellos suelen comer, é frutas, que eran pinas, y capotes, que en otras partes llaman niameyes, y estaban debajo de una sombra de árboles, puestas esteras en el suelo, que ya he dicho otra vez, que en estas partes se llaman petates, y allí nos mandaron asentar, y todo por señas; porque Julianillo, el de la punta de Cotoche, no entendia aquella lengua; y luego trujeron braseros de barro con ascuas y nos sahumaron con uno como resina que huele á incienso. Y luego el capitan Montejo lo hizo saber al general; y como lo supo, acordó de surgir allí en aquel paraje con todos los navíos, y saltó en tierra con todos los capitanes y soldados. Y desque aquellos caciques y gobernadores lo vieron en tierra y conocieron que era el capitan general de todos, á su usanza le hicieron grande acatamiento y le sahumaron; y él les dió las gracias por ello, y les hizo muchas caricias, y les mandó dar diamantes y cuentas verdes; y por señas les dijo que trujesen oro á trocar á nuestros rescates. Lo cual luego el gobernador mandó á sus indios, y que todos los pueblos comarcanos trujesen de las joyas que tenian á rescatar: y en seis dias que estuvimos allí trujeron más de quince mil pesos en joyezuelas de oro bajo, y de muchas hechuras: y aquesto debe ser lo que dicen los coronistas Francisco López de Gomara y Gonzalo Hernandez de

Oviedo en sus corónicas, que dicen que dieron los de Tabasco, y como se lo dijeron por relacion, así lo escriben, como si fuese verdad; porque vista cosa es que en la provincia del rio de Grijalva no hay oro, sino muy pocas joyas. Dejemos esto, y pasemos adelante, y es, que tomamos posesion en aquella tierra por su majestad, y en su nombre real el gobernador de Cuba Diego Velazquez. Y despues desto hecho, habló el general á los indios que allí estaban, diciendo que se queria embarcar, y les dió camisas de Castilla. Y de allí tomamos un indio, que llevamos en los navíos, el cual, despues que entendió nuestra lengua, se volvió cristiano y se llamó Francisco, y despues de ganado México le ví casado en un pueblo que se llama Santa Fe. Pues como vió el general que no traían más oro á rescatar, é habia seis dias que estábamos allí y los navíos corrian riesgo, por ser travesía el Norte, nos mandó embarcar. E corriendo la costa adelante, vimos una isleta que bañaba la mar y tenia la arena blanca, y estaria (al parecer) obra de tres leguas de tierra, y pusímosle por nombre Isla Blanca; y así está en las cartas del marear. Y no muy léjos de esta isleta blanca vimos otra isla mayor al parecer que las demás, y estaria de tierra obra de legua y média, y allí enfrente della habia buen surgidero, y mandó el general que surgiésemos. Ehados los bateles en el agua, fué el capitan Juan de Grijalva con muchos de nosotros los soldados á ver la isleta,

y hallamos dos casas hechas de cal y canto y bien labradas, y cada casa con unas gradas por donde subian á unos como altares, y en aquellos altares tenian unos ídolos de malas figuras, que eran sus dioses, y allí estaban sacrificados de aquella noche cinco indios, y estaban abiertos por los pechos, y cortados los brazos y los muslos, y las paredes llenas de sangre. De todo lo cual nos admiramos, y y pusimos por nombre á esta isleta, Isla de Sacrificios. Y allí enfrente de aquella isla saltamos todos en tierra, y en unos arenales grandes que allí hay, adonde hicimos ranchos y chozas con ramas y con las velas de los navíos. Habíanse allegado en aquella costa muchos indios que traían á rescatar oro hecho piecezuelas, como en el rio de Banderas, y segun despues supimos mandó el gran Montezuma que viniesen con ello, y los indios que lo traían al parecer estaban temerosos, y era muy poco. Por manera que luego el capitan Juan de Grijalva mandó que los navíos alzasen las anclas y pusiesen velas, y fuésemos adelante á surgir enfrente de otra isleta que estaba obra de média luega de tierra, y esta isla es donde agora está el puerto. Y diré adelante lo que allí nos avino.

CAPITULO XIV.

Cómo llegamos al puerto de San Juan de Culúa.

Desembarcados en unos arenales, hicimos chozas encima de los mastos y medaños de arena, que los hay por allí grandes, por causa de los mosquitos, que habia muchos, y con bateles ondearon muy bien el puerto y hallaron que con el abrigo de aquella isleta estarian seguros los navíos del Norte, y habia buen fondo: y hecho esto, fuimos á la isleta con el general treinta soldados, bien apercebidos en los bateles, y hallamos una casa de adoratorio, donde estaba un ídolo muy grande y feo, el cual se llamaba Tezcatepuca, y estaban allí cuatro indios con mantas prietas y muy largas, con capillas como traen los dominicos ó canónigos, ó querian parecer á ellos: y aquellos eran sacerdotes de aquel ídolo, y tenian sacrificados de aquel dia dos muchachos,

y abiertos por los pechos, y los corazones y sangre ofrecidos á aquel maldito ídolo; y los sacerdotes, que ya he dicho que se dicen papas, nos venian á sahumar con lo que sahumaban aquel su ídolo; y en aquella sazon que llegamos le estaban sahumando con uno que huele á incienso, y no consentimos que tal sahumerio nos diesen, ántes tuvimos muy gran lástima y mancilla de aquellos dos muchachos, é verlos recien muertos y ver tan grandísima crueldad. Y el general preguntó al indio Francisco, que traíamos del rio de Banderas, que parecia algo entendido, que por qué hacian aquello, y éste le decia medio por señas, porque entónces no teniamos lengua ninguna, como ya otras veces he dicho. Y respondió, que los de Culúa lo mandaban sacrificar; y como era torpe de lengua, decia Olúa, Olúa. Y como nuestro capitan estaba presente, y se llamaba Juan, y asimismo era dia de San Juan, pusimos por nombre á aquella isleta, San Juan de Ulúa; y este puerto es agora muy nombrado, y están hechos en él grandes reparos para los navíos, y allí vienen á desembarcar las mercaderías para México é Nueva-España. Volvamos á nuestro cuento, que como estábamos en aquellos arenales, vinieron luego indios de pueblos allí comarcanos á trocar su oro en joyezuelas á nuestros rescates; mas eran tan pocos y tan poco valor, que no haciamos cuenta dello: y estuvimos siete dias de la manera que he dicho, y con los muchos mosquitos no nos podiamos

valer. Y viendo que el tiempo se nos pasaba y teniendo ya por cierto que aquellas tierras no eran islas sino tierra firme, y que habia grandes pueblos, y el pan de cazabe muy mohoso é sucio de las fatulas y amargaba, y los que allí veniamos no éramos bastantes para poblar, cuanto más que faltaban diez de nuestros soldados, que se habian muerto de las heridas, y estaban otros cuatro dolientes; é viendo todo esto, fué acordado que lo enviásemos á hacer saber al gobernador Diego Velazquez para que nos enviase socorro, porque el Juan de Grijalva muy gran voluntad tenia de poblar con aquellos pocos soldados que con él estábamos, y siempre mostró un grande ánimo de un muy valeroso capitan y no como lo escribe el coronista Gomara. Pues para hacer esta embajada acordamos que fuese el capitan Pedro de Alvarado en un navío que se decia San Sebastian, porque hacia agua, aunque no mucha, porque en la isla de Cuba se diese carena y pudiesen en él traer socorro y bastimento. Y tambien se concertó que llevase todo el oro que se habia rescatado, y ropa de mantas, y los dolientes: y los capitanes escribieron al Diego Velazquez cada uno lo que le pareció; y luego se hizo á la vela, é iba la vuelta de la isla de Cuba. Adonde los dejaré agora, así al Pedro de Alvarado como al Grijalva, y diré cómo el Diego Velazquez habia enviado en nuestra busca.

CAPITULO XV.

Cómo Diego Velazquez, gobernador de la isla de Cuba, envió un navío pequeño en nuestra busca.

Despues que salimos el capitan Juan de Grijalva de la isla de Cuba para hacer nuestro viaje, siempre Diego Velazquez estaba triste y pensativo no nos hubiese acaecido algun desastre, y deseaba saber de nosotros, y á esta causa envió un navío pequeño en nuestra busca con siete soldados, y por capitan dellos á un Cristóval de Oli, persona de valía, muy esforzado, y le mandó que siguiese la derrota de Francisco Hernandez de Córdoba hasta toparse con nosotros. Y segun parece, el Cristóvol de Oli, yendo en nuestra busca, estando surto cerca de tierra le dió un recio temporal, y por no anegarse sobre las amarras, el piloto que traían mandó cortar los cables, é perdió las anclas, é volvióse á Santiago de Cuba, de donde habia salido, adonde estaba el

Diego Velazquez; y cuando vió que no tenia nueva de nosotros, si triste estaba de ántes que enviase al Cristóval de Oli, muy más pensativo estuvo despues. Y en esta sazon llegó el capitan Pedro de Alvarado con el oro, y ropa, y dolientes, y con entera relacion de lo que habiamos descubierto. Y cuando el gobernador vió que estaba en joyas, parecia mucho más de lo que era, y estaban allí con el Diego Velazquez muchos vecinos de aquella isla que venian á negocios. Y cuando los oficiales del rey tomaron el real quinto que venia á su majestad, estaban espantados de cuán ricas tierras habiamos descubierto; y como el Pedro de Alvarado se lo sabia muy bien platicar, dice que no hacia el Diego Velazquez sino abrazallo, y en ocho dias tener gran regocijo y jugar cañas; y si mucha fama tenian de ántes de ricas tierras, agora con este oro se sublimó en todas las islas y en Castilla, como adelante diré. Y dejaré al Diego Velazquez haciendo fiestas, y volveré á nuestros navíos, que estaban en San Juan de Ulúa.

CAPITULO XVI.

De lo que nos sucedió costeando las sierras de Tusta y de Tuspa.

Despues que de nosotros se partió el capitan Pedro de Alvarado para ir á la isla de Cuba, acordó nuestro general, con los demás capitanes y pilotos, que fuésemos costeando y descubriendo todo lo que pudiésemos; y yendo por nuestra navegacion, vimos las sierras de Tusta, y más adelante de ahí, á otros dos dias, vimos otras sierras muy más altas, que agora se llaman las sierras de Tuspa; por manera que unas sierras se dicen Tusta, porque están cabe un pueblo que se dice así, y las otras sierras se dicen Tuspa porque se nombra el pueblo junto adonde aquellas están Tuspa. E caminando mas adelante vimos muchas poblaciones, y estarian la tierra adentro dos ó tres leguas, esto es ya en la provincia de Pánuco: é yendo por

nuestra navegacion llegamos á un rio grande que le pusimos por nombre Rio de Canoas, y allí enfrente de la boca dél surgimos: y estando surtos todos tres navíos, y estando algo descuidados, vinieron por el rio diez y seis canoas muy grandes llenas de indios de guerra, con arcos, y flechas, y lanzas, y vánse derechos al navío mas pequeño, del cual era capitan Alonso de Avila, y estaba mas llegado á tierra, y dándole una rociada de flechas, que hirieron á dos soldados, echaron mano al navío, como que lo querian llevar, y aun cortaron una amarra: y puesto que el capitan y los soldados peleaban bien, y trastornaron tres canoas, nosotros con gran presteza les ayudamos con nuestros bateles, y escopetas, y ballestas, y herimos mas de la tercia parte de aquellas gentes; por manera que volvieron con la mala ventura por donde habian venido: y luego alzamos áncoras, y dimos vela, y seguimos costa á costa hasta que llegamos á una punta muy grande, y era tan mala de doblar, y las corrientes muchas, que no podiamos ir adelante: y el piloto Anton de Alaminos dijo al general, que no era bien navegar mas aquella derrota, y para ello se dieron muchas causas, y luego se tomó consejo de lo que se habia de hacer; y fué acordado que diésemos la vuelta á la isla de Cuba, lo uno, porque ya entraba el invierno, y no habia bastimentos, é un navío hacia mucha agua, y los capitanes desconformes, porque el Juan de Grijalva decia, que

queria poblar, y el Francisco Montejo y Alonso de Avila decian que no se podian sustentar, por causa de los muchos guerreros que en la tierra habia: y tambien todos nosotros los soldados estábamos hartos y muy trabajados de andar por la mar. Así que dimos vuelta á todas velas, y las corrientes que nos ayudaban, en pocos dias llegamos en el paraje del gran rio de Guazacualco, y no pudimos estar, por ser el tiempo contrario; y muy abrazados con la tierra, entramos en el rio de Tonalá, que se puso nombre entónces Sant Anton, y allí se dió carena al navío, que hacia mucha agua, puesto que tocó tres veces al estar en la barra, que es muy baja: y estando aderezando nuestro navío, vinieron muchos indios del puerto de Tonalá, que estaba una legua de allí, y trujeron pan de maíz, y pescado, y fruta, y con buena voluntad nos lo dieron, y el capitan les hizo muchos halagos, y les mandó dar cuentas verdes, y diamantes, y les dijo por señas, que trujesen oro á rescatar, y que les dariamos de nuestro rescate: y traían joyas de oro bajo, y se les daban cuentas por ello. Y desque lo supieron los de Guazacualco, y de otros pueblos comarcanos, que rescatábamos, tambien vinieron ellos con sus pecezuelas, y llevaron cuentas verdes, que aquellos tenian en mucho. Pues demás de aqueste rescate traían comunmente todos los indios de aquella provincia unas hachas de cobre muy lucidas, como por gentileza y á manera de armas, con unos cabos de

palo muy pintados; y nosotros creimos que eran de oro bajo, y comenzamos á rescatar dellas; digo, que en tres dias se hubieron mas de seiscientas dellas, y estábamos muy contentos dellas, creyendo que eran de oro bajo, y los indios mucho mas con las cuentas; y todo salió vano, que las hachas eran de cobre y las cuentas un poco de nada. E un marinero habia secretamente rescatado siete hachas y estaba muy alegre con ellas; y parece ser que otro marinero lo dijo al capitan, y mandóle, que las diese; y porque rogamos por él, se las dejó, creyendo que eran de oro. Tambien me acuerdo, que un soldado que se decia Bartolomé Prado, fué á una casa de ídolos, que ya he dicho que se dicen *cues*, que es como quien dice, casa de sus dioses, que estaba en un cerro alto, y en aquella casa halló muchos ídolos, y copal, que es como incienso, que es con que sahuman, y cuchillos de pedernal, con que sacrificaban y retajaban, y unas arcas de madera, y en ellas muchas piezas de oro, que eran diademas, y collares, y dos ídolos, y otros como cuentas; y aquel oro tomó el soldado para sí, y los ídolos del sacrificio trujo al capitan. Y no faltó quien le vió, y lo dijo al Grijalva, y queríaselo tomar; y rogámosle, que se lo dejase; y como era de buena condicion, que sacado el quinto de su majestad, que lo demás fuese para el pobre soldado, y no valia ochenta pesos. Tambien quiero decir cómo yo sembré unas pepitas de naranjas junto á otras ca-

sas de ídolos; y fué desta manera: que como habia muchos mosquitos en aquel rio, fuíme á dormir á una casa alta de ídolos, y allí junto aquella casa sembré siete ú ocho pepitas de naranjas que habia traido de Cuba, y nacieron muy bien porque parece ser que los papas de aquellos ídolos les pusieron defensa para que no las comiesen hormigas, y las regaban y limpiaban desque vieron que eran plantas diferentes de las suyas. He traido aquí esto á la memoria, para que se sepa que estos fueron los primeros naranjos que se plantaron en la Nueva-España: porque despues de ganado México, y pacificados los pueblos sujetos de Guazacoalco, túvose por la mejor provincia, por causa de estar en la mejor conmodacion de toda la Nueva-España, así por las minas que las habia, como por el buen puerto, y la tierra de suyo rica de oro, y de pastos para ganados, y á este efecto se pobló de los mas principales conquistadores de México, é yo fuí uno, y fuí por mis naranjos, y traspúselos, y salieron muy buenos. Bien sé que dirán, que no hace al propósito de mi relacion estos cuentos viejos, y dejallos he, y diré cómo quedaron todos los indios de aquellas provincias muy contentos, y luego nos abrazamos, y vamos la vuelta de Cuba, y en cuarenta y cinco dias, unas veces con buen tiempo, y otras veces con contrario, llegamos á Santiago de Cuba, donde estaba el Gobernador Diego Velazquez, y él nos hizo buen recibimiento; y desque vió el oro

que traíamos, que seria cuatro mil pesos, é con el que trujo primero el capitan Pedro de Alvarado, seria por todo veinte mil pesos; y otros decian más y otros decian ménos, é los oficiales de su majestad sacaron el real quinto: y tambien trujeron las seiscientas hachas que parecian oro, y cuando las trujeron para quintar, estaban tan mohosas, en fin como cobre que era, y allí hubo bien que reir y decir de la burla y del rescate. Y el Diego Velazquez con todo esto estaba muy alegre: puesto que parecia estar mal con el pariente Grijalva, y no tenian razon, sino que el Alonso de Avila era mal acondicionado y decia que el Grijalva era para poco, y no faltó el capitan Montejo que le ayudó de mal. Y cuando esto pasó, ya habia otras pláticas para enviar otra armada, é á quién elegirian por capitan.

CAPITULO XVII.

Cómo Diego Velazquez envió á Castilla á su procurador.

Y aunque les parezca á los lectores que va fuera de nuestra relacion esto que yo traigo aquí á la memoria, ántes que éntre en lo del capitan Herdo Cortés, conviene que se diga, por las causas que adelante verán; y tambien porque en un tiempo acaecen dos ó tres cosas, y por fuerza hemos de hablar de una, y la que mas viene al propósito. Y el caso es, que, como yá he dicho, cuando llegó el capitan Pedro de Alvarado á Santiago de Cuba con el oro que hubimos de las tierras que descubrimos, y el Diego Velazquez temió que primero que él hiciese relacion á su majestad, que algun caballero privado en corte tenia relacion dello, y le hurtaba la bendicion, á esta causa envió el Diego Velazquez á un su capellan, que se decia Benito Mar-

tinez, hombre que entendia muy bien de negocios, á Castilla con probanzas y cartas para D. Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Burgos, é se nombraba arzobispo de Rosano, y para el licenciado Luis Zapata, y para el secretario Lope Conchillos, que en aquella sazon entendian en las cosas de las Indias, y el Diego Velazquez era muy servidor del obispo, y de los demás oidores, y como tal les dió pueblos de indios en la isla de Cuba, que les sacaban oro de las minas, é á esta causa hacia mucho por el Diego Velazquez, especialmente el obispo de Burgos, y no dió ningun pueblo de indios á su majestad: porque en aquella sazon estaba en Flandes. Y demás de les haber dado los indios que dicho tengo, nuevamente envió á estos oidores muchas joyas de oro de lo que habiamos enviado con el capitan Alvarado, que eran veinte mil pesos, segun dicho tengo, y no se haria otra cosa en el real consejo de Indias, sino lo que aquellos señores mandaban. Y lo que enviaba á negociar el Diego Velazquez era, que le diesen licencia para rescatar y conquistar, y poblar en todo lo que habia descubierto y en lo que mas descubriese: y decia en sus relaciones y cartas, que habia gastado muchos millares de pesos de oro en el descubrimiento. Por manera que el capellan Benito Martinez fué á Castilla y negoció todo lo que pidió, y áun mas cumplidamente, que trujo provision para el Diego Velazquez para ser adelantado de la isla de Cuba.

Pues ya negociado lo aquí por mi dicho, no vinieron tan presto los despachos, que primero no saliese Cortés con otra armada. Quedarse ha aquí así los despachos del Diego Velazquez, como la armada de Cortés, y diré cómo estando escribiendo esta relacion ví una corónica del coronista Francisco López de Gomora, y habla en lo de las conquistas de la Nueva-España é México; y lo que sobre ello me parece declarar adonde hubiere contradiccion sobre lo que dice el Gomora, lo diré segun y de la manera que pasó en las cosquistas, y va muy diferente de lo que escribe, porque todo es contrario de la verdad.

CAPITULO XVIII.

De algunas advertencias acerca de lo que escribe Francisco López de Gomora, mal informado en su historia.

Estando escribiendo esta relacion, acaso ví una historia de buen estiló, la cual se nombra de un Francisco López de Gomora, que habla de las conquistas de México y Nueva-España, y cuando leí su gran retórica, y como mi obra es tan grosera, dejé de escribir en ella, y aun tuve vergüenza que pareciese entre personas notables: y estando tan perplejo como digo, torné á leer y á mirar las razones y pláticas que el Gomora en sus libros escribió, y ví, que desde el principio y medio hasta el cabo no llevaba buena relacion, y va muy contrario de lo que fué é pasó en la Nueva-España: y cuando entró á decir de las grandes ciudades y tantos números que dice que habia de vecinos en ellas, que tanto se le dió poner ocho como ocho mil. Pues

de aquellas grandes matanzas que dice que haciamos, siendo nosotros obra de cuatrocientos soldados los que andábamos en la guerra, que harto teniamos de defendernos que no nos matasen ó llevasen de vencida, que aunque estuvieran los indios atados, no hiciéramos tantas muertes y crueldades como dice que hicimos, que juro amen, que cada dia estábamos rogando á Dios y á nuestra Señora no nos desbaratasen. Volviendo á nuestro cuento, Atalarico, muy bravísimo rey, y Atila, muy soberbio guerrero, en los campos catalanes no hicieron tantas muertes de hombres como dice que haciamos. Tambien dice que derrocábamos y abrasábamos muchas ciudades y templos, que son sus cues, donde tienen sus ídolos; y en aquello le parece á Gomora que aplace mucho á los oyentes que leen su historia, y no quiso ver ni entender cuando lo escribia, que los verdaderos conquistadores y curiosos lectores que saben lo que pasó, claramente le dirán, que en su historia en todo lo que escribe se engañó. Y si en las demás historias que escribe de otras cosas va del arte del de la Nueva-España, tambien irá todo errado. Y es lo bueno, que ensalza á unos capitanes, y abaja á otros; y los que no se hallaron en las conquistas, dice, que fueron capitanes, y que un Pedro Dircio fué por capitan cuando el desbarato que hubo en un pueblo que le pusieron nombre *Almería;* porque el que fué por capitan en aquella entrada, fué un Juan de Escalante, que murió en el des-

barate con otros siete soldados; y dice, que un Juan Velazquez de Leon fué á poblar á Guacualco, y la verdad es así, que un Gonzalo de Sandoval, natural de Avila, lo fué á poblar. Tambien dice, cómo Cortés mandó quemar un indio que se decia Quezal Popoca, capitan dè Montezuma, sobre la poblacion que se quemó. El Gomora no acierta tambien lo que dice de la entrada que fuimos á un pueblo y fortaleza *Anga Panga*, escríbelo, mas no como pasó. Y de cuando en los arenales alzamos á Cortés por capitan general y justicia mayor, en todo le engañaron. Pues en la toma de un pueblo, que se dice *Chamula*, en la provincia de Chiapa, tampoco acierta en lo que escribe. Pues otra cosa peor dice, que Cortés mandó secretamente barrenar los once navíos en que habiamos venido, ántes fué público, porque claramente por consejo de todos los demas soldados mandó dar con ellos al través á ojos vistas, porque nos ayudase la gente de la mar que en ellos estaba á velar y guerrear. Pues en lo de Juan de Grijalva, siendo buen capitan, le deshace y disminuye. Pues en lo de Francisco Hernandez de Córdoba, habiendo él descubierto lo de Yucatan, lo pasa por alto. Y en lo de Francisco de Garay dice, que vino el primero con cuatro navíos de lo de Pánuco, ántes que viniese con la armada postrera; en lo cual no acierta como en lo demás. Pues en todo lo que escribe de cuando vino el capitan Narvaez, y de cómo le desbaratamos, escribe segun y como las rela-

ciones. Pues en las batallas de Tlaxcala, hasta que hicimos las paces, en todo escribe muy léjos de lo que pasó. Pues las guerras de México, de cuando nos desbarataron y echaron de la ciudad, y nos mataron y sacrificaron sobre ochocientos y sesenta soldados, digo otra vez, sobre ochocientos y senta soldados; porque de mil y trecientos que entramos al socorro de Pedro de Alvarado, é íbamos en aquel socorro los de Narvaez, y los de Cortés, que eran los mil y trecientos que he dicho, no escapamos sino cuatrocientos y cuarenta, y todos heridos: é dícelo de manera como si no fuera nada. Pues desque tornamos á conquistar la gran ciudad de México y la ganamos, tampoco dice los soldados que nos mataron y hirieron en las conquistas, sino que todo lo hallábamos como quien va á bodas y regocijos. ¿Para qué meto yo aquí tanto la pluma en contar cada cosa por sí, que es gastar papel y tinta? porque si en todo lo que escribe va de aquesta arte, es grande lástima: y puesto que él lleve buen estilo, habia de ver, que para que diese fe á lo demás que dice, que en esto se habia de esmerar. Dejemos esta plática; y volveré á mi materia, que despues de bien mirado todo lo que he dicho que escribe el Gomora, que por ser tan léjos de lo que pasó, es en perjuicio de tantos, torno á proseguir en mi relacion é historia: porque dicen sabios varones, que la buena policía y agraciado componer, es decir verdad en lo que escribieren: y la mera verdad resiste á mi rude-

za: y mirando en esto que he dicho, acordé de seguir mi intento con el ornato y pláticas que adelante verán, para que salga á luz, y se vean las conquistas de la Nueva-España claramente, y cómo se han de ver, y su majestad sea servido conocer los grandes y notables servicios que le hicimos los verdaderos conquistadores, pues tan pocos soldados como venimos á estas tierras con el venturoso y buen capitan Hernando Cortés nos pusimos á tan grandes peligros; y le ganamos esta tierra, que es una buena parte de las del nuevo mundo, puesto que su majestad, como christianísimo rey y señor nuestro nos lo ha mandado muchas veces gratificar; é dejaré de hablar acerca desto porque hay mucho que decir.

Y quiero volver con la pluma en la mano, como el buen piloto lleva la sonda por la mar descubriendo los bajos, cuando siente que los hay, así haré yo, encaminar á la verdad de lo que pasó la historia del coronista Gomora, y no será todo en lo que escribe; porque si parte por parte se hubiese de escribir, seria más la costa en coger la rebusca, que en las verdaderas vendimias. Digo, que sobre esta mi relacion pueden los coronistas sublimar y dar loas cuantas quisieren así al capitan Cortés como á los fuertes conquistadores, pues tan grande y santa empresa salió de nuestras manos, pues ello mismo da fe muy verdadera; y no son cuentos de naciones extrañas, ni sueños, ni porfias, que ayer pasó, á manera de

decir, sino vean toda la Nueva-España qué cosa es y lo que sobre ella escriben. Dirémos lo que en aquellos tiempos nos hallamos ser verdad, como testigos de vista, y no estarémos hablando las contrariedades y falsas relaciones (como decimos) de los que escribieron de oidas, pues sabemos que la verdad es cosa sagrada; y quiero dejar de más hablar en esta materia; y aunque habia bien que decir della, y lo que se sospechó del coronista que le dieron falsas relaciones cuando hacia aquella historia, porque toda la honra y prez della la dió solo al marqués don Hernando Cortés é no hizo memoria de ninguno de nuestros valerosos capitanes y fuertes soldados: é bien se parece en todo lo que el Gomora escribe en su historia, serle muy aficionado, pues á su hijo el marqués que agora es, le eligió su corónica y obra, y la dejó de elegir á nuestro rey y señor. Y no solamente el Francisco López de Gomora escribió tantos borrones é cosas que no son verdaderas, de que ha hecho mucho daño á muchos escritores y coronistas que despues del Gomora han escrito en las cosas de la Nueva-España, como es el doctor Illescas y Pablo Jovio, que se van por sus mismas palabras é escriben ni más ní ménos que el Gomora; por manera que lo que sobre esta materia escribieron, es porque les ha hecho errar el Gomora.

CAPITULO XIX.

Cómo venimos otra vez con otra armada á las tierras nuevamente descubiertas, y por capitan de la armada Hernando Cortés, que despues fué marqués del Valle y tuvo otros ditados, y de las contrariedades que hubo para le estorbar que no fuese capitan.

En quince dias del mes de Noviembre de mil y quinientos y diez y ocho años, vuelto el capitan Juan de Grijalva de descubrir las tierras nuevas (como dicho habemos) el gobernador Diego Velazquez ordenaba de enviar otra armada muy mayor que las de ántes, y para ello tenia ya diez navíos en el puerto de Santiago de Cuba; los cuatro dellos eran en los que volvimos cuando lo de Juan de Grijalva, porque luego les hizo dar carena y adobar; y los otros seis recogieron de toda la isla, y los hizo proveer de bastimento, que era pan, cazabe y tocino, porque en aquella sazon no habia en

la isla de Cuba ganado vacuno ni carneros, y este bastimento no era para más de hasta llegar á la Habana, porque allí habiamos de hacer todo el matalotaje, como se hizo. Y dejemos de hablar en esto, y volvamos á decir las diferencias que se hubo en elegir capitan para aquel viaje. Habia muchos debates y contrariedades, porque ciertos caballeros decian que viniese un capitan muy de calidad que se decia Vasco Porcallo, pariente cercano del conde de Feria, y temióse el Diego Velazquez que se alzaria con la armada, porque era atrevido: otros decian que viniese un Agustin Bermudez, ó un Antonio Velazquez Borrego, ó un Bernardino Velazquez, parientes del gobernador Diego Velazquez; y todos los más soldados que allí nos hallamos decíamos que volviese el Juan de Grijalva, pues era buen capitan y no habia falta en su persona, y en saber mandar. Andando las cosas y conciertos desta manera que aquí he dicho, dos grandes privados del Diego Velazquez que se decian Andrés de Duero, secretario del mismo gobernador, y un Amador de Larez, contador de su majestad, hicieron secretamente compañía con un buen hidalgo que se decia Hernando Cortés, natural de Medellin, el cual fué hijo de Martin Cortés de Monroy, y de Catalina Pizarro Altamirano, é ambos hijosdalgo, aunque pobres, é así era por la parte de su padre Cortés y Monroy, y la de su madre Pizarro é Altamirano. Fué de los buenos linajes de

Estremadura, é tenia indios de encomienda en aquella isla, é poco tiempo habia que se habia casado por amores con una señora que se decia doña Catalina Suarez Pacheco, y esta señora era hija de Diego Suarez Pacheco, ya difunto, natural de la ciudad de Ávila, y de María de Mercaida, vizcaina, y hermana de Juan Suarez Pacheco; y éste, despues que se ganó la Nueva-España, fué vecino y encomendado en México. Y sobre este casamiento de Cortés le sucedieron muchas pesadumbres y prisiones, porque Diego Velazquez favoreció las partes della, como más largo contarán otros; y así pasaré adelante, y diré acerca de la compañía, y fué desta manera: que concertaron estos grandes privados del Diego Velazquez que le hiciesen dar á Hernando Cortés la capitanía general de toda la armada, y que partirian entre todos tres la ganancia del oro, plata y joyas, de la parte que le cupiese á Cortés, porque secretamente el Diego Velazquez enviaba á rescatar y no á poblar. Pues hecho este concierto, tienen tales modos el Duero y el contador con el Diego Velazquez y le dicen tan buenas y melosas palabras, loando mucho á Cortés, que es persona en quien cabe aquel cargo, y para capitan muy esforzado, y que le seria muy fiel, pues era su ahijado; porque fué su padrino cuando Cortés se veló con doña Catalina Suarez Pacheco; por manera que le persuadieron á ello, y luego se eligió por capitan general: y el Andrés de Duero,

como era secretario del gobernador, no tardó de hacer las provisiones, como dice en el refran, de muy buena tinta, y como Cortés las quiso, bastantes, y se las trujo firmadas. Ya publicada su eleccion, á unas personas les placia y á otras les pesaba. Y un domingo yendo á misa el Diego Velazquez, como era gobernador, íbanle acompañando las mas nobles personas y vecinos que habia en aquella villa, y llevaba á Hernando Cortés á su lado derecho por le honrar, é iba delante del Diego Velazquez un truhan que se decia Cervantes el loco haciendo gestos y chocarrerías, á la gala de mi amo: Diego, Diego, ¿qué capitan has elegido? que es de Medellin de Estremadura, capitan de gran ventura. Mas temo Diego no se te alce con el armada, que le juzgo por muy gran varon en sus cosas. Y decia otras locuras que todas iban inclinadas á malicia. Y porque lo iba diciendo de aquella manera le dió de pescozazos el Andrés de Duero, que iba allí junto con Cortés, y le dijo: Calla, borracho, loco, no seas mas bellaco; que bien entendido tenemos que esas malicias, socolor de gracias, no salen de tí. Y todavía el loco iba diciendo: ¡Viva, viva la gala de mi amo Diego y del su venturoso capitan Cortés! E juro á tal, mi amo Diego, que por no te ver llorar tu mal recaudo, que ahora has hecho, yo me quiero ir con Cortés á aquellas ricas tierras. Túvose por cierto que dieron los Velazquez, parientes del gobernador, ciertos pesos de oro á aquel

chocarrero porque dijese aquellas malicias socolor de gracias. Y todo salió verdad, como lo dijo. Dicen que los locos muchas veces aciertan en lo que hablan: y fué elegido Hernando Cortés por la gracia de Dios para ensalzar nuestra santa fe y servir á su majestad, como adelante se dirá.

CAPITULO XX.

De las cosas que hizo y entendió el capitan Hernando Cortés despues que fué elegido por capitan, como dicho es.

Pues como ya fué elegido Hernando Cortés por general de la armada que dicho tengo, comenzó á buscar todo género de armas, así escopetas como pólvora y ballestas, é todos cuantos pertrechos de guerra pudo haber, y buscar todas cuantas maneras de rescate, y tambien otras cosas pertenecientes para aquel viaje. E demás desto se comenzó de pulir, é abellidar en su persona, mucho más que de ántes, é se puso un penacho de plumas con su medalla de oro, que le parecia muy bien. Pues para hacer aquestos gastos que he dicho no tenia de qué, porque en aquesta sazon estaba muy adeudado y pobre, puesto que tenia buenos indios de encomienda y le daban buena renta de las minas de oro; mas todo lo gastaba en su persona y en

atavíos de su mujer, que era recien casado. Era apacible en su persona, y bien quisto, y de buena conversacion: y habia sido dos veces alcalde en la villa de Santiago de Boroco, adonde era vecino; porque en aquestas tierras se tiene por mucha honra. Y como ciertos mercaderes amigos suyos que se decian Jaime Tria ó Gerónimo Tria, y un Pedro de Jerez, le vieron con capitanía y prosperado, le prestaron cuatro mil pesos de oro y le dieron otras mercaderías sobre la renta de sus indios, y luego hizo hacer unas lazadas de oro que puso en una ropa de terciopelo, y mandó hacer estandartes y banderas labradas de oro con las armas reales, y una cruz de cada parte, juntamente con las armas de nuestro rey y señor, con un letrero en latin, que decia: "Hermanos, sigamos la señal de la santa cruz con fe verdadera, que con ella vencerémos." Y luego mandó dar pregones y tocar sus atambores y trompetas en nombre de su majestad, y en su real nombre por Diego Velazquez, para que cualesquier personas que quisiesen ir en su compañía á las tierras nuevamente descubiertas á las conquistar y poblar, les darian sus partes del oro, plata y joyas que se hubiese, y encomiendas de indios despues de pacificada, y que para ello tenia el Diego Velazquez de su majestad. E puesto que se pregonó aquesto de la licencia del rey nuestro señor, aun no habia venido con ella de Castilla el capellan Benito Martinez, que fué el que

Diego Velazquez hubo despachado á Castilla para que le trujese, como dicho tengo en el capítulo que dello habla. Pues como se supo esta nueva en toda la isla de Cuba, y tambien Cortés escribió á todas las villas á sus amigos que se aparejasen para ir con él á aquel viaje, unos vendian sus haciendas para buscar armas y caballos, otros comenzaban á hacer cazabe, y salar tocinos para matalotaje, y se colchaban armas, y se apercebian de lo que habian menester lo mejor que podian. De manera que nos juntamos en Santiago de Cuba, donde salimos con la armada, más de trescientos soldados; y de la casa del mismo Diego Velazquez vinieron los mas principales que tenia en su servicio, que era un Diego de Ordás, su mayordomo mayor, y á éste el mismo Velazquez lo envió para que mirase y entendiese no hubiese alguna mala trama en la armada, que siempre se temió de Cortés, aunque lo disimulaba: y vino un Francisco de Morla, y un Escobar, y un Heredia, y un Juan Ruano, y Pedro Escudero, y un Martin Ramos de Larez vizcaino, y otros muchos que eran amigos y paniaguados del Diego Velazquez. E yo me pongo á la postre, ya que estos soldados pongo aquí por memoria y no á otros; porque en su tiempo y sazon los nombraré á todos los que me acordare. Y como Cortés andaba muy solícito en aviar su armada y en todo se daba mucha priesa, como ya la malicia y envidia reinaba siempre en aquellos deudos del

Diego Velazquez, estaban afrentados como no se fiaba el pariente dellos, y dió aquel cargo y capitanía á Cortés, sabiendo que le habia tenido por su grande enemigo pocos dias habia, sobre el casamiento de la mujer de Cortés, que se decia Catalina Suarez la Marcaida (como dicho tengo) y á esta causa andaban mormurando del pariente Diego Velazquez y aun de Cortés, y por todas las vías que podian lo revolvian con el Diego Velazquez, para que en todas maneras le revocasen el poder. De lo cual tenia dello aviso el Cortés, y á esta causa no se quitaba de la compañía de estar con el gobernador, y siempre mostrándose muy gran su servidor. Él decia que le habia de hacer muy ilustre señor é rico en poco tiempo. Y demás desto, el Andrés de Duero avisaba siempre á Cortés que se diese priesa en embarcar porque ya tenian trastrocado al Diego Velazquez con importunidades de aquellos sus parientes los Velazquez. Y desque aquello vió Cortés, mandó á su mujer doña Catalina Suarez la Marcaida que todo lo que hubiese de llevar de bastimentos y otros regalos que suelen hacer para sus maridos, en especial para tal jornada, se llevase luego á embarcar á los navíos. E ya tenia mandado apregonar, é apregonado, é apercebidos á los maestros y pilotos, y á todos los soldados que para tal dia y noche no quedase ninguno en tierra. Y desque aquello tuvo mandado, y los vió todos embarcados, se fué á despedir del Diego Velazquez, acompañado

de aquellos sus grandes amigos y compañeros, Andrés de Duero y el contador Amador de Larez, y todos los más nobles vecinos de aquella villa; y despues de muchos ofrecimientos y abrazos de Cortés al gobernador, y del gobernador á Cortés, se despidió dél: y otro dia muy de mañana, despues de haber oído misa, nos fuimos á los navíos, y el mismo Diego Velazquez le tornó á acompañar, y otros muchos hidalgos, hasta acercanos á la vela: y con próspero tiempo en pocos dias llegamos á la villa de la Trinidad, y tomando puerto y saltados en tierra, lo que allí le avino á Cortés adelante se dirá. Aquí en esta relacion verán lo que á Cortés le acaeció, y las contrariedades que tuvo, hasta elegir por capitan, y todo lo demás ya por mí dicho: y sobre ello miren lo que dice Gomora en su historia, y hallarán ser muy contrario lo uno de lo otro: y cómo á Andrés de Duero siendo secretario que mandaba la isla de Cuba, le hace mercader; y al Diego de Ordás que vino ahora con Cortés, dijo que habia venido con Grijalva. Dejemos al Gomora, y á su mala relacion, y digamos cómo desembarcamos con Cortés en la villa de la Trinidad.

CAPITULO XXI.

De lo que Cortés hizo desque llegó á la villa de la Trinidad, y de los caballeros y soldados que allí nos juntamos para ir en su compañía, y de lo que mas le avino.

E así como desembarcamos en el puerto de la villa de la Trinidad, y salidos en tierra, y como los vecinos lo supieron, luego fueron á recibir á Cortés, y á todos nosotros los que veniamos en su compañía, y á darnos el parabien venido á su villa, y llevaron á Cortés á aposentar entre los vecinos, porque habia en áquella villa poblados muy buenos hidalgos: y luego mandó Cortés poner su estandarte delante de su posada, y dar pregones, como se habia hecho en la villa de Santiago, y mandó buscar todas las ballestas y escopetas que habia, y comprar otras cosas necesarias, y aun bastimentos: y de aquesta villa salieron hidalgos para ir con nosotros, y todos hermanos, que fué el capitan Pedro de Alvarado, y Gonzalo Alvarado, y Jorge de Alvarado,

y Gonzalo, y Gomez, y Juan de Alvarado el viejo que era bastardo. El capitan Pedro de Alvarado es el por muy muchas veces nombrado: y tambien salió de aquesta villa Alonso de Avila, natural de Avila, capitan que fué cuando lo de Grijalva, y salió Juan de Escalante, y Pedro Sanchez Farfan, natural de Sevilla: y Gonzalo Mejía, que fué tesorero en lo de México, y un Vaena, y Juanes de Fuenterravía, y Christóval de Olid, que fué forzado, que fué maestre de campo en la toma de la ciudad de México, y en todas las guerras de la Nueva-España, y Ortiz el Músico, y un Gaspar Sanchez, sobrino del tesorero de Cuba, y un Diego de Pineda ó Pinedo, y un Alonso Rodriguez que tenia unas minas ricas de oro, y un Bartolomé García: y otros hidalgos que no me acuerdo sus nombres, y todas personas de mucha valía. Y desde la Trinidad escribió Cortés á la villa de Santispíritus, que estaba de allí diez y ocho leguas, haciendo saber á todos los vecinos, cómo iba á aquel viaje á servir á su majestad, y con palabras sabrosas, y ofrecimientos para traer á sí muchas personas de calidad que estaban en aquella villa poblados, que se decian: Alonso Hernandez Puertocarrero, primo del conde de Medellin, y Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, é gobernador que fué ocho meses, y capitan que despues fué en la Nueva-España; y á Juan Velazquez de Leon, pariente del gobernador Velazquez, y Rodrigo Rangel, y Gonzalo López de

Ximena, y su hermano Juan López, y Juan Sedeño. Este Juan Sedeño era vecino de aquella villa, y declarólo así, porque habia en nuestra armada otros dos Juan Sedeños: y todos estos que he nombrado, personas muy generosas, vinieron á la villa de la Trinidad donde Cortés estaba: y como lo supo que venian, los salió á recibir con todos nosotros los soldados que estábamos en su compañía, y se dispararon muchos tiros de artillería, y les mostró mucho amor; y ellos le tenian grande acato. Digamos ahora cómo todas las personas que he nombrado, vecinos de la Trinidad, tenian en sus estancias donde hacian el pan cazabe, y manadas de puercos cerca de aquella villa, y cada uno procuró de poner el mas bastimento que podia. Pues estando desta manera recogiendo soldados, y comprando caballos, que en aquella sazon ó tiempo no los habia, sino muy pocos y caros: y como aquel hidalgo, por mí ya nombrado que se decia Alonso Hernandez Puertocarrero, no tenia caballo, ni aun de qué comprallo, Cortés le compró una yegua rucia, y dió por ella unas lazadas de oro, que traía en la ropa de terciopelo que mandó hacer en Santiago de Cuba (como dicho tengo) y en aquel instante vino un navío de la Habana á aquel puerto de la Trinidad que traía un Juan Sedeño, vecino de la misma Habana, cargado de pan cazabe, y tocinos que iba á vender á unas minas de oro, cerca de Santiago de Cuba, y como saltó en tierra el Juan Sedeño, fué á besar las

manos á Cortés, y despues de muchas pláticas que tuvieron, le compró el navío, y tocinos, y cazabe fiado, y se fué el Juan de Sedeño con nosotros. Ya teniamos once navíos, y todo se nos hacia prósperamente, gracias á Dios por ello, y estando de la manera que he dicho, envió Diego Velazquez cartas y mandamientos, para que detengan la armada á Cortés. Lo cual verán adelante lo que pasó.

CAPITULO XXII.

Cómo el Gobernador Diego Velazquez envió dos criados suyos en posta á la villa de la Trinidad, con poderes, y mandamientos para revocar á Cortés el poder de ser capitan, y tomalle la armada: y lo que pasó diré adelante.

Quiero volver algo atrás de nuestra plática, para decir que como salimos de Santiago de Cuba con todos los navíos de la manera que he dicho, dijeron á Diego Velazquez tales palabras contra Cortés, que le hicieron volver la hoja, porque le acusaban que ya iba alzado, y que salió del puerto como á cencerros tapados, y que le habian oido decir, que aunque pesase al Diego Velazquez habia de ser capitan, y que por este efecto habia embarcado todos sus soldados en los navíos de noche para si le quitasen la capitanía, por fuerza hacerse á la vela, y que le habian engañado al Velazquez su secretario Andrés de Duero, y el contador Amador de Lares,

y que por tratos que habia entre ellos y entre Cortés, que le habian hecho dar aquella capitanía. E quien mas metió la mano en ello para convocar al Diego Velazquez que le revocase luego el poder, eran sus parientes Velazquez, y un viejo que se decia Juan Millan, que le llamaban el Astrólogo: otros decian, que tenia ramos de locura, é que era atronado: y este viejo decia muchas veces al Diego Velazquez: "Mira, señor, que Cortés se vengará ahora de vos de cuando le tuvistes preso, y como es mañoso os ha de echar á perder, si no lo remediais presto." A estas palabras, y otras muchas que le decian, dió oidos á ellas: y con mucha brevedad envió dos mozos de espuelas, de quien se fiaba, con mandamientos y provisiones para el alcalde mayor de la Trinidad, que se decia Francisco Verdugo, el cual era cuñado del mismo gobernador: en las cuales provisiones mandaba, que en todo caso le detuviesen el armada á Cortés, porque ya no era capitan, y le habian revocado el poder, y dado á Vasco Porcallo. Y tambien traían cartas para Diego de Ordás, y para Francisco de Morla, y para todos los amigos y parientes del Diego Velazquez, para que en todo caso le quitasen la armada. Y como Cortés lo supo, habló secretamente al Ordás, y á todos aquellos soldados y vecinos de la Trinidad que le pareció á Cortés que serian en favorecer las provisiones del gobernador Diego Velazquez, y tales palabras y ofertas les dijo, que los

trujo á su servicio: y aun el mismo Diego de Ordás habló é convocó luego á Francisco Verdugo, que era alcalde mayor, que no hablasen en el negocio, sino que lo disimulasen: y púsole por delante, que hasta allí no habia visto ninguna novedad en Cortés, ántes se mostraba muy servidor del gobernador: é ya que en algo se quisiesen poner por el Velazquez, para quitalle la armada en aquel tiempo que Cortés tenia muchos hidalgos por amigos, y enemigos del Diego Velazquez, porque no les habia dado buenos indios, y demas de los hidalgos sus amigos tenia grande copia de soldados, y estaba muy pujante, y que seria meter zizaña en la villa, é que por ventura los soldados le darian sacomano, é le robarian, é harian otro peor desconcierto, y así se quedó sin hacer bullicio, y el un mozo de espuelas de los que traían las cartas y recaudos, se fué con nosotros, el cual se decia Pedro Lazo, y con el otro mensajero escribió Cortés muy mansa y amorosamente al Diego Velazquez, que se maravillaba de su merced, de haber tomado aquel acuerdo, y que su deseo es servir á Dios y á su majestad, y á él en su real nombre, y que le suplicaba que no oyese mas á aquellos señores sus deudos los Velazquez, ni por un viejo loco, como era Juan Millan, se mudase. Y tambien escribió á todos sus amigos, en especial al Duero y al contador sus compañeros: y despues de haber escrito, mandó entender á todos los soldados en aderezar

armas: y á los herreros que estaban en aquella villa, que siempre hiciesen casquillos, y á los ballesteros que desbastasen almacen, para que tuviesen muchas saetas, y tambien atrujo y convocó á los herreros que se fuesen con nosotros, y así lo hicieron, y estuvimos en aquella villa doce dias: donde lo dejaré, y diré cómo nos embarcamos para ir á la Habana. Tambien quiero que vean los que esto leyeren la diferencia que hay de Francisco Gomora, cuando dice que envió á mandar Diego Velazquez á Ordás, que convidase á comer á Cortés en un navío, y lo llevase preso á Santiago. Y pone otras cosas en su corónica, que por no me alargar lo dejo de decir, y al parecer de los curiosos lectores, si lleva mejor camino lo que se vió por vista de ojos, ó lo que dice el Gomora que no lo vió. Volvamos á nuestra materia.

CAPITULO XXIII.

Cómo el capitan Hernando Cortés se embarcó con todos los demás caballeros, y soldados, para ir por la banda del Sur al puerto de la Habana, y envió otro navío por la banda del Norte al mismo puerto, y lo que más le acaeció.

Despues que Cortés vió que en la villa de la Trinidad no teniamos en qué entender, apercibió á todos los caballeros y soldados que allí se habian juntado para ir en su compañía, que se embarcasen juntamente con él en los navíos que estaban en el puerto de la banda del Sur, y los que por tierra quisiesen ir, fuesen hasta la Habana con Pedro de Alvarado, para que fuese recogiendo mas soldados, que estaban en unas estancias, que era camino de la misma Habana: porque el Pedro de Alvarado era muy apacible, y tenia gracia en hacer gente de guerra. Yo fuí en su compañía por tierra, y mas de otros cincuenta soldados. Dejemos esto, y diré

que tambien mandó Cortés á un hidalgo, que se decia Juan de Escalante, muy su amigo, que fuese en un navío por la banda del Norte. Y tambien mandó que todos los caballeros fuesen por tierra. Pues ya despachado todo lo que dicho tengo, Cortés se embarcó en la nao capitana con todos los navíos para ir la derrota de la Habana. Parece ser que las naos que llevaba en conserva no vieron á la capitana, donde iba Cortés, porque era de noche, y fueron al puerto; y asimismo llegamos por tierra con Pedro de Alvarado á la villa de la Habana: y el navío en que venia Juan de Escalante por la banda del Norte, tambien habia llegado, y todos los caballos que iban por tierra: y Cortés no vino, ni sabian dar razon dél, ni dónde quedaba, y pasáronse cinco dias y no habia nuevas ningunas de su navío, y teniamos sospechas no se hubiese perdido en los Jardines; que es cerca de las islas de Pinos, donde hay muchos bajos, que son diez ó doce leguas de la Habana; y fué acordado por todos nosotros que fuesen tres navíos de los de ménos porte en busca de Cortés; y en aderezar los navíos, y en debates, vaya fulano, vaya zutano, ó Pedro, ó Sancho, se pasaron otros dos dias, y Cortés no venia: y habia entre nosotros bandos, y medio chirinolas, sobre quién seria Capitan hasta saber de Cortés: y quien mas en ello metió la mano, fué Diego de Ordás, como mayordomo mayor del Velazquez, á quien enviaba para entender solamente en lo de la armada no se alza-

se con ella. Dejemos esto y volvamos á Cortés, que como venia en el navío de mayor porte (como ántes tengo dicho) en el paraje de la isla de Pinos, ó cerca de los jardines hay muchos bajos, parece ser tocó y quedó algo en seco el navío, é no pudo navegar, y con el batel mandó descargar toda la carga que se pudo sacar; porque allí cerca habia tierra donde lo descargaron, y desque vieron que el navío estaba en floto, y podia nadar, le metieron en mas hondo, y tornaron á cargar lo que habian descargado en tierra, y dió vela, y fué su viaje hasta el puerto de la Habana; y cuando llegó, todos los mas de los caballeros y soldados que le aguardábamos, nos alegramos con su venida, salvo algunos que pretendian ser capitanes; y cesaron las chirinolas. Y despues que le aposentamos en la casa de Pedro Barba, que era teniente de aquella villa por el Diego Velazquez, mandó sacar sus estandartes, y ponellos delante de las casas donde posaba; y mandó dar pregones, segun y de la manera de los pasados, y de allí de la Habana vino un hidalgo que se decia Francisco de Montejo: y este es el por mí muchas veces nombrado, que despues de ganado México, fué adelantado y gobernador de Yucatan é Honduras, y vino Diego de Soto el de Toro, que fué mayordomo de Cortés en lo de México: y vino un Angulo, y Garci Caro, y Sebastian Rodriguez, y un Pacheco, y un fulano Gutierrez, un Rojas (no digo Rojas el Rico) y un mancebo que se decia Santa

Clara, y dos hermanos que se decian los Martinez del Frexenal, y un Juan de Nájera (no lo digo por el sordo el del juego de la pelota de México) y todas personas de calidad, sin otros soldados que no me acuerdo sus nombres. Y cuando Cortés los vió todos aquellos hidalgos y soldados juntos, se holgó en grande manera, y luego envió un navío á la punta de Guaniguanico á un pueblo que allí estaba de indios, adonde hacian cazabe, y tenian muchos puercos, para que cargase el navío de tocinos, porque aquella estancia era del gobernador Diego Velazquez: y envió por capitan del navío al Diego de Ordás como mayordomo mayor de las haciendas del Velazquez, y envióle por tenelle apartado de sí; porque Cortés supo que no se mostró mucho en su favor, cuando hubo las contiendas sobre quién seria capitan cuando Cortés estaba en la isla de Pinos, que tocó su navío, y por no tener contraste en su persona le envió, y le mandó, que estuviese cargado el navío de bastimentos, se estuviese aguardando en el mismo puerto de Guaniguanico, hasta que se juntase con otro navío, que habia de ir por la banda del Norte, y que irian ambos en conserva, hasta lo de Cozumel, ó le avisaria con indios en canoas lo que habia de hacer. Volvamos á decir del Francisco de Montejo, y de todos aquellos vecinos de la Habana que metieron mucho matalotaje de cazabe y tocinos, que otra cosa no habia: y luego Cortés mandó sacar toda la artillería de los

navíos, que eran diez tiros de bronce, y ciertos falconetes, y dió cargo dellos á un artillero que se decia Mesa, y á un levantisco que se decia Arbenga, y á un Juan Catalan, para que los piasen y probasen, y para que las pelotas y pólvora todo lo tuviesen muy á punto, é dióles vino y vinagre con que lo refinasen, y dióles por compañero á uno que se decia Bartolomé de Usagre. Asimismo mandó aderezar las ballestas, y cuerdas, y nueces, y almacen, é que tirasen á terrero, é que mirasen á cuántos pasos llegaba la fuga de cada una dellas. Y como en aquella tierra de la Habana habia mucho algodon, hicimos armas muy bien colchadas, porque son buenas para entre indios, porque es mucha la vara y flecha, y lanzadas que daban, pues piedra era como granizo: y allí en la Habana comenzó Cortés á poner casa y á tratarse como señor; y el primer maestresala que tuvo, fué un Guzman, que luego se murió ó mataron indios: no digo por el mayordomo Christóval de Guzman que fué de Cortés, que prendió á Guatemuz cuando la guerra de México. Y tambien tuvo Cortés por camarero á un Rodrigo Rangel, y por mayordomo á un Juan de Cáceres, que fué despues de ganado México hombre rico. Y todo esto ordenado, nos mandó apercebir para embarcar, y que los caballos fuesen repartidos en todos los navíos: hicieron pesebrera y metieron mucho maíz y herba seca. Quiero aquí poner por memoria todos los caballos y yeguas que pasaron.

El capitan Cortés, un caballo castaño zaino, que luego se le murió en San Juan de Ulúa.

Pedro de Alvarado y Hernando López de Ávila, una yegua castaña muy buena, de juego y de carrera: y de que llegamos á la Nueva-España, el Pedro de Alvarado le compró la mitad de la yegua ó se la tomó por fuerza.

Alonso Hernandez Puertocarrero, una yegua rucia: de buena carrera, que le compró Cortés por las lazadas de oro.

Juan Velazquez de León, otra yegua rucia, muy poderosa, que llamábamos la rabona, muy revuelta y de buena carrera.

Christóval de Oli, un caballo castaño oscuro harto bueno.

Francisco de Montejo y Alonso de Ávila, un caballo alazan tostado; no fué para cosa de guerra.

Francisco de Morla, un caballo castaño oscuro, gran corredor y revuelto.

Juan de Escalante, un caballo castaño claro, tresalvo; no fué bueno.

Diego de Ordás, una yegua rucia, machorra pasadera, aunque corria poco.

Gonzalo Dominguez, un muy extremado ginete, un caballo castaño oscuro muy bueno, y gran corredor.

Pedro Gonzalez de Trujillo, un buen caballo castaño, que corria muy bien.

Moron, vecino del Vaimo, un caballo hovero, labrado de las manos, y era bien revuelto.

Vaena, vecino de la Trinidad, un caballo hovero algo sobre morcillo; no salió bueno.

Larez, el muy buen ginete, un caballo muy bueno, de color castaño algo claro, y buen corredor.

Ortiz el Músico, y un Bartolomé García que solia tener minas de oro, un muy buen caballo escuro, que decian el arriero: este fué uno de los buenos caballos que pasamos en la armada.

Juan Sedeño, vecino de la Habana, una yegua castaña, y esta yegua parió en el navío. Este Juan Sedeño pasó el más rico soldado que hubo en toda la armada, porque trajo un navío suyo, y la yegua, y un negro, é cazabe, é tocinos; porque en aquella sazon no se podia hallar caballos, ni negros, si no era á peso de oro, y á esta causa no pasaron más caballos porque no los habia. Y dejallos he aquí, y diré lo que allá nos avino ya que estamos á punto para nos embarcar.

CAPITULO XXIV.

Cómo Diego Velazquez envió á un criado que se decia Gaspar de Garnica con mandamientos y provisiones para que en todo caso se prendiese á Cortés y se le tomase el armada, y lo que sobre ello se hizo.

Hay necesidad que algunas cosas desta relacion vuelvan muy atrás á se rescatar para que se entienda bien lo que se escribe. Y esto digo, que parece ser, que como el Diego Velazquez vió y supo de cierto que Francisco Verdugo, su teniente é cuñado, que estaba en la villa de la Trinidad, no quiso apremiar á Cortés que dejase el armada, ántes le favoreció juntamente con Diego de Ordás, para que saliese, dice que estaba tan enojado el Diego Velazquez, que hacia bramuras y decia al secretario Andrés de Duero y al contador Amador de Larez qué ellos le habian engañado por el trato que hicieron, y que Cortés iba alzado, y acordó de enviar

á un su criado con cartas y mandamientos para la Habana á su teniente, que se decia Pedro Barba, y escribió á todos sus parientes que estaban por vecinos en aquella villa, y al Diego de Ordás, y á Juan Velazquez de Leon, que eran sus deudos é amigos, rogándoles muy afectuosamente que en bueno ni en malo no dejasen pasar aquella armada, y que luego prendiesen á Cortés y se lo enviasen preso é á buen recaudo á Santiago de Cuba. Llegado que llegó Garnica (que así se decia el que envió con las cartas y mandamientos á la Habana) se supo lo que traía, y con este mismo mensajero tuvo aviso Cortés de lo que enviaba el Velazquez, y fué desta manera: que parece ser, que un fraile de la Merced que se daba por servidor de Velazquez, que estaba en su compañía del mismo gobernador, escribia á otro fraile de su Orden, que se decia fray Bartolomé de Olmedo que iba con Cortés, y en aquella carta del fraile le avisaban á Cortés sus dos compañeros Andrés de Duero y el contador de lo que pasaba. Volvamos á nuestro cuento: pues como al Ordás lo habia enviado Cortés á lo de bastimentos con el navío (como dicho tengo), no tenia Cortés contraditor sino al Juan Velazquez de Leon: luego que le habló lo trujo á su mandado: y especialmente, que el Juan Velazquez no estaba bien con el pariente porque no le habia dado buenos indios: pues á todos los más que habia escrito el Diego Velazquez, ninguno le acudia á su propósito, ántes

todos á una se mostraron por Cortés; y el teniente Pedro Barba muy mejor: y demás desto, aquellos hidalgos Alvarados, y el Alonso Hernandez Puertocarrero, y Francisco de Montejo, y Christóval de Oli, y Juan de Escalante, é Andrés de Monjaraz y su hermano Gregorio de Monjaraz, y todos nosotros pusiéramos la vida por el Cortés. Por manera que si en la villa de la Trinidad se disimularon los mandamientos, muy mejor se callaron en la Habana entónces; y con el mismo Garnica escribió el teniente Pedro Barba al Diego Velazquez que no osó prender á Cortés porque estaba muy pujante de soldados, é que hubo temor no metiese á sacomano la villa, y la robase y embarcase todos los vecinos y se los llevase consigo. E que á lo que ha entendido, que Cortés era su servidor, é que no se atrevió á hacer otra cosa. Y Cortés le escribió al Velazquez con palabras tan buenas, y de ofrecimientos que los sabia muy bien decir, é que otro dia se haria á la vela y que le seria muy servidor.

CAPITULO XXV.

Cómo Cortés se hizo á la vela con toda su compañía de caballeros y soldados para la isla de Cozumel, y lo que allí le avino.

No hicimos alarde hasta la villa de Cozumel, mas de mandar Cortés que los caballos se embarcasen: y mandó Cortes á Pedro de Alvarado que fuese por la banda del Norte en un buen navío que se decia San Sebastian, y mandó al piloto que llevaba en el navío, que le aguardase en la punta de Sant Anton, para que allí se juntase con todos los navíos para ir en conserva hasta Cozumel, y envió mensajero á Diego de Ordás, que habia ido por el bastimento, que aguardase que hiciese lo mismo, porque estaba en la banda del Norte. Y en diez dias del mes de Febrero, año de mil y quinientos y diez y nueve años, despues de haber oído misa, nos hicimos á la vela con nueve navíos por la banda del Sur, con la copia de los caballeros y soldados que dicho tengo, y con los dos navíos de la banda del Norte (como he dicho) que fueron once con él, en

que fué Pedro de Alvarado con sesenta soldados, é yo fuí en su compañía, y el piloto que llevábamos que se decia Camacho, no tuvo cuenta de lo que fué mandado por Cortés, y siguió su derrota y llegamos dos dias ántes que Cortés á Cozumel, y surgimos en el puerto ya por mí otras veces dicho cuando lo de Grijalva, y Cortés aun no habia llegado con su flota por causa que un navío en que venia por capitan Francisco de Morla, con tiempo se le saltó el gobernalle, y fué socorrido con otro gobernalle de los navíos que venian con Cortés, y vinieron todos en conserva. Volvamos á Pedro de Alvarado, que así como llegamos al puerto saltamos en tierra en el pueblo de Cozumel con todos los soldados, y no hallamos indios ningunos, que se habian ido huyendo, y mandó que luego fuésemos á otro pueblo que estaba de allí una legua, y tambien se amontaron y huyeron los naturales, y no pudieron llevar su hacienda, y dejaron gallinas y otras cosas; y de las gallinas mandó Pedro de Alvarado que tomasen hasta cuarenta dellas: y tambien en una casa de adoratorios de ídolos tenian unos paramentos de mantas viejas, y unas arquillas donde estaban unas como diademas, é ídolos, é cuentas, é pinjantillos de oro bajo, é tambien se les tomó dos indios y una india, y volvimos al pueblo donde desembarcamos. Y estando en esto llegó Cortés con todos los navíos, y despues de aposentado, la primera cosa que se hizo fué mandar echar preso en grillos al piloto Camacho porque no

aguardó en la mar como le fué mandado. Y desque vió el pueblo sin gente y supo cómo Pedro de Alvarado habia ido al otro pueblo, é que les habia tomado gallinas é paramentos y otras cosillas de poco valor de los ídolos, y el oro medio cobre, mostró tener mucho enojo dello y de como no aguardó el piloto y reprehendióle gravemente al Pedro de Alvarado, é le dijo que no se habian de apaciguar las tierras de aquella manera, tomando á los naturales su hacienda; y luego mandó traer á los dos indios y á la india que habiamos tomado, y con Melchorejo que llevábamos de la punta de Cotoche, que entendia bien aquella lengua, les habló; porque Julianillo, su compañero, se habia muerto, que fuese á llamar los caciques é indios de aquel pueblo, y que no hubiesen miedo, y les mandó volver el oro y paramentos y todo lo demás; y por las gallinas, que ya se habian comido, les mandó dar cuentas y cascabeles, y más dió á cada indio una camisa de Castilla. Por manera que fueron á llamar al señor de aquel pueblo, y otro dia vino el cacique con toda su gente, hijos y mujeres de todos los del pueblo, y andaban entre nosotros como si toda su vida nos hubieran tratado: y mandó Cortés que no se les hiciese enojo ninguno. Aquí en esta isla comenzó Cortés á mandar muy de hecho, y nuestro Señor le daba gracia, que doqüiera que ponia la mano se le hacia bien, especial en pacificar los pueblos y naturales de aquellas partes, como adelante verán.

CAPITULO XXVI.

Cómo Cortés mandó hacer alarde de todo su ejército, y de lo que mas nos avino.

De ahí á tres dias que estábamos en Cozumel mandó Cortés hacer alarde para ver qué tantos soldados llevaba, y halló por su cuenta que éramos quinientos y ocho, sin maestres y pilotos y marineros, que serian ciento y nueve, y diez y seis caballos é yeguas: las yeguas todas eran de juego y de carrera; é once navíos grandes é pequeños, con uno que era como bergantin que traía á cargo un Ginés Nortes; y eran treinta y dos ballesteros, y trece escopeteros, que así se llamaban en aquel tiempo; y tiros de bronce, y cuatro falconetes, y mucha pólvora y pelotas. Y esto desta cuenta de los ballesteros, no se me acuerda bien; no hace al caso de la relacion. Y hecho el alarde, mandó á Mesa el artillero que así se llamaba, y á un Bartolomé de Usagre, é Arbenga, é á un Catalan, que todos eran arti-

lleros, que lo tuviesen muy limpio y aderezado, y los tiros y pelotas muy á punto, juntamente con la pólvora. Puso por capitan de la artillería á un Francisco de Orozco que habia sido buen soldado en Italia: asimismo mandó á dos ballesteros, maestros de aderezar ballestas, que se decian Juan Benitez y Pedro de Guzman el Ballestero, que mirasen que todas las ballestas tuviesen á dos y á tres nueces é otras tantas cuerdas, é que siempre tuviesen cargo de hacer almacen, y tuviesen cepillo é inguijuela, y tirasen á terrero, y que los caballos estuviesen á punto. No sé yo en qué gasto ahora tanta tinta en meter la mano en cosas de apercibimiento de armas y de lo demás, porqué Cortés verdaderamente tenia grande vigilancia en todo.

CAPITULO XXVII.

Cómo Cortés supo de dos españoles que estaban en poder de indios en la punta de Cotoche, y lo que sobre ello se hizo.

Como Cortés en todo ponia gran diligencia, me mandó llamar á mí é á un vizcaino que se llamaba Martin Ramos, y nos preguntó que qué sentiamos de aquellas palabras que nos hubieron dicho los indios de Campeche cuando venimos con Francisco Hernandez de Córdoba, que decian *Castilan, Castilan*, segun lo he dicho en el capítulo lo que dello habla, y nosotros se lo tornamos á contar, segun y de la manera que lo habiamos visto é oído, é dijo que ha pensado en ello muchas veces é que por ventura estarian algunos españoles en aquellas tierras, é dijo: paréceme que será bien preguntar á estos caciques de Cozumel, si sabian alguna nueva dellos, y con Melchorejo el de la punta de Cotoche, que entendia ya poca cosa la lengua de Castilla, y sa-

bia muy bien la de Cozumel, se lo preguntó á todos los principales, y todos á una dijeron, que habian conocido ciertos españoles, y daban señas dellos, y que en la tierra adentro andadura de dos soles estaban, y los tenian por esclavos unos caciques, y que allí en Cozumel habia indios mercaderes que les hablaron pocos dias habia; de lo cual todos nos alegramos con aquellas nuevas. E díjoles Cortés, que luego los fuesen á llamar con cartas, que en su lengua llaman *amales*, y dió á los caciques, y á los indios que fueron con las cartas, camisas, y los halagó, y les dijo, que cuando volviesen les darian mas cuentas: y el cacique dijo á Cortés, que enviase rescate para los amos con quien estaban, que los tenian por esclavos; porque los dejasen venir: y así se hizo, que se les dió á los mensajeros de todo género de cuentas: y luego mandó apercebir dos navíos los de ménos porte, que el uno era poco mayor que bergantin, y con veinte ballesteros y escopeteros, y por capitan dellos á Diego de Ordás, y mandó que estuviesen en la costa de la punta de Cotoche aguardando ocho dias con el navío mayor: y entretanto que iban y venian con la respuesta de las cartas, con el navío pequeño volviesen á dar la respuesta á Cortés de lo que hacian, porque estaba aquella tierra de la punta de Cotoche obra de cuatro leguas, y se parece la una tierra desde la otra: y escrita la carta, decia en ella: "Señores y hermanos, aquí en

en Cozumel he sabido que estais en poder de un cacique detenidos, yo os pido por merced, que luego os vengais aquí á Cozumel, que para ello envio un navío con soldados, si los hubiéredes menester, y rescate para dar á esos indios con quien estais, y lleva el navío de plazo ocho dias para os aguardar: veníos con toda brevedad: de mí seréis bien mirados y aprovechados. Yo quedo aquí en esta isla con quinientos soldados y once navíos, en ellos voy, mediante Dios, la via de un pueblo que se dice Tabasco, ó Potonchan, etc." Luego se embarcaron en los navíos con las cartas, y los dos indios mercaderes de Cozumel que las llevaban, y en tres horas atravesaron el golfete, y echaron en tierra los mensajeros con las cartas y el rescate, y en dos dias las dieron á un español que se decia Gerónimo de Aguilar, que entónces supimos que así se llamaba, y de aquí adelante así le nombraré. Y desque las hubo leido, y recibido el rescate de las cuentas que le enviamos, él se holgó con ello, y lo llevó á su amo el cacique, para que le diese licencia; la cual luego la dió para que se fuese adonde quisiese. Caminó el Aguilar adonde estaba su compañero, que se decia Gonzalo Guerrero, que le respondió: Hermano Aguilar, yo soy casado: tengo tres hijos, y tiénenme por cacique y capitan cuando hay guerras; íos vos con Dios, que yo tengo labrada la cara, y horadadas las orejas, ¿qué dirán de mí desque me vean esos españoles ir desta manera? é

ya veis estos mis tres hijitos cuán bonitos son: por vida vuestra que me deis de esas cuentas verdes que me trais para ellos, y diré que mis hermanos me las envian de mi tierra: y asimismo la india mujer del Gonzalo, habló al Aguilar en su lengua muy enojada, y le dijo: Mira con qué viene este esclavo á llamar á mi marido, íos vos, y no cureis de más pláticas: y el Aguilar tornó á hablar al Gonzalo que mirase que era christiano, que por una india no se perdiese el ánima: y si por mujer y hijos lo hacia, que la llevase consigo, si no los queria dejar: y por mas que le dijo y amonestó, no quiso venir. Y parece ser aquel Gonzalo Guerrero era hombre de la mar, natural de Palos. Y desque el Gerónimo de Aguilar vido que no queria venir, se vino luego con los dos indios mensajeros adonde habia estado el navío aguardándole: y desque llegó, no le halló, que ya era ido, porque ya se habian pasado los ocho dias: y aun uno mas que llevó de plazo el Ordás, para que aguardase; porque desque vió el Aguilar no venia, se volvió á Cozumel sin llevar recaudo á lo que habia venido: y desque el Aguilar vió que no estaba allí el navío, quedó muy triste, y se volvió á su amo al pueblo donde ántes solia vivir. Y dejaré esto, y diré cuando Cortés vió venir al Ordás sin recaudo, ni nueva de los españoles, ni de los indios mensajeros, estaba tan enojado, que dijo con palabras soberbias al Ordás, que habia creido que otro mejor recado traje-

ra que no venirse así sin los españoles, ni nueva dellos; porque ciertamente estaban en aquella tierra. Pues en aquel instante aconteció, que unos marineros que se decian los Peñates, naturales de Gibraleon, habian hurtado á un soldado que se decia Berrio, ciertos tocinos, y no se los querian dar, y quejóse el Berrio á Cortés; y tomado juramento á los marineros se perjuraron, y en la pesquisa pareció el hurto: los cuales tocinos estaban repartidos en los siete marineros, y á todos siete los mandó luego azotar, que no aprovecharon ruegos de ningun capitan. Donde lo dejaré, así esto de los marineros, como esto del Aguilar, y nos iremos sin el nuestro viaje, hasta su tiempo y sazon. Y diré cómo venian muchos indios en romería á aquella isla de Cozumel, los cuales eran naturales de los pueblos comarcanos de la punta de Cotoche y de otras partes de tierra de Yucatan; porque segun pareció, habia allí en Cozumel ídolos de muy disformes figuras, y estaban en un adoratorio. En aquellos ídolos tenian por costumbre en aquella tierra por aquel tiempo de sacrificar: y una mañana estaba lleno un patio donde estaban los ídolos, de muchos indios é indias quemando resina que es como nuestro incienso: y como era cosa nueva para nosotros, paramos á mirar en ello con atencion, y luego se subió encima de un adoratorio un indio viejo con mantas largas, el cual era sacerdote de aquellos ídolos (que ya he dicho otras veces que *Papas* los

llaman en la Nueva-España) y comenzó á predicallos un rato, y Cortés, y todos nosotros mirando en qué paraba aquel negro sermon: y Cortés preguntó á Melchorejo, que entendia muy bien aquella lengua, ¿que qué era aquello que decia aquel indio viejo? y supo que les predicaba cosas malas: y luego mandó llamar al cacique, y á todos los principales, y al mismo papa, y como mejor se pudo dárselo á entender con aquella nuestra lengua, y les dijo, que si habian de ser nuestros hermanos, que quitasen de aquella casa aquellos sus ídolos que eran muy malos, y les harian errar, y que no eran dioses, sino cosas malas, y que les llevarian al infierno sus almas: y se les dió á entender otras cosas santas y buenas, y que pusiesen una imágen de nuestra Señora que les dió, y una cruz, y que siempre serian ayudados, y ternian buenas sementeras, y se salvarian sus ánimas; y se les dijo otras cosas acerca de nuestra santa fe bien dichas. Y el papa con los caciques respondieron que sus antepasados adoraban en aquellos dioses, porque eran buenos, y que no se atreverian ellos de hacer otra cosa, y que se los quitásemos nosotros, y veriamos cuánto mal nos iba dello, porque nos iriamos á perder en la mar: y luego Cortés mandó que los despedazásemos, y echásemos á rodar unas gradas abajo, y así se hizo, y luego mandó traer mucha cal, que habia harta en aquel pueblo, é indios albañiles, y se hizo un altar muy limpio, donde pusiésemos la imá-

gen de nuestra Señora: y mandó á dos de nuestros carpinteros de lo blanco, que se decian Alonso Yañez, y Alvaro López, que hiciesen una Cruz de unos maderos nuevos que allí estaban: la cual se puso en uno como humilladero que estaba hecho cerca del altar, y dijo misa el padre que se decia Juan Diaz; y el papa y cacique, y todos los indios estaban mirando con atencion. Llaman en esta India de Cozumel á los caciques calachionis, como otra vez he dicho en lo de Potonchan. Y dejallos he aquí, y pasaré adelante, y diré cómo nos embarcamos.

CAPITULO XXVIII.

Cómo Cortés repartió los navíos, y señaló capitanes para ir en ellos; y asimismo se dió la instruccion de lo que habian de hacer á los pilotos, y las señales de los faroles de noche, y otras cosas que nos avino.

Cortés que llevaba la capitana.

Pedro de Alvarado y sus hermanos, un buen navío que se decia San Sebastian.

Alonso Hernandez Puertocarrero, otro.

Francisco de Montejo, otro buen navío.

Christóbal de Oli, otro.

Diego de Ordás, otro.

Juan Velazquez de Leon, otro.

Juan de Escalante, otro.

Francisco de Morla, otro.

Otro de Escobar el Page.

Y el mas pequeño como bergantin, Ginés Nortes.

Y en cada navío su piloto, y el piloto mayor An-

ton de Alaminos, y las instrucciones por donde se habian de regir, y lo que habian de hacer, y de noche las señales de los faroles: y Cortés se despidió de los caciques y papas, y les encomendó aquella imágen de Nuestra Señora, y á la cruz que la reverenciasen, y tuviesen limpio y enramado, y verian cuánto provecho dello les venia, y dijéronle que así lo harian, y trajéronle cuatro gallinas, y dos jarros de miel, y se abrazaron, y embarcados que fuimos en ciertos dias del mes de Marzo de mil y quinientos y diez y nueve años, dimos velas, y con muy buen tiempo íbamos nuestra derrota, é aquel mismo dia ahora de las diez dan desde una nao grandes voces, é capean é tiran un tiro, para que todos los navíos que veniamos en conserva lo oyesen: é como Cortés lo oyó é vió, se puso luego en el bordo de la capitana, é vido ir arribando el navío en que venia Juan de Escalante, que se volvia hácia Cozumel, y dijo Cortés á otras naos que venian allí cerca: ¿Qué es aquello? ¿qué es aquello? y un soldado que se decia Zaragoza, le respondió que se anegaba el navío de Escalante, que era donde iba el cazabe, y Cortés dijo: Plega á Dios no tengamos algun desman, y mandó al Piloto Alaminos, que hiciese señas á todos los navíos que arribasen á Cozumel. Ese mismo dia volvimos al puerto donde salimos, y descargamos el cazabe, y hallamos la imágen de nuestra Señora, y la cruz, muy limpio, y puesto incienso, y dello nos alegra-

mos, y luego vino el cacique y papas á hablar á Cortés, y le preguntaron que á qué volviamos? y dijo, que porque hacia agua un navío, que lo queria adobar, y que les rogaba, que con todas sus canoas ayudasen á los bateles á sacar el pan cazabe, é así lo hicieron, y estuvimos en adobar el navío cuatro dias. Y dejemos de mas hablar en ello, y diré cómo lo supo el español que estaba en poder de indios, que se decia Aguilar, y lo que mas hicimos.

CAPITULO XXIX.

Cómo el español que estaba en poder de indios, que se llamaba Gerónimo de Aguilar, supo cómo habiamos arribado á Cozumel, y se vino á nosotros, y lo que mas pasó.

Cuando tuvo noticia cierta el español que estaba en poder de indios, que habiamos vuelto á Cozumel con los navíos, se alegró en grande manera, y dió gracias á Dios, y mucha priesa en se venir él y los indios que llevaron las cartas y rescate á se embarcar en una canoa: y como la pagó bien en cuentas verdes del rescate que le enviamos, luego la halló alquilada con seis indios remeros con ella; y dan tal priesa en remar, que en espacio de poco tiempo pasaron el golfete que hay de una tierra á la otra, que serian cuatro leguas, sin tener contraste de la mar; y llegados á la costa de Cozumel, ya que estaban desembarcados, dijeron á Cortés unos soldados que iban á montería (porque habia en aquella isla puercos de la tierra), que habia ve-

nido una canoa grande allí junto del pueblo, y que venia de punta de Cotoche: y mandó Cortés á Andrés de Tapia, y á otros soldados, que fuesen á ver qué cosa nueva era venir allí junto á nosotros indios sin temor ninguno con canoas grandes, y luego fueron: y desque los indios que venian en la canoa que traía alquilada el Aguilar, vieron los españoles, tuvieron temor, y queríanse tornar á embarcar, é hacer á lo largo con la canoa, y Aguilar les dijo en su lengua, que no tuviesen miedo, que eran sus hermanos: y el Andrés de Tapia como los vió que eran indios (porque el Aguilar ni más ni ménes era que indio) luego envió á decir á Cortés con un español, que siete indios de Cozumel eran los que allí llegaron en la canoa: y despues que hubieron saltado en tierra, el español mas mascado, y peor pronunciado, dijo: Dios é Santa María, y Sevilla, y luego le fué á abrazar el Tapia, y otro soldado de los que habian ido con el Tapia á ver qué cosa era, fué á mucha priesa á demandar albricias á Cortés como era español el que venia en la canoa, de que todos nos alegramos, y luego se vino el Tapia con el español adonde estaba Cortés: y ántes que llegase adonde Cortés estaba, ciertos españoles preguntaban al Tapia, ¿qué es del español? aunque iba allí junto con él, porque le tenian por indio propio, porque de suyo era moreno, y tresquildo á manera de indio esclavo, y traía un remo al hombro, y una cotara vieja calzada, y la otra en

la cinta, y una manta vieja muy ruin, é un braguero peor, con que cubria sus vergüenzas, y traía atada en la manta un bulto, que eran horas muy viejas. Pues desque Cortés lo vió de aquella manera, tambien picó como los demás soldados, y preguntó al Tapia, ¿qué era del español? y el español, como lo entendió, se puso en cuclillas como hacen los indios, y dijo: Yo soy: y luego le mandó dar de vestir camisa y jubon, y zaraguelles, y caperuza, y alpargates, que otros vestidos no habia, y le preguntó de su vida, y cómo se llamaba, y cuándo vino á aquella tierra? y él dijo, aunque no bien pronunciado, que se decia Gerónimo de Aguilar, y que era natural de Ecija, y que tenia órdenes de Evangelio, que habia ocho años que se habia perdido él y otros quince hombres y dos mujeres, que iban desde el Darien á la isla de Santo Domingo, cuando hubo unas diferencias y pleitos de un Enciso y Valdivia: y dijo que llevaban diez mil pesos de oro, y los procesos de los unos contra los otros, y que el navío en que iban dió en los Alacranes, que no pudo navegar, y que en el batel del mismo navío se metieron él y sus compañeros y dos mujeres, creyendo tomar la isla de Cuba, ó á Xamaica; y que las corrientes eran muy grandes, que les echaron en aquella tierra, y que los calachionis de aquella comarca los repartieron entre sí, é que habian sacrificado á los ídolos muchos de sus compañeros y dellos se habian muerto de dolencia; y

las mujeres, que poco tiempo pasado habia que de trabajo tambien se murieron, porque las hacian moler, é que á él que le tenian para sacrificar, y una noche se huyó y se fué á aquel cacique con quien estaba (ya no se me acuerda el nombre que allí le nombró), y que no habian quedado de todos sino él y un Gonzalo Guerrero, y dijo que le fué á llamar y no quiso venir. E desque Cortés lo oyó, dió muchas gracias y Dios por todo, y le dijo que mediante Dios que dél seria bien mirado y gratificado. Y le preguntó por la tierra y pueblos; y el Aguilar dijo que como le tenian por esclavo, que no sabia sino traer leña y agua, y cavar en los maices, que no habia salido sino hasta cuatro leguas que le llevaron con una carga, y que no la pudo llevar y cayó malo dello, é que ha entendido que hay muchos pueblos. E luego le preguntó por el Gonzalo Guerrero, y dijo que estaba casado y tenia tres hijos, y que tenia labrada la cara y horadadas las orejas y el bezo de abajo; y que era hombre de la mar, natural de Palos, é que los indios le tienen por esforzado, y que habia poco mas de un año que cuando vinieron á la punta de Cotoche una capitanía con tres navíos (parece ser que fueron cuando venimos los de Francisco Hernandez de Córdoba) que él fué inventor, que nos diesen la guerra que nos dieron, é que vino él allí por capitan, juntamente con un cacique de un gran pueblo, segun ya he dicho en lo de Francisco Hernandez de Córdoba. Y

cuando Cortés lo oyó, dijo: En verdad que le querria haber á las manos, porque jamás será bueno dejársele. Y diré cómo los caciques de Cozumel cuando vieron al Aguilar que hablaba su lengua, le daban muy bien de comer; y el Aguilar les aconsejaba que siempre tuviesen devocion y reverencia á la santa imágen de nuestra Señora y á la Cruz, que conocerian que por ello les venia mucho bien. Y los caciques, por consejo de Aguilar, demandaron una carta de favor á Cortés para que se viniesen á aquel puerto otros españoles, que fuesen bien tratados y no les hiciesen agravios; la cual carta luego se la dió: y despues de despedidos con muchos halagos y ofrecimientos, nos hicimos á la vela para el rio de Grijalva; y desta manera que he dicho se hubo Aguilar, y no de otra, como lo escribe el coronista Gomora; y no me maravillo, pues lo que dice es por nuevas. Y volvamos á nuestra relacion.

CAPITULO XXX.

Cómo nos tornamos á embarcar y nos hicimos á la vela para el rio de Grijalva, y lo que mas nos avino en el viaje.

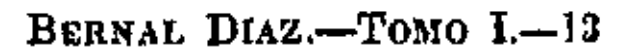
En cuatro dias del mes de Marzo de mil y quinientos y diez y nueve años, habiendo tan buen suceso en llevar tan buena lengua y fiel, mandó Cortés que nos embarcásemos, segun y de la manera que habiamos venido ántes que arribásemos á Cozumel, y con las mismas instrucciones y señas de los faroles para de noche. Yendo navegando con buen tiempo, revuelve un viento, ya que queria anochecer, tan recio y contrario, que echó cada navío por su parte, con harto riesgo de dar en tierra; é quiso Dios que á média noche aflojó, y desque amaneció luego se volvieron á juntar todos los navíos, excepto uno en que iba Juan Velazquez de Leon, é íbamos nuestro viaje sin saber dél hasta medio dia, de lo cual llevábamos pena, cre-

yendo fuese perdido en unos bajos; y desque se pasaba el dia y no parecia, dijo Cortés al piloto Alaminos que no era bien ir más adelante sin saber dél; y el piloto hizo señas á todos los navíos que estuviesen al reparo, aguardando si por ventura le echó el tiempo en alguna ensenada, donde no podia salir por ser el tiempo contrario. Y como vió que no venia, dijo el piloto á Cortés: Señor, tenga por cierto que se metió en uno como puerto ó bahía que queda atrás, y que el viento no le deja salir, porque el piloto que llevaba es el que vino con Francisco Hernandez de Córdoba, y volvió con Grijalva, que se decia Juan Alvarez el Manquillo, y sabe aquel puerto; y luego fué acordado de volver á le buscar con toda la armada; y en aquella bahía donde habia dicho el piloto, lo hallamos ancleado, de que todos hubimos placer, y estuvimos allí un dia, y echamos dos bateles en el agua y saltó en tierra el piloto y un capitan que se decia Francisco de Lugo, y habia por allí unas estancias donde habia maizales, y hacian sal, y tenian cuatro cues, que son casas de ídolos, y en ellos muchas figuras, y todas las más de mujeres; y eran altas de cuerpo, y se puso nombre á aquella tierra la Punta de las mujeres. Acuérdome que decia el Aguilar, que cerca de aquellas estancias estaba el pueblo donde era esclavo, y que allí vino cargado que le trujo su amo, é cayó malo de traer la carga, é que tambien estaba no muy léjos el pueblo donde

estaba Gonzalo Guerrero, é que todos tenian oro, aunque era poco; y que si queria, que él guiaria, y que fuésemos allá. Y Cortés le dijo riendo, que no venia él para tan pocas cosas, sino para servir á Dios y al rey. Y luego mandó Cortés á un capitan que se decia Escobar que fuese en el navío, de que era capitan, que era muy velero y demandaba poca agua, hasta boca de Términos, y mirase muy bien qué tierra era, y si era buen puerto para poblar, y si habia mucha caza, como le habian informado. Y esto que le mandó fué por consejo del piloto; porque cuando por allí pasásemos con todos los navíos, no nos detener en entrar en él: y que despues de visto, que pusiese una señal y quebrase árboles en la boca del puerto, ó escribiesen una carta y la pusiesen donde la viésemos de una parte ó de otra del puerto, para que conociésemos que habia entrado dentro, ó que aguardase en la mar á la armada barloventeando despues que lo hubiese visto. Y luego el Escobar partió, y fué á Puerto de Términos (que así se llama) é hizo todo lo que le fué mandado, é halló la lebrela que se hubo quedado cuando lo de Grijalva, y estaba gorda y lucia: y dijo el Escobar, que cuando la lebrela vió el navío que estaba en el puerto, que estaba halagando con la cola y haciendo otras señas de halagos, y se vino luego á los soldados y se metió con ellos en la nao; y esto hecho, se salió luego el Escobar del puerto á la mar, y estaba esperando el armada, y

parece ser con viento Sur que le dió no pudo esperar al reparo, y metióse mucho en la mar. Volvamos á nuestra armada, que quedábamos en la Punta de las Mujeres, que otro dia de mañana salimos con buen tiempo terral y llegamos en boca de Términos y no hallamos á Escobar. Mandó Cortés que sacasen el batel, y con diez ballesteros le fuesen á buscar en la boca de Términos, ó á ver si habia señal ó carta. Y luego se halló árboles cortados, y una carta, que en ella decia cómo era muy buen puerto, y buena tierra, y de mucha caza, y lo de la lebrela: y dijo el piloto Alaminos á Cortés que fuésemos nuestra derrota, porque con el viento Sur se debia haber metido en la mar, é que no podria ir muy léjos porque habia de navegar á orza. Y puesto que Cortés sintió pena no le hubiese acaecido algun desman, mandó meter velas y luego le alcanzamos, y dió el Escobar sus descargos á Cortés, y la causa por qué no pudo aguardar. Estando en esto, llegamos en el paraje de Potonchan, y Cortés mandó al piloto que surgiésemos en aquella ensenada; y el piloto respondió que era mal puerto, porque habian de estar los navíos surtos más de dos leguas léjos de tierra, que mengua mucho la mar, porque tenia pensamientos Cortés de dalles una buena mano por el desbarate de lo de Francisco Hernandez de Córdoba, y Grijalva, y muchos de los soldados que nos habiamos hallado en aquellas batallas se lo suplicamos que entrase

dentro, y no quedasen sin buen castigo, aunque se detuviesen allí dos ó tres dias. El piloto Alaminos con otros pilotos porfiaron que si allí entrábamos, que en ocho dias no podriamos salir por el tiempo contrario, y que ahora llevábamos buen viento, é que en dos dias llegariamos á Tabasco; y así pasamos de largo, y en tres dias que navegamos llegamos al rio de Grijalva; y lo que allí nos acaeció é las guerras que nos dieron, diré adelante.



CAPITULO XXXI.

Cómo llegamos al rio de Grijalva, que en lengua de indios llaman Tabasco, y de la guerra que nos dieron, y lo que más con ellos pasamos.

En doce dias del mes de Marzo de mil y quinientos y diez y nueve años llegamos con toda la armada al rio de Grijalva, que se dice de Tabasco; y como sabiamos ya de cuando lo de Grijalva, que en aquel puerto y rio no podian entrar navíos de mucho porte, surgieron en la mar los mayores, y con los pequeños y los bateles fuimos todos los soldados á desembarcar á la punta de los Palmares (como cuando con Grijalva), que estaba del pueblo de Tabasco otra média legua, y andaban por el rio en la ribera entre unos manglares todo lleno de indios guerreros, de lo cual nos maravillamos los que habiamos venido con Grijalva; y demás desto estaban juntos en el pueblo más de doce mil guerreros aparejados para darnos guerra, porque en aquella sazon aquel pueblo era de mucho trato y estaban

sujetos á él otros grandes pueblos, y todos los tenian apercibidos con todo género de armas, segun las usaban. Y la causa dello fué, porque los de Potonchan y los de Lázaro, y otros pueblos comarcanos, los tuvieron por cobardes y se lo daban en rostro, por causa que dieron á Grijalva las joyas de oro que ántes he dicho en el capítulo que dello habla, é que de medrosos no nos osaron dar guerra, pues eran más pueblos y tenian más guerreros que no ellos. Y esto les decian por afrentarlos y que en sus pueblos los habian dado guerra y muerto cincuenta y seis hombres; por manera que con aquellas palabras que les habian dicho, se determinaron de tomar armas, y cuando Cortés los vió puestos de aquella manera dijo á Aguilar la lengua, que entendia bien la de Tabasco, que dijese á unos indios que parecian principales, que pasaban en una gran canoa cerca de nosotros, que para qué andaban tan alborotados; que no les veniamos á hacer ningun mal, sino á decilles que les queremos dar de lo que traemos como á hermanos, é que les rogaba que mirasen no encomenzasen la guerra porque les pesaria dello. Y les dijo otras muchas cosas acerca de la paz; y miéntras más les decia el Aguilar, más bravos se mostraban, y decian que nos matarian á todos si entrábamos en su pueblo, porque le tenian muy fortalecido todo á la redonda de árboles muy gruesos de cercas y albarradas. Aguilar les tornó á hablar y requerir con la paz, y que

nos dejasen tomar agua y comprar de comer á trueco de nuestro rescate, y tambien decir á los calachionis cosas que sean de su provecho y servicio de Dios nuestro Señor; y todavía ellos á porfiar que no pasásemos de aquellos palmares adelante, si no que nos matarian. Y cuando aquello vió Cortés, mandó apercibir los bateles y navíos menores, y mandó poner en cada un batel tres tiros, y repartió en ellos los ballesteros y escopeteros: y teniamos memoria cuando lo de Grijalva, que iba un camino angosto desde los palmares al pueblo por unos arroyos é ciénegas. Cortés mandó á tres soldados que aquella noche mirasen bien si iban á las casas, y que no se detuviesen mucho en traer la respuesta; y los que fueron vieron que se iban: y visto todo esto, y despues de bien mirado, se nos pasó aquel dia dando órden en cómo y de qué manera habiamos de ir en los bateles; y otro dia por la mañana, despues de haber oído misa, y todas nuestras armas muy á punto, mandó Cortés á Alonso de Ávila, que era capitan, que con cien soldados, y entre ellos diez ballesteros, fuese por el caminillo, el que he dicho que iba al pueblo, é que de que oyese los tiros, él por una parte y nosotros por otra diésemos en el pueblo: y Cortés y todos los más soldados y capitanes fuimos en los bateles y navíos de ménos porte por el rio arriba: y cuando los indios guerreros que estaban en la costa y entre los manglares vieron que de hecho íbamos, vienen so-

bre nosotros con tantas canoas al puerto adonde habiamos de desembarcar para defendernos que no saltásemos en tierra, que en toda la costa no habia sino indios de guerra con todo género de armas que entre ellos se usan, tañendo trompetillas y caracoles y atabalejos; y como Cortés vió la cosa, mandó que nos detuviésemos un poco y que no soltásemos tiros, ni escopetas, ni ballestas: y como todas las cosas queria llevar muy justificadamente, les hizo otro requerimiento delante de un escribano del rey que allí con nosotros iba, que se decia Diego de Godoy, y por la lengua de Aguilar, para que nos dejasen saltar en tierra y tomar agua, y hablalles cosas de Dios nuestro Señor, y de su majestad; y que si guerra nos daban, que si, por defendernos, algunas muertes hubiese, ó otros cualesquier daños, fuesen á su culpa y cargo y no á la nuestra: y ellos todavía haciendo muchos fieros, y que no saltásemos en tierra, si no que nos matarian. Luego comenzaron muy valientemente á nos flechar é hacer sus señas con sus atambores para que todos sus escuadrones apechugasen con nosotros, y como esforzados hombres vinieron y nos cercaron con las canoas con tan grandes rociadas de flechas que nos hirieron, é hicieron detener en el agua hasta la cinta, y en otras partes más arriba: y como habia allí en aquel desembarcadero mucha lama y ciénega, no podiamos tan presto salir della, y cargaron sobre nosotros tantos indios, que con las lanzas á manti-

niente, y otros á flecharnos hacian que no tomásemos tierra tan presto como quisiéramos, y tambien porque en aquella lama estaba Cortés peleando, y se le quedó un alpargata en el cieno, que no lo pudo sacar, y descalzo el un pié salió á tierra. Estuvimos en aquella sazon en gran aprieto, hasta que (como digo) salió á tierra, y todos nosotros, y luego con gran osadía nombrando á señor Santiago y arremetiendo á ellos les hicimos retraer, y aunque no muy léjos por amor de las grandes albarradas y cercas que tenian hechas de maderos gruesos, adonde se amparaban, hasta que se las deshicimos, y tuvimos lugar por unos portillos de entrar en el pueblo y pelear con ellos, y los llevamos por una calle adelante, adonde tenian hechas otras albarradas y fuerzas, y allí tornaron á reparar y hacer cara, y pelearon muy valientemente con grande esfuerzo, y dando voces y silbos, diciendo: *Ala lala, al calachoni, al calachoni*, que en su lengua quiere decir que matasen á nuestro capitan. Estando desta manera envueltos con ellos, vino Alonso de Ávila con sus soldados, que habia ido por tierra desde los palmares, como dicho tengo, que pareció ser no acertó á venir mas presto por amor de unas ciénegas y esteros que pasó: é su tardanza fué bien menester, segun habiamos estado detenidos en los requerimientos, y deshacer portillos en las albarradas para pelear: así que todos juntos los tornamos á echar de las fuerzas donde estaban, y los llevamos retrayendo; y ciertamente que como buenos guer-

reros iban tirando grandes rociadas de flechas y varas tostadas, y nunca de hecho volvieron las espaldas, hasta un gran patio, donde estaban unos aposentos y salas grandes, y tenian tres casas de ídolos, é ya habian llevado todo cuanto hato habia en aquel patio. Mandó Cortés, que reparásemos, y que no fuésemos más en seguimiento del alcance, pues iban huyendo: y allí tomó Cortés posesion de aquella tierra por su majestad, y él en su real nombre. Y fué desta manera que, desenvainada su espada, dió tres cuchilladas en señal de posesion, en un árbol grande, que se dice ceiba, que estaba en la plaza de aquel gran patio, y dijo, que si habia alguna persona que se lo contradijese, que él se lo defenderia con su espada y una rodela que tenia embrazada: y todos los soldados que presentes nos hallamos cuando aquello pasó, dijimos que era bien tomar aquella real posesion en nombre de su majestad, é que nosotros seriamos en ayudalle, si alguna persona otra cosa dijere: é por ante un escribano del rey se hizo aquel auto. Sobre esta posesion la parte de Diego Velazquez tuvo que remormurar della. Acuérdome que en aquellas reñidas guerras que nos dieron, de aquella vez hirieron á catorce soldados, y á mí me dieron un flechazo en el muslo, mas poca la herida, y quedaron tendidos y muertos diez y ocho indios en el agua, y en tierra donde desembarcamos, y allí dormimos aquella noche con grandes velas y escuchas. Y dejallo he por contar lo que mas pasamos.

CAPITULO XXXII.

Cómo mandó Cortés á todos los capitanes, que fuesen con cada cien soldados á ver la tierra adentro, y lo que sobre ello nos acaeció.

Otro dia mandó Cortés á Pedro de Alvarado, que saliese por capitan con cien soldados, y entre ellos quince ballesteros y escopeteros, y que fuese á ver la tierra adentro hasta andadura de dos leguas, y que llevase en su compañía á Melchorejo, la lengua de la punta de Cotoche: y cuando le fueron á llamar al Melchorejo, no le hallaron, que se habia ya huido con los de aquel pueblo de Tabasco: porque segun parecia el dia ántes en la punta de los palmares, dejó colgados sus vestidos que tenia de Castilla: y se fué de noche en una canoa: y Cortés sintió enojo con su ida, porque no dijese á los indios sus naturales algunas cosas que no trujesen provecho. Dejémosle huido con la mala ventura, y volvamos á nuestro cuento, que asimismo

mandó Cortés, que fuese otro capitan que se decia Francisco de Lugo, por otra parte con otros cien soldados, y doce ballesteros, y escopeteros, y que no pasase de otras dos leguas, y que volviese en la noche á dormir al real: é yendo que iba el Francisco de Lugo con su compañía obra de una legua de nuestro real, se encontró con grandes capitanes y escuadrones de indios, todos flecheros, y con lanzas, y rodelas, y atambores, y penachos, y se vienen derechos á la capitanía de nuestros soldados, y les cercan por todas partes, y les comenzaron á flechar de arte, que no se podian sustentar con tanta multitud de indios, y les tiraban muchas varas tostadas y piedras con hondas, como granizo caían sobre ellos, y con espadas de navajas de á dos manos: y por bien que peleaba el Francisco de Lugo y sus soldados, no los podia apartar de sí: y cuando aquello vió, con gran concierto se venia ya retrayendo al real, y habia enviado adelante un indio de Cuba muy grande corredor y suelto á dar mandado á Cortés para que le fuésemos á ayudar; y todavía el Francisco de Lugo con gran concierto de sus ballesteros y escopeteros, unos armando y otros tirando, y algunas arremetidas que hacian, se sostenian con todos los escuadrones que sobre él estaban. Dejémosle de la manera que he dicho, y con gran peligro, y volvamos al capitan Pedro de Alvarado, que parecio ser habia andado mas de una legua, y topó con un estero muy malo de pasar,

y quiso Dios nuestro Señor encaminallo que volviese por otro camino hácia donde estaba el Francisco de Lugo peleando como dicho tengo: é como oyó las escopetas que tiraban, y el gran ruido de atambores y trompetillas, y voces, y silbos de los indios, bien entendió que estaban revueltos en guerra: y con mucha presteza, y con gran concierto acudió á las voces y tiros, y halló al capitan Francisco de Lugo con su gente haciendo rostro y peleando con los contrarios, y cinco indios muertos: y luego que se juntaron con el Lugo, dan tras los indios, que los hicieron apartar, y no de manera que los pudiesen poner en huida, que todavía los fueron siguiendo los indios á los nuestros hasta el real: y asimismo nos habian acometido y venido á dar guerra otras capitanías de guerreros adonde estaba Cortés con los heridos: mas muy presto los hicimos retraer con los tiros que llevaban muchos dellos, y á buenas cuchilladas y estocadas. Volvamos á decir algo atrás, que cuando Cortés oyó al indio de Cuba que venia á demandar socorro, y del arte que quedaba Francisco de Lugo, de presto les íbamos á ayudar, y nosotros que íbamos, y los dos capitanes por mí nombrados que llegaban con sus gentes obra de media legua del real, y murieron dos soldados de la capitanía de Francisco de Lugo, y ocho heridos; y de los de Pedro de Alvarado le hirieron tres; y cuando llegaron al real se curaron, y enterramos los muertos, é hubo buena vela y escuchas, y en

aquellas escaramuzas matamos quince indios, y se prendieron tres, y el uno parecia algo principal; y el Aguilar nuestra lengua les preguntaba ¿que por qué eran locos, y salian á dar guerra? Luego se envió un indio dellos con cuentas verdes para dar á los caciques, porque viniesen de paz: y aquel mensajero dijo, que el indio Melchorejo que traíamos con nosotros de la punta de Cotoche, que se fué á ellos la noche ántes, les aconsejó que nos diesen guerra de dia y de noche, que nos vencerian, porque éramos muy pocos. De manera que traíamos con nosotros muy mala ayuda y nuestro contrario. Y aquel indio que enviamos por mensajero, fué y nunca volvió con la respuesta: y de los otros dos indios que estaban presos, supo Aguilar la lengua por muy cierto que para otro dia estaban juntos todos cuantos caciques habia en todos aquellos pueblos comarcanos de aquella Provincia, con todas sus armas, segun las suelen usar, aparejados para nos dar guerra, y que nos habian de venir otro dia á cercar en el real, y que el Melchorejo se lo aconsejó. Y dejallos he aquí, y diré lo que sobre ello hicimos.

CAPITULO XXXIII.

Cómo Cortés mandó que para otro dia nos aparejásemos todos para ir en busca de los escuadrones guerreros, y mandó sacar los caballos de los navíos, y lo que mas nos avino en la batalla que con ellos tuvimos.

Luego Cortés supo, que muy ciertamente nos venian á dar guerra, y mandó, que con brevedad sacasen todos los caballos de los navíos en tierra, é que escopetas, y ballesteros, y todos los soldados estuviésemos muy á punto con nuestra armas, y aunque estuviésemos heridos: y cuando hubieron sacado los caballos en tierra, estaban muy torpes y temerosos en el correr, como habia muchos dias que estaban en los navíos, y otro dia estuvieron sueltos. Una cosa acaeció en aquella sazon á seis ó siete soldados, mancebos y bien dispuestos, que les dió mal en los riñones, que no se pudieron tener poco ni mucho en sus piés, si no los llevaban á cuestas;

no supimos de qué; decian, que de ser regalados en Cuba, y que con el peso y calor de las armas, que les dió aquel mal. Luego Cortés los mandó llevar á los navíos, no quedasen en tierra, y apercibió á los caballeros, que habian de ir los mejores ginetes y caballos, que fuesen con pretales de cascabeles, y les mandó que no se parasen á alancear hasta haberlos desbaratado, sino que las lanzas se las pasasen por los rostros, y señaló trece de á caballo, y Cristóbal de Oli, y Pedro de Alvarado, y Alonso Hernandez Puertocarrero, y Juan de Escalante, y Francisco de Montejo: é á Alonso de Avila le dieron un caballo que era de Ortiz el Músico é de un Bartolomé García, que ninguno dellos era buen ginete: y Juan Velazquez de Leon, y Francisco de Moral, é Larez el buen ginete (nómbrole así, porque habia otro buen ginete, y otro Larez) y Gonzalo Dominguez, extremados hombres de á caballo, Moron el del Bayamo, y Pedro Gonzalez el de Trujillo: todos estos caballeros señaló Cortés, y él por capitan, y mandó á Mesa el artillero, que tuviese á punto su artillería; y mandó á Diego de Ordás que fuese por capitan de todos nosotros; porque no era hombre de á caballo, y tambien fué por capitan de los ballesteros y artilleros. Y otro dia muy de mañana que fué dia de nuestra Señora de Marzo, despues de haber oido misa, puestos todos en ordenanza con nuestro alférez, que entónces era Antonio de Villaroel, marido que fué de una señora que

se decia Isabel de Ojeda, que desde allí á tres años se mudó el nombre en Villareal y se llamó Antonio Serrano de Cardona. Tornemos á nuestro propósito, que fuimos por unas habanas grandes, adonde habian dado guerra á Francisco de Lugo, á Pedro de Alvarado, y llamábase aquella habana y pueblo, Cintla, sujeta al mismo Tabasco, una legua del aposento donde salimos, y nuestro Cortés se apartó un poco espacio ó trecho de nosotros por amor de unas ciénegas que no podian pasar los caballos: é yendo de la manera que he dicho con el Ordás, dimos con todo el poder de escuadrones de indios guerreros, que nos venian ya á buscar á los aposentos, y fué adonde los encontramos junto al mesmo pueblo de Cintla en un buen llano. Por manera que si aquellos guerreros tenian deseo de nos dar guerra, y nos iban á buscar, nosotros los encontramos con el mismo motivo. Y dejallohé aquí, y diré lo que pasó en la batalla, y bien se puede nombrar batalla, y bien terrible, como adelante verán.

CAPITULO XXXIV.

Cómo nos dieron guerra todos los caciques de Tabasco y sus provincias, y lo que sobre ello sucedió.

Ya he dicho de la manera y concierto que íbamos, y cómo topamos todas las capitanías y escuadrones de contrarios, que nos iban á buscar, y traían todos grandes penachos, y atambores y trompetillas, y las caras enalmagradas y blancas y prietas, y con grandes arcos y flechas, y lanzas y rodelas, y espadas como montantes de á dos manos, y mucha honda, y piedra, y varas tostadas, y cada uno sus armas colchadas de algodon; y así como llegaron á nosotros, como eran grandes escuadrones, que todas las habanas cubrian, se vienen como perros rabiosos, y nos cercan por todas partes, y tiran tanta de flecha, y vara, y piedra, que de la primera arremetida hirieron mas de setenta de los nuestros, y con las lanzas pié con pié nos hacian mucho da-

ño, y un soldado murió luego de un flechazo que le dió por el oido, el cual se llamaba Saldaña: y no hacian sino flechar y herir en los nuestros y nosotros con los tiros, y escopetas, y ballestas, y grandes estocadas, no perdiamos punto de buen pelear; y como conocieron las estocadas, y el mal que los haciamos, poco á poco se apartaban de nosotros, mas era para flechar mas á su salvo; puesto que Mesa nuestro artillero, con los tiros mataba muchos dellos; porque eran grandes escuadrones y no se apartaban léjos, y daba en ellos á su placer: y con todos los males y heridas que les haciamos, no los podiamos apartar. Yo dije al capitan Diego de Ordás: parece que debemos cerrar y apechugar con ellos; porque verdaderamente sienten bien el cortar de las espadas, y por esta causa se desvían algo de nosotros por temor dellas, y por mejor tirarnos sus flechas, y varas tostadas, y tanta piedra como granizo. Respondió el Ordás, que no era buen acuerdo; porque habia para cada uno de nosotros trescientos indios, y que no nos podriamos sostener con tanta multitud, y así estuvimos con ellos sosteniéndonos. Todavía acordamos de nos llegar cuanto pudiésemos á ellos, como se lo habia dicho al Ordás, por dalles mal año de estocadas: y bien lo sintieron y se pasaron luego de la parte de una ciénega: y en todo este tiempo Cortés con los de á caballo no venia, aunque deseábamos en gran manera su ayuda, y temiamos que por ventura no le hubiese acaecido

algun desastre. Acuérdome, que cuando soltábamos los tiros, que daban los indios grandes silbos y gritos, y echaban tierra y pajas en alto, porque no viésemos el daño que les haciamos, y tañian entónces trompetas, y trompetillas, y silbos y voces, y decian, *Ala lala.* Estando en esto vimos asomar los de á caballo, y como aquellos grandes escuadrones estaban embebecidos dándonos guerra, no miraron tan de presto en los de á caballo, como venian por las espaldas, y como el campo era llano, y los caballeros buenos ginetes, y algunos de los caballos muy revueltos y corredores, dánles tan buena mano, y alancean á su placer, como convenia en aquel tiempo. Pues los que estábamos peleando cómo los vimos, dimos tanta prisa en ellos, los de á caballo por una parte, y nosotros por otra, que de presto volvieron las espaldas. Aquí creyeron los indios que el caballo y caballero era todo un cuerpo, como jamás habian visto caballos hasta entónces; iban aquellas habanas y campos llenos dellos, y acogiéronse á unos montes que allí habia. Y despues que los hubimos desbaratado, Cortés nos contó cómo no habia podido venir mas presto por amor de una ciénega, y que estuvo peleando con otros escuadrones de guerreros ántes que á nosotros llegasen, y traía heridos cinco caballeros y ocho caballos. Y despues de apeados debajo de unos árboles que allí estaban dimos muchas gracias y loores á Dios y á nuestra Señora su bendita Madre, al-

zando todos las manos al cielo porque nos habia dado aquella victoria tan cumplida: y como era dia de nuestra Señora de Marzo, llamóse una villa que se pobló el tiempo andando, Santa María de la Vitoria, así por ser dia de nuestra Señora, como por la gran vitoria que tuvimos. Aquesta fué pues la primera guera que tuvimos en compañía de Cortés en la Nueva–España. Y esto pasado, apretamos las heridas á los heridos con paños, que otra cosa no habia, y se curaron los caballos con quemalles las heridas con unto de indio de los muertos que abrimos para sacalle el unto, y fuimos á ver los muertos que habia por el campo, y eran mas de ochocientos, y todos los mas de estocadas, y otros de los tiros, y escopetas, y ballestas, y muchos estaban medio muertos y tendidos. Pues donde anduvieron los de á caballo, habia buen recaudo dellos muertos, y otros quejándose de las heridas. Estuvimos en esta batalla sobre una hora, que no les pudimos hacer perder punto de buenos guerreros, hasta que vinieron los de á caballo, como he dicho, é prendimos cinco indios, é los dos dellos capitanes; y como era tarde, hartos de pelear, y no habiamos comido, nos volvimos al real: é luego enterramos dos soldados que iban heridos por las gargantas y por el oído, y quemamos las heridas á los demás, y á los caballos con el unto del indio, y pusimos buenas velas y escuchas, y cenamos y reposamos. Aquí es donde dice Francisco López de Gomora,

que salió Francisco de Morla en un caballo rucio picado, ántes que llegase Cortés con los de á caballo, y que eran los santos apóstoles señor Santiago ó señor San Pedro. Digo que todas nuestras obras y vitorias son por mano de nuestro Señor Jesu-Christo, y que en aquella batalla habia para cada uno de nosotros tantos indios que á puñados de tierra nos cegaran, salvo que la gran misericordia de Dios en todo nos ayudaba; y pudiera ser que los que dice el Gomora, fueran los gloriosos apóstoles señor Santiago ó señor San Pedro, é yo como pecador no fuese digno de lo ver; lo que yo entónces ví y conocí fué á Francisco de Morla en un caballo castaño, que venia juntamente con Cortés, que me parece que agora que lo estoy escribiendo se me representa por estos ojos pecadores toda la guerra segun y de la manera que allí pasamos: é ya que yo, como indigno pecador, no fuera merecedor de ver á cualquiera de aquellos gloriosos apóstoles, allí en nuestra compañía habia sobre cuatrocientos soldados, y Cortés, y otros muchos caballeros, platicárase dello y tomárase por testimonio, y se hubiera hecho una iglesia cuando se pobló la villa, y se nombrara la villa de Santiago de la Vitoria, ó de San Pedro de la Vitoria, como se nombró Santa María de la Vitoria; y si fuera así como dice el Gomora, harto malos christianos fuéramos, enviándonos nuestro Señor Dios sus santos apóstoles, no reconocer la gran merced que nos hacia y reveren-

ciar cada dia aquella iglesia: pluguiera á Dios que así fuera como el coronista dice; y hasta que leí su corónica, nunca entre conquistadores que allí se hallaron tal se oyó. Y dejémoslo aquí, y diré lo que mas pasamos.

CAPITULO XXXV.

Cómo envió Cortés á llamar á todos los caciques de aquellas provincias, y lo que sobre ello se hizo.

Ya he dicho cómo prendimos en aquella batalla cinco indios, y los dos dellos capitanes, con los cuales estuvo Aguilar la lengua á pláticas, y conoció en lo que le dijeron que serian hombres para enviar por mensajeros, y díjole al capitan Cortés que los soltasen y que fuesen á hablar á los caciques de aquel pueblo é otros cualesquier: é á aquellos dos indios mensajeros se les dió cuentas verdes é diamantes azules, y les dijo Aguilar muchas palabras bien sabrosas y de halagos, y que les queremos tener por hermanos, y que no hubiesen miedo, y que lo pasado de aquella guerra que ellos tenian la culpa, y que llamasen á todos los caciques de todos los pueblos, que les queriamos hablar; y se les amonestó otras muchas cosas bien mansamente para

atraellos de paz: y fueron de buena veluntad y hablaron con los principales y caciques, y les dijeron todo lo que les enviamos á hacer saber sobre la paz. E oída nuestra embajada, fué entre ellos acordado de enviar luego quince indios de los esclavos que entre ellos tenian, y todos tiznados las caras y las mantas y bragueros que traían muy ruines, y con ellos enviaron gallinas y pescado asado, y pan de maíz: y llegados delante de Cortés, los recibió de buena voluntad. Y Aguilar la lengua les dijo medio enojado, que cómo venian de aquella manera puestas las caras, que más venian de guerra que para tratar paces; y que luego fuesen á los caciques y les dijesen que si querian paz, como se la ofrecimos, que viniesen señores á tratar della, como se usa, é no enviasen esclavos. A aquellos mismos tiznados se les hizo ciertos halagos, y se envió con ellos cuentas azules, en señal de paz, y para ablandalles los pensamientos. Y luego otro dia vinieron treinta indios principales, y con buenas mantas, y trujeron gallinas, y pescado, y fruta, y pan de maíz, y demandaron licencia á Cortés para quemar y enterrar los cuerpos de los muertos en las batallas pasadas, porque no oliesen mal, ó los comiesen tigres ó leones. La cual licencia les dió luego; y ellos se dieron priesa en traer mucha gente para los enterrar y quemar los cuerpos, segun su usanza. Y segun Cortés supo dellos, dijeron que les faltaba sobre ochocientos hombres, sin los que estaban he-

ridos. E dijeron que no se podian detener con nosotros en palabras ni paces, porque otro dia habian de venir todos los principales y señores de todos aquellos pueblos y concertarian las paces. Y como Cortés en todo era muy avisado, nos dijo riendo á los soldados que allí nos hallamos teniéndole compañía: Sabeis, señores, que me parece que estos indios temerán mucho á los caballos, y deben de pensar que ellos solos hacen la guerra, y asimismo las bombardas. He pensado una cosa, para que mejor lo crean, que traigan la yegua de Juan Sedeño, que parió el otro dia en el navío, y atalla han aquí adonde yo estoy, y traigan el caballo de Ortiz el Músico, que es muy rijoso, y tomará olor de la yegua, y cuando haya tomado olor della, llevarán la yegua y el caballo, cada uno de por sí, en parte que desque vengan los caciques que han de venir no los oigan relinchar ni los vean hasta que estén delante de mí y estemos hablando. Y así se hizo, segun y de la manera que lo mandó; que trujeron la yegua y el caballo, y tomó olor della en el aposento de Cortés: y demás desto, mandó que cabasen un tiro, el mayor de los que teniamos, con una buena pelota y bien cargado de pólvora. Y estando en esto, que ya era medio dia, vinieron cuarenta indios, todos caciques, con buena manera y mantas ricas, á la usanza dellos. Saludaron á Cortés y á todos nosotros, y traían de sus inciensos, sahumándonos á cuantos allí estábamos, y demandaron perdon de lo pasado, y que

de allí adelante serian buenos. Cortés les respondió con Aguilar, nuestra lengua, algo con gravedad como haciendo del enojado, que ya ellos habian visto cuántas veces les habian requerido con la paz, y que ellos tenian la culpa, y que agora eran merecedores que á ellos y á cuantos quedan en todos sus pueblos matásemos; y porque somos vasallos de un gran rey y señor, que nos envió á estas partes, el cual se dice el emperador don Cárlos, que manda que á los que estuvieren en su real servicio que les ayudemos y favorezcamos; é que si ellos fueren buenos, como dicen, que así lo harémos, y si no que soltará de aquellos tepustles que los maten (al hierro llaman en su lengua *tepustle*), que aun por lo pasado que han hecho en darnos guerra están enojados algunos dellos. Entónces secretamente mandó poner fuego á la bombarda, que estaba cebada, y dió tan buen trueno y recio como era menester: iba la pelota zumbando por los montes, que como en aquel instante era medio dia y hacia calma, llevaba gran ruido, y los caciques se espantaron de la oir, y como no habian visto cosa como aquella creyeron que era verdad lo que Cortés les dijo; y para asegurarles del miedo, les tornó á decir con Aguilar que ya no hubiesen miedo, que él mandó que no hiciese daño. Y en aquel instante trujeron el caballo que habia tomado olor de la yegua, y átanlo no muy léjos de donde estaba Cortés hablando con los caciques, y como á la yegua la habian tenido en el

mismo aposento adonde Cortés y los indios estaban hablando, pateaba el caballo y relinchaba, y hacia bramuras, y siempre los ojos mirando á los indios y al aposento donde habia tomado olor de la yegua: y los caciques creyeron que por ellos hacia aquellas bramuras del relinchar y el patear, y estaban espantados. Y cuando Cortés los vió de aquel arte, se levantó de la silla y se fué para el caballo, y le tomó del freno y dijo á Aguilar que hiciese creer á los indios que allí estaban, que habia mandado al caballo que no les hiciese mal ninguno. Y luego dijo á dos mozos de espuelas que lo llevasen de allí léjos, que no le tornasen á ver los caciques. Y estando en esto, vinieron sobre treinta indios de carga, que entre ellos llaman *tamemes*, que traían la comida de gallinas y pescado asado, y otras cosas de frutas, que parece ser se quedaron atrás ó no pudieron venir juntamente con los caciques. Allí hubo muchas pláticas Cortés con aquellos principales, y dijeron que otro dia vendrian todos y traerian un presente, y hablarian en otras cosas, é así se fueron muy contentos. Donde los dejaré agora hasta otro dia.

CAPITULO XXXVI.

Cómo vinieron todos los caciques é calachonis del rio de Grijalva y trujeron un presente, y lo que sobre ello pasó.

Otro dia de mañana, que fué á los postreros del mes de Marzo de mil y quinientos y diez y nueve años, vinieron muchos caciques y principales de aquel pueblo de Tabasco y de otros comarcanos, haciendo mucho acato á todos nosotros, y trujeron un presente de oro, que fueron cuatro diademas, y unas lagartijas, y dos como perrillos y orejeras, y cinco ánades, y dos figuras de caras de indios, y dos suelas de oro, como de sus cotoras, y otras cosillas de poco valor, que yo no me acuerdo qué tanto valia, y trujeron mantas de las que ellos traían y hacian, que son muy bastas; porque ya habrán oido decir los que tienen noticia de aquella provincia, que no las hay en aquella tierra sino de poco valor, y no fué nada todo este presente en comparacion

de veinte mujeres, y entre ellas una muy excelente mujer, que se dijo doña Marina, que así se llamó despues de vuelta christiana. Y dejaré esta plática, y de hablar della y de las demás mujeres que trujeron, y diré que Cortés recibió aquel presente con alegría, y se apartó con todos los caciques y con Aguilar el intérprete á hablar, y les dijo que por aquello que traían se lo tenia en gracia; mas que una cosa les rogaba, que luego mandasen poblar aquel pueblo con toda su gente, y mujeres, y hijos, y que dentro de dos dias le quiere ver poblado, y que en esto conocerá tener verdadera la paz. Y luego los caciques mandaron llamar todos los vecinos, y con sus hijos y mujeres, en dos dias se pobló. Y á lo otro, que les mandó que dejasen sus ídolos y sacrificios, respondieron que así lo harian: y les declaramos con Aguilar, lo mejor que Cortés pudo, las cosas tocantes á nuestra santa fe, y cómo éramos christianos y adorábamos á un solo Dios verdadero, y se les mostró una imágen muy devota de nuestra Señora, con su Hijo precioso en los brazos, y se les declaró que aquella santa imágen reverenciamos, porque así está en el cielo, y es Madre de nuestro Señor Dios. Y los caciques dijeron que les parece muy bien aquella gran *Tecleciguata*, y que se la diesen para tener en su pueblo, porque á las grandes señoras en su lengua llaman *tecleciguatas*. Y dijo Cortés que sí daria, y les mandó hacer un buen altar bien labrado, el cual luego

hicieron. Y otro dia de mañana mandó Cortés á dos de nuestros carpinteros de lo blanco, que se decian Alonso Yañez y Alvaro López (ya otra vez por mí memorados), que luego labrasen una cruz bien alta: y despues de haber mandado todo esto, dijo á los caciques, que qué fué la causa que nos dieron guerra tres veces, requiriéndoles con la paz? Y respondieron, que ya habian demandado perdon dello y estaban perdonados, y que el cacique de Champoton, su hermano, se lo aconsejó, y porque no lo tuviesen por cobarde, porque se lo reñian y deshonraban porque no nos dió guerra cuando la otra vez vino otro capitan con cuatro navíos: y segun pareció decíalo por Juan de Grijalva. Y tambien dijo que el indio que traíamos por lengua, que se nos huyó una noche, se lo aconsejó que de dia y de noche nos diesen guerra porque éramos muy pocos. Y luego Cortés les mandó que en todo caso se lo trujesen; y dijeron, que como les vió que en la batalla no les fué bien, que se les fué huyendo y que no sabian dél, aunque le han buscado, y supimos que lo sacrificaron, pues tan caro les costó sus consejos. Y más les preguntó, que de qué parte traían oro y aquellas joyezuelas? Respondieron, que de hácia donde se pone el sol; y decian: *Culchua y México.* Y como no sabiamos qué cosa era *México ni Culchua,* dejábamoslo pasar por alto: y allí traíamos otra lengua, que se decia Francisco, que hubimos cuando lo de Grijalva (ya otra vez por mí

nombrado), mas no entendia poco ni mucho la de Tabasco, sino la de *Culchua*, que es la mexicana, y medio por señas dijo á Cortés que *Culchua* era muy adelante, y nombraba *México, México*, y no lo entendimos. Y en esto cesó la plática hasta otro dia, que se puso en el altar la santa imágen de nuestra Señora y la cruz, la cual todos adoramos, y dijo misa el padre fray Bartolomé de Olmedo, y estaban todos los caciques y principales delante; y púsose nombre á aquel pueblo, Santa María de la Victoria, y así se llama agora la villa de Tabasco: y el mismo fraile con nuestra lengua Aguilar predicó á las veinte indias que nos presentaron, muchas buenas cosas de nuestra santa fe, y que no creyesen en los ídolos que de ántes creían, que eran malos, y no eran dioses, ni más les sacrificasen, que los traían engañados, y adorasen en nuestro Señor Jesu-Christo. Y luego se bautizaron, y se puso por nombre doña Marina aquella india é señora que allí nos dieron, é verdaderamente era gran cacica é hija de grandes caciques, y señora de vasallos, y bien se le parecia en su persona, lo cual diré adelante cómo y de qué manera fué allí traida; y á las otras mujeres no me acuerdo bien de todos sus nombres, y no hace al caso nombrar algunas, mas estas fueron las primeras christianas que hubo en la Nueva-España. Y Cortés las repartió á cada capitan la suya, y á esta doña Marina, como era de buen parecer y entremetida y desenvuelta, dió á

Alonso Hernandez Puertocarrero, que ya he dicho otra vez que era muy buen caballero, primo del conde de Medellin: y desque fué á Castilla el Puertocarrero, estuvo la doña Marina con Cortés, y della hubo un hijo, que se dijo don Martin Cortés, que el tiempo andando fué comendador de Santiago. En aquel pueblo estuvimos cinco dias, así porque se curaban las heridas, como por los que estaban con dolor de riñones, que allí se les quitó: y demás desto, porque Cortés siempre atraía con buenas palabras á los caciques, y les dijo cómo el emperador, nuestro señor, cuyos vasallos somos, tiene á su mandado muchos grandes señores, y que es bien que ellos le den la obediencia; é que en lo que hubieren menester, así favor de nosotros como otra cualquier cosa, que se lo hagan saber donde quiera que estuviésemos, que él les vendrá á ayudar. Y todos los caciques le dieron muchas gracias por ello, y allí se otorgaron por vasallos de nuestro grande emperador: y estos fueron los primeros vasallos que en la Nueva-España dieron la obediencia á su majestad. Y luego Cortés les mandó que para otro dia, que era domingo de Ramos, muy de mañana viniesen al altar que hicimos, con sus hijos y mujeres, para que adorasen la santa imágen de nuestra Señora y la Cruz; y asimismo les mandó que viniesen seis indios carpinteros y que fuesen con nuestros carpinteros, y que en el pueblo de Cintla, adonde nuestro Señor Dios fué servido de darnos

aquella victoria de la batalla pasada, por mí referida, que hiciesen una cruz en un árbol grande que allí estaba, que llaman ceiba: é hiciéronla en aquel árbol á efecto que durase mucho, que con la corteza que suele reverdecer está siempre la cruz señalada. Hecho esto, mandó que aparejasen todas las canoas que tenian para nos ayudar á embarcar, porque aquel santo dia nos queriamos hacer á la vela: porque en aquella sazon vinieron dos pilotos á decir á Cortés, que estaban en gran riesgo los navíos por amor del Norte, que es travesía. Y otro dia muy de mañana vinieron todos los caciques y principales con todas sus mujeres y hijos, y estaban ya en el patio donde teniamos la Iglesia y cruz, y muchos ramos cortados para andar en procesion: y desque los caciques vimos juntos, Cortés y todos los capitanes á una, con gran devocion, anduvimos una muy devota procesion, y el Padre de la Merced y Juan Diaz el clérigo revestidos, y se dijo la misa, y adoramos y besamos la Santa Cruz, y los caciques é indios mirándonos. Y hecha nuestra solemne fiesta segun el tiempo, vinieron los principales, y trujeron á Cortés diez gallinas, y pescado asado y otras legumbres, y nos despedimos dellos: y siempre Cortés encomendándoles la santa imágen de nuestra Señora, y las santas cruces, y que las tuviesen muy limpias, y barrida la casa é iglesia, y enramado, y que las reverenciasen y hallarian buena salud, y sementeras. Y despues

que era ya tarde, nos embarcamos, y á otro dia lúnes por la mañana nos hicimos á la vela, y con buen viaje navegamos, y fuimos la via de San Juan de Ulúa, y siempre muy juntos á tierra: é yéndo navegando con buen tiempo, deciamos á Cortés los soldados que venimos con Grijalva, cómo sabiamos aquella derrota: Señor, allí queda la Rambla, que en lengua de indios se dice, *Aguayaluco*, luego llegamos al paraje de *Tonalo*, que se dice San Anton, y se lo señalábamos: mas adelante le mostramos el gran rio de *Guazacualco*, y vió las muy altas sierras nevadas; y luego las sierras de San Martin: y mas adelante le mostramos la roca partida, que es unos grandes peñascos, que entran en la mar, y tiene una señal arriba como á manera de silla: y mas adelante le mostramos el rio de Alvarado, que es adonde entró Pedro de Alvarado cuando lo de .Grijalva: y luego vimos el rio de Vanderas, que fué donde rescatamos los diez y seis mil pesos: y luego le mostramos la isla Blanca, y tambien le dijimos adónde quedaba la isla Verde: y junto á tierra vió la isla de Sacrificios, donde hallamos los altares cuando lo de Grijalva, y los indios sacrificados: y luego en buena hora llegamos á San Juan de Ulúa, juéves de la Cena despues de medio dia: y acuérdome que llegó un caballero, que se decia Alonso Hernandez Puertocarrero, y dijo á Cortés: Paréceme, señor, que os han venido diciendo estos caballeros que han

venido otras dos veces á esta tierra: "Cata Francia Montesinos: cata Paris la ciudad: cata las aguas de Duero, do van á dar á la mar. Yo digo que mireis las tierras ricas, y sabeos bien gobernar." Luego Cortés bien entendió á qué fin fueron aquellas palabras dichas: y respondió: "Dénos Dios ventura en armas como al paladin Roldan, que en lo demas teniendo á vuestra majestad y á otros caballeros por señores, bien me sabré entender:" y dejémoslo, y no pasemos de aquí. Y esto es lo que pasó, y Cortés entró en el rio de Alvarado, como dice Gomora.

CAPITULO XXXVII.

Cómo doña Marina era cacica, é hija de grandes señores, y señora de pueblos y vasallos, y de la manera que fué traida á Tabasco.

Antes que mas meta la mano en lo del gran Montezuma y su gran México y mexicanos, quiero decir lo de doña Marina, cómo desde su niñez fué gran señora de pueblos y vasallos; y es desta manera: que su padre y su madre eran señores y caciques de un pueblo que se dice Painala, y tenia otros pueblos sujetos á él obra de ocho leguas de la villa de Guazacualco, y murió el padre quedando muy niña, y la madre se casó con otro cacique mancebo, y ovieron un hijo, y segun pareció, querian bien al hijo que habian habido; acordaron entre el padre y la madre de dalle el cargo despues de sus dias, y porque en ello no hubiese estorbo, dieron de noche la niña á unos indios de Xicalango, porque no fuese vista, y echaron fama que se habia muerto, y en

aquella sazon murió una hija de una india esclava suya, y publicaron, que era la heredera: por manera que los de Xicalango la dieron á los de Tabasco, y los de Tabasco á Cortés: y conocí á su madre, y á su hermano de madre, hijo de la vieja, que era ya hombre, y mandaba juntamente con la madre á su pueblo, porque el marido postrero de la vieja ya era fallecido; y despues de vueltos christianos se llamó la vieja Marta, y el hijo Lázaro, y esto sélo muy bien, porque en el año de mil y quinientos y veinte y tres despues de ganado México y otras provincias, y se habia alzado Christóval de Oli en las Higueras, fué Cortés allá, y pasó por Guazacualco: fuimos con él aquel viaje toda la mayor parte de los vecinos de aquella villa (como diré en su tiempo y lugar) y como doña Marina en todas las guerras de la Nueva-España, Tlaxcala y México fué tan excelente mujer, y buena lengua, como adelante diré; á esta causa la traía siempre Cortés consigo, y en aquella sazon y viaje se casó con ella un hidalgo que se decia Juan Xaramillo en un pueblo que se decia Orizava, delante de ciertos testigos, que uno dellos se decia Aranda, vecino que fué de Tabasco, y aquel contaba el casamiento y no como lo dice el coronista Gomora: y la doña Marina tenia mucho ser, y mandaba absolutamente entre los indios en toda la Nueva-España. Y estando Cortés en la villa de Guazacualco, envió á llamar á todos los caciques de aquella provincia para

hacerles un parlamento acerca de la santa doctrina, y sobre su buen tratamiento, y entónces vino la madre de doña Marina y su hermano de madre Lázaro, con otros caciques. Dias habia que me habia dicho la doña Marina, que era de aquella provincia, y señora de vasallos, y bien lo sabia el capitan Cortés, y Aguilar la lengua: por manera que vino la madre y su hija, y el hermano, y conocieron claramente era su hija, porque se le parecia mucho, Tuvieron miedo della, que creyeron que los enviaba á llamar para matarlos, y lloraban: y como así los vido llorar la doña Marina, los consoló y dijo, que no hubiesen miedo, que cuando la traspusieron con los de Xicalango, que no supieron lo que hacian, y se lo perdonaba, y les dió muchas joyas de oro y de ropa, y que se volviesen á su pueblo: y que Dios le habia hecho mucha merced en quitarla de adorar ídolos agora, y ser christiana, y tener un hijo de su amo y señor Cortés, y ser casada con un caballero como era su marido Juan Xaramillo, que aunque la hicieran cacica de todas cuantas provincias habia en la Nueva-España, no lo seria, que en mas tenia servir á su marido y á Cortés, que cuanto en el mundo hay: y todo esto que digo se lo oí muy certificadamente, y se lo juro, amen. Y esto me parece que quiere remedar á lo que le acaeció con sus hermanos en Egipto á Joseph, que vinieron á su poder cuando lo del trigo. Esto es lo que pasó, y no la relacion que dieron al Gomora: y tam-

bien dice otras cosas que dejo por alto. E volviendo á nuestra materia, doña Marina sabia la lengua de Guazacualco, que es la propia de México, y sabia la de Tabasco, como Gerónimo de Aguilar sabia la de Yucatan y Tabasco que es toda una: entendíanse bien, y el Aguilar lo declaraba en castellano á Cortés: fué gran principio para nuestra conquista: y así se nos hacian las cosas, loado sea Dios, muy prósperamente. He querido declarar esto, porque sin doña Marina no podiamos entender la lengua de la Nueva-España y México. Donde lo dejaré y volveré decir, cómo nos desembarcamos en el puerto de San Juan de Ulúa.

CAPITULO XXXVIII.

Cómo llegamos con todos los navíos á San Juan de Ulúa, y lo que allí pasamos.

En Juéves Santo de la Cena del Señor, de mil y quinientos y diez y nueve años, llegamos con toda la armada al puerto de San Juan de Ulúa; y como el piloto Alaminos lo sabia muy bien desde cuando venimos con Juan de Grijalva, luego mandó surgir en parte que los navíos estuviesen seguros del Norte, y pusieron en la nao capitana sus estandartes reales y veletas, y desde obra de media hora que surgimos, vinieron dos canoas muy grandes (que en aquellas partes á las canoas grandes llaman piraguas), y en ellas vinieron muchos indios mexicanos, y como vieron los estandartes y navío grande conocieron que allí habian de ir á hablar al capitan: y fuéronse derechos al navío, y entran dentro, y preguntan quién era el *tlatoan*, que en su len-

gua dicen el señor. Y doña Marina, que bien lo entendió, porque sabia muy bien la lengua, se lo mostró. Y los indios hicieron mucho acato á Cortés, á su usanza, y le dijeron, que fuese bien venido, é que un criado del gran Montezuma, su señor, les enviaba á saber qué hombres éramos, é qué buscábamos; é que si algo hubiese menester para nosotros y los navíos, que se lo dijésemos, que traerian recaudo para ello. Y nuestro Cortés respondió con las dos lenguas, Aguilar y doña Marina, que se lo tenia en merced: y luego les mandó dar de comer, y beber vino, y unas cuentas azules: y cuando hubieron bebido les dijo, que veniamos para vellos y contratar, y que no se les haria enojo ninguno, é que habiésemos por buena nuestra llegada á aquella tierra. Y los mensajeros se volvieron muy contentos á su tierra: y otro dia, que fué Viérnes Santo de la Cruz, desembarcamos, así caballos como artillería, en unos montones de arena, que no habia tierra llana, sino todos arenales, y asentaron los tiros, como mejor le pareció al artillero, que se decia Mesa, y hicimos un altar, adonde se dijo luego misa; é hicieron chozas y enramadas para Cortés y para los capitanes; y entre tres soldados acarreábamos madera, é hicimos nuestras chozas, y los caballos se pusieron adonde estuviesen seguros: y en esto se pasó aquel Viérnes Santo. Y otro dia sábado, víspera de Pascua, vinieron muchos indios, que envió un principal, que era gobernador de Mon-

tezuma, que se decia Pitalpitoque, que despues le llamamos Ovandillo, y trujeron hachas, y adobaron las chozas del capitan Cortés, y los ranchos que mas cerca hallaron, y les pusieron mantas grandes encima, por amor del sol, que era cuaresma, é hacia muy gran calor, y trujeron gallinas y pan de maíz, y ciruelas, que era tiempo dellas: y paréceme que entónces trujeron unas joyas de oro, y todo lo presentaron á Cortés, é dijeron, que otro dia habia de venir un gobernador á traer mas bastimento. Cortés se lo agradeció mucho, y les mandó dar ciertas cosas de rescate, con que fueron muy contentos. Y otro dia Pascua Santa de Resurreccion, vino el gobernador que habian dicho, que se decia Tendile, hombre de negocios, é trujo con él á Pitalpitoque, que tambien era persona entre ellos principal, y traía detrás de sí muchos indios con presentes y gallinas, y otras legumbres; y á estos que los traían mandó Tendile que se apartasen un poco á un cabo; y con mucha humildad hizo tres reverencias á Cortés, á su usanza, y despues á todos los soldados que mas cercanos nos hallamos. Y Cortés les dijo con nuestras lenguas, que fuesen bien venidos, y les abrazó, y les mandó que esperasen, y que luego les hablaria: y entretanto mandó hacer un altar, lo mejor que en aquel tiempo se pudo hacer, y dijo misa cantada fray Bartolomé de Olmedo, y la beneficiaba el padre Juan Diaz, y estuvieron á la misa los dos gobernadores, y otros princi-

pales de los que traían en su compañía: y oido misa, comió Cortés y ciertos capitanes de los nuestros y los dos indios criados del gran Montezuma. Y alzadas las mesas se apartó Cortés con las dos nuestras lenguas doña Marina y Gerónimo de Aguilar, y con aquellos caciques, y les dijimos cómo éramos christianos, y vasallos del mayor señor que hay en el mundo, que se dice el emperador don Cárlos, y que tiene por vasallos y criados á muchos grandes señores; y que por su mandado veniamos á aquestas tierras; porque há muchos años que tiene noticia dellas y del gran señor que les manda, y que lo quiere tener por amigo, y decille muchas cosas en su real nombre: y cuando las sepa é haya entendido, se holgará dello: y para contratar con él y sus indios y vasallos, de buena amistad, y queria saber donde manda que se vean y se hablen. Y el tendile le respondió algo soberbio, y le dijo: Aun agora has llegado é ya le quieres hablar: recibe agora este presente que te damos en su nombre, y despues me dirás lo que te cumpliere: y luego sacó de una petaca, que es como caja, muchas piezas de oro y de buenas labores y ricas, y mas de diez cargas de ropa blanca de algodon y de pluma, cosas muy de ver, y otras joyas que ya no me acuerdo, como há muchos años, y tras esto mucha comida, que eran gallinas de la tierra, fruta, y pescado asado. Cortés las recibió riendo y con buena gracia, y les dió cuentas de diamantes

torcidas, y otras cosas de Castilla: y les rogó que mandasen en sus pueblos, que viniesen á contratar con nosotros: porque él traía muchas cuentas á trocar á oro: y le dijeron que así lo mandarian. Y segun despues supimos, estos Tendile y Pitalpitoque eran gobernadores de unas provincias que se dicen Cotastlan, Tustepeque, Guazpaltepeque, Tlaltetedo, y de otros pueblos que nuevamente tenian sojuzgados. Y luego Cortés mandó traer una silla de caderas, con entalladuras muy pintadas y unas piedras margaritas, que tienen dentro de sí muchas labores, y envueltas en unos algodones que tenian almizcle, porque oliesen bien, y un sartal de diamantes torcido, y una gorra de carmesí, con una medalla de oro, y en ella figurado á San Jorge, que estaba á caballo con una lanza, y parecia que mataba á un dragon, y dijo á Tendile, que luego enviase aquella silla en que se asiente el señor Montezuma, para cuando le vaya á ver y hablar Cortés, y que aquella gorra que la ponga en la cabeza; y que aquellas piedras y todo lo demás, le mandó dar el rey nuestro señor en señal de amistad, porque sabe que es gran señor: y que mande señalar, para qué dia y en qué parte quiere que le vaya á ver. Y el Tendile le recibió y dijo, que su señor Montezuma es tan gran señor, que se holgará de conocer á nuestro gran rey, y que le llevará presto aquel presente y traerá respuesta. Y parece ser que el Tendile traía consigo grandes pintores, que

los hay tales en México, y mandó pintar al natural rostro, cuerpo y facciones de Cortés y de todos los capitanes y soldados, y navíos y velas é caballos, y á doña Marina é Aguilar, hasta dos lebreles, é tiros é pelotas, y todo el ejército que traíamos, é lo llevó á su señor. Y luego mandó Cortés á nuestros artilleros que tuviesen muy bien cebadas las bombardas, con buen golpe de pólvora, para que hiciesen gran trueno cuando las soltasen. Y mandó á Pedro de Alvarado que él y todos los de á caballo se aparejasen, para que aquellos criados de Montezuma los viesen correr, y que llevasen pretales de cascabeles; y tambien Cortés cabalgó, y dijo: Si en estos medaños de arena pudiéramos correr, bueno fuera; mas ya verán que á pié atollamos en la arena, salgamos á la playa desde que sea menguante, y correrémos de dos en dos. E al Pedro de Alvarado, que era su yegua alazana, de gran carrera y revuelta, le dió el cargo de todos los de á caballo: todo lo cual se hizo delante de aquellos dos embajadores. Y para que viesen salir los tiros, dijo Cortés que les queria tornar á hablar, con otros muchos principales; y ponen fuego á las bombardas, y en aquella sazon hacia calma: iban las piedras por los montes retumbando con gran ruido, y los gobernadores y todos los indios se espantaron de cosas tan nuevas para ellos, y lo mandaron pintar á sus pintores para que Montezuma lo viese. Y parece ser que un soldado tenia un casco medio dorado,

y vióle Tendile, que era más entremetido indio que el otro, y dijo que parecia á unos que ellos tienen, que les habian dejado sus antepasados del linaje donde venian, el cual tenian puesto en la cabeza á sus dioses Huichilobos (que es su ídolo de la guerra), y que su señor Montezuma se holgará de lo ver. Y luego se lo dieron, y les dijo Cortés que porque queria saber si el oro desta tierra es como el que sacan de la nuestra de los rios, que le envien aquel casco lleno de granos para enviarlo á nuestro emperador. Y despues de todo esto, el Tendile se despidió de Cortés y de todos nosotros; y despues de muchos ofrecimientos que les hizo el mismo Cortés, le abrazó y se despidió dél. Y dijo el Tendile que él volveria con la respuesta con toda brevedad. E ido, alcanzamos á saber, que despues de ser indio de grandes negocios, fué el más suelto peon que su amo Montezuma tenia; el cual fué en posta, y dió relacion de todo á su señor, y le mostró el dibujo que llevaba pintado, y el presente que le envió Cortés. Y cuando el gran Montezuma le vió, quedó admirado, y recibió por otra parte mucho contento; y desque vió el casco y el que tenia su Huichilobos, tuvo por cierto que éramos del linaje de los que les habian dicho sus antepasados que vendrian á señorear aquella tierra. Aquí es donde dice el coronista Gomora muchas cosas, que no le dieron buena relacion. Dejallos he aquí, y diré lo que mas nos acaeció.

CAPITULO XXXIX.

Cómo fué Tendile á hablar á su señor Montezuma y llevar el presente, y lo que hicimos en nuestro real.

Desque se fué Tendile con el presente que el capitan Cortés le dió para su señor Montezuma, é habia quedado en nuestro real el otro gobernador que se decia Pitalpitoque, quedó en unas chozas apartadas de nosotros, y allí trujeron indios para que hiciesen pan de su maíz, y gallinas, fruta y pescado, y de aquella proveian á Cortés y á los capitanes que comian con él (que á nosotros los soldados si no lo mariscábamos ó íbamos á pescar no lo teniamos), y en aquella sazon vinieron muchos indios de los pueblos por mí nombrados, donde eran gobernadores aquellos criados del gran Montezuma, y traían algunos dellos oro y joyas de poco valor, y gallinas á trocar por nuestros rescates, que eran cuentas verdes, diamantes y otras cosas, y con

aquello nos sustentábamos, porque comunmente todos los soldados traíamos rescate, como teniamos aviso cuando lo de Grijalva que era bueno traer cuentas; y en esto pasaron seis ó siete dias: y estando en esto, vino el Tendile una mañana con más de cien indios cargados, y venia con ellos un gran cacique mexicano, y en el rostro, facciones y cuerpo se parecia al capitan Cortés, y adrede lo envió el gran Montezuma; porque, segun dijeron, cuando á Cortés le llevó Tendile dibujada su misma figura, todos los principales que estaban con Montezuma dijeron que un principal que se decia Quintalbor se le parecia á lo propio á Cortés (así se llamaba aquel gran cacique que venia con Tendile), y como parecia á Cortés, que así le llamábamos en el real, Cortés acá, Cortés acullá. Volvamos á su venida, y lo que hicieron en llegando donde nuestro capitan estaba; y fué, que besó la tierra con la mano y con braseros que traían de barro, y en ellos de su incienso, les ahumaron y á todos los demás soldados que allí cerca nos hallamos: y Cortés les mostró mucho amor, asentólos cabe sí: é aquel principal que venia con aquel presente, traía cargo juntamente de hablar con el Tendile; ya he dicho que se decia Quintalbor: y despues de haberle dado el parabien venido á aquella tierra, y otras muchas pláticas que pasaron, mandó sacar el presente que traían encima de unas esteras que llaman petates, y tendidas otras mantas de algodon

encima dellas; lo primero que dió fué una rueda de hechura de sol, tan grande como de una carreta, con muchas labores, todo de oro muy fino, gran obra de mirar, que valia á lo que despues dijeron que le habian pesado, sobre veinte mil pesos de oro; y otra mayor, rueda de plata, figurada la luna, con muchos resplandores y otras figuras en ella, y esta era de gran peso, que valia mucho, y trujo el casco lleno de oro en granos crespos como lo sacan de las minas, que valia tres mil pesos. Aquel oro del casco tuvimos en más, por saber cierto que habia buenas minas, que si trujeran treinta mil pesos. Más trajo veinte ánades de oro, de muy prima labor y muy al natural, é unos como perros de los que entre ellos tienen, y muchas piezas de oro figuradas, de hechura de tigres, y leones, y monos, y diez collares hechos de una hechura muy prima, é otros pinjantes, é doce flechas y arco con su cuerda, y dos varas como de justicia, de largo de cinco palmos; y todo esto de oro muy fino y de obra vaciadizo. Y luego mandó traer penachos de oro, y de ricas plumas verdes, y otras de plata, y aventadores de lo mismo: pues venados de oro sacados de vaciadizo: é fueron tantas cosas, que como há ya tantos años que pasó no me acuerdo de todo: y luego mandó traer allí sobre treinta cargas de ropa de algodon, tan prima y de muchos géneros de labores, y de pluma de muchos colores, que por ser tantos no quiero en ello más meter la pluma, porque no lo sabré escribir. Y

despues de haberlo dado, dijo aquel gran cacique Quintalbor, y el Tendile á Cortés, que reciba aquello con la gran voluntad que su señor se lo envia, é que lo reparta con los teules que consigo trae. Y Cortés con alegría los recibió: y dijeron á Cortés aquellos embajadores que le querian hablar lo que su señor Montezuma le envia á decir. Y lo primero que le dijeron, que se ha holgado que hombres tan esforzados vengan á su tierra, como le han dicho que somos; porque sabia lo de Tabasco; y que deseara mucho ver á nuestro gran emperador, pues tan gran señor es, pues de tan léjas tierras como veniamos tiene noticia dél, é que le enviará un presente de piedras ricas: é que entretanto que allí en aquel puerto estuviéremos, si en algo nos puede servir que lo hará de buena voluntad: é cuanto á las vistas, que no curasen dellas, que no habia para qué, poniendo muchos inconvenientes. Cortés les tornó á dar las gracias con buen semblante por ello, y con muchos halagos dió á cada gobernador dos camisas de holanda, y diamantes azules y otras cosillas, y les rogó que volviesen por su embajador á México á decir á su señor el gran Montezuma, que pues habiamos pasado tantas mares y veniamos de tan léjas tierras solamente por le ver y hablar de su persona á la suya, que así se volviese, que no lo recibiria de buena manera nuestro gran rey y señor; y que adonde quiera que estuviere le quiere ir á ver, y hacer lo que mandare. Y los gobernadores dijeron

que irian y se lo dirian; mas que las vistas que dice, que entienden que son por demás. Y envió Cortés con aquellos mensajeros á Montezuma de la pobreza que traíamos, que era una copa de vidrio de Florencia, labrada y dorada, con muchas arboledas y monterías que estaban en la copa, y tres camisas de holanda y otras cosas, y les encomendó la respuesta. Fuéronse estos dos gobernadores, y quedó en el real Pitalpitoque, que parece ser le dieron cargo los demás criados de Montezuma para que trujese la comida de los pueblos más cercanos. Dejallohé aquí y diré lo que en nuestro real pasó.

CAPITULO XL.

Cómo Cortés envió á buscar otro puerto y asiento para poblar, y lo que sobre ello se hizo.

Despachados los mensajeros para México, luego Cortés mandó ir dos navíos á descubrir la costa adelante, y por capitan dellos á Francisco de Montejo, y le mandó que siguiese el viaje que habiamos llevado con Juan de Grijalva; porque el mismo Montejo habia venido en nuestra compañía y del Grijalva, y que procurase buscar puerto seguro y mirase por tierras en que pudiésemos estar; porque bien vía que en aquellos arenales no nos podiamos valer de mosquitos, y estar tan léjos de poblaciones: y mandó al piloto Alaminos y á Juan Alvarez el Manquillo que fuesen por pilotos, porque sabian aquella derrota, y que diez dias navegasen costa á costa todo lo que pudiesen. Y fueron de la manera que les fué dicho é mandado, y llegaron al paraje

del rio grande, que es cerca de Pánuco, adonde otra vez llegamos cuando lo del capitan Juan de Grijalva, y desde allí adelante no pudieron pasar por las grandes corrientes. Y viendo aquella mala navegacion, dió la vuelta á San Juan de Ulúa, sin más pasar adelante, ni otra relacion, excepto que doce leguas de allí habian visto un pueblo como fortaleza, el cual pueblo se llamaba *Quiahuitlan*, y que cerca de aquel pueblo estaba un puerto que le parecia al piloto Alaminos que podrian estar seguros los navíos del Norte. Púsole un nombre feo, que es el tal de Bernal, que parecia á otro puerto que hay en España que tenia aquel propio nombre feo; y en estas idas y venidas se pasaron al Montejo diez á doce dias. Y volveré á decir, que el indio Pitalpitoque, que quedaba para traer la comida, aflojó de tal manera, que nunca mas trujo cosa ninguna, y teniamos entónces gran falta de mantenimientos porque ya el cazabe amargaba de mohoso, podrido y sucio de fatulas, y si no íbamos á mariscar no comiamos, y los indios que solian traer oro y gallinas á rescatar ya no venian tantos como al principio, y estos que acudian, muy recatados y medrosos, y estábamos aguardando á los indios mensajeros que fueron á México por horas. Y estando desta manera, vuelve Tendile con muchos indios, y despues de haber hecho el acato que suelen entre ellos, de sahumar á Cortés y á todos nosotros, dió diez cargas de mantas de pluma muy fina y ricas, y cuatro chalchuites,

que son unas piedras verdes de muy gran valor, y tenidas en mas estima entre ellos, más que nosotros las esmeraldas, y es color verde; y ciertas piezas de oro, que dijeron que valia el oro, sin los chalchuites, tres mil pesos; y entónces vinieron el Tendile y Pitalpitoque, porque el otro gran cacique que se decia Quintalbor no volvió más, porque habia adolecido en el camino. Y aquellos dos gobernadores se apartaron con Cortés y doña Marina y Aguilar, y le dijeron que su señor Montezuma recibió el presente y que se holgó con él; é que en cuanto á la vista, que no le hablen más sobre ello; é que aquellas ricas piedras de chalchuites, que las envia para el gran emperador, porque son tan ricas, que vale cada una dellas una gran carga de oro, y que en más estima las tenia; y que ya no cure de enviar mas mensajeros á México. Y Cortés les dió las gracias, con ofrecimientos; y ciertamente que le pesó á Cortés que tan claramenie le decian que no podriamos ver al Montezuma, y dijo á ciertos soldados que allí nos hallamos: Verdaderamente debe de ser gran señor y rico; y si Dios quisiere, algun dia le hemos de ir á ver. Y respondimos los soldados: Ya querriamos estar envueltos con él. Dejemos por agora las vistas, y digamos que en aquella sazon era hora de la Ave María y en el real teniamos una campana, y todos nos arrodillamos delante de una cruz que teniamos puesta en un medaño de arena el más alto, y delante de aquella cruz deciamos la

oracion de la Ave María; y como Tendile y Pitalpitoque nos vieron así arrodillar, como eran indios muy entremetidos, preguntaron que á qué fin nos humilllábamos delante de aquel palo hecho de aquella manera. Y como Cortés lo oyó y el fraile de la Merced estaba presente, le dijo Cortés al fraile: Bien es agora, padre, que hay buena materia para ello, que les demos á entender con nuestras lenguas las cosas tocantes á nuestra santa fe. Y entónces se les hizo un tan buen razonamiento para en tal tiempo, que unos buenos teólogos no lo dijeran mejor. Y despues de declarado cómo somos christianos, é todas las cosas tocantes á nuestra santa fe que se convenian decir, les dijeron que sus ídolos son malos y que no son buenos, que huyen de donde está aquella señal de la cruz porque en otra de aquella hechura padeció muerte y pasion el Señor del cielo y de la tierra y de todo lo criado, que es el que nosotros adoramos y creemos que es nuestro Dios verdadero, que se dice Jesu–Christo, y que quiso sufrir y pasar aquella muerte por salvar todo el género humano, y que resucitó al tercero dia y está en los cielos, y que habemos de ser juzgados dél. Y se les dijo otras muchas cosas muy perfectamente dichas, y las entendian bien; y respondian, cómo ellos lo dirian á su señor Montezuma. Y tambien se les declaró que una de las cosas por qué nos envió á estas partes nuestro gran emperador, fué para quitar que no sacrificasen ningunos indios, ni otra manera de sacri-

ficios malos que hacen, ni se robasen unos á otros, ni adorasen aquellas malditas figuras; y que les ruega que pongan en su ciudad, en los adoratorios donde están los ídolos que ellos tienen por dioses, una cruz como aquella, y pongan una imágen de nuestra Señora que allí les dió, con su Hijo precioso en los brazos, y verán cuánto bien les va y lo que nuestro Dios por ellos hace. Y porque pasaron otros muchos razonamientos é yo no los sabré escribir tan por extenso, lo dejaré y traeré á la memoria que como vinieron con Tendile muchos indios esta postrera vez á rescatar piezas de oro, y no de mucho valor, todos los soldados lo rescatábamos, y aquel oro que rescatábamos dábamos á los hombres que traíamos de la mar, que iban á pescar, á trueco de su pescado, para tener de comer; porque de otra manera pasábamos mucha necesidad de hambre; y Cortés se holgaba dello, y lo disimulaba, aunque lo veía y se lo decian muchos criados y amigos de Diego Velazquez que para qué nos dejaba rescatar. Y lo que sobre ello pasó diré adelante.

CAPITULO XLI.

De lo que se hizo sobre el rescatar el oro, y de otras cosas que en el real pasaron.

Como vieron los amigos de Diego Velazquez, gobernador de Cuba, que algunos soldados rescatábamos oro, dijéronselo á Cortés, que para qué lo consentia? y que no lo envió Diego Velazquez para que los soldados llevasen todo el mas oro; y que era bien mandar pregonar que no rescatasen mas de allí adelante, si no fuese el mismo Cortés, y lo que hubiesen habido, que lo manifestasen para sacar el real quinto, é que se pusiese una persona que fuese conveniente para cargo de tesorero. Cortés á todo dijo, que era bien lo que decian; y que la tal persona nombrasen ellos: y señalaron á un Gonzalo Mejía. Y despues desto hecho, les dijo Cortés no de buen semblante: Mirad, señores, que nuestros compañeros pasan gran trabajo de no tener con qué se sus-

tentar, y por esta causa habiamos de disimular, porque todos comiesen; cuanto mas que es una miseria cuanto rescatan; que mediante Dios mucho es lo que habemos de haber, porque todas las cosas tienen su haz y enves; ya está pregonado que no rescaten mas oro, como habeis querido, veremos de qué comeremos. Aquí es donde dice el coronista Gomora que lo hacia Cortés porque no creyese Montezuma que se nos daba nada por oro, y no le informaron bien, que desde lo de Grijalva en el rio de Vanderas lo sabia muy claramente: y demás desto, cuando le enviamos á demandar el casco de oro en granos de las minas, y nos veían rescatar. Pues qué gente mexicana para no entendello? Y dejemos esto, pues dice que por informacion lo sabe: y digamos cómo una mañana no amaneció indio ninguno de los que estaban en las chozas, que solian traer de comer, ni los que rescataban, y con ellos *Pitalpitoque*, que sin hablar palabra se fueron huyendo, y la causa fué, segun despues alcanzamos á saber que se lo envió á mandar Montezuma, que no aguardasen mas pláticas de Cortés, ni de los que con él estábamos: porque parece ser cómo el Montezuma era muy devoto de sus ídolos que se decian *Tezcatepuca y Huichilobos:* el uno decian que era dios de la guerra; y el Tezcatepuca el dios del infierno, y les sacrificaba cada dia muchachos, para que le diesen respuesta de lo que debia de hacer de nosotros: porque ya el Montezuma te-

nia pensamiento, que si no nos tornábamos á ir en los navíos, de nos haber todos á las manos, para que hiciésemos generacion, y tambien para tener que sacrificar, segun despues supimos, que la respuesta que le dieron sus ídolos, fué que no curase de oir á Cortés, ni las palabras que le enviaba á decir, que tuviese cruz; y la imágen de nuestra Señora, que no la trujesen á su ciudad; y por esta causa se fueron sin hablar. Y como vimos tal novedad, creímos que siempre estaban de guerra, y estábamos muy mas á punto apercebidos. Y un dia estando yo y otro soldado puestos por espías en unos arenales, vimos venir por la playa cinco indios, y por no hacer alboroto por poca cosa en el real, los dejamos allegar á nosotros, y con alegres rostros nos hicieron reverencia á su usanza, y por señas nos dijeron que los llevásemos al real: y yo dije á mi compañero, que se quedase en el puesto é yo iria con ellos, que en aquella sazon no me pesaban los piés como agora que soy viejo, y cuando llegaron adonde Cortés estaba, le hicieron grande acato, y le dijeron, *lopelucio, lopelucio*, que quiere decir en la lengua *totonaque*, señor y gran señor; y traían unos grandes agujeros en los bezos de abajo, y en ellos unas rodajas de piedras pintadillas de azul, y otros con unas hojas de oro delgadas, y en las orejas muy grandes agujeros, y en ellos puestas otras rodajas de oro y piedras, y muy diferente traje y habla que traían á lo de los mexicanos que solian

allí estar en los ranchos con nosotros, que envió el gran Montezuma. Y como doña Marina y Aguilar las lenguas oyeron aquello de lopelucio, no lo entendieron: dijo la doña Marina en la lengua mexicana, ¿que si habia allí entre ellos *nacyavatos*, que son intérpretes de la lengua mexicana? y respondieron los dos de aquellos cinco, que sí, que ellos la entendian y hablarian; y dijeron luego en la lengua mexicana, que somos bien venidos, é que su señor les enviaba á saber quién éramos, y que se holgara servir á hombres tan esforzados; porque parece ser ya sabian lo de Tabasco, y lo de Potonchan: y mas dijeron, que ya hobieran venido á vernos, si no fuera por temor de los de Culchua, que debian estar allí con nosotros: y Culchua entiéndese por mexicanos, que es como si dijésemos, cordoveses ó villanos: é que supieron, que habia tres dias que se habian ido huyendo á sus tierras: y de plática en plática supo Cortés como tenia Montezuma enemigos y contrarios; de lo cual se holgó: y con dádivas y halagos, que les hizo, despidió aquellos cinco mensajeros, y les dijo, que dijesen á su señor, que él los iria á ver muy presto. A aquellos indios llamábamos desde ahí adelante, los *lopelucios*. Y dejallos he agora, y pasemos adelante, y digamos, que en aquellos arenales donde estábamos habia siempre muchos mosquitos zancudos, como de los chicos, que llaman jejenes, y son peores que los grandes, y no podiamos dormir dellos, y no habia

bastimentos, y el cazabe se apocaba, y muy mohoso y sucio de las fatulas, y algunos soldados de los que solian tener indios en la isla de Cuba, suspirando continuamente por volverse á sus casas, y en especial los criados y amigos de Diego Velazquez. Y como Cortés así vido la cosa y voluntades, mandó, que nos fuésemos al pueblo que habia visto el Montejo, y el piloto Alaminos que estaba en fortaleza, que se dice, *quiavistlan,* y que los navíos estarian al abrigo del Peñol por mí nombrado. Y como se ponia por la obra para nos ir, todos los amigos, deudos y criados del Diego Velazquez dijeron á Cortés, que para qué queria hacer aquel viaje sin bastimentos, é que no tenia posibilidad para pasar mas adelante; porque ya se habian muerto en el real de heridas de lo de Tabasco, y de dolencias, y hambre, sobre treinta y cinco soldados, y que la tierra era grande, y las poblaciones de mucha gente, é que nos darian guerra un dia que otro; y que seria mejor que nos volviésemos á Cuba, á dar cuenta á Diego Velazquez del oro rescatado, pues era cantidad, y de los grandes presentes de Montezuma, que era el sol de oro y la luna de plata, y el casco de oro menudo de minas, y de todas las joyas, y ropa por mí referidas. Y Cortés les respondió, que no era buen consejo volver sin ver; porque hasta entónces que no nos podiamos quejar de la fortuna; é que diésemos gracias á Dios, que en todo nos ayudaba; y que en cuanto á los que se han

muerto, que en las guerras y trabajos suele acontecer: y que seria bien saber lo que había en la tierra; y que entretanto del maíz que tenian los indios, y pueblos cercanos, comeriamos, ó mal nos andarian las manos. Y con esta respuesta se sosegó algo la parcialidad del Diego Velazquez, aunque no mucho, que ya habia corrillos dellos, y plática en el real sobre la vuelta de Cuba. Y dejallohé aquí, y diré lo que mas avino.

CAPITULO XLII.

Cómo alzamos á Hernando Cortés por capitan general y justicia mayor, hasta que su majestad en ello mandase lo que fuese servido, y lo que en ellos se hizo.

Ya he dicho que en el real andaban los parientes y amigos del Diego Velazquez perturbando que no pasásemos adelante, y que desde allí de San Juan de Ulúa nos volviésemos á la isla de Cuba. Parece ser que ya Cortés tenia pláticas con Alonso Hernandez Puertocarrero, y con Pedro de Alvarado, y sus cuatro hermanos Jorge, Gonzalo, Gomez y Juan, todos Alvarados; y con Christóbal del Oli, Alonso de Avila, Juan de Escalante, Francisco de Lugo, y conmigo, é otros caballeros y capitanes, que le pidiésemos por capitan. El Francisco de Montejo, bien lo entendió, y estábase á la mira; y una noche á mas de media noche vinieron á mi choza el Alonso

Hernandez Puertocarrero, y el Juan de Escalante, y Francisco de Lugo, que éramos algo deudos yo y el Lugo, y de una tierra, y me dijeron: A señor Bernal Diaz del Castillo, salid acá con vuestras armas á rondar, acompañaremos á Cortés que anda rondando: y cuando estuve apartado de la choza, me dijeron: mirad, señor, tened secreto de un poco que agora os queremos decir, porque pesa mucho, y no lo entiendan los compañeros que están en vuestro ranchó, que son de la parte del Diego Velazquez, y lo que me platicaron fué. Paréceos, señor bien que Hernando Cortés así nos haya traido engañados á todos, y dió pregones en Cuba que venia á poblar, y ahora hemos sabido que no trae poder para ello, sino para rescatar, y quieren que nos volvamos á Santiago de Cuba con todo el oro que se ha habido y quedaremos todos perdidos, y tomarsehá el oro el Diego Velazquez como la otra vez? mira, señor, que habeis venido ya tres veces con esta postrera, gastando vuestros haberes, y habeis quedado empeñado, aventurando tantas veces la vida con tantas heridas: hacémoslo, señor, saber porque no pase esto adelante: y estamos muchos caballeros, que sabemos que son amigos de vuestra merced, para que esta tierra se pueble en nombre de su majestad, y Hernando Cortés en su real nombre, y en teniendo que tengamos posibilidad, hacello saber en Castilla á nuestro rey y señor. Y tenga, señor, cuidado de dar el voto para

que todos le elijamos por capitan de unánime voluntad, porque es servicio de Dios, y de nuestro rey y señor. Yo respondí que la ida de Cuba no era buen acuerdo, y que seria bien que la tierra se poblase, é que eligiésemos á Cortés por general y justicia mayor, hasta que su majestad otra cosa mandase. Y andando de soldado en soldado este concierto, alcanzáronlo á saber los deudos y amigos del Diego Velazquez, que eran muchos mas que nosotros, y con palabras algo sobradas dijeron á Cortés, ¿que para qué andaba con mañas para quedarse en aquesta tierra, sin ir á dar cuenta á quien le envió para ser capitan? porque Diego Velazquez no se lo ternia á bien, y que luego nos fuésemos á embarcar, y que no curase de mas rodeos, y andar en secretos con los soldados, pues no tenia bastimentos, ni gente, ni posibilidad para que pudiese poblar. Y Cortés respondió sin mostrar enojo, y dijo que le placia, que no iria contra las instrucciones y memorias que traía del señor Diego Velazquez, y mandó luego pregonar que para otro dia todos nos embarcásemos cada uno en el navío que habia venido. Y los que habiamos sido en el concierto, le respondimos, que no era bien traernos engañados; que en Cuba pregonó que venia á poblar, é que viene á rescatar, y que le requeriamos de parte de Dios nuestro Señor, y de su majestad que luego poblase, y no hiciese otra cosa; porque era muy gran bien y servicio de Dios y su majes-

tad: y se le dijeron muchas cosas bien dichas sobre el caso: diciendo que los naturales no nos dejarian desembarcar como agora, y que en estar poblada aquesta tierra, siempre acudirian de todas las islas soldados para nos ayudar, y que Velazquez nos habia echado á perder, con publicar que tenia provisiones de su majestad para poblar, siendo al contrario, é que nosotros queriamos poblar: é que se fuese quien quisiese á Cuba. Por manera que Cortés lo aceptó, y aunque se hacia mucho de rogar, y como dice el refran, tú me lo ruegas, é yo me lo quiero: y fué con condicion, que le hiciésemos justicia mayor y capitan general: y lo peor de todo que le otorgamos que le dariamos el quinto del oro de lo que se hubiese despues de sacado el real quinto, y luego le dimos poderes muy bastantísimos delante de un escribano del rey, que se decia Diego de Godoy, para todo lo por mí aquí dicho.

Y luego ordenamos de hacer y fundar, é poblar una villa, que se nombró la Villa rica de la Vera–Cruz; porque llegamos Juéves de la Cena, y desembarcamos en Viérnes Santo de la Cruz; é rica por aquel caballero que dije en el capítulo, que se llegó á Cortés, y le dijo que mirase las tierras ricas, y que se supiese bien gobernar: é quiso decir que se quedase por capitan general, el cual era el Alonso Hernandez Puertocarrero. Y volvamos á nuestra relacion, que fundada la villa, hicimos alcalde, y regidores, y fueron los primeros alcaldes

Alonso Hernandez Puertocarrero, y Francisco de Montejo: y á este Montejo porque no estaba muy bien con Cortés, por metalle en los primeros y principal, le mandó nombrar por alcalde: y los regidores dejalloshé de escribir, porque no hace al caso que nombre algunos, y diré cómo se puso una picota en la plaza, y fuera de la villa una horca, y señalamos por capitan para las entradas á Pedro de Alvarado, y maestre de campo á Christóbal de Oli, y alguacil mayor á Juan de Escalante, y tesorero Gonzalo Mejía, y contador á Alonso de Avila y alférez á Hulano Corral, porque el Villareal que habia sido alférez, no sé qué enojo habia hecho á Cortés sobre una india de Cuba, y se le quitó el cargo; y alguacil del real á Ochoa Vizcaino, y á un Alonso Romero. Dirán ahora cómo no nombro en esta relacion al capitan Gonzalo de Sandoval, siendo un capitan tan nombrado, que despues de Cortés fué la segunda persona, y de quien tanta noticia tuvo el emperador nuestro señor? A esto digo, que como era mancebo entónces, no se tuvo tanta cuenta con él, y con otros valerosos capitanes, que le vimos florecer en tanta manera, que Cortés y todos los soldados le teniamos en tanta estima, como al mismo Cortés, como adelante diré. Y quedarsehá aquí esta relacion: y diré cómo el coronista Gomora dice, que por relacion sabe lo que escribe, y esto que aquí digo, pasó así: y en todo lo demás que escribe no le

dieron buena cuenta de lo que dice. E otra cosa veo que para que parezca ser verdad lo que en ello escribe, todo lo que en el caso pone, es muy al revés, por mas buena retórica que en el escribir ponga. Y dejallohé, y diré lo que la parcialidad del Diego Velazquez hizo sobre que no fuese por capitan elegido Cortés, y nos volviésemos á la isla de Cuba.

CAPITULO XLIII.

Cómo la parcialidad de Diego Velazquez perturbaba el poder que habiamos dado á Cortés, y lo que sobre ello se hizo.

Y desque la parcialidad de Diego Velazquez vieron que de hecho habiamos elegido á Cortés por capitan general y justicia mayor, y nombrada la villa y alcaldes y regidores, y nombrado capitan á Pedro de Alvarado, y alguacil mayor y maestre de campo, y todo lo por mí dicho, estaban tan enojados y rabiosos que comenzaron á armar bandos é chirinolas, y aun palabras muy mal dichas contra Cortés y contra los que le elegimos, é que no era bien hecho sin ser sabidores dello todos los capitanes y soldados que allí venian, y que no le dió tales poderes el Diego Velazquez sino para rescatar, y harto teniamos los del bando de Cortés de mirar que no se desvergonzasen más y viniésemos á las armas: y entónces avisó Cortés secretamente á Juan de

Escalante que le hiciésemos parecer las instrucciones que traía del Diego Velazquez, por lo cual luego Cortés las sacó del seno y las dió á un escribano del rey que las leyese. Decia en ellas: Desque hubiéredes rescatado lo más que pudiéredes, os volveréis. Y venian firmadas del Diego Velazquez y refrendadas de su secretario Andrés de Duero. Pedimos á Cortés que las mandase encorporar juntamente con el poder que le dimos, y asimismo el pregon que se dió en la isla de Cuba; y esto fué á causa que su majestad supiese en España cómo todo lo que haciamos era en su real servicio, y no nos levantasen alguna cosa contraria de la verdad. Y fué harto buen acuerdo, segun en Castilla nos trataba don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos y arzobispo de Rosano, que así se llamaba, lo cual supimos por muy cierto que andaba por nos destruir, y todo por ser mal informado, como adelante diré. Hecho esto, volvieron otra vez los mismos amigos y criados del Diego Velazquez á decir que no estaba bien hecho haberle elegido sin ellos, é que no querian estar debajo de su mando, sino volverse luego á la isla de Cuba. Y Cortés les respondió, que él no deternía á ninguno por fuerza, é cualquiera que le viniese á pedir licencia se la daria de buena voluntad, aunque se quedase solo; y con esto los asosegó á algunos dellos, excepto al Juan de Velazquez de Leon, que era pariente del Diego Velazquez, é á Diego de Ordás, y á Esco-

bar, que llamábamos el Paje porque habia sido criado del Diego Velazquez, y á Pedro Escudero y á otros amigos del Diego Velazquez. Y á tanto vino la cosa, que poco ni mucho le querian obedecer; y Cortés, con nuestro favor, determinó de prender al Juan Velazquez de Leon, y al Diego de Ordás, y á Escobar el Paje, é á Pedro Escudero, y á otros que ya no me acuerdo; y por los demás mirábamos no hubiese algun ruido: y estuvieron presos con cadenas y velas que les mandaba poner ciertos dias. Y pasaré adelante y diré cómo fué Pedro de Alvarado á entrar en un pueblo de allí. Aquí dice el coronista Gomara en su historia muy al contrario de lo que pasó, y quien viere su historia verá ser muy extremado en hablar, é si bien le informaran, él dijera lo que pasaba, mas todo es mentiras.

CAPITULO XLIV.

Cómo fué ordenado de enviar á Pedro de Alvarado la tierra dentro á buscar maíz y bastimentos, y lo que mas pasó.

Ya que habiamos hecho y ordenado lo por mí aquí dicho, acordamos que fuese Pedro de Alvarado la tierra dentro á unos pueblos que teniamos noticia que estaban cerca, para que viese qué tierra era y para traer maíz é algun bastimento, porque en el real pasábamos mucha necesidad, y llevó cien soldados, y entre ellos quince ballesteros y seis escopeteros; y eran destos soldados mas de la mitad de la parcialidad de Diego Velazquez, y quedamos con Cortés todos los de su bando por temor no hubiese más ruido ni chirinola y se levantasen contra él, hasta asegurar más la cosa. Y desta manera fué el Alvarado á unos pueblos pequeños, sujetos de otro pueblo que se decia *Costastlan*, que era de lengua de Culúa: y este nombre de Culúa es en aquella tierra

como si dijesen los romanos hallados: así es toda la lengua de la parcialidad de México y de Montezuma; y á este fin, en toda aquesta tierra, cuando dijere Culúa, son vasallos y sujetos á México, y así se ha de entender. Y llegado el Pedro de Alvarado á los pueblos, todos estaban despoblados de aquel mismo dia, y halló sacrificados en unos *cues* hombres y muchachos, y las paredes y altares de sus ídolos con sangre, y los corazones presentados á los ídolos; y tambien hallaron las piedras sobre que los sacrificaban y los cuchillazos de pedernal con que los abrian por los pechos para les sacar los corazones. Dijo el Pedro de Alvarado que habian hallado todos los más de aquellos cuerpos sin brazos y piernas. E que dijeron otros indios, que los habian llevado para comer, de lo cual nuestros soldados se admiraron mucho de tan grandes crueldades. Y dejemos de hablar de tanto sacrificio, pues dende allí adelante en cada pueblo no hallábamos otra cosa. Y volvamos á Pedro de Alvarado, que aquellos pueblos los halló muy abastecidos de comida y despoblados de aquel dia de indios, que no pudo hallar sino dos indios que le trajeron maíz, y así hubo de cargar cada soldado de gallinas y de otras legumbres, y volvióse al real sin más daño les hacer, aunque halló bien en que, porque así se lo mandó Cortés, que no fuese como lo de Cozumel. Y en el real nos holgamos con aquel poco bastimento que trujo, porque todos los males y trabajos se pasan con el comer. Aquí es

donde dice el coronista Gomora que fué Cortés la tierra dentro con cuatrocientos soldados: no le informaron bien, que el primero que fué, es el por mí aquí dicho y no otro. Y tornemos á nuestra plática, que como Cortés en todo ponia gran diligencia, procuró de hacerse amigo con la parcialidad del Diego Velazquez, porque á unos con dádivas del oro que habiamos habido, que quebranta peñas, ó otros prometimientos los atrajo á sí y los sacó de las prisiones, excepto á Juan Velazquez de Leon y al Diego de Ordás, que estaban en cadenas en los navíos, y dende á pocos dias tambien los sacó de las prisiones y hizo tan buenos y verdaderos amigos dellos, como adelante verán, y todo con el oro, que lo amansa. Ya todas las cosas puestas en este estado, acordamos de nos ir al pueblo que estaba en la fortaleza, ya otra vez por mí memorado, que se dice *Quiavistlan*, y que los navíos se fuesen al peñol y puerto, que estaba enfrente de aquel pueblo obra de una legua dél. E yendo costa á costa, acuérdome que se mató un gran pescado que le echó la mar en la costa en seco, y llegamos á un rio donde está poblada ahora la Veracruz, y venia algo hondo, y con unas canoas quebradas lo pasamos, yo á nado y en balsas; y de aquella parte del rio estaban unos pueblos sujetos á otro gran pueblo que se decia Cempoala, donde eran naturales los cinco indios de los bezotes de oro que he dicho que vinieron por mensajeros á Cortés, que les llamamos *lopelucios*

en el real, y hallamos las casas de ídolos, y sacrificadores, y sangre derramada, y encienzos con que sahumaban y otras cosas de ídolos, y de piedras con que sacrificaban, y plumas de papagayos, y muchos libros de su papel, cosidos á dobleces como á manera de paños de Castilla, y no hallamos indios ningunos porque se habian ya huido, que como no habian visto hombres como nosotros, ni caballos, tuvieron temor, y allí aquella noche no hubo que cenar. Caminamos la tierra dentro hácia el Poniente y dejamos la costa, y no sabiamos el camino, y topamos unos buenos prados que llaman habanas, y estaban paciendo unos venados, y corrió Pedro de Alvarado con su yegua alazana tras un venado y le dió una lanzada, y herido se metió por un monte que no se pudo haber. Y estando en esto, vimos venir doce indios que eran vecinos de aquellas estancias donde habiamos dormido, y venian de hablar á su cacique, y traían gallinas y pan de maíz, y dijeron á Cortés con nuestras lenguas, que su señor enviaba aquellas gallinas que comiésemos, y nos rogaba que fuésemos á su pueblo, que estaba de allí, á lo que señalaron, andadura de un dia, porque es un sol; y Cortés les dió las gracias y los halagó, y caminamos adelante, y dormimos en otro pueblo pequeño que tambien tenia hechos muchos sacrificios. Y porque estarán hartos de oir de tantos indios é indias que hallábamos sacrificados en todos los pueblos y caminos que topábamos, pasa-

ré adelante sin tornar á decir de qué manera é qué cosas tenian, y diré cómo nos dieron en aquel pueblezuelo de cenar, y supimos que era por Cempoal el camino para ir al Quiazuitlan, que ya he dicho que estaba en una sierra; y pasaré adelante, y diré cómo entramos en Cempoala.

CAPITULO XLV.

Cómo entramos en Cempoala, que en aquella sazon era muy buena poblacion, y lo que allí pasamos.

Y como dormimos en aquel pueblo donde nos aposentaron los doce indios que he dicho, y despues de bien informados del camino que habiamos de llevar para ir al pueblo que estaba en el peñol, muy de mañana se lo hicimos saber á los caciques de Cempoal, cómo íbamos á su pueblo y que lo tuviesen por bien; y para ello envió Cortés los seis indios por mensajeros, y los otros seis quedaron para que nos guiasen. Y mandó Cortés poner en órden los tiros y escopetas, y ballesteros, y siempre corredores del campo descubriendo, y los de á caballo, y todos los demás muy apercebidos. Y desta manera caminamos hasta que llegamos una legua del pueblo; é ya que estábamos cerca dél, salieron veinte indios principales á nos recibir de parte del

cacique, y trujeron unas piñas rojas de la tierra muy olorosas y las dieron á Cortés y á los de á caballo con grande amor, y le dijeron que su señor nos estaba esperando en los aposentos, y por ser hombre muy gordo y pesado no podia venir á nos recibir, y Cortés les dió las gracias y se fueron adelante. E ya que íbamos entrando entre las casas, desque vimos tan gran pueblo, y no habiamos visto otro mayor, nos admiramos mucho dello; y como estaba tan vicioso y hecho un verjel, y tan poblado de hombres y mujeres las calles llenas que nos salian á ver, dábamos muchos loores á Dios, que tales tierras habiamos descubierto: y nuestros corredores del campo que iban á caballo, parece ser llegaron á la gran plaza y patios donde estaban los aposentos, y de pocos dias, segun pareció, teníanlos muy encalados y relucientes, que lo saben muy bien hacer, y pareció al uno de los de á caballo que era aquello blanco que relucia plata, y vuelve á rienda suelta á decir á Cortés cómo tenian las paredes de plata. Y doña Marina y Aguilar dijeron que seria yeso ó cal, y tuvimos bien que reír de su plata é frenesí, que siempre despues le deciamos que todo lo blanco le parecia plata. Dejemos la burla y digamos cómo llegamos á los aposentos, y el cacique gordo nos salió á recibir junto al patio, que porque era muy gordo así lo nombraré, é hizo muy gran reverencia á Cortés, y le sahumó, que así lo tenian de costumbre; y

Cortés le abrazó, y allí nos aposentaron en unos aposentos harto buenos y grandes, que cabiamos todos, y nos dieron de comer, y pusieron unos cestos de ciruelas, que habia muchas porque era tiempo dellas, y pan de maíz. Y como veniamos hambrientos y no habiamos visto otro tanto bastimento como entónces, pusimos nombre á aquel pueblo Villa Viciosa, y otros le nombraron Sevilla. Mandó Cortés que ningun soldado le hiciese enojo ni se apartase de aquella plaza: y cuando el cacique gordo supo que habiamos comido, le envió á decir á Cortés que le queria ir á ver, é vino con buena copia de indios principales, y todos traían grandes bozetes de oro é ricas mantas. Y Cortés tambien les salió al encuentro del aposento, y con grandes caricias y halagos le tornó á abrazar; y luego mandó el cacique gordo que trujesen un presente que tenia aparejado de cosas de joyas de oro y mantas, aunque no fué mucho sino de poco valor, y le dijo á Cortés: *Lopelucio, Lopelucio,* recibe esto de buena voluntad; é que si mas tuviera, que se lo diera. Ya he dicho que en lengua totonaque dijeron, señor y gran señor cuando dicen *Lopelucio* etc. Y Cortés le dijo con doña Marina é Aguilar, que él se lo pagaria en buenas obras, é que lo que hubiese menester que se lo dijese, que lo haria por ellos porque somos vasallos de tan gran señor, que es el emperador don Cárlos, que manda muchos reinos y señoríos, y que nos envia para des-

hacer agravios y castigar á los malos, y mandar que no sacrificasen más ánimas; y se les dió á entender otras muchas cosas tocantes á nuestra santa fe. Y luego como aquello oyó el cacique gordo, dando suspiros se quejó reciamente del Montezuma y de sus gobernadores, diciendo que de poco tiempo acá le habia sojuzgado, y que le habia llevado todas sus joyas de oro, y les tiene tan apremiados, que no osan hacer sino lo que les manda; porque es señor de grandes ciudades, tierras é vasallos y ejércitos de guerra. Y como Cortés entendió que de aquellas quejas que daban al presente no podian entender en ello, les dijo que él haria de manera que fuesen desagraviados; y porque él iba á ver sus acales (que en lengua de indios así llaman á los navíos) é hacer su estada é asiento en el pueblo de Quiavistlan, que desque allí esté de asiento se verán mas de espacio. Y el cacique gordo le respondió muy concertadamente. Y otro dia de mañana salimos de Cempoal, y tenia aparejados sobre cuatrocientos indios de carga, que en aquellas partes llaman tamemes, que llevan dos arrobas de peso á cuestas y caminan con ellas cinco leguas, y desque vimos tanto indio para carga nos holgamos porque de ántes siempre traíamos á cuestas nuestras mochilas los que no traían indios de Cuba, porque no pasaron en la Armada sino cinco ó seis, y no tantos como dice el Gomora. Y doña Marina é Aguilar nos dijeron, que en aquellas tierras, que

cuando están de paz, sin demandar quien lleve la carga, los caciques son obligados de dar de aquellos tamemes y desde allí adelante; donde quiera que íbamos, demandábamos indios para las cargas. Y despedido Cortés del cacique gordo, otro dia caminamos nuestro camino, y fuimos á dormir á un pueblezuelo cerca de Quiavistlan, y estaba despoblado, y los de Cempoal trujeron de cenar. Aquí es donde dice el coronista Gomora, que estuvo Cortés muchos dias en Cempoal, é que se concertó la rebelion é liga contra Moteczuma: no le informaron bien: porque como he dicho, otro dia por la mañana salimos de allí, y donde se concertó la rebelion, y por qué causa, adelante lo diré. E quédese así: é digamos cómo entramos en Quiavistlan.

CAPITULO XLVI.

Cómo entramos en Quiavistlan, que era pueblo puesto en fortaleza y nos acogieron de paz.

Otro dia á hora de las diez llegamos en el pueblo fuertes, que se decia Quiavistlan, que está entre grandes peñascos, y muy altas cuestas, y si hubiera resistencia, era mala de tomar. E yendo con buen concierto y ordenanza, creyendo que estuviese de guerra, iba el artillería delante, y todos subiamos en aquella fortaleza, de manera que si algo acontecia, hacer lo que éramos obligados. Entónces Alonso de Avila llevó cargo de capitan; é como era soberbio é de mala condicion, porque un soldado que se decia Hernando Alonso de Villanueva, no iba en buena ordenanza, le dió un bote de lanza en un brazo que le mancó: y despues se llamó Hernando Alonso de Villanueva el Manquillo. Dirán que siempre salgo de órden al mejor tiempo, por contar co-

sas viejas. Dejémoslo, y digamos que hasta en la mitad de aquel pueblo no hallamos indio ninguno con quien hablar, de lo cual nos maravillamos, que se habian ido huyendo de miedo aquel propio dia, é cuando nos vieron subir á sus casas, y estando en lo mas de la fortaleza en una plaza junto adonde tenian los cues é casas grandes de sus ídolos, vimos estar quince indios con buenas mantas: y cada uno un brasero de brasas, y en ellos de sus inciensos, y vinieron donde Cortés estaba; y le sahumaron, y á los soldados que cerca dellos estábamos; y con grandes reverencias le dicen que les perdonen, porque no le han salido á recibir, y que fuésemos bien venidos, é que reposemos, é que de miedo se habian huido é ausentado, hasta ver qué cosas éramos, porque tenian miedo de nosotros, y de los caballos, é que aquella noche les mandarian poblar todo el pueblo: y Cortés les mostró mucho amor y les dijo muchas cosas tocantes á nuestro santa fe, como siempre lo teniamos de costumbre adoquiera que llegábamos, y que éramos vasallos de nuestro gran emperador don Cárlos, y les dió unas cuentas verdes, é otras cosillas de Castilla: y ellos trujeron luego gallinas y pan de maíz. Y estando en estas pláticas, vinieron luego á decir á Cortés que venia el cacique gordo de Cempoal en andas, y las andas á cuestas de muchos indios principales: y desque llegó el cacique, habló con Cortés, juntamente con el cacique, y otros principales de aquel pueblo, dan-

do tantas quejas de Montezuma, y contaba de sus grandes poderes: y decíalo con lágrimas y suspiros, que Cortés y los que estábamos presentes tuvimos manzilla. Y demás de contar por qué via é modo los habia sujetado, que cada año les demandaban muchos de sus hijos y hijas para sacrificar, y otros para servir en sus casas y sementeras, y otras muchas quejas, que fueron tantas, que ya no se me acuerda: y que los recaudadores de Montezuma les tomaban sus mujeres é hijas si eran hermosas, y las forzaban: y que otro tanto hacian en aquellas tierras de la lengua de Totonaque, que eran mas de treinta pueblos: y Cortés los consolaba con nuestras lenguas cuanto podia, é que los favoreceria en todo cuanto pudiese, y quitaria aquellos robos y agravios, y que para eso les envió á estas partes el emperador nuestro señor, é que no tuviesen pena ninguna y que presto verian lo que sobre ello haciamos: y con estas palabras recibieron algun contento; mas no se les aseguraba el corazon con el gran temor que tenian á los mexicanos. Y estando en estas pláticas vinieron unos indios del mismo pueblo á decir á todos los caciques que allí estaban hablando con Cortés, cómo venian cinco mexicanos, que eran los recaudadores de Montezuma, é como los vieron se les perdió la color; y temblaban de miedo, y dejan solo á Cortés, y los salen á recibir, y de presto les enraman una sala, y les guisan de comer, y les hacen mucho cacao, que es la mejor

cosa que entre ellos beben: y cuando entraron en el pueblo los cinco indios, vinieron por donde estábamos: porque allí estaban las casas del cacique, y nuestros aposentos; y pasaron con tanta contenencia y presuncion, que sin hablar á Cortés ni á ninguno de nosotros, se fueron é pasaron delante, y traían ricas mantas labradas; y los bragueros de la misma manera (que entónces bragueros se ponian) y el cabello lucio é alzado como atado en la cabeza, y cada uno unas rosas oliéndolas, y mosqueadores que les traían otros indios como criados, y cada uno un bordon con un garabato en la mano, y muy acompañados de principales de otros puede la lengua totonaque: y hasta que los llevaron á aposentar, y les dieron de comer muy altamente, no los dejaron de acompañar. Y despues que hubieron comido, mandaron llamar al cacique gordo, é á los demás principales y les dijeron muchas amenazas, y les riñeron: que por qué nos habian hospedado en sus pueblos, y les dijeron: que qué tenian ahora que hablar, y ver con nosotros, é que su señor Montezuma no era servido de aquello: por qué sin su licencia y mandado nos habian de recoger en su pueblo, ni dar joyas de oro? y sobre ello al cacique gordo, y á los demás principales les dijeron muchas amenazas, é que luégo les diesen veinte indios é indias para aplacar á sus dioses por el mal oficio que habia hecho. Y setando en esto: viéndole Cortés preguntó á doña

Marina é Gerónimo de Aguilar nuestras lenguas, ¿de qué estaban alborotados los caciques desque vinieron aquellos indios, é quién eran? é la doña Marina que muy bien lo entendió, se lo contó lo que pasaba: é luego Cortés mandó llamar al cacique gordo, y á todos los mas principales, y les dijo, qué quién eran aquellos indios, que les hacian tanta fiesta? y dijeron que los recaudadores del gran Montezuma, é que vienen á ver por qué causa nos recibian en el pueblo sin licencia de su señor, y que les demandaban ahora veinte indios é indias para sacrificar á sus dioses Huichilobos, porque les dé victoria contra nosotros; porque han dicho que dice Montezuma que os quiere tomar para que seais sus esclavos; y Cortés les consoló, y que no hubiesen miedo, que él estaba allí con todos nosotros, y que los castigaria. Y pasemos adelante á otro capítulo, y diré muy por extenso lo que sobre ello se hizo.

CAPITULO XLVII.

Cómo Cortés mandó que prendiesen aquellos cinco recaudadores de Montezuma: y mandó que dende allí adelante no obedeciesen, ni diesen tributo; y la rebelion que entónces se ordenó contra Montezuma.

Como Cortés entendió lo que los caciques le decian, les dijo que ya les habia dicho otras veces que el rey nuestro señor le mandó que viniese á castigar los malhechores, é que no consintiese sacrificios, ni robos: y pues aquellos recaudadores venian con aquella demanda, les mandó que luego los aprisionasen, é los tuviesen presos, hasta que su señor Montezuma supiese la causa, cómo vienen á robar, y llevar por esclavos sus hijos y mujeres, é hacer otras fuerzas. E cuando los caciques lo oyeron, estaban espantados de tal osadía, mandar que los mensajeros del gran Montezuma fuesen maltra-

tados, y temian y no osaban hacello: y todavía Cortés les convocó para que luego los echasen en prisiones: y así lo hicieron, y de tal manera, que unas varas largas, y con collares (segun entre ellos se usa) los pusieron de arte, que no se les podian ir: é uno dellos porque no se dejaba atar, le dieron de palos; y demás desto mandó Cortés á todos los caciques que no les diesen mas tributo ni obediencia á Montezuma, é que así lo publicasen en todos los pueblos aliados y amigos. E que si otros recaudadores hubiese en otros pueblos como aquellos, que se lo hiciesen saber, que él enviaria por ellos. Y como aquella nueva se supo en toda aquella provincia, porque luego envió mensajeros el cacique gordo, haciéndoselo saber, y tambien lo publicaron los principales que habian traido en su compañía aquellos recaudadores: que como los vieron presos, luego se descargaron, y fueron cada uno á su pueblo á dar mandado, y á contar lo acaecido. E viendo cosas tan maravillosas, é de tanto peso para ellos, dijeron que no osaran hacer aquello hombres humanos, sino teules, que así llaman á sus ídolos en que adoraban: é á esta causa desde allí adelante nos llamaron teules, que es como he dicho, ó dioses ó demonios, y cuando dijere en esta relacion teules en cosas que han de ser tocadas nuestras personas, sepan que se dice por nosotros. Volvamos á decir de los prisioneros, que los querian sacrificar por consejo de todos los caciques,

porque no se les fuese alguno dellos á dar mandado á México: y como Cortés lo entendió, les mandó que no los matasen, que él los queria guardar, y puso de nuestros soldados que los velasen: é á media noche mandó llamar Cortés á los mismos nuestros soldados que los guardaban, y les dijo: Mirad que solteis dos dellos los mas diligentes que os parecieren, de manera que no lo sientan los indios destos pueblos, y que se los llevasen á su aposento: y así lo hicieron, y despues que los tuvo delante, les preguntó con nuestras lenguas que por qué estaban presos, y de qué tierra eran, como haciendo que no los conocia: y respondieron, que los caciques de Cempoal, y de aquel pueblo con su favor y el nuestro los prendieron, y Cortés respondió que no sabia nada, y que le pesaba dello, y les mandó dar de comer, y les dijo palabras de muchos halagos, y que se fuesen á luego decir á su señor Montezuma cómo éramos todos sus grandes amigos y servidores; y porque no pasasen mas mal, les quitó las prisiones, y que riñó con los caciques que los tenian presos, y que todo lo que hubieren menester para su servicio, que lo hará de muy buena voluntad, y que los tres indios sus compañeros que tienen en prisiones, que él los mandará soltar y guardar, y que vayan muy presto no los tornen á prender, y los maten: y los dos prisioneros respondieron, que se lo tenian en merced, y que habian miedo que los tornarian á las manos, porque por fuerza habian de

pasar por sus tierras: y luego mandó Cortés á seis hombres de la mar, que esa noche los llevasen en un batel obra de cuatro leguas de allí hasta sacallos á tierra segura fuera de los términos de Cempoal. Y como amaneció, y los caciques de aquel pueblo, y el cacique gordo hallaron ménos los dos prisioneros, querian muy de hecho sacrificar los otros que quedaban, si Cortés no se los quitara de su poder, é hizo del enojado, porque se habian huido los otros dos, y mandó traer una cadena del navío, y echólos en ella, y luego los mandó llevar á los navíos, é dijo que él los queria guardar: pues tan mal cobro pusieron de los demás; y cuando los hubieron llevado, les mandó quitar las cadenas y con buenas palabras les dijo, que presto les enviaria á México. Dejémoslo así, que luego que esto fué hecho, todos los caciques de Cempoal, y de aquel pueblo, y de otros que se habian allí juntado de la lengua totonaque, dijeron á Cortés, que, qué harian, pues que Montezuma sabria la prision de sus recaudadores, que ciertamente vendrian sobre ellos los poderes de México del gran Montezuma, y que no podrian escapar de ser muertos y destruidos: y dijo Cortés con semblante muy alegre, que él y sus hermanos que allí estábamos, los defenderiamos, y matariamos á quien enojarlos quisiesen. Entónces prometieron todos aquellos pueblos y caciques á una, que serian con nosotros, en todo lo que les quisiésemos mandar, y juntarian todos sus

poderes contra Montezuma y todos sus aliados: y aquí dieron la obediencia á su majestad por ante un Diego de Godoy el escribano, y todo lo que pasó lo enviaron á decir á los mas pueblos de aquella provincia: é como ya no daban tributo ninguno, é los recogedores no parecian, no cabian de gozo en haber quitado aquel dominio. Y dejemos esto, y diré cómo acordamos de nos abajar á lo llano á unos prados, donde comenzamos á hacer una fortaleza. Esto es lo que pasa, y no la relacion que sobre ello dieron al coronista Gomora.

CAPITULO XLVIII.

Cómo acordamos de poblar la Villa Rica de la Vera Cruz, y de hacer una fortaleza en unos prados junto á unas salinas, y cerca del puerto del Nombre Feo, donde estaban anclados nuestros navíos, y lo que allí se hizo.

Despues que hubimos hecho liga y amistad con mas de treinta pueblos de las sierras, que se decian los totonaques, que entónces se rebelaron al gran Montezuma, y dieron la obediencia á su majestad, y se prefirieron á nos servir; con aquella ayuda tan presta acordamos de poblar, é de fundar la Villa Rica de la Vera Cruz en unos llanos, media legua del pueblo, que estaba como en fortaleza, que se dice Quiahuistlan, y traza de iglesia y plaza, y atarazanas, y todas las cosas que convenian para parecer villa; é hicimos una fortaleza, y desde entónces los cimientos, y en acaballa de tener alta

para enmaderar, y hechas troneras y cubos, y barbacanas dimos tanta priesa, que desde Cortés comenzó el primero á sacar tierra á cuestas, y piedra, é ahondar los cimientos, como todos los capitanes y soldados, y á la contina entendimos en ello, y trabajamos por la acabar de presto, los unos en los cimientos y otros en hacer las tapias, y otros en acarrear agua, y en las caleras en hacer ladrillos y tejas, y buscar comida, y otros en la madera, y los herreros en la clavazon (porque teniamos herreros), y desta manera trabajamos en ello á la contina desde el mayor hasta el menor, y los indios que nos ayudaban, de manera que ya estaba hecha iglesia y casas, y casi que la fortaleza. Estando en esto, parece ser que el gran Montezuma tuvo noticia en México cómo le habian preso sus recaudadores, é que le habian quitado la obediencia, y cómo estaban rebelados los pueblos totonaques. Mostró tener mucho enojo de Cortés y de todos nosotros, y tenia ya mandado á un su gran ejército de guerreros que viniesen á dar guerra á los pueblos que se le rebelaron, y que no quedase ninguno dellos á vida, é para contra nosotros aparejaba de venir con gran ejército y pujanza de capitanes: y en aquel instante van los dos indios prisioneros que Cortés mandó sóltar, segun he dicho en el capítulo pasado, y cuando Montezuma entendió que Cortés les quitó de las prisiones y los envió á México, y las palabras de

ofrecimientos que les envió á decir, quiso nuestro Señor Dios que amansó su ira, é acordó de enviar á saber de nosotros qué voluntad teniamos, y para ello envió dos mancebos sobrinos suyos con cuatro viejos, grandes caciques, que los traían á cargo, y còn ellos envió un presente de oro y mantas é á dar las gracias á Cortés porque le soltó á sus criados; y por otra parte se envió á quejar mucho, diciendo que con nuestro favor se habian atrevido aquellos pueblos de hacelle tan gran traicion, é que no le diesen tributo, é quitalle la obediencia; é que ahora teniendo respeto á que tiene por cierto que somos los que sus antepasados les habian dicho que habian de venir á sus tierras, é que debemos de ser de sus linajes, y porque estábamos en casas de los traidores, no les envió luego á destruir; mas que el tiempo andando, no se alabarán de aquellas traiciones. Y Cortés recibió el oro y la ropa, que valia sobre dos mil pesos, y les abrazó, y dió por disculpa que él y todos nosotros éramos muy amigos de su señor Montezuma, y como tal servidor le tiene guardados sus tres recaudadores; y luego los mandó traer de los navíos, y con buenas mantas y bien tratados se los entregó. Y tambien Cortés se quejó mucho del Montezuma, y les dijo cómo su gobernador Pitalpitoque se fué una noche del real sin le hablar, y que no fué bien hecho; y que cree y tiene por cierto que no se lo mandaria el señor Montezuma que hiciese tal villanía, é que por aquella

causa nos veniamos á aquellos pueblos donde estábamos, é que hemos recibido dellos honra: é que les pide por merced que les perdone el desacato que contra él han tenido. Y que en cuanto á lo que dice que no le acuden con el tributo, que no pueden servir á dos señores, que en aquellos dias que allí hemos estado nos han servido en nombre de nuestro rey y señor, y porque el Cortés y todos sus hermanos iriamos presto á le ver y servir, y cuando allá estemos se dará órden en todo lo que mandare. Y despues de aquellas pláticas y otras muchas que pasaron, mandó dar á aquellos mancebos, que eran grandes caciques, y á los cuatro viejos que los traían á cargo, que eran hombres principales, diamantes azules y cuentas verdes, y se les hizo honra, y allí delante dellos, porque habia buenos prados, mandó Cortés que corriesen y escaramuzasen Pedro de Alvarado (que tenia una muy buena yegua alazana, que era muy revuelta), y otros caballeros; de lo cual se holgaron de los haber visto correr; y despedidos, y muy contentos de Cortés y todos nosotros, se fueron á su México. En aquella sazon se le murió el caballo á Cortés, y compró ó le dieron otro, que se decia el arriero, que era castaño oscuro, que fué de Ortiz el Músico y un Bartolomé García el Minero, y fué uno de los mejores caballos que venian en la armada. Dejemos de hablar en esto, y diré que como aquellos pueblos de la sierra nuestros amigos y el pueblo de Cempoal so-

lian estar de ántes muy temerosos de los mexicanos, creyendo que el gran Montezuma los habia de enviar á destruir con sus grandes ejércitos de guerreros, y cuando vieron á aquellos parientes del gran Montezuma que venian con el presente por mí nombrado, y á darse por servidores de Cortés y de todos nosotros, estaban espantados y decian unos caciques á otros, que ciertamente éramos Teules, pues que Montezuma nos habia miedo, pues enviaba oro en presente. Y si de ántes teniamos mucha reputacion de esforzados, de allí adelante nos tuvieron en mucho más. Y quedarsehá aquí, y diré lo que hizo el cacique gordo y otros sus amigos.

CAPITULO XLIX.

Cómo vino el cacique gordo, y otros principales, á quejarse delante de Cortés cómo en un pueblo fuerte que se decia Cingapacinga, estaban guarniciones de mexicanos y les hacian mucho daño, y lo que sobre ello se hizo.

Despues de despedidos los mensajeros mexicanos vino el cacique gordo con otros muchos principales nuestros amigos á decir á Cortés que luego vaya á un pueblo que se decia Cingapacinga, que estaria de Cempoal dos dias de andadura, que serian ocho ó nueve leguas, porque decian que estaban en él juntos muchos indios de guerra, de los culúas que se entiende por los mexicanos, y que les venian á destruir sus sementeras y estancias, y les salteaban sus vasallos y les hacian otros malos tratamientos, y Cortés lo creyó, segun se lo decian tan afectuadamente. Y viendo aquellas quejas y con tantas importunaciones, y habiéndoles prometido que los ayudaria y mataria á los culúas ó á otros indios

que los quisiesen enojar, é á esta causa no sabia qué decir, salvo echallos de allí, y estuvo pensando en ello, y dijo riendo á ciertos compañeros que estábamos acompañándole: Sabeis, señores, que me parece que en todas estas tierras ya tenemos fama de esforzados, y por lo que han visto estas gentes por los recaudadores de Montezuma nos tienen por dioses ó por cosas como sus ídolos. He pensado que para que crean que uno de nosotros basta para desbaratar aquellos indios guerreros que dicen que están en el pueblo de la fortaleza sus enemigos, enviemos á Heredia el viejo (que era vizcaino y tenia mala catadura en la cara y la barba grande, y la cara medio acuchillada é un ojo tuerto, é cojo de una pierna, escopetero, el cual le mandó llamar) y le dijo: Id con estos caciques hasta el rio, que estaba de allí un cuarto de legua, é cuando allá llegáredes, haced que os parais á beber, é lavar las manos, é tirad un tiro con vuestra escopeta, que yo os enviaré á llamar; que esto hago porque crean que somos dioses, ó de aquel nombre y reputacion que nos tienen puesto; y como vos sois mal agestado, crean que sois ídolo. Y el Heredia lo hizo segun y de la manera que le fué mandado, porque era hombre que habia sido soldado en Italia: y luego envió Cortés á llamar al cacique gordo é á todos los demás principales que estaban aguardando el ayuda y socorro, y les dijo: Allá envio con vosotros ese mi hermano para que mate y eche todos

los culúas de ese pueblo, y me traiga presos á los que no se quisieren ir. Y los caciques estaban elevados desque lo oyeron, y no sabian si lo creer ó no, é miraban á Cortés si hacia algun mudamiento en el rostro, que creyeron que era verdad lo que les decia; y luego el viejo Heredia, que iba con ellos, cargó su escopeta é iba tirando tiros al aire por los montes, porque lo oyesen é viesen los indios, y los caciques enviaron á dar mandado á los otros pueblos cómo llevan á un Teule para matar á los mexicanos que estaban en Cingapacinga. Y esto pongo aquí por cosa de risa, porque vean las mañas que tenia Cortés. Y cuando entendió que habia llegado el Heredia al rio que le habia dicho, mandó de presto que le fuesen á llamar, y vueltos los caciques y el viejo Heredia les tornó á decir Cortés á los caciques, que por la buena voluntad que les tenia, que el propio Cortés en persona, con algunos de sus hermanos, queria ir á hacelles aquel socorro, y á ver aquellas tierras y fortalezas, y que luego le trujesen cien hombres tamemes para llevar los tepuzques, que son los tiros, y vinieron otro dia por la mañana, y habiamos de partir aquel mismo dia con cuatrocientos soldados, y catorce de á caballo, y ballesteros y escopeteros que estaban apercibidos; y ciertos soldados que eran de la parcialidad de Diego Velazquez dijeron que no querian ir, y que se fuese Cortés con los que quisiese, que ellos á Cuba se querian volver, y lo que sobre ello se hizo diré adelante.

CAPITULO L.

Cómo ciertos soldados de la parcialidad de Diego Velazquez, viendo que de hecho queriamos poblar y comenzamos á pacificar pueblos, dijeron que no querian ir á ninguna entrada, sino volverse á la isla de Cuba.

Ya me habrán oído decir en el capítulo ántes deste, que Cortés habia de ir á un pueblo que se dice Cingapacinga, y habia de llevar consigo cuatrocientos soldados, y catorce de á caballo, y ballesteros, y escopeteros, y tenian puestos en la memoria para ir con nosotros á ciertos soldados de la parcialidad del Diego Velazquez; é yendo los cuadrilleros apercibidos que saliesen luego con sus armas y caballos, los que los tenian respondieron soberbiamente que no querian ir á ninguna entrada, sino volverse á sus estancias y haciendas que dejaron en Cuba; que bastaba lo que habian perdido por sacallos Cortés de sus casas, y que les

habia prometido en el Arenal que cualquiera persona que se quisiese ir, que les daria licencia, y navío y matalotaje; y esta causa estaban siete soldados apercibidos para se volver á Cuba: y como Cortés lo supo los envió á llamar, y preguntando por qué hacian aquella cosa tan fea, respondieron algo alterados y dijeron que se maravillaban querer poblar adonde habia tanta fama de millares de indios, y grandes poblaciones, con tan pocos soldados como éramos, y que ellos estaban dolientes y hartos de andar de una parte á otra, y que se querian ir á Cuba á sus casas y haciendas; que les diese luego licencia como se lo habia prometido. Y Cortés les respondió mansamente, que era verdad que se la prometió; mas que no harian lo que debian en dejar la bandera de su capitan desamparada. Y luego les mandó que, sin detenimiento ninguno, se fuesen á embarcar, y les señaló navío y les mandó dar cazabe, y una botiga de aceite, y otras legumbres de bastimentos de lo que teniamos. Y uno de aquellos soldados (que se decia Hulano Moron, vecino de la villa que se decia Delbayamo) tenia un buen caballo hovero, labrado de las manos, y le vendió luego bien vendido á un Juan Ruano á trueco de otras haciendas que el Juan Ruano dejaba en Cuba; é ya que se querian hacer á la vela, fuimos todos los compañeros é alcaldes y regidores de nuestra Villa Rica á requerir á Cortés, que por via ninguna no diese licencia á persona ninguna para salir de la

tierra, porque así convenia al servicio de Dios nuestro Señor y de su majestad: y que persona que tal licencia pidiese le tuviesen por hombre que merecia la pena de muerte, conforme á las leyes de la órden militar, pues quieren dejar á su capitan y bandera desamparada en la guerra é peligro, en especial habiendo tanta multitud de pueblos de indios guerreros como ellos han dicho. Y Cortés hizo como que les queria dar licencia; mas á la postre se la revocó, y se quedaron burlados, y aun avergonzados, y el Moron su caballo vendido, y el Juan Ruano, que lo hubo, no se lo quiso volver, y todo fué mandado por Cortés, y fuimos nuestra entrada á Cingapacinga.

CAPITULO LI.

De lo que nos acaeció en Cingapacinga, y cómo á la vuelta que volvimos por Cempoal, les derrocamos sus ídolos, y otras cosas que pasaron.

Como ya los siete hombres que se querian volver á Cuba estaban pacíficos, luego partimos con los soldados de infantería ya por mí nombrados, y fuimos á dormir al pueblo de Cempoal, y tenian aparejado para salir con nosotros dos mil indios de guerra en cuatro capitanías, y el primero dia caminamos cinco leguas con buen concierto, y otro dia, á poco más de vísperas, llegamos á las estancias que estaban junto al pueblo de Cingapacinga, é los naturales dél tuvieron noticia cómo íbamos, é ya que comenzábamos á subir por la fortaleza y casas que estaban entre grandes riscos y peñascos, salieron de paz á nosotros ocho indios principales y papas, y dicen á Cortés llorando ¿que por qué los

quiere matar y destruir, no habiendo hecho por qué? pues teniamos fama que á todos haciamos bien, y desgraviábamos á los que estaban robados, y habiamos prendido á los recaudadores de Montezuma, y que aquellos indios de guerra de Cempoal que allí iban con nosotros estaban mal con ellos de enemistades viejas que habian tenido sobre tierras é términos, y que con nuestro favor les venian á matar y robar; y que es verdad que mexicanos solian estar en guarnicion en aquel pueblo, y que pocos dias habia se habian ido á sus tierras cuando supieron que habiamos preso á otros recaudadores, y que le ruegan que no pasemos adelante la armada, y les favorecian. Y como Cortés lo hubo muy bien entendido con nuestras lenguas doña Marina é Aguilar, luego con mucha brevedad mandó al capitan Pedro de Alvarado y al maestre de campo, que era Christóval de Oli, y á todos nosotros los compañeros que con él íbamos, que detuviésemos á los indios de Cempoal que no pasasen más adelante: y así lo hicimos; y por presto que fuimos á detenellos, ya estaban robando en las estancias, de lo cual hubo Cortés gran enojo, y mandó que viniesen luego los capitanes que traían á cargo aquellos guerreros de Cempoal, y con palabras de muy enojado y de grandes amenazas les dijo que luego les trujesen los indios é indias, y mantas y gallinas quo habian robado en las estancias, y que no éntre ninguno dellos en aquel pueblo. Y que porque le habian

mentido y venian á sacrificar y robar á sus vecinos con nuestro favor, eran dignos de muerte; y que nuestro rey y señor, cuyos vasallos somos, no nos envió á estas partes y tierras para que hiciesen aquellas maldades; y que abriesen bien los ojos no les aconteciese otra como aquella, porque no habia de quedar hombre dellos á vida. Y luego los caciques y capitanes de Cempoal trujeron á Cortés todo lo que habian robado, así indios como indias, y gallinas, y se les entregó á los dueños cuyo era, y con semblante muy furioso, les tornó á mandar que se saliesen á dormir al campo, y así lo hicieron. Y desque los caciques y papas de aquel pueblo y otros comarcanos vieron que tan justificados éramos, y las palabras amorosas que les decia Cortés con nuestras lenguas, y tambien las cosas tocantes á nuestra santa fe, como lo teniamos de costumbre, y que dejasen el sacrificio, y de se robar unos á otros, y las suciedades de sodomias, y que no adorasen sus malditos ídolos, y se les dijo otras muchas cosas buenas, tomáronnos tan buena voluntad, que luego fueron á llamar á otros pueblos comarcanos, y todos dieron la obediencia á su majestad y allí luego dieron muchas quejas de Montezuma, como las pasadas que habian dado los de Cempoal, cuando estábamos en el pueblo de Quiahuistlan. Y otro dia por la mañana Cortés mandó llamar á los capitanes y caciques de Cempoal que estaban en el campo aguardando para ver

lo que les mandábamos, y aun muy temerosos de Cortés, por lo que habian hecho en haberle mentido: y venidos delante, hizo amistades entre ellos, y los de aquel pueblo, que nunca faltó por ninguno dellos. Y luego partimos para Cempoal por otro camino, y pasamos por dos pueblos amigos de los de Cimgapacinga, y estábamos descansando, porque hacia recio sol, y veniamos muy cansados con las armas á cuestas, y un soldado, que se decia Hulano de Mora, natural de Ciudad-Rodrigo, tomó dos gallinas de una casa de indios de aquel pueblo, y Cortés que lo acertó á ver, hubo tanto enojo de lo que delante dél hizo aquel soldado en los pueblos de paz en tomar las gallinas, que luego le mandó echar una soga á la garganta, y le tenian ahorcado, si Pedro de Alvarado, que se halló juntó de Cortés, no le cortara la soga con la espada, y medio muerto quedó el pobre soldado. He querido traer esto aquí á la memoria, para que vean los curiosos lectores cuán ejemplarmente procedia Cortés, y lo que esto importa en esta ocasion. Despues murió este soldado en una guerra en la provincia de Guatimala sobre un Peñol. Volvamos á nuestra relacion, que como salimos de aquellos pueblos que dejamos de paz, yendo para Cempoal, estaba el cacique gordo con otros principales, aguardándonos en unas chozas con comida; que aunque son indios vieron y entendieron, que la justicia es santa y buena, y que las palabras que Cortés le habia

dicho, que veniamos á desagraviar y quitar tiranías, conformaba con lo que pasó en aquella entrada: y tuviéronnos en mucho mas que de ántes, y allí dormimos en aquellas chozas, y todos los caciques nos llevaron acompañando hasta los aposentos de su pueblo. Y verdaderamente quisieran que no saliéramos de su tierra, porque se temian que Montezuma no enviase su gente de guerra contra ellos; y dijeron á Cortés, pues éramos ya sus amigos, que nos quieren tener por hermanos, que será bien que tomase de sus hijas y parientas para hacer generacion: y que para que mas fijas sean las amistades, trujeron ocho indias, todas hijas de caciques, y dieron á Cortés una de aquellas cacicas, y era sobrina del mismo cacique gordo, y otra dieron á Alonso Hernandez Puertocarrero, y era hija de otro gran cacique, que se decia Cuesco en su lengua, y traíanlas vestidas á todas ocho con ricas camisas de la tierra, y bien ataviadas á su usanza, y cada una dellas un collar de oro al cuello, y en las orejas cercillos de oro, y venian acompañadas de otras indias para se servir dellas: y cuando el cacique gordo las presentó, dijo á Cortés, *tecle*, que quiere decir en su lengua, señor, estas siete mujeres son para los capitanes que tienes, y esta que es mi sobrina, es para tí, que es señora de pueblos y vasallos. Cortés las recibió con alegre semblante, y les dijo que se lo tenian en merced, mas para tomallas como dice que seamos hermanos, que hay necesidad

que no tengan aquellos ídolos en que creen y adoran, que los traen engañados, y que no les sacrifiquen, y que como él no vea aquellas cosas malísimas en el suelo, y que no sacrifiquen, que luego ternan con nosotros muy mas fija la hermandad, y que aquellas mujeres que se volverán christianas primero que las recibamos: y que tambien habian de ser limpios de sodomías, porque tenian muchachos vestidos en hábito de mujeres, que andaban á ganar en aquel maldito oficio, y cada dia sacrificaban delante de nosotros tres ó cuatro y cinco indios, y los corazones ofrecian á sus ídolos, y la sangre pegaban por las paredes, y cortábanles las piernas, y brazos, y muslos, y los comian como vaca que se trae de las carnicerías en nuestra tierra, y aun tengo creido que lo vendian por menudo en los tiangues, que son mercados: y que como estas maldades se quiten, y que no lo usen, que no solamente les seremos amigos, mas que les hará que sean señores de otras provincias. Y todos los caciques, papas, y principales respondieron, que no les estaba bien de dejar sus ídolos y sacrificios, y que aquellos sus dioses les daban salud, y buenas sementeras, y todo lo que habian menester: y que en cuanto á lo de las sodomías, que pornan resistencia en ello, para que no se use mas, y como Cortés, y todos nosotros vimos aquella respuesta tan desacatada y habiamos visto tantas crueldades, y torpedades, ya por mí otra vez dichas, no las pudimos

sufrir: y entónces nos habló Cortés sobre ello, y nos trujo á la memoria unas santas y buenas doctrinas, ¿y que cómo podiamos hacer ninguna cosa buena si no volviamos por la honra de Dios, y en quitar los sacrificios que hacian á los ídolos? y que estuviésemos muy apercibidos para pelear si nos lo viniesen á defender que no se los derrocásemos, y que aunque nos costase las vidas, en aquel dia habia de venir al suelo. Y puestos que estábamos todos muy á punto con nuestras armas, como lo teniamos de costumbre para pelear, y les dijo Cortés á los caciques, que los habian de derrocar, y cuando aquello vieron, luego mandó el cacique gordo á otros sus capitanes que se apercibiense muchos guerreros en defensa de sus ídolos: y cuando vió que queriamos subir en un alto Cu, que es su adoratorio, que estaba alto, y habia muchas gradas, que ya no se me acuerda qué tantas habia, vimos al cacique gordo con otros principales muy alborotados y sañudos, y dijeron á Cortés, que por qué les queriamos destruir? y que si les haciamos deshonor á sus dioses, ó se los quitábamos, que todos ellos pereceríán y aun nosotros con ellos: y Cortés les respondió muy enojado, que otra vez les ha dicho que no sacrifiquen á aquellas malas figuras, porque no les traigan mas engañados, y que á esta causa los veniamos á quitar de allí, é que luego á la hora los quitasen ellos, si no que luego los echarian á rodar por las gradas abajo; y les dijo que no

los teniamos por amigos, sino por enemigos mortales, pues que les daba buen consejo, y no le querian creer; y porque habian visto que habian venido sus capitanes puestos en armas de guerreros, que está enojado con ellos, y que se lo pagarán con quitalles las vidas: y como vieron á Cortés que les decia aquellas amenazas, y nuestra lengua doña Marina que se lo sabia muy bien dar á entender, y aun los amenazaba con los poderes de Montezuma, que cada dia los aguardaba: por temor desto, dijeron que ellos no eran dignos de llegar á sus dioses, y que si nosotros los queriamos derrocar, que no era con su consentimiento, que se los derrocásemos, y hiciésemos lo que quisiésemos. Y no lo hubo bien dicho, cuando subimos sobre cincuenta soldados, y los derrocamos, y venian rodando aquellos sus ídolos hechos pedazos, y eran de manera de dragones espantables, tan grandes como becerros, y otras figuras de manera de medio hombre y de perros grandes, y de malas semejanzas: y cuando así los vieron hechos pedazos, los caciques y papas que con ellos estaban, lloraban y tapaban los ojos, y en su lengua totonaque les decian que les perdonasen, y que no era mas en su mano, ni tenian culpa, sino estos teules que les derruecan, é que por temor de los mexicanos no nos daban guerra. Ya cuando aquello pasó, comenzaban las capitanías de los indios guerreros que he dicho que venian á nos dar guerra, á querer flechar: y cuando

aquello vimos, echamos mano al cacique gordo, y á seis papas, y á otros principales, y les dijo Cortés que si hacian algun descomedimiento de guerra que habian de morir todos ellos, y luego el cacique gordo mandó á sus gentes que se fuesen delante de nosotros, y que no hiciesen guerra, y como Cortés los vió sosegados, les hizo un parlamento, lo cual diré adelante, y así se apaciguó todo. Y esta de Cingapacinga fué la primera entrada que hizo Cortés en la Nueva-España, y fué de harto provecho, y no como dice el coronista Gomora, que matamos, y prendimos, y asolamos tantos millares de hombres en lo de Cingapacinga: y miren los curiosos que esto leyeren cuánto va del uno al otro por muy buen estilo que lo dice en su corónica, pues en todo lo que escribe no pasa como dice.

CAPITULO LII.

Cómo Cortés mandó hacer un altar, y se puso una imágen de nuestra Señora, y una Cruz, y se dijo misa, y se bautizaron las ocho indias.

Como ya callaban los caciques y papas, y todos los mas principales, mandó Cortés que á los ídolos que derrocamos hechos pedazos que los llevasen adonde no pareciesen mas, y los quemasen: y luego salieron de un aposento ocho papas que tenian cargo dellos, y toman sus ídolos, y los llevan á la misma casa donde salieron y los quemaron. El hábito que traían aquellos papas eran unas mantas prietas, á manera de sábana, y lobas largas hasta los piés, y unos como capillos que querian parecer á los que traen los canónigos, y otros capillos traían mas chicos, como los que traen los dominicos, y los traen muy largos, hasta la cinta, y aun algunos hasta los piés llenos de sangre pegada, y muy en

redados que no se podian esparcir, y las orejas hechas pedazos sacrificadas dellas, y hedian como azufre, y tenian otro muy mal olor, como de carne muerta: y segun decian é alcanzamos á saber, aquellos papas eran hijos de principales, y no tenian mujeres; mas tenian el maldito oficio de sodomías, y ayunaban ciertos dias: y lo que yo les veía comer eran unos meollos ó pepitas de algodon, cuando los desmontonan, salvo si ellos no comian otras cosas que yo no se las pudiese ver. Dejemos á los papas, y volvamos á Cortés, que les hizo un buen razonamiento con nuestras lenguas doña Marina, y Gerónimo de Aguilar, y les dijo que ahora los teniamos como hermanos, y que los favoreceria en todo lo que pudiese contra Montezuma y sus mexicanos, porque ya envió á mandar que no les diesen guerra, ni les llevasen tributo: y que pues en aquellos sus altos cues no habian de tener mas ídolos, que él los quiere dejar una gran Señora, que es Madre de nuestro Señor Jesu-Christo, en quien creemos y adoramos, para que ellos tambien la tengan por Señora y Abogada, y sobre ello y otras cosas de pláticas que pasaron, se les hizo un buen razonamiento, y tan bien propuesto para segun el tiempo, que no habia mas que decir; y se les declaró muchas cosas tocantes á nuestra santa fe tan bien dichas, como ahora los religiosos se lo dan á entender, de manera que lo oían de buena voluntad. Y luego les mandó llamar todos los indios albañiles

que habia en aquel pueblo, y traer mucha cal, porque habia mucha, y mandó que quitasen las costras de sangre que estaban en aquellos cues, y que lo aderezasen muy bien; y luego otro dia se encaló, y se hizo un altar con buenas mantas, y mandó traer muchas rosas de las naturales que habia en la tierra, que eran bien olorosas, y muchos ramos y lo mandó enramar, y que lo tuviesen limpio y barrido á la contina: y para que tuviesen cargo dello apercibió á cuatro papas que se trasquilasen el cabello que lo traían largo, como otra vez he dicho, y que vistiesen mantas blancas, y se quitasen las que traían: y que siempre anduviesen limpios, y que sirviesen aquella santa imágen de nuestra Señora, en barrer y enramar: y para que tuviesen mas cargo dello puso á un nuestro soldado cojo é viejo, que se decia Juan de Torres de Córdoba, que estuviese allí por ermitaño, é que mirase que se hiciese cada dia así como lo mandaba á los papas. Y mandó á nuestros carpinteros, otra vez por mí nombrados, que hiciesen una cruz, y la pusiesen en un pilar que teniamos ya nuevamente hecho y muy bien encalado: y otro dia de mañana se dijo misa en el altar, la cual dijo el padre fray Bartolomé de Olmedo, y entónces se dió órden cómo con el incienso de la tierra se incensase á la santa imágen de nuestra Señora, y á la santa cruz: y tambien se les mostró hacer candelas de la cera de la tierra, y se les mandó que aquellas candelas

siempre estuviesen ardiendo en el altar porque hasta entónces no se habian aprovechado de la cera: y á la misa estuvieron los mas principales caciques de aquel pueblo, y de otros que se habian juntado. Y asimismo trajeron las ocho indias para volver christianas, que todavía estaban en poder de sus padres y tios, y se les dió á entender que no habian de sacrificar mas, ni adorar ídolos, salvo que habian de creer en nuestro Señor Dios; y se les amonestó muchas cosas tocantes á nuestra santa fe, y se bautizaron, y se llamó á la sobrina del cacique gordo doña Catalina, y era muy fea; aquella dieron á Cortés por la mano, y la recibió con buen semblante: á la hija de Cuesco, que era un gran cacique, se puso por nombre doña Francisca; esta era muy hermosa para ser india, y la dió Cortés á Alonso Hernandez Puertocarrero: las otras seis ya no se me acuerda el nombre de todas, mas sé que Cortés las repartió entre soldados. Y despues desto hecho nos despedimos de todos los caciques y principales; y dende adelante siempre les tuvieron muy buena voluntad, especialmente cuando vieron que recibió Cortés sus hijas, y las llevamos con nosotros, y con muy grandes ofrecimientos que Cortés les hizo que les ayudaria, nos fuimos á nuestra Villa Rica, y lo que allí se hizo lo diré adelante. Esto es lo que pasó en este pueblo Cempoal, y no otra cosa, que sobre ello ahí han escrito el Gomora, ni los demás coronistas.

CAPITULO LIII.

Cómo llegamos á nuestra Villa Rica de la Vera-Cruz,
y lo que allí pasó.

Despues que hubimos hecho aquella jornada, y quedaron amigos los de Cingapacinga con los de Cempoal, y otros pueblos comarcanos dieron la obediencia á su majestad, y se derrocaron los ídolos, y se puso la imágen de nuestra Señora y la santa cruz, y le puso por ermitaño el viejo soldado, y todo lo por mí referido; fuimos á la villa, y llevamos con nosotros ciertos principales de Cempoal, y hallamos que aquel dia habia venido de la isla de Cuba un navío, y por capitan dél un Francisco de Saucedo, que llamábamos el Pulido; y pusímosle aquel nombre, porque en demasía se preciaba de galan y pulido, y decian que habia sido maestresala del almirante de Castilla, y era natural de Medina de Rioseco: y vino entónces Luis Marin, capitan que fué en lo

de México, persona que valió mucho; y vinieron diez soldados, y traía el Saucedo un caballo y Luis Marin una yegua, y nuevas de Cuba, que le habian llegado al Diego Velazquez de Castilla las provisiones para poder rescatar y poblar; y los amigos del Diego Velazquez se regocijaron mucho, y más de que supieron que le trujeron provisiones para ser adelantado de Cuba. Y estando en aquella villa sin tener en qué entender mas de acabar de hacer la fortaleza que todavía se entendia en ella, dijimos á Cortés todos los más soldados que se quedase aquello que estaba hecho en ella para memoria, pues estaba ya para enmaderar, y que habia ya más de tres meses que estábamos en aquella tierra, é que seria bueno ir á ver qué cosa era el gran Montezuma, y buscar la vida y nuestra ventura; é que ántes que nos metiésemos en camino, que enviásemos á besar los piés á su majestad y á dalle cuenta de todo lo acaecido desde que salimos de la isla de Cuba. Y tambien se puso en plática que enviásemos á su majestad el oro que se habia habido, así rescatado como los presentes que nos envió Montezuma. Y respondió Cortés que era muy bien acordado, y que ya lo habia puesto él en plática con ciertos caballeros; y porque en lo del oro por ventura habria algunos soldados que querrian sus partes, y si se partiese que seria poco lo que se podia enviar, por esta causa dió cargo á Diego de Ordás y á Francisco de Montejo (que eran personas de nego-

cios) que fuesen de soldado en soldado de los que se tuviese sospecha que demandarian las partes del oro, y les decian estas palabras: Señores, ya veis que queremos hacer un presente á su majestad del oro que aquí hemos habido, y para ser el primero que enviamos destas tierras, habia de ser mucho más. Parécenos que todos le sirvamos con las partes que nos caben: los caballeros y soldados que aquí estamos escritos, tenemos firmado cómo no queremos parte ninguna dello, sino que servimos á su majestad con ello porque nos haga mercedes. El que quisiere su parte, no se le negará; el que no la quisiere, haga lo que todos hemos hecho, fírmelo aquí: y desta manera todos lo firmaron á una. Y hecho esto, luego se nombraron para procuradores que fuesen á Castilla á Alonso Hernandez Puertocarrero y Francisco de Montejo, porque ya Cortés le habia dado sobre dos mil pesos por tenelle de su parte. Y se mandó apercebir el mejor navío de toda la flota, y con dos pilotos, que fué uno Anton de Alaminos, que sabia cómo habian de desembarcar por la canal de Bahama, porque él fué el primero que navegó por aquella canal; y tambien apercibimos quince marineros, y se les dió todo recaudo de matalotaje. Y esto apercibido, acordamos de escribir y hacer saber á su majestad todo lo acaecido, y Cortés escribió por sí, segun él nos dijo, con recta relacion; mas no vimos su carta; y el cabildo escribió juntamente con diez soldados de

los que fuimos en que se poblase la tierra, y le alzamos á Cortés por general, y con toda verdad que no faltó cosa ninguna en la carta, é iba yo firmado en ella; y demás destas cartas y relaciones, todos los capitanes y soldados juntamente escribimos otra carta y relacion, y lo que se contenia en la carta que escribimos es lo siguiente.

CAPITULO LIV.

De la relacion y carta que escribimos á su majestad con nuestros procuradores Alonso Hernandez Puertocarrero y Francisco de Montejo, la cual carta iba firmada de algunos capitanes y soldados.

Despues de poner en el principio aquel muy debido acato que somos obligados á tan gran majestad del emperador nuestro señor, que fué así: S. S. C. C. R. M. y poner otras cosas que se convenian decir en la relacion y cuenta de nuestra vida y viaje, cada capítulo por sí, fué esto que aquí diré en suma breve. Cómo salimos de la isla de Cuba con Hernando Cortés; los pregones que se dieron; cómo veniamos á poblar, y que Diego Velazquez secretamente enviaba á rescatar y no á poblar; cómo Cortés se queria volver con cierto oro rescatado conforme á las instrucciones que de Diego Velazquez traía (de las cuales hicimos presentacion);

cómo hicimos á Cortés que poblase y le nombramos por capitan general y justicia mayor hasta que otra cosa su majestad fuese servido mandar; cómo le prometimos el quinto de lo que se hubiese, despues de sacado su real quinto; cómo llegamos á Cozumel, y por qué ventura se hubo Gerónimo de Aguilar en la punta de Cotoche (y de la manera que decia que allí aportó él y un Gonzalo Guerrero, que se quedó con los indios por estar casado y tener hijos, y estar ya hecho indio); cómo llegamos á Tabasco, y de las guerras que nos dieron y batallas que con ellos tuvimos; cómo los atrajimos de paz; cómo adoquiera que llegamos se les hacen buenos razonamientos para que dejasen sus ídolos, y se les declara las cosas tocantes á nuestra santa fe; cómo dieron la obediencia á su real majestad y fueron los primeros vasallos que tiene en aquestas partes; cómo hicieron un presente de mujeres, y en él una cacica, para india de mucho sér, que sabe la lengua de México que es la que se usa en toda la tierra, y que con ella y el Aguilar tenemos verdaderas lenguas; cómo desembarcamos en San Juan de Ulúa, y de las pláticas de los embajadores del gran Montezuma, y quién era el gran Montezuma y lo que se decia de sus grandezas, y del presente que trujeron; y cómo fuimos á Cempoal, que es un pueblo grande, y desde allí á otro pueblo que se dice Quiauistlan, que estaba en fortaleza; y cómo se hizo la liga y confederacion con nosotros y qui-

taron la obediencia á Montezuma en aquel pueblo, de más de treinta pueblos, que todos le dieron la obediencia y están en su real patrimonio, y la ida de Cingapacinga; cómo hicimos la fortaleza, y que agora estamos de camino para ir la tierra dentro hasta vernos con el Montezuma; cómo aquella tierra es muy grande y de muchas ciudades, y muy pobladísima, y los naturales grandes guerreros; cómo entre ellos hay muchas diversidades de lenguas, y tienen guerra unos con otros; cómo son idólatras y se sacrifican y matan en sacrificio muchos hombres é niños y mujeres, y comen carne humana, y usan otras torpedades; cómo el primer descubridor fué un Francisco Hernandez de Córdoba, y luego cómo vino Juan de Grijalva; é que agora al presente le servimos con el oro que hemos habido, que es el sol de oro y la luna de plata, y un casco de oro en granos como se coge en las minas, y muchas diversidades y géneros de piezas de oro hechas de muchas maneras; mantas de algodon, muy labradas de plumas, y primas; otras muchas de oro, que fueron mosqueadores, rodelas y otras cosas que ya no se me acuerda, como há ya tantos años que pasó: tambien enviamos cuatro indios que quitamos en Cempoal que tenian á engordar en unas jaulas de madera, para despues de gordos sacrificallos y comérselos. Y despues de hecha esta relacion, é otras cosas, dimos cuenta y relacion cómo quedábamos en estos sus reinos cuatrocientos y cincuenta soldados á muy

gran peligro, entre tanta multitud de pueblos y gentes belicosas, y muy grandes guerreros, para servir á Dios y á su real corona; y le suplicamos, que en todo lo que se nos ofreciese nos haga mercedes, y que no hiciese merced de la gobernacion destas tierras ni de ningunos oficios reales á persona ninguna, porque son tales, ricas y de grandes pueblos y ciudades, que convienen para un infante ó gran señor, y tenemos pensamiento que como don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos y arzobispo de Rosano, es su presidente y manda todas las Indias, que lo dará á algun su deudo ó amigo, especialmente á un Diego Velazquez que está por gobernador en la isla de Cuba; y la causa es, porque se le dará la gobernacion ó otro cualquier cargo, que siempre le sirve con presentes de oro, y le ha dejado en la misma isla pueblos de indios que le sacan oro de las minas, de lo cual habia primeramente de dar los mejores pueblos á su real corona y no le dejó ningunos, que solamente por esto es digno de que no se le hagan mercedes, y que como en todo somos sus muy leales servidores y hasta fenecer nuestras vidas le hemos de servir, se lo hacemos saber para que tenga noticia de todo, y que estamos determinados que hasta que sea servido de nuestros procuradores que allá enviamos, besen sus reales piés, y vea nuestras cartas, y nosotros veamos su real firma, que entónces los pechos

por tierra para obedecer sus reales mandos; y que si el obispo de Búrgos por su mandado nos envia á cualquiera persona á gobernar, ó á ser capitan, que primero que le obedezcamos se lo harémos saber á su real persona á doquiera que estuviere; y lo que fuere servido de mandar, que le obedecerémos como mando de nuestro rey y señor, como somos obligados. Y demás destas relaciones, le suplicamos que entretanto que otra cosa sea servido mandar, que le hiciese merced de la gobernacion á Hernando Cortés; y dimos tantos loores dél, y que es tan gran servidor suyo, hasta ponello en las nubes. Y despues de haber escrito todas estas relaciones con todo el mayor acato y humildad que pudimos y convenia, y cada capítulo por sí, y declaramos cada cosa cómo y cuándo y de qué arte pasaron, como carta para nuestro rey y señor y no del arte que va aquí en esta relacion, y la firmamos todos los capitanes y soldados que éramos de la parte de Cortés, é fueron dos cartas duplicadas; y nos rogó que se la mostrásemos, y como vió la relacion tan verdadera y los grandes loores que dél dábamos, hubo mucho placer, y dijo que nos lo tenia en merced, con grandes ofrecimientos que nos hizo. Empero no quisiera que dijéramos en ella ni mentáramos del quinto del oro que le prometimos, ni que declaráramos quién fueron los primeros descubridores, porque, segun entendimos, no hacia en su carta relacion de Francisco Hernandez

de Córdoba ni del Grijalva, sino á él solo se atribuía el descubrimiento y la honra é honor de todo. Y dijo que agora al presente aquello estuviera mejor por escribir, y no dar relacion dello á su majestad. Y no faltó quien le dijo, que á nuestro rey y señor no se le ha de dejar decir todo lo que pasa. Pues ya escritas estas cartas y dadas á nuestros procuradores, les encomendamos mucho que por via ninguna entrasen en la Habana ni fuesen á una estancia que tenia allí el Francisco de Montejo, que se decia el Marien, que era puerto para navíos; porque no alcanzase á saber el Diego Velazquez lo que pasaba; y no lo hicieron así, como adelante diré. Pues ya puesto todo á punto para se ir á embarcar, dijo misa el padre fray Bartolomé de Olmedo (de la Merced), y encomendándoles al Espíritu Santo que los guiase, en veinte y seis dias del mes de Julio de mil y quinientos y diez y nueve años, partieron de San Juan de Ulúa, y con buen tiempo llegaron á la Habana: y el Francisco de Montejo, con grandes importunaciones convocó é atrajo al piloto Alaminos, guiase á su estancia diciendo que iba á tomar bastimentos de puercos y cazabe, hasta que le hizo hacer lo que quiso. Fué á surgir á su estancia, porque el Puertocarrero iba muy malo y no hizo cuenta dél; y la noche que allí llegaron desde la nao echaron un marinero en tierra con cartas é avisos para el Diego Velazquez: y supimos que el Mon-

tejo le mandó que fuese con las cartas, y en posta fué el marinero por la isla de Cuba de pueblo en pueblo publicando todo lo aquí por mí dicho, hasta que el Diego Velazquez lo supo. Y lo que sobre ello hizo, adelante lo diré.

CAPITULO LV.

Cómo Diego Velazquez, gobernador de Cuba, supo por cartas muy por cierto que enviábamos procuradores con embajadas y presentes á nuestro rey, y lo que sobre ello se hizo.

Como Diego Velazquez, gobernador de Cuba, supo las nuevas así por las cartas que le enviaron secretas, y dijeron que fueron del Montejo, como lo que dijo el marinero que se halló presente en todo lo por mí dicho en el capítulo pasado, que se habia echado á nado para le llevar las cartas, y cuando entendió del gran presente de oro que enviábamos á su majestad y supo quién eran los embajadores, temió, y decia palabras muy lastimosas é maldiciones contra Cortés y su secretario Duero, y del contador Amador de Lares, y de presto mandó armar dos navíos de poco porte, grandes veleros, con toda la artillería y soldados que pudo haber, y con dos capitanes que fueron en ellos, que se decian

Gabriel de Rojas, y el otro capitan se decia Hulano de Guzman, y les mandó que fuesen hasta la Habana, y que en todo caso le trujesen presa la nao en que iban nuestros procuradores y todo el oro que llevaban; y de presto así como lo mandó, llegaron en ciertos dias á la canal de Bahama y preguntaban los de los navíos á barcos que andaban por la mar de acarreto que si habian visto ir una nao de mucho porte; y todos daban noticia della, y que ya seria desembocada por la canal de Bahama, porque siempre tuvieron buen tiempo. Y despues de andar barloventando con aquellos dos navíos entre la canal y la Habana, y no hallaron recado de lo que venian á buscar, se volvieron á Santiago de Cuba: y si triste estaba el Diego Velazquez ántes que enviase los navíos, muy más se congojó cuando los vió volver de aquel arte. Y luego le aconsejaron sus amigos que se enviase á quejar á España al obispo de Búrgos, que estaba por presidente de Indias, que hacia mucho por él: y tambien envió á dar sus quejas á la isla de Santo Domingo á la Audiencia real que en ella residia, y á los frailes gerónimos que estaban por gobernadores en ella, que se decian fray Luis de Figueroa, y fray Alonso de Santo Domingo, y fray Bernardino de Mancanedo, los cuales religiosos solian estar y residir en el monasterio de la Mejorada, que es dos leguas de Medina del Campo, y envian en posta un navío á la Respinola y dánles muchas

quejas de Cortés y de todos nosotros. Y como alcanzaron á saber en la real Audiencia nuestros grandes servicios, la respuesta que le dieron los frailes fué que á Cortés y los que con él andábamos en las guerras no se nos podia poner culpa, pues sobre todas cosas acudiamos á nuestro rey y señor, y le enviábamos tan gran presente que otro como él no se habia visto de muchos tiempos pasados en nuestra España; y esto dijeron porque en aquel tiempo y sazon no habia Perú ni memoria dél: y tambien le enviaron á decir que ántes éramos dignos de que su majestad nos hiciese muchas mercedes. Entónces le enviaron al Diego Velazquez á Cuba á un licenciado que se decia Zuazo, para que le tomase residencia, ó á lo ménos habia pocos meses que habia llegado á la isla de Cuba; y como aquella respuesta le trujeron al Diego Velazquez, se congojó mucho mas, y como de ántes era muy gordo, se paró flaco en aquellos dias: y luego con gran diligencia mandó buscar todos los navíos que pudo haber en la isla, y apercibir soldados y capitanes, y procuró enviar una recia armada para prender á Cortés y á todos nosotros, y tanta diligencia puso, que él mismo en persona andaba de villa en villa, y en unas estancias y en otras, y escribia á todas las partes de la isla donde él no podia ir, á rogar á sus amigos fuesen á aquella jornada: por manera que obra de once meses, ó un año, allegó diez y ocho velas grandes y pequeñas, y sobre mil

y trecientos soldados entre capitanes y marineros: porque como le veían del arte que he dicho andar tan apasionado y corrido, todos los mas principales vecinos de Cuba, así los parientes, como los que tenian indios, se aparejaron para le servir, y tambien envió por capitan general de toda la armada á un hidalgo que se decia Pánfilo de Narvaez, hombre alto de cuerpo; y membrudo, y hablaba algo entonado, como medio de bóveda, y era natural de Valladolid, casado en la isla de Cuba con una dueña que se llamaba María de Valenzuela, ya viuda, y tenia buenos pueblos de indios, y era muy rico. Donde lo dejaré agora haciendo y aderezando su armada, y volveré á decir de nuestros procuradores, y su buen viaje; y porque en una sazon acontecian tres y cuatro cosas, no puedo seguir la relacion y materia de lo que voy hablando, por dejar de decir lo que mas viene al propósito, y á esta causa no me culpen porque salgo, y me aparto de la órden por decir lo que mas adelante pasa.

CAPITULO LVI.

Cómo nuestros procuradores con buen tiempo desembarcaron la canal de Bahama, y en pocos dias llegaron á Castilla, y lo que en la corte les sucedió.

Ya he dicho que partieron nuestros procuradores del puerto de San Juan de Ulúa en seis del mes de Julio de mil quinientos y diez nueve años, y con buen viaje llegaron á la Habana, y luego desembocaron la canal, é dije, que aquella fué la primera vez que por allí navegaron, y en poco tiempo llegaron á las islas de la Tercera, y desde allí á Sevilla, y fueron en posta á la corte, que estaba en Valladolid, y por presidente del real consejo de Indias don Juan Rodriguez de Fonseca, que era obispo de Burgos, y se nombraba arzobispo de Rosano, y mandaba toda la corte; porque el emperador nuestro señor estaba en Flandes, y era mancebo: y como nuestros procuradores le fueron á besar

las manos al presidente muy ufanos, creyendo que les hiciera mercedes, y dalle nuestras cartas y relaciones, y á presentar todo el oro y joyas, le suplicaron que luego hiciese mensajero á su majestad, y le enviase aquel presente y cartas, y que ellos mismos irian con ello á besar sus reales piés: y en vez de agasajarlos, les mostró poco amor, y los favoreció muy poco, y aun les dijo palabras secas y ásperas. Nuestros embajadores dijeron, que mirase su señoría los grandes servicios que Cortés y sus compañeros haciamos á su majestad, y que le suplicaban otra vez, que todas aquellas joyas de oro, cartas y relaciones las enviase luego á su majestad, para que sepa todo lo que pasa, y que ellos irian con él. Y les tornó á responder muy soberbiamente: y aun les mandó que no tuviesen ellos cargo dello, que él le escribiria lo que pasaba, y no lo que le decian, pues se habian levantado contra el Diego Velazquez: y pasaron otras muchas palabras agrias: y en esta sazon llegó á la corte el Benito Martin, capellan de Diego Velazquez, otra vez por mí nombrado, dando muchas quejas de Cortés y de todos nosotros; de que el obispo se airó mucho más contra nosotros: y porque el Alonso Hernandez Puertocarrero como era caballero primo del conde de Medellin, y porque el Montejo no osaba desagradar al presidente, decia al obispo, que le suplicaba muy ahincadamente, que sin pasion fuesen oidos, y que no dijese las palabras que decia, y que luego envia-

se aquellos recaudos así como los traían á su majestad, y que éramos servidores de la real corona, y que eran dignos de mercedes y no de ser por palabras afrentados. Cuando aquello oyó el obispo, le mandó echar preso, y porque le informaron que habia sacado de Medellin tres años habia una mujer que se decia María Rodrignez, y la llevó á las Indias. Por manera que todos nuestros servicios, y los presentes de oro estaban del arte que aquí he dicho: y acordaron nuestros embajadores de callar hasta su tiempo é lugar. Y el obispo escribió á su majestad á Flandes en favor de su privado é amigo Diego Velazquez, y muy malas palabras contra Hernando Cortés, y contra todos nosotros; mas no hizo relacion de ninguna manera de las cartas que le enviábamos, salvo que se habia alzado Hernando Cortés al Diego Velazquez, y otras cosas que dijo. Volvamos á decir del Alonso Hernandez Puertocarrero, y del Francisco de Montejo, y aun de Martin Cortés padre del mismo Cortés, y de un licenciado Núñez relator del real consejo de su majestad, y cercano pariente del Cortés, que hacian por él, acordaron de enviar mensajeros á Flandes con otras cartas como las que dieron al obispo de Burgos, porque iban duplicadas las que enviamos con los procuradores, y escribieron á su majestad todo lo que pasaba, é la memoria de las joyas de oro del presente, y dando quejas del obispo, y descubriendo sus tratos que tenia con el Diego Velaz-

quez: y aun otros caballeros les favorecieron, que no estaban muy bien con el don Juan Rodriguez de Fonseca, porque segun decian, era malquisto, por muchas demasías y soberbias que mostraba con los grandes cargos que tenia: y como nuestros grandes servicios eran por Dios nuestro Señor, y por su majestad, y siempre poniamos nuestras fuerzas en ello, quiso Dios que su majestad lo alcanzó á saber muy claramente: y como lo vió y entendió, fué tanto el contentamiento que mostró, y los duques, marqueses, y condes, y otros caballeros que estaban en su real Corte, que en otra cosa no hablaban por algunos dias sino de Cortés, y de todos nosotros los que le ayudamos en las conquistas, y de las riquezas que destas partes le enviamos: y así por esto, como por las cartas glosadas que sobre ello le escribió el obispo de Burgos, desque vió su majestad que todo era al contrario de la verdad, desde allí adelante le tuvo mala voluntad al obispo, especialmente que no envió todas las piezas de oro, é se quedó con gran parte dellas. Todo lo cual alcanzó á saber el mismo obispo, que se lo escribieron desde Flandes; de lo cual recibió muy grande enojo: y si de ántes que fuesen nuestras cartas ante su majestad, el obispo decia muchos males de Cortés y de tdos noosotros, de allí adelante á boca llena nos llamaba traidores: mas quiso Dios que perdió la furia y braveza, que desde ahí á dos años fué recusado, y aun quedó corrido y afrentado: y

nosotros quedamos por muy leales servidores, como adelante diré de que venga á coyuntura: y escribió su majestad, que presto vendria á Castilla, y entenderla en lo que nos conviniese, é nos haria mercedes. Y porque adelante lo diré muy por extenso cómo y de qué manera pasó, se quedará aquí así, y nuestros procuradores aguardando la venida de su majestad. Y ántes que mas pase adelante, quiero decir por lo que me han preguntado ciertos caballeros muy curiosos, y aun tienen razon de lo saber, ¿qué cómo puedo yo escribir en esta relacion lo que no ví, pues estaba en aquella sazon en las conquistas de la Nueva-España cuando los procuradores dieron las cartas, recaudos, y presente de oro que llevaban para su majestad, y tuvieron aquellas contiendas con el obispo de Burgos? A esto digo, que nuestros procuradores nos escribian á los verdaderos conquistadores lo que pasaba, así lo del obispo de Burgos, como lo que su majestad fué servido mandar en nuestro favor, letra por letra en capítulos, y de qué manera pasaba; y Cortés nos enviaba otras cartas que recibia de nuestros procuradores, á las villas donde viviamos en aquella sazon, para que viésemos cuán bien negociábamos con su majestad, y qué grande contrario teniamos en el obispo de Burgos. Y esto doy por descargo de lo que me preguntaban aquellos Caballeros que dicho tengo. Dejemos esto, y digamos en otro capítulo lo que en nuestro real pasó.

CAPITULO LVII.

Cómo despues partieron nuestros embajadores para su majestad con todo el oro y cartas, y relaciones de lo que en el real se hizo, y la justicia que Cortés mandó hacer.

Desde á cuatro dias que partieron nuestros procuradores para ir ante el emperador nuestro señor, como dicho habemos, y los corazones de los hombres son de muchas calidades é pensamientos, parece ser que unos amigos y criados del Diego Velazquez, que se decian Pedro Escudero, y un Juan Cermeño, y un Gonzalo de Umbría, piloto, y Bernaldino de Coria, vecino que fué despues de Chiapa, padre de un Hulano Centene, y un clérigo que se decia Juan Diaz, y ciertos hombres de la mar, que se decian Peñates naturales de Gibraleon, estaban mal con Cortés: los unos, porque no les dió licencia para se volver á Cuba, como se la habian prometido, y otros, porque no les dió parte del oro que

enviamos á Castilla: los Peñates, porque los azotó en Cozumel, como ya otra vez tengo dicho, cuando hurtaron los tocinos á un soldado que se decia Barrio; acordaron todos de tomar un navío de poco porte é irse con él á Cuba á dar mandado al Diego Velazquez, para avisalle cómo en la Habana podian tomar en la estancia de Francisco de Montejo á nuestros procuradores con el oro y recaudos, que segun pareció, de otras personas principales que estaban en nuestro real, fueron aconsejados que fuesen á aquella estancia que he dicho; y aun escribieron para que el Diego Velazquez tuviese tiempo de habellos á las manos. Por manera que las personas que he dicho, ya tenian metido matalotaje, que era pan cazabe, aceite, pescado, y agua, y otras pobrezas de lo que podian haber: é ya que se iban á embarcar, y era á mas de media noche, el uno dellos, que era el Bernardino de Coria, parece ser se arrepintió de se volver á Cuba, y lo fué á hacer saber á Cortés. E como lo supo, é de qué manera, y cuántos, é por qué causas se querian ir, y quiénes fueron en los consejos y tramas para ello, les mandó luego sacar las velas, aguja y timon del navío, y los mandó echar presos, y les tomó sus confesiones, y confesaron la verdad, y condenaron á otros que estaban con nosotros, que se disimuló por el tiempo, que no permitia otra cosa; y por sentencia que dió mandó ahorcar al Pedro Escudero y á Juan Cermeño, y á cortar los piés al piloto Gonzalo de

Umbría, y azotar á los marineros Peñates, á cada ducientos azotes: y al padre Juan Diaz si no fuera de misa, tambien lo castigara, mas metióle harto temor. Acuérdome, que cuando Cortés firmó aquella sentencia, dijo con grandes suspiros y sentimiento: ¡O quién no supiera escribir, para no firmar muertes de hombres! Y paréceme que aqueste dicho es muy comun entre los jueces que sentencian algunas personas á muerte, que lo tomaran de aquel cruel Neron en el tiempo que dió muestras de buen emperador: y así como se hubo ejecutado la sentencia, se fué Cortés luego á matacaballo á Cempoal, que es cinco leguas de la villa, y nos mandó, que luego fuésemos tras él ducientos soldados, y todos los de á caballo: y acuérdome que Pedro de Alvarado, que habia tres dias que le habia enviado Cortés con otros ducientos soldados por los pueblos de la sierra, porque tuviesen qué comer; porque en nuestra villa pasábamos mucha necesidad de bastimentos, y le mandó que se fuese á Cempoal, para que allí diéramos órden de nuestro viaje á México. Por manera que el Pedro de Alvarado no se halló presente cuando se hizo la justicia que dicho tengo. Y cuando nos vimos juntos en Cempoal, la órden que se dió en todo, diré adelante.

CAPITULO LVIII.

Cómo acordamos de ir á México, y ántes que partiésemos, dar con todos los navíos al través, y lo que mas pasó; y esto de dar con los navíos al través fué por consejo y acuerdo de todos nosotros, los que éramos amigos de Cortés.

Estando en Cempoal, como dicho tengo, platicando con Cortés en las cosas de la guerra, y camino para adelante, de plática en plática le aconsejamos los que éramos sus amigos, que no dejase en el puerto navío ninguno, sino que luego diese al través con todos, y no quedasen ocasiones, porque entretanto que estábamos la tierra adentro, no se alzasen otras personas como los pasados: y demás destos, que teniamos mucha ayuda de los maestres, pilotos, y marineros, que serian al pié de cien personas, y que mejor nos ayudarian á pelear y guerrear, que no estando en el puerto; y segun ví y entendí, esta plática de dar con los navíos al través,

que allí le propusimos, el mismo Cortés lo tenia ya concertado, sino que quiso que saliese de nosotros; porque si algo le demandasen que pagase los navíos, que era por nuestro consejo, y todos fuésemos en los pagar. Y luego mandó á un Juan de Escalante, que era alguacil mayor y persona de mucho valor, y gran amigo de Cortés, y enemigo de Diego Velazquez, porque en la isla de Cuba no le dió buenos indios, que luego fuese á la villa, y que de todos los navíos se sacasen todas las anclas, cables, velas, y lo que dentro tenian, de que se pudiesen aprovechar, y que diese con todos ellos al través, que no quedasen mas de los bateles; é que los pilotos, é maestres viejos, y marineros, que no eran buenos para ir á la guerra, que se quedasen en la villa, y con dos chinchorros que tuviesen cargo de pescar, que en aquel puerto siempre habia pescado, aunque no mucho; y el Juan de Escalante lo hizo segun y de la manera que le fué mandado; y luego se vino á Cempoal con una capitanía de hombres de la mar, que fueron los que sacaron de los navíos, y salieron algunos dellos muy buenos soldados. Pues hecho esto, mandó Cortés llamar á todos los caciques de la serranía de los pueblos nuestros confederados, y rebelados al gran Montezuma, y les dijo cómo habian de servir á los que quedaban en la Villa Rica, é acabar de hacer la iglesia, fortaleza, y casas: y allí delante dellos tomó Cortés por la mano al Juan de Escalante: y les dijo: este es mi

hermano, y que lo que les mandase que lo hiciesen: é que si hubiesen menester favor é ayuda contra algunos indios mexicanos, que á él ocurriesen, que él iria en persona á les ayudar. Y todos los caciques se ofrecieron de buena voluntad de hacer lo que les mandase; é acuérdome que luego le sahumaron al Juan de Escalante con sus inciensos, aunque no quiso. Ya he dicho era persona muy bastante para cualquier cargo, y amigo de Cortés, y con aquella confianza le puso en aquella villa y puerto por capitan, para si algo enviase Diego Velazquez que hubiese resistencia. Dejallohé aquí, y diré lo que pasó. Aquí es donde dice el coronista Gomora que mandó Cortés barrenar los navíos; y tambien dice el mismo, que Cortés no osaba publicar á los soldados que queria ir á México en busca del gran Montezuma. ¿Pues de qué condicion somos los españoles para no ir adelante y estarnos en partes que no tengamos provecho é guerras? Tambien dice el mismo Gomora, que Pedro de Ircio quedó por capitan en la Vera-Cruz: no le informaron bien. Digo que Juan de Escalante fué el que quedó por capitan y alguacil mayor de la Nueva-España, que aun al Pedro de Ircio no le habian dado cargo ninguno, ni aun de cuadrillero, ni era para ello, ni es justo dar á nadie lo que no tuvo, ni quitarlo á quien lo tuvo.

CAPITULO LIX.

De un razonamiento que Cortés nos hizo despues de haber dado con los navíos al través, y cómo aprestamos nuestra ida para México.

Despues de haber dado con los navíos al través á ojos vistas, y no como lo dice el coronista Gomora, una mañana despues de haber oído misa, estando que estábamos todos los capitanes y soldados juntos hablando con Cortés en cosa de la guerra, dijo que nos pedia por merced que le oyésemos, y propuso un razonamiento desta manera: Que ya habiamos entendido la jornada á que íbamos, y mediante nuestro Señor Jesu-Christo habiamos de vencer todas las batallas y reencuentros, y que habiamos de estar tan presto para ello como convenia, porque en cualquier parte que fuésemos desbaratados (lo cual Dios no permitiese) no podriamos alzar cabeza por ser muy pocos y que no teniamos otro socorro

ni ayuda sino el de Dios, porque ya no teniamos navíos para ir á Cuba, salvo nuestro buen pelear y corazones fuertes; y sobre ello dijo otras muchas comparaciones de hechos heróicos de los romanos. Y todos á una le respondimos que hariamos lo que ordenase, que echada estaba la suerte de la buena ó mala ventura, como dijo Julio César sobre el Rubicon, pues eran todos nuestros servicios para servir á Dios y á su majestad. Y despues deste razonamiento, que fué muy bueno, cierto, con otras palabras mas melosas y elocuencia que yo aquí las digo, luego mandó llamar al cacique gordo y le tornó á traer á la memoria que tuviese muy reverenciada y limpia la iglesia y cruz; é demás desto le dijo que él se queria partir luego para México á mandar á Montezuma que no robe ni sacrifique, é que ha menester ducientos indios tamemes para llevar el artillería (que ya he dicho otra vez que llevan dos arrobas á cuestas é andan con ellas cinco leguas), y tambien les demandó cincuenta principales hombres de guerra que fuesen con nosotros. Estando desta manera para partir, vino de la Villa Rica un soldado con una carta del Juan de Escalante, que ya le habia mandado otra vez Cortés que fuese á la Villa para que le enviase otros soldados; y lo que en la carta decia el Escalante, era que andaba un navío por la costa, y que le habia hecho ahumadas y otras grandes señas, y habia puesto unas mantas blancas por banderas, y que cabalgó á caballo con

una capa de grana colorada porque lo viesen los del navío, y que le pareció á él que bien vieron las señas, banderas, caballo y capa, y no quisieron venir al puerto; y que luego envió españoles á ver en qué paraje iba, y le trujeron respuesta que tres leguas de allí estaba surto cerca de una boca de un rio, y que se lo hace saber para ver lo que manda. Y como Cortés vió la carta, mandó luego á Pedro de Alvarado que tuviese cargo de todo el ejército que estaba allí en Cempoal, y juntamente con él á Gonzalo de Sandoval, que ya daba muestras de varon muy esforzado, como siempre lo fué. Este fué el primer cargo que tuvo el Sandoval; y aun sobre que le dió entónces aquel cargo, que fué el primero, y se lo dejó de dar á Alonso de Ávila, tuvieron ciertas cosquillas el Alonso de Ávila y el Sandoval. Volvamos á nuestro cuento, y es, que luego Cortés cabalgó con cuatro de á caballo que le acompañaron y mandó que le siguiésemos cincuenta soldados de los más sueltos, porque Cortés nos nombró los que habiamos de ir con él, y aquella noche llegamos á la Villa Rica. Y lo que allí pasamos diré adelante.

CAPITULO LX.

Cómo Cortés fué adonde estaba surto el navío, y prendimos seis soldados y marineros que del navío huyeron, y lo que sobre ello pasó.

Así como llegamos á la Villa Rica, como dicho tengo, vino Juan de Escalante á hablar á Cortés, y le dijo que seria bien ir luego aquella noche al navío, por ventura no alzase velas y se fuese, y que reposase el Cortés, que él iria con veinte soldados. Y Cortés dijo que no podia reposar, que cabra coja no tenga siesta; que él queria ir en persona con los soldados que consigo traía. Y ántes que bocado comiésemos comenzamos á caminar la costa adelante, y topamos en el camino á cuatro españoles que venian á tomar posesion en aquella tierra por Francisco de Garay, gobernador de Jamaica, los cuales enviaba un capitan que estaba poblando de pocos dias habia

en el rio de Pánuco, que se llamaba Alonso Alvarez de Pineda ó Pinedo; y los cuatro españoles que tomamos se decian Guillen de la Loa, éste venia por escribano, y los testigos que traía para tomar la posesion se decian Andrés Núñez, y era carpintero de ribera; y el otro se decia Maestre Pedro el de la Arpa, y era valenciano; el otro no me acuerdo el nombre. Y como Cortés hubo bien entendido cómo venian á tomar posesion en nombre de Francisco de Garay, é supo que quedaba en Jamaica y enviaba capitanes, preguntóles Cortés que por qué título ó por qué vía venian aquellos capitanes. Respondieron los cuatro hombres, que en el año de mil y quinientos y diez y ocho, como habia fama en todas las islas de las tierras que descubrimos cuando lo de Francisco Hernandez de Córdoba y Juan de Grijalva, y llevamos á Cuba los veinte mil pesos de oro á Diego Velazquez, que entónces tuvo relacion el Garay del piloto Anton de Alaminos y otro piloto que habiamos traido con nosotros, que podia pedir á su majestad desde el rio de San Pedro y San Pablo por la banda del Norte todo lo que descubriese. Y como el Garay tenia en la corte quien le favoreciese, con el favor que esperaba, envió un mayormo suyo que se decia Torralva á lo negociar, y trujo provisiones para que fuese adelantado y gobernador desde el rio de San Pedro y San Pablo y todo lo que descubriese; y por aquellas provisiones envió luego tres navíos

con hasta ducientos y setenta soldados con bastimentos, y caballos, con el capitan por mí nombrado, que se decia Alonso de Alvarez Pineda ó Pinedo, y que estaba poblando en un rio que se dice Pánuco, obra de setenta leguas de allí, y que ellos hicieron lo que su capitan les mandó, y que no tienen culpa; y como lo hubo entendido Cortés, con palabras amorosas los halagó, y les dijo que si podriamos tomar aquel navío; y el Guillen de la Loa, que era el más principal de los cuatro hombres, le dijo que capearian, y que harian lo que pudiesen: y por bien que los llamaron y capearon, ni por señas que les hicieron, no quisieron venir, porque, segun dijeron aquellos hombres, su capitan les mandó que mirasen que los soldados de Cortés no topasen con ellos (porque tenian noticia que estábamos en aquella tierra), y cuando vimos que no venia el batel, bien entendimos que desde el navío nos habian visto venir por la costa adelante, y que si no era con maña no volverian con el batel á aquella tierra. E rogóles Cortés que se desnudasen aquellos cuatro hombres sus vestidos, para que se los vistiesen otros cuatro hombres de los nuestros; y así lo hicieron. Y luego nos volvimos por la costa adelante, por donde habiamos venido, para que nos viesen volver desde el navío, para que creyesen los del navío que de hecho nos volvimos, y quedábamos los cuatro de nuestros soldados vestidos los vestidos de los otros cuatro:

y estuvimos con Cortés en el monte escondidos hasta más de média noche que hiciese escuro para volvernos enfrente del riachuelo, y muy escondidos que no pareciamos otros, sino los cuatro soldados de los nuestros. Y como amaneció, comenzaron á capear los cuatro soldados; y luego vinieron en el batel seis marineros, y los dos saltaron en tierra con unas dos botijas de agua; y entónces aguardamos los que estábamos con Cortés escondidos que saltasen los demás marineros, y no quisieron saltar en tierra; y los cuatro de los nuestros que tenian vestidas las ropas de los otros de Garay, hacian que estaban lavando las manos y escondiendo las caras, y decian los del batel: Veníos á embarcar, ¿qué haceis? ¿por qué no venís? Y entónces respondió uno de los nuestros: Salta en tierra, veréis aquí un poco. Y como desconocieron la voz, se volvieron con su batel; y por más que los llamaron no quisieron responder: y queriámosles tirar con las escopetas y ballestas, y Cortés dijo que no se hiciese tal, que se fuesen con Dios á dar mandado á su capitan. Por manera que se hubieron de aquel navío seis soldados, los cuatro hubimos primero, y dos marineros que saltaron en tierra; y así volvimos á Villa Rica, y todo esto sin comer cosa ninguna. Y esto es lo que se hizo, y no lo que escribe el coronista Gomora: porque dice que vino Garay en aquel tiempo, y engañóse; que primero que viniese envió tres

capitanes con navíos, los cuales diré adelante en qué tiempo vinieron é qué se hizo dellos, y tambien en el tiempo que vino Garay, y pasemos adelante é dirémos cómo acordamos de ir á México.

CAPITULO LXI.

Cómo ordenamos de ir á la ciudad de México, y por consejo del cacique fuimos por Tlaxcala, y de lo que nos acaeció así de reencuentros de guerra como de otras cosas.

Despues de bien considerada la partida para México, tomamos consejo sobre el camino que habiamos de llevar, y fué acordado por los principales de Cempoal, que el mejor y más conveniente era por la provincia de Tlaxcala, porque eran sus amigos y mortales enemigos de mexicanos; é ya tenian aparejados cuarenta principales, y todos hombres de guerra, que fueron con nosotros y nos ayudaron mucho en aquella jornada, y más nos dieron docientos tamemes para llevar el artillería, que para nosotros los pobres soldados no habiamos menester ninguno, porque en aquel tiempo no teniamos que llevar, porque nuestras armas así lanzas como escopetas, y ballestas, y rodelas, y todo otro género dellas,

con ellas durmiamos y caminábamos, y calzados nuestros alpargates, que era nuestro calzado: y como he dicho, siempre muy apercebidos para pelear: y partimos de Cempoal de mediado el mes de Agosto de mil y quinientos y diez y nueve años, y siempre con muy buena órden, y los corredores del campo y ciertos soldados muy sueltos delante. Y la primera jornada fuimos á un pueblo que se dice Xalapa, y desde allí á Socochima, y estaba muy fuerte, y mala entrada, y en él habia muchas parras de uvas de la tierra; y en estos pueblos se les dijo con doña Marina y Gerónimo de Aguilar, nuestras lenguas, todas las cosas tocantes á nuestra santa fe, y cómo éramos vasallos del emperador don Cárlos, é que nos envió para quitar que no haya más sacrificios de hombres ni se robasen unos á otros. Y se les declaró muchas cosas que se les convenia decir; y como eran amigos de Cempoal y no tributaban á Montezuma, hallábamos en ellos muy buena voluntad, y nos daban de comer, y se puso en cada pueblo una cruz y se les declaró lo que significaba, é que la tuviesen en mucha reverencia. Y desde Socochima pasamos unas altas sierras y puerto y llegamos á otro pueblo que se dice Texutla y tambien hallamos en ellos buena voluntad, porque tampoco daban tributo como los demás; y desde aquel pueblo acabamos de subir todas las sierras y entramos en el despoblado, donde hacia muy gran frio y granizo aquella noche,

donde tuvimos falta de comida y venia un viento de la sierra nevada, que estaba á un lado, que nos hacia temblar de frio, porque como habiamos venido de la isla de Cuba y de la Villa Rica, y toda aquella costa es muy calurosa y entramos en tierra fria y no teniamos con que nos abrigar sino con nuestras armas, sentiamos las heladas como no éramos acostumbrados al frio; y desde allí pasamos á otro puerto, donde hallamos unas caserías y grandes adoratorios de ídolos, que ya he dicho que se dicen *cues*, y tenian grandes rimeros de leña para el servicio de los ídolos que estaban en aquellos adoratorios; y tampoco tuvimos que comer, y hacia recio frio; y desde allí entramos en tierra de un pueblo que se decia Cocotlan, y enviamos dos indios de Cempoal á decille al cacique cómo íbamos, que tuviesen por bien nuestra llegada á sus casas, y era sujeto este pueblo á México, y siempre caminábamos muy apercebidos y con gran concierto, porque viamos que ya era otra manera de tierra; y cuando vimos blanquear muchas azuteas, y las casas del cacique, y los *cues* y adoratorios, que eran muy altos y encalados, parecian muy bien, como algunos pueblos de nuestra España, y pusímosle nombre Castilblanco, porque dijeron unos soldados portugueses que parecia á la villa de Casteloblanco de Portugal, y así se llama ahora. Y como supieron en aquel pueblo por mí nombrado, por los mensajeros que enviábamos, cómo íbamos,

salió el cacique á recibirnos con otros principales junto á sus casas, el cual cacique se llamaba Olintecle, y nos llevaron á unos aposentos y nos dieron de comer poca cosa y de mala voluntad: y despues que hubimos comido, Cortés les preguntó con nuestras lenguas de las cosas de su señor Montezuma, y dijo de sus grandes poderes de guerreros que tenia en todas las provincias sujetas, sin otros muchos ejércitos, que tenia en las fronteras y provincias comarcanas: y luego dijo de la gran fortaleza de México, y cómo estaban fundadas las casas sobre agua, y que de una casa á otra no se podia pasar, sino por puentes que tenian hechas, y en canoas, y las casas todas de azuteas, y en cada azutea si querian poner mamparos, eran fortalezas, y que para entrar dentro en la ciudad, que habia tres calzadas, y en cada calzada cuatro ó cinco aberturas por donde se pasaba el agua de una parte á otra: y en cada una de aquellas aberturas habia una puente, y con alzar cualquiera dellas, que son hechas de madera, no pueden entrar en México, y luego dijo del mucho oro, y plata, y piedras chalchivis, y riquezas que tenia Montezuma su señor, que nunca acababa de decir otras muchas cosas, de cuán gran señor era, que Cortés, y todos nosotros estábamos admirados de lo oir: y con todo cuanto contaban de su gran fortaleza, y puentes, como somos de tal calidad los soldados españoles, quisiéramos ya estar probando ventura: y aunque nos pa-

recia cosa imposible, segun lo señalaba y decia el olintecle. Y verdaderamente era México muy mas fuerte, y tenia mayores pertrechos de albarradas, que todo lo que decia: porque una cosa es haberlo visto de la manera y fuerzas que tenia, y no como lo escribo. Y dijo, que era tan gran señor Montezuma, que todo lo que queria señoreaba, y que no sabia si seria contento cuando supiese nuestra estada allí en aquel pueblo, por nos haber aposentado, y dado de comer sin su licencia: y Cortés le dijo con nuestras lenguas: pues hagoos saber que nosotros venimos de léjas tierras por mandado de nuestro rey y señor, que es el emperador don Cárlos de quien somos vasallos muchos y grandes señores, y envia á mandar á ese vuestro gran Montezuma, que no sacrifique, ni mate ningunos indios, ni robe sus vasallos, ni tome ningunas tierras; y para que dé la obediencia á nuestro rey y señor: y ahora lo digo asimismo á vos olintecle, y á todos los mas caciques que aquí estais, que dejeis vuestros sacrificios, y no comais carnes de vuestros prójimos, ni hagais sodomías: ni las cosas feas que haceis, porque así lo manda nuestro Señor Dios, que es el que adoramos y creemos, y nos da la vida y la muerte, y nos ha de llevar á los cielos: y se les declaró otras muchas cosas tocantes á nuestra santa fe, y ellos á todo callaban. Y dijo Cortés á los soldados que allí nos hallamos: paréceme, señores, que ya que no podemos hacer otra cosa, que se ponga una cruz: y

respondió el padre fray Bartolomé de Olmedo: paréceme, señor, que en estos pueblos no es tiempo para dejalles cruz en su poder, porque son algo desvergonzados, y sin temor, y como son vasallos de Montezuma no la quemen, ó hagan alguna cosa mala: y esto que se les dijo basta, hasta que tengan mas conocimiento de nuestra santa fe: y así se quedó sin poner la cruz. Dejemos esto, y de las santas amonestaciones que les haciamos, y digamos, que como llevábamos un lebrel de muy gran cuerpo, que era de Francisco de Lugo, y ladraba mucho de noche, parece ser preguntaban aquellos caciques del pueblo á los amigos que traíamos de Cempoal, que si era tigre, ó leon, ó cosa con que mataban los indios, y respondieron: tráenle para que cuando alguno los enoja los mate. Y tambien les preguntaron, que aquellas bombardas que traíamos, qué haciamos con ellas, y respondieron que con unas piedras que metiamos dentro dellas matábamos á quien queriamos, y que los caballos corrian como venados, y alcanzábamos con ellos á quién les mandábamos: y dijo el olintecle, y los demás principales: luego desa manera teules deben ser. Ya he dicho otras veces, que á los ídolos, ó sus dioses, ó cosas malas, llamaban teules, y respondieron nuestros amigos: ¿pues cómo ahora lo veis? mirad que no hagais cosa con que los enojeis, que luego lo sabrán, que saben lo que teneis en el pensamiento, porque estos teules son los que prendieron á los re-

caudadores del vuestro gran Montezuma, y mandaron que no les diesen mas tributo en todas las sierras, ni en nuestro pueblo de Cempoal, y estos son los que nos derrocaron de nuestros templos nuestros teules, y pusieron los suyos, y han vencido los de Tabasco, y Cingapacinga. Y demás desto, ya habréis visto cómo el gran Montezuma aunque tiene tantos poderes, les envia oro y mantas, y ahora han venido á este vuestro pueblo, y veo que no les dais nada; andad presto, y traedles algun presente. Por manera, que traíamos con nosotros buenos echacuervos, porque luego trujeron cuatro pinjantes, y tres collares, y unas lagartijas, aunque era de oro, todo muy bajo; y mas trujeron cuatro indias que eran buenas para moler pan, y una carga de mantas. Cortés las recibió con alegre voluntad, y con grandes ofrecimientos. Acuérdome, que tenian en una plaza, adonde estaban unos adoratorios, puestos tantos rimeros de calaveras de muertos, que se podian bien contar, segun el concierto con que estaban puestas, que me parece que eran mas de cien mil, y digo otra vez sobre cien mil: y en otra parte de la plaza estaban otros tantos rimeros de zancarrones, y huesos de muertos que no se podian contar, y tenian en unas vigas muchas cabezas colgadas de una parte á otra, y estaban guardando aquellos huesos y calaveras tres papas, que segun entendimos, tenian cargo dellos; de lo cual tuvimos que mirar mas despues que en-

tramos mas la tierra adentro, y en todos los pueblos estaban de aquella manera, é tambien en lo de Tlascala. Pasado todo esto que aquí he dicho, acordamos de ir nuestro camino por Tlascala, porque decian nuestros amigos estaba muy cerca, y que los términos estaban allí junto donde tenian puestos por señales unos mojones: y sobre ello se preguntó al cacique olintecle, qué cuál era mejor camino, y mas llano para ir á México, y dijo, que por un pueblo muy grande, que se decia Cholula, y los de Cempoal decian á Cortés: Señor no vais por Cholula, que son muy traidores, y tiene allí siempre Montezuma sus guarniciones de guerra, y que fuésemos por Tlascala, que eran sus amigos, y enemigos de mexicanos; y así acordamos de tomar el consejo de los de Cempoal, que Dios lo encaminaba todo, y Cortés demandó luego al olintecle veinte hombres principales guerreros que fuesen con nosotros, y luego nos los dieron: y otro dia de mañana fuimos camino de Tlascala, y llegamos á un pueblezuelo, que era de los de Xalacingo: y de allí enviamos por mensajeros dos indios de los principales de Cempoal de los indios que solian decir muchos bienes y loas de los tlascaltecas, y que eran sus amigos, y les enenviamos una carta, puesto que sabiamos que no la entenderian, y tambien un chapeo de los vedijudos colorados de Flandes, que entónces se usaban: y lo que se hizo diremos adelante.

CAPITULO LXII.

Cómo se determinó que fuésemos por Tlascala, y les enviamos mensajeros, para que tuviesen por bien nuestra ida por su tierra, y cómo prendieron á los mensajeros, y lo que mas se hizo.

Como salimos de Castilblanco, y fuimos por nuestro camino los corredores del campo siempre adelante, y muy apercebidos, en gran concierto los escopeteros y ballesteros, como convenia, y los de á caballo mucho mejor, y siempre nuestras armas vestidas, como lo teniamos de costumbre, dejemos esto, no sé para qué gasto mas palabras sobre ello, sino que estábamos tan apercebidos, así de dia como de noche, que si diesen al arma diez veces, en aquel punto nos hallaran muy puestos, calzados nuestros alpargates, y las espadas y rodelas, y lanzas, puesto todo muy á mano: y con aquesta órden

llegamos á un pueblezuelo de Xalacingo, y allí nos dieron un collar de oro, y unas mantas, y dos indias, y desde aquel pueblo enviamos dos mensajeros principales de los de Cempoal á Tlascala con una carta, y con un chapeo vedejudo de Flandes colorado, que se usaban entónces; y puesto que la carta bien entendimos que no la sabrian leer, sino como viesen el papel diferenciado de lo suyo, conocerian que era de mensajería; y lo que les enviamos á decir con los mensajeros, cómo íbamos á su pueblo, y que lo tuviesen por bien, que no les íbamos á hacer enojo, sino tenellos por amigos: y esto fué porque en aquel pueblezuelo nos certificaron, que toda Tlascala estaba puesta en armas contra nosotros, porque segun pareció, ya tenian noticia cómo íbamos, y que llevábamos con nosotros muchos amigos, así de Cempoal, como los de Zocotlan, y de otros pueblos por donde habiamos pasado, y todos solian dar tributo á Montezuma, tuvieron por cierto que íbamos contra ellos, porque les tenian por enemigos: y como otras veces los mexicanos con mañas y cautelas les entraban en la tierra, y se la saqueaban, así creyeron querian hacer ahora: por manera que luego como llegaron los dos nuestros mensajeros con la carta y el chapeo, y comenzaron á decir su embajada, los mandaron prender sin ser mas oídos: y estuvimos aguardando respuesta aquel dia y otro, y como no venian, despues de haber hablado Cortés á los principales de aquel pueblo, y dicho las cosas

que convenian decir acerca de nuestra santa fe, y cómo éramos vasallos de nuestro rey y señor, que nos envió á estas partes, para quitar que no sacrifiquen, y no maten hombres, ni coman carne humana, ni hagan las torpedades que suelen hacer; y les dijo otras muchas cosas, que en los mas pueblos por donde pasábamos les soliamos decir, y despues de muchos ofrecimientos que les hizo que les ayudaria, les demandó veinte indios de guerra, que fuesen con nosotros, y ellos nos los dieron de buena voluntad, y con la buena ventura, encomendándonos á Dios partímos otro dia para Tlascala, é yendo por nuestro camino con el concierto que ya he dicho, vienen nuestros mensajeros que tenian presos, que parece ser como andaban revueltos en la guerra los indios que los tenian á cargo y guarda, se descuidaron, y de hecho como eran amigos los soltaron de las prisiones, y vinieron tan medrosos de lo que habian visto, é oido, que no lo acertaban á decir: porque segun dijeron cuando estaban presos, los amenazaban y decian: Ahora hemos de matar á esos que llamais teules, y comer sus carnes, y veremos si son tan esforzados, como publicais, y tambien comeremos vuestras carnes, pues venís con traiciones, y con embustes de aquel traidor de Montezuma: y por mas que les decian los mensajeros, que éramos contra los mexicanos, que á todos los tlascaltecas los teniamos por hermanos, no aprovechaban nada sus razones: y cuando Cortés y to-

dos nosotros entendimos aquellas soberbias palabras, y como estaban de guerra, puesto nos dió bien que pensar en ello, dijimos todos: pues que así es, adelante en buen hora: encomendándonos á Dios, y nuestra bandera tendida, que llevaba el alférez Corral; porque ciertamente nos certificaron los indios del pueblezuelo donde dormimos, que habian de salir al camino á nos defender la entrada en Tlascala: y asimismo nos lo dijeron los de Cempoal, como dicho tengo. Pues yendo desta manera que he dicho, siempre íbamos hablando cómo habian de entrar y salir de á caballo á media rienda, y las lanzas algo terciadas, y de tres en tres, porque se ayudasen: é que cuando rompiésemos por los escuadrones, que llevasen las lanzas por las caras, y no parasen á dar lanzadas, porque no les echasen mano dellas: y que si acaeciese, que les echasen mano, que con toda fuerza la tuviesen, y debajo del brazo se ayudasen; y poniendo espuelas con la furia del caballo se la tornarian á sacar, ó llevarian al indio arrastrando. Dirán ahora, que para qué tanta diligencia sin ver contrarios guerreros que nos acometiesen. A esto respondo y digo, que decia Cortés: Mirad, señores compañeros, ya veis que somos pocos, hemos de estar siempre tan apercebidos y aparejados, como si ahora viésemos venir los contrarios á pelear, y no solamente vellos venir, sino hacer cuenta que estamos ya en la batalla con ellos, y que como acaece muchas veces, que echan mano

de la lanza, por eso hemos de estar avisados para el tal menester, así dello, como de otras cosas que convienen en lo militar, que ya bien he entendido, que en el pelear no tenemos necesidad de avisos, porque he conocido, que por bien que yo lo quiera decir, lo haréis muy mas animosamente: y desta manera caminamos obra de dos leguas, y hallamos una fuerza bien fuerte hecha de cal y canto y de otro betun tan recio, que con picos de hierro era forzoso deshacerla, y hecha de tal manera, que para defensa era harto recia de tomar, y detuvímonos á mirar en ella, y preguntó Cortés á los indios de Zocotlan, ¿que á qué fin tenian aquella fuerza hecha de aquella manera? y dijeron, que como entre su señor Montezuma y los de Tlascala tenian guerras á la contina, que los tlascaltecas para defender mejor sus pueblos la habian hecho tan fuerte; porque ya aquella es su tierra, y reparamos un rato, y nos dió bien que pensar en ello y en la fortaleza. Y Cortés dijo, señores, sigamos nuestra bandera, que es la señal de la santa cruz, que con ella venceremos. Y todos á una le respondimos, que vamos mucho en buen hora, que Dios es fuerza verdadera. Y así comenzamos á caminar con el concierto que he dicho, y no muy léjos vieron nuestros corredores del campo hasta obra de treinta indios, que estaban por espías, y tenian espadas de dos manos, rodelas, lanzas, y penachos, y las espadas son de pedernales, que cortan mas que navajas, puestas de arte que no se pue-

den quebrar, ni quitar las navajas, y son largas como montantes, y tenian sus divisas y penachos: y como nuestros corredores del campo los vieron, volvieron á dar mandado. Y Cortés mandó á los mismos de á caballo, que corriesen tras ellos, y que procurasen tomar algunos sin heridas: y luego envió otros cinco de á caballo, porque si hubiese alguna celada, para que se ayudasen: y con todo nuestro ejército dimos priesa y el paso largo y con gran concierto, porque los amigos que teniamos nos dijeron que ciertamente traían gran copia de guerreros en celadas: y desque los treinta indios que estaban por espías, vieron que los de á caballo iban hácia ellos, y los llamaban con la mano, no quisieron aguardar hasta que los alcanzaron y quisieron tomar algunos dellos; mas defendiéronse muy bien, que con los montantes y sus lanzas hirieron los caballos: y cuando los nuestros vieron tan bravosamente pelear, y sus caballos heridos, procuraron de hacer lo que eran obligados, y mataron cinco dellos: y estando en esto, viene muy de presto y con gran furia, un escuadron de tlascaltecas que estaban en celada de mas de tres mil dellos, y comenzaron á flechar en todos los nuestros de á caballo, que ya estaban juntos todos, y dan una refriega: y en este instante llegamos con nuestra artillería, escopetas y ballestas, y poco á poco comenzaron á volver las espaldas: puesto que se detuvieron buen rato peleando, con buen concierto: y en aquel ren-

cuentro hirieron á cuatro de los nuestros, y paréceme que desde allí á pocos dias murió el uno de las heridas: y como era tarde, se fueron los tlascaltecas, recogiendo, y no los seguimos: y quedaron muertos hasta diez y siete dellos, sin muchos heridos: y desde aquellas sierras pasamos adelante, y era llano, y habia muchas casas de labranzas de maíz y magiales, que es de lo que hacen el vino, y dormimos cabe un arroyo: y con el unto de un indio gordo que allí matamos, que se abrió, se curaron los heridos, que aceite no lo habia: y tuvimos muy bien de cenar de unos perrillos que ellos crian; puesto que estaban todas las casas despobladas y alzado el hato; y aunque los perrillos llevaban consigo, de noche no se volvian á sus casas, y allí los apañábamos, que era harto buen mantenimiento: y estuvimos toda la noche muy á punto, con escuchas y buenas rondas, y corredores del campo, y los caballos ensillados y enfrenados, por temor no diesen sobre nosotros. Y quedarse ha aquí, y diré las guerras que nos dieron.

CAPITULO LXIII.

De las guerras y batallas muy peligrosas que tuvimos con los tlaxcaltecas, y de lo que más pasó.

Otro dia, despues de habernos encomendado á Dios, partimos de allí muy concertados nuestros escuadrones, y los de á caballo muy avisados de cómo habian de entrar rompiendo y salir; y en todo caso procurar que no nos rompiesen ni nos apartasen unos de otros. E yendo así como dicho tengo, viénense á encontrar con nosotros dos escuadrones (que habria seis mil) con grandes gritas, atambores y trompetas, y flechando y tirando varas y haciendo como fuertes guerreros. Cortés mandó que estuviésemos quedos, y con tres prisioneros que les habiamos tomado el dia ántes, les enviamos á decir y á requerir que no nos diesen guerra, que los queremos tener por hermanos, y dijo á uno de nuestros soldados (que se decia Diego de Godoy,

que era escribano de su majestad), mirase lo que pasaba y diese testimonio dello si se hubiese menester, porque en algun tiempo no nos demandasen las muertes y daños que se recreciesen, pues les requeriamos con la paz. Y como les hablaron los tres prisioneros que les enviábamos, mostráronse muy más recios y nos daban tanta guerra que no les podiamos sufrir. Entónces dijo Cortés, Santiago y á ellos. Y de hecho, arremetimos de manera que les matamos y herimos muchas de sus gentes con los tiros, y entre ellos tres capitanes. Y vánse retrayendo hácia unos arcabuesos, donde estaban en celada sobre más de cuarenta mil guerreros con su capitan general que se decia Xicotenga, y con sus divisas de blanco y colorado, porque aquella divisa y librea era de aquel Xicotenga; y como habia allí unas quebradas, no nos podiamos aprovechar de los caballos, y con mucho concierto los pasamos. Al pasar tuvimos muy gran peligro porque se aprovechaban de su buen flechar, y con sus lanzas y montantes nos hacian mala obra, y aun las hondas y piedras como granizo eran harto malas; y como nos vimos en lo llano, con los caballos y artillería nos lo pagaban, que matábamos muchos; mas no osábamos deshacer nuestro escuadron, porque el soldado que en algo se desmandaba para seguir algunos indios de los montantes ó capitanes, luego era herido y corria gran peligro. Y andando en estas batallas nos cercan por todas partes, que no nos

podiamos valer poco ni mucho, que no osábamos arremeter á ellos sino era todos juntos porque no nos desconcertasen y rompiesen; y si arremetiamos, como dicho tengo, hallábamos sobre veinte escuadrones sobre nosotros que nos resistian, y estaban nuestras vidas en mucho peligro, porque eran tantos guerreros, que á puñadas de tierra nos cegaran sino que la gran misericordia de Dios nos socorria y nos guardaba. Y andando en estas priesas, entre aquellos grandes guerreros y sus temerosos montantes, parece ser acordaron de se juntar muchos dellos y de mayores fuerzas para tomar á manos á algun caballo; y lo pusieron por obra, y arremetieron, y echan mano á una muy buena yegua y bien revuelta de juego y de carrera, y el caballero que en ella iba muy buen ginete, que se decia Pedro de Moron. Y como entró rompiendo con otros tres de á caballo entre los escuadrones de los contrarios, porque así les era mandado porque se ayudasen unos á otros, echánle mano de la lanza, que no la pudo sacar, y otros le dan de cuchilladas con los montantes y le hirieron malamente, y entónces dieron una cuchillada á la yegua, que le cortaron el pescuezo redondo y allí quedó muerta; y si de presto no socorrieran los dos compañeros de á caballo al Pedro de Moron, tambien le acabaran de matar, pues quizá podiamos con todo nuestro escuadron ayudalle. Digo otra vez, que por temor que no nos desbaratasen ó acabasen de desbaratar,

no podiamos ir ni á una parte ni á otra, que harto teniamos que sustentar no nos llevasen de vencida, que estábamos muy en peligro: y todavía acudimos á la presa de la yegua, y tuvimos lugar de salvar al Moron, y quitársele de su poder, que ya le llevaban medio muerto; y cortamos la cincha de la yegua porque no se quedase allí la silla. Y allí en aquel socorro hirieron diez de los nuestros, y tengo en mí que matamos entónces cuatro capitanes, porque andábamos juntos pié con pié y con las espadas les haciamos mucho daño; porque como aquello pasó se comenzaron á retirar, y llevaron la yegua, la cual hicieron pedazos para mostrar en todos los pueblos de Tlaxcala: y despues supimos que habian ofrecido á sus ídolos las herraduras, y el chapeo de Flandes vedijudo, y las dos cartas que les enviamos para que viniesen de paz. La yegua que mataron era de un Juan Sedeño; y porque en aquella sazon estaba herido el Sedeño de tres heridas del dia ántes, por esta causa se la dió al Moron, que era muy buen ginete, y murió el Moron entónces de ahí á dos dias de las heridas, porque no me acuerdo verle más. Volvamos á nuestra batalla, que como habia bien una hora que estábamos en la rencilla peleando y los tiros les deberian hacer mucho mal, porque como eran muchos andaban tan juntos que por fuerza les habian de llevar copia dellos; pues los de á caballo, escopetas, ballestas, espadas, rodelas y lanzas, to-

dos á una peleábamos como valientes soldados por salvar nuestras vidas y hacer lo que éramos obligados; porque ciertamente las teniamos en grande peligro, cual nunca estuvieron. Y á lo que despues supimos, en aquella batalla les matamos muchos indios, y entre ellos ocho capitanes muy principales, hijos de los viejos caciques que estaban en el pueblo cabecera mayor, y á esta causa se trujeron con muy buen concierto, y á nosotros que no nos pesó dello, y no los seguimos porque no nos podiamos tener en los piés de cansados; y allí nos quedamos en aquel pueblezuelo, que todos aquellos campos estaban muy poblados, y aun tenian hechas otras casas debajo de tierra como cuevas, en que vivian muchos indios, y llamábase donde pasó esta batalla Tehuacingo ó Tehuacacingo, y fué dada en dos dias del mes de Septiembre de mil y quinientos y diez y nueve años. Y desque nos vimos con vitoria dimos muchas gracias á Dios, que nos libró de tan grandes peligros; y desde allí nos retrujimos luego á unos *cues* que estaban buenos y altos como en fortaleza, y con el unto del indio que ya he dicho otras veces, se curaron nuestros soldados (que fueron quince) y murió uno de las heridas; y tambien se curaron cuatro ó cinco caballos que estaban heridos, y reposamos y cenamos muy bien aquella noche, porque teniamos muchas gallinas y perrillos que hubimos en aquellas casas, con muy buen recaudo de escuchas y rondas,

y los corredores del campo, y descansamos hasta otro dia por la mañana. En aquella batalla tomamos y prendimos quince indios y los dos principales. Y una cosa tenian los tlaxcaltecas en esta batalla, y en todas las demás, que en hiriéndoles cualquiera indio, luego lo llevaban, y no podiamos ver los muertos.

CAPITULO LXIV.

Cómo tuvimos nuestro real asentado en unos pueblos y caserías que se dicen Teoacingo ó Teuacingo, y lo que allí hicimos.

Como nos sentimos muy trabajados de las batallas pasadas, y estaban muchos soldados y caballos heridos y teniamos necesidad de adobar las ballestas y alistar almacen de saetas, estuvimos un dia sin hacer cosa que de contar sea, y otro dia por la mañana dijo Cortés que seria bueno ir á correr el campo con los de á caballo que estaban buenos para ello, porque no pensasen los tlaxcaltecas que dejábamos de guerrear por la batalla pasada, y porque viesen que siempre los habiamos de seguir: y el dia pasado, como he dicho, habiamos estado sin salirlos á buscar, é que era mejor irles nosotros á acometer que ellos á nosotros, porque no sintiesen nuestra flaqueza, y porque aquel campo es muy llano y

muy poblado. Por manera que con siete de á caballo y pocos ballesteros y escopeteros, y obra de ducientos soldados y con nuestros amigos salimos, y dejamos en el real buen recaudo, segun nuestra posibilidad, y por las casas y pueblos por donde íbamos prendimos hasta veinte indios é indias, sin hacelles ningun mal; y los amigos, como son crueles, quemaron muchas casas, y trujeron bien de comer gallinas y perrillos; y luego nos volvimos al real, que era cerca, y acordó Cortés de soltar los prisioneros, y se les dió primero de comer, y doña Marina y Aguilar los halagaron y dieron cuentas, y les dijeron que no fuesen mas locos é que viniesen de paz, que nosotros les queremos ayudar y tener por hermanos. Y entónces tambien soltamos los dos prisioneros primeros que eran principales, y se les dió otra carta para que fuesen á decir á los caciques mayores que estaban en el pueblo cabecera de todos los más pueblos de aquella provincia, que no les veniamos á hacer mal ni enojo, sino pasar por su tierra é ir á México á hablar á Montezuma; y los dos mensajeros fueron al real de Xicotenga, que estaba de allí obra de dos leguas en unos pueblos y casas, que me parece que se llamaban Tecuacimpacingo; y como les dieron la carta y dijeron nuestra embajada, la respuesta que les dió su capitan Xicotenga el mozo, fué que fuésemos á su pueblo adonde está su padre que allá harian las paces con hartarse de nuestras carnes, y honrar sus dio-

ses con nuestros corazones y sangre, é que para otro dia de mañana veriamos su respuesta; y cuando Cortés y todos nosotros oimos aquellas tan soberbias palabras, como estábamos hostigados de las pasadas batallas é encuentros, verdaderamente no lo tuvimos por bueno, y á aquellos mensajeros halagó Cortés con blandas palabras, porque les pareció que habian perdido el miedo, y les mandó dar unos sartalejos de cuentas, y esto para tornalles á enviar por mensajeros sobre la paz. Entónces se informó muy por extenso cómo y de qué manera estaba el capitan Xicotenga, y qué poderes tenia consigo: y les dijeron que tenia muy más gente que la otra vez cuando nos dió guerra, porque traía cinco capitanes consigo y que cada capitan traía diez mil guerreros. Fué desta manera que lo contaba, que de la parcialidad de Xicotenga, que ya no habia del viejo padre del mismo capitan sino diez mil, y de la parte de otro gran cacique que se decia Mase Escaci, otros diez mil, y de otro gran principal que se decia Chichimeca Tecle, otros tantos, y de otro gran cacique señor de Topeyanco, que se decia Tecapaneca, otros diez mil; é de otro cacique que se decia Guaxobcin, otros diez mil: por manera que eran á la cuenta cincuenta mil. Y que habian de sacar su bandera y seña, que era una ave blanca tendidas las alas como que queria volar, que parece como avestruz, y cada capitan con su divisa y librea, porque cada cacique así las tenia diferen-

ciadas. Digamos ahora como en nuestra Castilla tienen los duques y condes: y todo esto que aquí he dicho, tuvímoslo por muy cierto, porque ciertos indios de los que tuvimos presos, que soltamos aquel dia, lo decian muy claramente, aunque no eran creidos. Y cuando aquello vimos, como somos hombres y temiamos la muerte, muchos de nosotros, y aun todos los más, nos confesamos con el padre de la Merced y con el clérigo Juan Diaz, que toda la noche estuvieron en oir de penitencia y encomendándonos á Dios, que nos librase no fuésemos vencidos: y desta manera pasamos hasta otro dia, y la batalla que nos dieron aquí lo diré.

CAPITULO LXV.

De la gran batalla que hubimos con el poder de tlaxcaltecas, y quiso Dios nuestro Señor darnos victoria, y lo que mas pasó.

Otro dia de mañana, que fué cinco de Septiembre de mil y quinientos y diez y nueve años, pusimos los caballos en concierto, que no quedó ninguno de los heridos que allí no saliesen para hacer cuerpo é ayudasen lo que pudiesen, y apercebídos los ballesteros que con gran concierto gastasen el almacen, unos armando y otros soltando, y los escopeteros por el consiguiente, y los de espada y rodela que á la estocada ó cuchillada que diésemos que pasasen las entrañas, porque no se osasen juntar tanto como la otra vez, y el artillería bien apercebida iba; y como ya tenian aviso los de á caballo que se ayudasen unos á otros, y las lanzas terciadas, sin pararse á alancear, sino por las caras y ojos, entrando y saliendo á média rienda, y que

ningun soldado saliese del escuadron, y con nuestra bandera tendida, y cuatro compañeros guardando al alférez Corral. Así salimos de nuestro real; y no habiamos andado medio cuarto de legua cuando vimos asomar los campos llenos de guerreros con grandes penachos, y sus divisas, y mucho ruido de trompetillas y bocinas. Aquí habia bien que escribir y ponello en relacion lo que en esta peligrosa y dudosa batalla pasamos, porque nos cercaron por todas partes tantos guerreros, que se podia comparar como si hubiese unos grandes prados de dos leguas de ancho y otras tantas de largo y en medio dellos cuatrocientos hombres, así era: todos los campos llenos dellos, y nosotros obra de cuatrocientos, muchos heridos y dolientes; y supimos de cierto que esta vez venian con pensamiento que no habian de dejar ninguno de nosotros á vida que no habia de ser sacrificado á sus ídolos. Volvamos á nuestra batalla. Pues como comenzaron á romper con nosotros, ¡qué granizo de piedra de los honderos! Pues flechas, todo el suelo hecho parva de varas todas de á dos gajos, que pasan cualquiera arma, y las entrañas adonde no hay defensa; y los de espada y rodela, y de otras mayores, qué espadas como montantes y lanzas, qué priesa nos daban y con qué braveza se juntaban con nosotros, y con qué grandísimos gritos y alaridos! puesto que nos ayudábamos con tan gran concierto con nuestra artillería y escopetas y ballestas, que les haciamos

harto daño, y á los que se nos llegaban con sus espadas y montantes les dábamos buenas estocadas que les haciamos apartar y no se juntaban tanto como la otra vez pasada, y los de á caballo estaban tan diestros y hacíanlo tan varonilmente, que despues de Dios, que es el que nos guardaba, ellos fueron fortaleza. Yo ví entónces medio desbaratado nuestro escuadron, que no aprovechaban voces de Cortés, ni de otros capitanes, para que tornásemos á cerrar. Tanto número de indios cargó entónces sobre nosotros, sino que á puras estocadas les hicimos que nos diesen lugar, con que volvimos á ponernos en concierto. Una cosa nos daba la vida; y era que como eran muchos y estaban amontonados, los tiros les hacian mucho mal, y demás desto no sabian capitanear, porque no podian allegar todos los capitanes con sus gentes, y á lo que supimos desde la otra batalla pasada, habian tenido pendencias y rencillas entre el capitan Xicotenga con otro capitan hijo de Chichimeclatecle, sobre que decia el un capitan al otro que no lo habia hecho bien en la batalla pasada, y el hijo de Chichimeclatecle respondió, que muy mejor que él, y se lo haria conocer de su persona á la suya de Xicotenga: por manera que en esta batalla no quiso ayudar con su gente el Chichimeclatecle al Xicotenga: ántes supimos muy ciertamente que convocó á la capitanía de Guaxolcingo que no pelease. Y demás desto, desde la batalla pasada temian los caballos y tiros, y espadas y ballestas,

y nuestro buen pelear, y sobre todo, la gran misericordia de Dios, que nos daba esfuerzo para nos sustentar; y como el Xicotenga no era obedecido de dos capitanes, y nosotros les haciamos muy gran daño, que les matábamos muchas gentes, las cuales encubrian, porque como eran muchos, en hiriéndolos á cualquiera de los suyos, luego le apañaban y le llevaban á cuestas: y así en esta batalla, como en la pasada, no podiamos ver ningun muerto: y como ya peleaban de mala gana, y sintieron que las capitanías de los dos capitanes por mí nombrados no les acudian, comenzaron á aflojar; porque segun pareció en aquella batalla matamos un capitan muy principal, que de los otros no los cuento, y comenzaron á retraerse con buen concierto, y los de á caballo á media rienda siguiéndolos poco trecho, porque no se podian ya tener de cansados: y cuando nos vimos libres de aquella tanta multitud de guerreros, dimos muchas gracias á Dios. Allí nos mataron un soldado, é hirieron mas de sesenta, y tambien hirieron á todos los caballos; á mí me dieron dos heridas, la una en la cabeza de pedrada, y otra en un muslo de un flechazo, mas no eran para dejar de pelear y velar, y ayudar á nuestros soldados; y asimismo lo hacian todos los soldados que estaban heridos, que si no eran muy peligrosas las heridas, habiamos de pelear y velar con ellos, porque de otra manera pocos quedaron que estuviesen sin heridas: y luego nos fuimos á nuestro real muy con-

tentos, y dando muchas gracias á Dios, y enterramos los muertos en una de aquellas casas que tenian hechas en los soterraños, porque no viesen los indios que éramos mortales, sino que creyesen que éramos teules como ellos decian, y derrocamos mucha tierra encima de la casa, porque no oliesen los cuerpos, y se curaron todos los heridos con el unto del indio, que otras veces he dicho. ¡O qué mal refrigerio teniamos que un aceyte para curar heridos, ni sal no habia! Otra falta teniamos y grande, que era ropa para nos abrigar, que venia un viento tan frio de la sierra nevada, que nos hacia tiritar (aunque mostrábamos buen ánimo siempre), porque las lanzas y escopetas y ballestas mal nos cobijaban. Aquella noche dormimos con mas sosiego que la pasada, puesto que teniamos mucho recaudo de corredores y espías, velas y rondas. Y dejallo hé aquí, y diré lo que otro dia hicimos en esta batalla y prendimos tres indios principales.

CAPITULO LXVI.

Cómo otro dia enviamos mensajeros á los caciques de Tlascala, rogándoles con la paz, y lo que sobre ello hicieron.

Despues de pasada la batalla por mí contada, que prendimos en ella los tres indios principales, envióles luego nuestro capitan Cortés, y con los dos que estaban en nuestro real que habian ido otras veces por mensajeros, les mandó que dijesen á los caciques de Tlascala, que les rogábamos, que vengan luego de paz, y que nos den pasada por su tierra para ir á México, como otras veces les hemos enviado á decir; é que si ahora no vienen, que les mataremos todas sus gentes, y porque los queremos mucho, y tener por hermanos, no les quisiéramos enojar, si ellos no hubiesen dado causa á ello: y se les dijo muchos halagos para atraerlos á nuestra amistad: y aquellos mensajeros fueron de buena gana luego á la cabecera de Tlascala, y dijeron

su embajada á todos las caciques, por mí ya nombrados: los cuales hallaron juntos con otros muchos viejos y papas, y estaban muy tristes, así del mal suceso de la guerra, como de la muerte de los capitanes parientes, ó hijos suyos que en las batallas murieron, y dice que no les quisieron escuchar de buena gana: y lo que sobre ello acordaron, fué, que luego mandaron llamar todos los adivinos y papas, y otros que echaban suertes, que llaman tacalnagual, que son hechiceros, y dijeron que mirasan por sus adivinanzas y hechizos y suertes, qué gente éramos, y si podriamos ser vencidos dándonos guerra de dia y de noche á la contina; y tambien para saber si éramos teules, así como lo decian los de Cempoal, que ya he dicho otras veces que son cosas malas como demonios, é qué cosas comiamos, é que mirasen todo esto con mucha diligencia: y despues que se juntaron los adivinos y hechiceros, y muchos papas, y hechas sus adivinanzas, y echadas sus suertes, y todo lo que solian hacer, parece ser, dijeron, que en las suertes hallaron, que éramos hombres de hueso y de carne, y que comiamos gallinas, y perros, y pan, y frutas, cuando lo teniamos, y que no comiamos carnes de indios, ni corazones de los que matábamos; porque, segun pareció, los indios amigos que traíamos de Cempoal, les hicieron en creyente que éramos teules, y que comiamos corazones de indios, é que las bombardas echaban rayos como caen del cielo, é que el lebrel, que era

tigre ó leon, y que los caballos eran para lancear á los indios cuando los queriamos matar, y les dijeron otras muchas niñerías. E volvamos á los papas: y lo peor de todo, que les dijeron sus papas é adivinos, fué, que de dia no podiamos ser vencidos, porque como anochecia se nos quitaban las fuerzas: y más les dijeron los hechiceros, que éramos esforzados, y que todas estas virtudes teniamos de dia hasta que se ponia el sol, y desque anochecia no teniamos fuerzas ningunas. Y cuando aquello oyeron los caciques, y lo tuvieron por muy cierto, se lo enviaron á decir á su capitan general Xicotenga, para que luego con brevedad venga una noche con grandes poderes á nos dar guerra. El cual, como lo supo, juntó obra de diez mil indios los mas esforzados que tenia, y vino á nuestro real, y por tres partes nos comenzó á dar una mano de flechas, y tirar varas con sus tiraderas de un gajo y de dos, y los de espadas y macanas, y montantes por otra parte, por manera, que de repente tuvieron por cierto, que llevarian algunos de nosotros para sacrificar: y mejor lo hizo nuestro Señor Dios, que por muy secretamente que ellos venian, nos hallaron muy apercibidos; porque como sintieron su gran ruido que traían á mata caballo, vinieron nuestros corredores del campo, y las espías á dar al arma: y como estábamos tan acostumbrados á dormir calzados, y las armas vestidas, y los caballos ensillados, y enfrenados, y todo género de

armas muy á punto, les resistimos con las escopetas y ballestas, y á estocadas de presto vuelven las espaldas, y como el campo era llano y hacia luna, los de á caballo los siguieron un poco, donde por la mañana hallamos tendidos, muertos y heridos hasta veinte dellos: por manera que se vuelven con gran pérdida, y muy arrepentidos de la venida de noche. Y aun oí decir, que como no les sucedió bien lo que los papas y las suertes, y hechiceros les dijeron, que sacrificaron á dos dellos. Aquella noche mataron un indio de nuestros amigos de Cempoal, é hirieron dos soldados y un caballo, y allí prendimos cuatro dellos, y como nos vimos libres de aquella arrebatada refriega, dimos gracias á Dios y enterramos al amigo de Cempoal, y curamos los heridos y al caballo, y dormimos lo que quedó de la noche con grande recaudo en el real, así como lo teniamos de costumbre; y desque amaneció, y nos vimos todos heridos á dos y á tres heridas, y muy cansados, y otros dolientes y entrapajados, y Xicotenga que siempre nos seguia, y faltaban ya sobre cincuenta y cinco soldados que se habian muerto en las batallas, y dolencias y frios, y estaban dolientes otros doce; y asimismo nuestro capitan Cortés tambien tenia calenturas, y aun el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la órden de la Merced, con el trabajo y peso de las armas que siempre traíamos á cuestas, y otras malas venturas de frios, y falta de sal, que no la comiamos ni la hallábamos;

y demás desto dábanos que pensar, qué fin habriamos en aquestas guerras: é ya que allí se acabasen, qué seria de nosotros, adónde habiamos de ir: porque entrar en México, teníamoslo por cosa de risa á causa de sus grandes fuerzas: y deciamos que cuando aquellos de Tlascala nos habian puesto en aquel punto, y nos hicieron creer nuestros amigos los de Cempoal que estaban de paz, que cuando nos viésemos en la guerra con los grandes poderes de Montezuma, que qué podriamos hacer? y demás desto no sabiamos de los que quedaron poblados en Villa Rica, ni ellos de nosotros: y como entre todos nosotros habia caballeros y soldados tan excelentes varones, y tan esforzados y de buen consejo, que Cortés ninguna cosa decia ni hacia, sin primero tomar sobre ello muy maduro consejo y acuerdo con nosotros; puesto que el coronista Gomora diga, hizo Cortés esto, fué allá, vino de acullá, dice otras cosas que no llevan camino; y aunque Cortés fuera de hierro, segun lo cuenta el Gomora en su historia, no podia acudir á todas partes: bastaba que dijera que lo hacia como buen capitan, como siempre lo fué, y esto digo, porque despues de las grandes mercedes que nuestro Señor nos hacia en todos nuestros hechos, y en las victorias pasadas, y en todo lo demás parece ser, que á los soldados nos daba gracia, y consejo para aconsejar que Cortés hiciese todas las cosas muy bien hechas. Dejemos de hablar en loas pasadas, pues no hacen

mucho á nuestra historia, y digamos cómo todos á una esforzábamos á Cortés, y le dijimos, que curase de su persona, que allí estábamos, y que, con la ayuda de Dios, que pues habiamos escapado de tan peligrosas batallas, que para algun buen fin era nuestro Señor servido de guardarnos, y que luego soltase los prisioneros, y que les enviase á los caciques mayores otra vez por mí nombrados, que vengan de paz, é se les perdonará todo lo hecho, y la muerte de la yegua. Dejemos esto, y digamos cómo doña Marina, por ser mujer de la tierra, qué esfuerzo tan varonil tenia, que con oir cada dia que nos habian de matar, y comer nuestras carnes, y habernos visto cercados en las batallas pasadas, y que ahora todos estábamos heridos y dolientes, jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer. Y á los mensajeros que ahora enviamos, les habló la doña Marina, y Gerónimo de Aguilar, que vengan luego de paz, y que si no vienen dentro de dos dias, les iremos á matar, y destruir sus tierras, é iremos á buscarlos á su ciudad: y con estas resueltas palabras fueron á la cabecera donde estaba Xicotenga el viejo. Dejemos esto, y diré otra cosa que he visto, que el coronista Gomora no escribe en su historia, ni hace mencion, si nos mataban, ó estábamos heridos, ni pasábamos trabajos, ni adolesciamos, sino todo lo que escribe, es como si lo halláramos hecho. ¡O cuán mal le informaron los que tal le aconsejaron que lo

pusisen así en su historia! y á todos los conquistadores nos ha dado en qué pensar en lo que ha escrito no siendo así, y debia de pensar, que cuando viésemos su historia, habiamos de decir la verdad. Olvidemos al coronista Gomora, y digamos cómo nuestros mensajeros fueron á la cabecera de Tlascala con nuestro mensaje: y paréceme que llevaron una carta, que aunque sabiamos que no la habian de entender, sino porque se tenia por cosa de mandamiento, y con ella una saeta, y hallaron á los dos caciques mayores, que estaban hablando con otros principales, y lo que sobre ello respondieron adelante lo diré.

CAPITULO LXVII.

Cómo tornamos á enviar mensajeros á los caciques de Tlascala, para que viniesen de paz, y lo que sobre ello hicieron y acordaron.

Como llegaron á Tlaxcala los mensajeros que enviamos á tratar de las paces, y les hallaron que estaban en consulta los dos mas principales caciques, que se decian Maseescaci, y Xicotenga el viejo, padre del capitan general, que tambien se decia Xicotenga el mozo, otros muchas veces por mí nombrado, como les oyeron su embajada, estuvieron suspensos un rato que no hablaron, y quiso Dios que inspiró en sus pensamientos que hiciesen paces con nosotros; y luego enviaron á llamar á todos los mas caciques y capitanes que habia en sus poblaciones, y á los de una provincia que están juntos con ellos, que se dice Guajocingo, que eran sus amigos, y confederados, y todos juntos en aquel pueblo que estaban, que era cabecera, les hizo Maseescaci, y el

viejo Xicotenga, que eran bien entendidos, un razonamiento casi que fué desta manera, segun despues supimos, aunque no las palabras formales: Hermanos y amigos nuestros, ya habeis visto cuántas veces estos teules que están en el campo esperando guerras, nos han enviado mensajeros á demandar paz, y dicen que nos vienen á ayudar, y tener en lugar de hermanos: y asimismo habeis visto cuántas veces han llevado presos muchos de nuestros vasallos, que no les hacen mal, y luego los sueltan: bien veis cómo les hemos dado guerra tres veces con todos nuestros poderes, así de dia como de noche, y no han sido vencidos, y ellos nos han muerto en los combates que les hemos dado muchas de nuestras gentes, é hijos y parientes, y capitanes: ahora de nuevo vuelven á demandar paz, y los de Cempoal que traen en su compañía, dicen que son contrarios de Montezuma y sus mexicanos, y que les han mandado que no le den tributo los pueblos de las sierras Totonaque, ni los de Cempoal: pues bien se os acordará, que los mexicanos nos dan guerra cada año de mas de cien años á esta parte, y bien veis que estamos en estas nuestras tierras como acorralados, que no osamos salir á buscar sal, ni aun la comemos, ni aun algodon, que pocas mantas dello traemos: pues si salen, ó han salido algunos de los nuestros á buscar, pocos vuelven con las vidas, que estos traidores de mexicanos, y sus confederados nos los matan, ó hacen esclavos: ya nues-

tros tacalnaguas y adivinos, y papas nos han dicho lo que sienten de sus personas de estos teules, y que son esforzados. Lo que me parece es, que procuremos de tener amistad con ellos, y si no fueren hombres, sino teules, de una manera y de otra les hagamos buena compañía, y luego vayan cuatro nuestros principales, y les lleven muy bien de comer, y mostrémosles amor y paz, porque nos ayuden y defiendan de nuestros enemigos, y traigámoslos aquí luego con nosotros, y démosles mujeres para que de su generacion tengamos parientes, pues segun dicen los embajadores que nos envian á tratar las paces, que traen mujeres entre ellos. Y como oyeron este razonamiento, á todos los caciques les pareció bien, y dijeron que era cosa acertada, y que luego vayan á entender en las paces, y que se le envie á hacer saber á su capitan Xicotenga y á los demás capitanes que consigo tiene, para que luego vengan sin dar más guerras, y les digan que ya tenemos hechas paces. Y enviaron luego mensajeros sobre ello; y el capitan Xicotenga el mozo no lo quiso escuchar á los cuatro principales, y mostró tener enojo, y los trató mal de palabra, y que no estaba por las paces. Y dijo que ya habia muerto muchos teules y la yegua, y que él queria dar otra noche sobre nosotros y acabarnos de vencer y matar: la cual respuesta desque la oyó su padre Xicotenga el viejo y Maseescaci, y los demás caciques, se enojaron de manera que luego en-

viaron á mandar á los capitanes y á todo su ejército, que no fuesen con el Xicotenga á nos dar guerra, ni en tal caso le obedeciesen en cosa que les mandase si no fuese para hacer paces, y tampoco lo quiso obedecer. Y cuando vieron la desobediencia de su capitan, luego enviaron los cuatro principales que otra vez les habian mandado que viniesen á nuestro real y trujesen bastimento, y para tratar las paces en nombre de toda Tlaxcala y Guaxocingo. Y los cuatro viejos, por temor de Xicotenga el mozo, no vinieron en aquella sazon; y porque en un instante acaecen dos y tres cosas, así en nuestro real como en este tratar de paces, y por fuerza tengo de tomar entre manos lo que más viene al propósito, dejaré de hablar en los cuatro indios principales que enviaron á tratar las paces, que aun no venian por temor de Xicotenga, en este tiempo fuimos con Cortés á un pueblo junto á nuestro real, y lo que pasó diré adelante.

CAPITULO LXVIII.

Cómo acordamos de ir á un pueblo que estaba cerca de nuestro real, y lo que sobre ello se hizo.

Como habia dos dias que estábamos sin hacer cosa que de contar sea, fué acordado, y aun aconsejamos á Cortés, que un pueblo que estaba obra de una legua de nuestro real (que le habiamos enviado á llamar de paz y no venia) que fuésemos una noche y diésemos sobre él, no para hacelles mal (digo matalles, ni herilles, ni traellos presos), mas de traer comida y atemorizalles ó hablalles de paz, segun viésemos lo que ellos hacian. Y llámase este pueblo Zumpacingo, y era cabecera de muchos pueblos chicos, y era sujeto el pueblo donde estábamos allí donde teniamos nuestro real, que se dice Tecodcungapacingo, que todo al rededor estaba muy poblado de casas é pueblos; por manera que una noche al cuarto de la modorra madrugamos para ir

á aquel pueblo con seis de á caballo de los mejores y con los mas sanos soldados, y con diez ballesteros y ocho escopeteros, y Cortés por nuestro capitan, puesto que tenia calenturas ó tercianas: dejamos el mejor recaudo que podiamos en el real. Antes que amaneciese con dos horas caminamos, y hacia un viento tan frio aquella mañana que venia de la sierra nevada, que nos hacia temblar é tiritar, y bien lo sintieron los caballos que llevábamos, porque dos dellos se atorozonaron y estaban temblando, de lo cual nos pesó en gran manera, temiendo no muriesen; y Cortés mandó que se volviesen al real los caballeros dueños cuyos eran, á curar dellos. Y como estaba cerca el pueblo, llegamos á él ántes que fuese de dia; y como nos sintieron los naturales dél, fuéronse huyendo de sus casas, dando voces unos á otros, que se guardasen de los teules, que les íbamos á matar, que no se aguardaban padres á hijos. Y como los vimos, hicimos alto en un patio hasta que fuera de dia, que no se les hizo ningun daño. Y como unos papas que estaban en unos *cues* (los mayores del pueblo) y otros viejos principales vieron que estábamos allí sin les hacer enojo ninguno, vienen á Cortés y le dicen que les perdonen porque no han ido á nuestro real de paz ni llevar de comer cuando los enviamos á llamar, y la causa ha sido que el capitan Xicotenga, que está de allí muy cerca, se lo ha enviado á decir que no lo den, y porque de aquel pueblo y otros muchos

le bastecen su real, é que tiene consigo todos los hombres de guerra y de toda la tierra de Tlaxcala. Y Cortés les dijo con nuestras lenguas (doña Marina y Aguilar, que siempre iban con nosotros á cualquiera entrada que íbamos, y aunque fuese de noche), que no hubiesen miedo y que luego fuesen á decir á sus caciques á la cabecera, que vengan de paz porque la guerra es mala para ellos. Y envió á aquestos papas, porque de los otros mensajeros que habiamos enviado aun no teniamos respuesta ninguna sobre que enviaban á tratar las paces los caciques de Tlaxcala con los cuatro principales, que aun no habian venido. E aquellos papas de aquel pueblo buscaron de presto más de cuarenta gallinas é gallos, y dos indias para moler tortillas, y las trujeron, y Cortés se lo agradeció, y mandó luego le llevasen veinte indios de aquel pueblo á nuestro real, y sin temor ninguno fueron con el bastimento, y se estuvieron en el real hasta la tarde, y se les dió contezuelas, con que volvieron muy contentos á sus casas é á todas aquellas caserías. Nuestros vecinos decian que éramos buenos, que no les enojábamos; y aquellos viejos y papas avisaron dello al capitan Xicotenga, cómo habian dado la comida y las indias, y riñó mucho con ellos, y fueron luego á la cabecera á hacello saber á los caciques viejos. Y como supieron que no les haciamos mal ninguno, y aunque pudiéramos matalles aquella noche muchos de sus gentes, y les enviábamos á de-

mandar paces, se holgaron, y les mandaron que cada dia nos trujesen todo lo que hubiésemos menester; y tornaron otra vez á mandar á los cuatro principales, que otras veces les encargaron las paces, que luego en aquel instante fuesen á nuestro real, y llevasen toda la comida y aparato que les mandaban. Y así nos volvimos luego á nuestro real con el bastimento é indias, y muy contentos: é quedarse aquí, y diré lo que pasó en el real entretanto que habiamos ido á aquel pueblo.

CAPITULO LXIX.

Cómo despues que volvimos con Cortés de Cimpacingo hallamos en nuestro real ciertas pláticas, y lo que Cortés respondió á ellas.

Vueltos de Cimpacingo, que así se dice, con bastimentos y muy contentos en dejallos de paz, hallamos en el real corrillos y pláticas sobre los grandísimos peligros en que cada dia estábamos en aquella guerra, y cuando llegamos avivaron más las pláticas; y los que más en ello hablaban é insistian eran los que en la isla de Cuba dejaban sus casas y repartimientos de indios. Y juntáronse hasta siete dellos, que aquí no quiero nombrar por su honor, y fueron al rancho y aposento de Cortés, y uno dellos (que habló por todos, que tenia buena expresiva y aun tenia bien en la memoria lo que habia de proponer) dijo como á manera de aconsejarle á Cortés, que mirase cuál andábamos mala-

mente heridos, y flacos, y corridos, y los grandes trabajos que teniamos así de noche con velas, y con espías, y rondas, y corredores del campo, como de dia é de noche peleando: y que por la cuenta que han echado, que desde que salimos de Cuba que faltaban ya sobre cincuenta y cinco compañeros, y que no sabemos de los de la Villa Rica que dejamos poblados; é que pues Dios nos habia dado victoria en las batallas y reencuentros que desde que venimos en aquella provincia habiamos habido, y con su gran misericordia nos sostenia, que no le debiamos tentar tantas veces; é que no queria ser peor que Pedro Carbonero, que nos habia metido en parte que no se esperaba, sino que un dia ó otro habiamos de ser sacrificados á los ídolos, lo cual plega Dios tal no permita; é que seria bueno volver á nuestra Villa, y que en la fortaleza que hicimos y entre los pueblos de los totonaques nuestros amigos nos estariamos hasta que hiciésemos un navío que fuese á dar mandado á Diego Velazquez, y á otras partes ó islas, para que nos enviasen socorro é ayudas; é que ahora fueran buenos los navíos que dimos con todos al través, ó que se quedaran siquiera dos dellos para la necesidad si ocurriese, y que sin dalles parte dello, ni de cosa ninguna, por consejo de quien no sabe considerar las cosas de fortuna, mandó dar con todos al través: y que plegue á Dios que él y los que tal consejo le dieron no se arrepientan de-

llo, y que ya no podiamos sufrir la carga cuanto más muchas sobrecargas, y que andábamos peores que bestias, porque á las bestias que han hecho sus jornadas les quitan las albardas y les dan de comer y reposan, y que nosotros de dia y de noche siempre andamos cargados de armas y calzados. Y más le dijeron, que mirase en todas las historias así de romanos como las de Alejandro, ni de otros capitanes de los muy nombrados que en el mundo ha habido, no se atrevieron á dar con los navíos al través, y con tan poca gente meterse en tan grandes poblaciones y de muchos guerreros, como él ha hecho, y que parece que es autor de su muerte y de la de todos nosotros. E que quiera conservar su vida y las nuestras, y que luego nos volviésemos á la Villa Rica, pues estaba de paz la tierra; y que no se lo habian dicho hasta entónces, porque no han visto tiempo para ello, por los muchos guerreros que teniamos cada dia por delante y en los lados, y pues ya no tornaban de nuevo (los cuales creían que volverian), y pues Xicotenga con su gran poder no nos ha venido á buscar aquellos tres dias pasados, que debe estar allegando gente, y que no debiamos aguardar otra como las pasadas; y le dijeron otras cosas sobre el caso. E viendo Cortés que se lo decian algo como soberbios, puesto que iba á manera de consejo, le respondió muy mansamente, y dijo: Que bien conocido tenia muchas cosas de las que habian dicho; é que á lo que ha vis-

to y tiene creido, que en el universo no hubiese otros españoles mas fuertes ni que con tanto ánimo hayan peleado, ni pasado tan excesivos trabajos como nosotros; é que andar con las armas á cuestas á la contina, y velas, rondas, y frios, que si así no lo hubiéramos hecho, ya fuéramos perdidos; y que por salvar nuestras vidas, que aquellos trabajos y otros mayores habiamos de tomar. E dijo: Para qué es, señores, contar en esto cosas de valentías, que verdaderamente nuestro Señor es servido ayudarnos; é que cuando se me acuerda vernos cercados de tantas capitanías de contrarios, y verles esgrimir sus montantes y andar tan junto de nosotros, ahora me pone grima, especial cuando nos mataron la yegua de una cuchillada, ¡cuán perdidos y desbaratados estábamos! y entónces conocí vuestro muy grandísimo ánimo más que nunca; y pues Dios nos libró de tan gran peligro, que esperanza tenia en él que así habia de ser de allí adelante, pues en todos estos peligros no me conoceriades tener pereza, que en ellos me hallaba con vuestras mercedes. Y tuvo razon de lo decir, porque ciertamente en todas las batallas se hallaba de los primeros. He querido, señores, traeros esto á la memoria, que pues nuestro Señor fué servido guardarnos, tengamos esperanza que así será de aquí adelante, pues desque entramos en la tierra, en todos los pueblos les predicamos la santa doctrina lo mejor que pudimos, y les procuramos deshacer sus ídolos. Y pues

que ya víamos que el capitan Xicotenga ni sus capitanías no parecian, y que de miedo no debian de osar volver, porque les debiéramos de hacer mala obra en las batallas pasadas, y que no podria juntar sus gentes, habiendo sido ya desbaratado tres veces, y que por esta causa tenia confianza en Dios, y en su abogado señor San Pedro, que era fenecida la guerra de aquella provincia: y ahora, como habeis visto, traen de comer de Cimpacingo, y quedan de paz, y estos nuestros vecinos que están por aquí poblados en sus casas. Y que en cuanto á dar con los navíos al través, fué muy bien aconsejado; y que si no llamó á alguno dellos al consejo, como á otros caballeros, fué por lo que sintió en el Arenal, que no lo quisiera ahora traer á la memoria, y que el acuerdo y consejo que ahora le dan y el que entónces le dieron, es todo de una manera, y todo uno, y que miren que hay otros muchos caballeros en el real que serán muy contrarios de lo que ahora piden y aconsejan, y que encaminemos siempre todas las cosas á Dios, y seguillas en su santo servicio será mejor. Y á lo que señores decís, que jamás capitanes romanos de los muy nombrados han acometido tan grandes hechos como nosotros, vuestras mercedes dicen verdad. E ahora en adelante, mediante Dios, dirán en las historias que desto harán memoria, mucho más que de los antepasados; pues, como he dicho, todas nuestras cosas en servicio de Dios y de nuestro gran emperador don

Cárlos, y aun debajo de su recta justicia y christiandad, serán ayudadas de la misericordia de nuestro Señor y nos sosterná, que vamos de bien en mejor. Así que, señores, no es cosa bien acertada volver un paso atrás; que si nos viesen volver estas gentes, y los que dejamos atrás de paz, las piedras se levantarian contra nosotros; y como ahora nos tienen por dioses y ídolos, que así nos llaman, nos juzgarian por muy cobardes y de pocas fuerzas. Y á lo que decís de estar entre los amigos totonaques nuestros aliados, si nos viesen que damos vuelta sin ir á México, se levantarian contra nosotros; y la causa dello seria que como les quitamos que no diesen tributo á Montezuma, enviaria sus poderes mexicanos contra ellos para que los tornasen á tributar, y sobre ello dalles guerra, y aun les mandaria que nos la den á nosotros: y ellos, por no ser destruidos, porque los temen en gran manera, lo pornian por la obra: así que, donde pensábamos tener amigos, serian enemigos, pues desque lo supiese el gran Montezuma que nos habiamos vuelto, ¿qué diria? ¿en qué ternia nuestras palabras, ni lo que le enviamos á decir? Que todo era cosa de burla ó juego de niños. Así que, señores, mal allá y peor acullá, más vale que estemos aquí donde estamos, que es bien llano, y todo bien poblado, y este nuestro real bien bastecido: unas veces gallinas, otras perros, gracias á Dios no falta de comer, si tuviésemos sal, que es la mayor falta que al presente tenemos, y ropa para

guarecernos del frio. Y á lo que decís, señores, que se han muerto desde que salimos de la isla de Cuba, cincuenta y cinco soldados de heridas, hambres, frios, dolencias y trabajos, é que somos pocos, é todos heridos y dolientes; Dios nos da esfuerzo por muchos, porque vista cosa es, que las guerras gastan hombres y caballos, y que unas veces comemos bien, y no venimos al presente para descansar, sino para pelear cuando se ofreciere: por tanto os pido, señores, por merced, que pues sois caballeros, y personas que ántes habiades de esforzar á quien viésedes mostrar flaqueza, que de aquí adelante se os quite del pensamiento la isla de Cuba, y lo que allá dejais, y procuremos de hacer lo que siempre habeis hecho como buenos soldados, que despues de Dios, que es nuestro socorro é ayuda, han de ser nuestros valerosos brazos. Y como Cortés hubo dado esta respuesta, volvieron aquellos soldados á repetir en la plática, y dijeron que todo lo que decia estaba bien dicho, mas que cuando salimos de la villa, que dejábamos poblada, nuestro intento era, y ahora lo es, de ir á México, pues hay tan gran fama de tan fuerte ciudad, y tanta multitud de guerreros, y que aquellos tlascaltecas decian, que los de Cempoal, eran pacíficos, y no habia fama dellos, como de los de México, y habemos estado tan á riesgo nuestras vidas, que si otro dia nos dieran otra batalla como alguna de las pasadas, ya no nos podiamos tener de cansados: ya

que no nos diesen mas guerras; que la ida de México les parecia muy terrible cosa, y que mirase lo que decia y ordenaba. Y Cortés respondió medio enojado, que valia mas morir por buenos, como dicen los Cantares, que vivir deshonrados. Y demás desto que Cortés les dijo, todos los mas soldados que le fuimos en alzar capitan, y dimos consejo sobre dar al través con los navíos, dijimos en alta voz, que no curase de corrillos, ni de oír semejantes pláticas, sino que con el ayuda de Dios con buen concierto estemos apercebidos para hacer lo que convenga: y así cesaron todas las pláticas: verdad es que murmuraban de Cortés é le maldecian, y aun de nosotros que le aconsejábamos, y de los de Cempoal, que por tal camino nos trujeron, y decian otras cosas no bien dichas, mas en tales tiempos se disimulaban. En fin, todos obedecieron muy bien. Y dejaré de hablar en esto, é diré cómo los caciques viejos de la cabecera de Tlascala enviaron otra vez mensajeros de nuevo á su capitan general Xicotenga, que en todo caso no nos dé guerra, y que vaya de paz luego á nos ver, y llevar de comer, porque así está ordenado por todos los caciques y principales de aquella tierra, y de Guaxocingo: y tambien enviaron á mandar á los capitanes que tenia en su compañía, que si no fuese para tratar paces, que en cosa ninguna le obedeciesen: y esto le tornaron á enviar á decir tres veces, porque sabian cierto, que no les queria obedecer, y tenia determinado el Xi-

cotenga, que una noche habia de dar otra vez en nuestro real, porque para ello tenia juntos veinte mil hombres, y como era soberbio y muy porfiado, así ahora, como las otras veces, no quiso obedecer. Y lo que sobre ello se hizo, diré adelante.

CAPITULO LXX.

Cómo el capitan Xicotenga tenia apercebidos veinte mil hombres guerreros escogidos, para dar en nuestro real, y lo que sobre ello se hizo.

Como Maseescaci y Xicotenga el viejo, y todos los mas caciques de la cabeçera de Tlascala enviaron cuatro veces á decir á su capitan, que no nos diese guerra, sino que nos fuese á hablar de paz, pues estaba cerca de nuestro real, y mandaron á los demas capitanes que con él estaban que no le siguiesen, sino fuese para acompañarle si nos iba ver de paz: como el Xicotenga era de mala condicion, soberbio y porfiado, acordó de nos enviar cuarenta indios con comida de gallinas, pan y fruta, y cuatro mujeres indias viejas, y de ruin manera, y mucho copal, y plumas de papagayos, y los indios que lo traían al parecer creimos que venian de paz: y llegados á nuestro real sahumaron á Cortés, y sin hacer acato

como suelen entre ellos, dijeron: esto os envia el capitan Xicotenga, que comais si sois teules, como dicen los de Cempoal: é si quereis sacrificios, tomar esas cuatro mujeres, que sacrifiqueis, y podeis comer de sus carnes y corazones: y porque no sabemos de qué manera lo haceis, por eso no las hemos sacrificado ahora delante de vosotros, y si sois hombres, comed de las gallinas, pan y fruta, y si sois teules mansos, ahí os traemos copal, que ya he dicho (que es como incienso), y plumas de papagayos, haced vuestro sacrificio con ello. Y Cortés respondió con nuestras lenguas, que ya les habia enviado á decir, que quieren paz, y que no venia á dar guerra, y les venian á rogar y manifestar de parte de nuestro Señor Jesu-Christo, que es el en quien creemos y adoramos, y el emperador don Cárlos (cuyos vasallos somos), que no maten, ni sacrifiquen á ninguna persona como lo suelen hacer; y que todos nosotros somos hombres de hueso y de carne como ellos, y no teules sino christianos, y que no tenemos por costumbre de matar á ningunos, que si matar quisiéramos, que todas las veces que nos dieron guerra de dia y de noche, habia en ellos hartos en que pudiéramos hacer crueldades, y que por aquella comida que allí traen se lo agradece, y que no sean mas locos de lo que han sido y vengan de paz. Y parece ser aquellos indios que envió el Xicotenga con la comida, eran espías para mirar nuestras chozas, y entradas y salidas, y todo lo que

en nuestro real habia, y ranchos, caballos y artillería, y cuántos estábamos en cada choza, y estuvieron aquel dia y noche, y se iban unos con mensajes á su Xicotenga, y venian otros: y los amigos que traíamos de Cempoal miraron y cayeron en ello, que no era cosa acostumbrada estar de dia ni de noche nuestros enemigos en el real sin propósito ninguno, y que cierto eran espías, y tomaron dellos mas sospecha, porque cuando fuimos á lo del pueblezuelo Cimpacingo, dijeron dos viejos de aquel pueblo á los de Cempoal, que estaba apercebido Xicotenga con muchos guerreros para dar en nuestro real de noche de manera que no fuesen sentidos, y los de Cempoal entónces tuviéronlo por burla, y cosa de fieros, y por no sabello muy de cierto, no se lo habian dicho á Cortés, y súpolo luego doña Marina, y ella lo dijo á Cortés. Y para saber la verdad, mandó Cortés apartar dos de los tlascaltecas que parecian mas hombres de bien, y confesaron que eran espías de Xicotenga, y todo á la fin que venian: y Cortés los mandó soltar, y tomamos otros dos, y ni más ni ménos confesaron que eran espías, y tomáronse otros dos ni más ni ménos: y más dijeron, que estaba su capitan Xicotenga aguardando la respuesta para dar aquella noche con todas sus capitanías en nosotros; y como Cortés lo hubo entendido, lo hizo saber en todo el real, para que estuviésemos muy alerta, creyendo que habian de venir, como lo tenian concertado, y luego man-

dó prender hasta diez y siete indios de aquellas espías, y dellos se cortaron las manos, y á otros los dedos pulgares, y les enviamos á su capitan Xicotenga, y se les dijo que por el atrevimiento de venir de aquella manera se les ha hecho ahora aquel castigo, é digan que venga cuando quisiere, de dia, ó de noche, que allí le aguardariamos dos dias; y que si dentro de los dos dias no viniese, que lo iriamos á buscar á su real, y que ya hubiéramos ido á les dar guerra, y matalles, sino porque los queremos mucho; y que no sean más locos, y vengan de paz. Y como fueron aquellos indios de las manos cortadas y dedos, en aquel instante dicen que ya Xicotenga queria salir de su real con todos sus poderes para dar sobre nosotros de noche, como lo tenian concertado, y como vió ir á sus espías de aquella manera, se maravilló y preguntó la causa dello, y le contaron todo lo acaecido, y desde entónces perdió el brio y soberbia, y demás desto, ya se le habia ido del real una capitanía con toda su gente, con quien habia tenido contienda y bandos en las batallas pasadas. E pasemos adelante.

CAPITULO LXXI.

Cómo vinieron á nuestro real los cuatro principales que habian enviado á tratar paces, y razonamiento que hicieron, y lo que mas pasó.

Estando en nuestro real sin saber que habian de venir de paz, puesto que la deseábamos en gran manera, y estábamos entendiendo en aderezar armas, y en hacer saetas, y cada uno en lo que habia menester para en cosas de la guerra; en este instante vino uno de nuestros corredores del campo á gran priesa, y dijo, que por el camino principal de Tlaxcala vienen muchos indios é indias con cargas, y que sin torcer por el camino, vienen hácia nuestro real, é que el otro su compañero de á caballo corredor del campo está atalayando para ver á qué parte van: y estando en esto, llegó el otro su compañero de á caballo, y dijo, que muy cerca de allí venian derechos adonde estábamos, y que de rato en rato

hacian paradillas: y Cortés y todos nosotros nos alegramos con aquellas nuevas, porque creimos cierto ser de paz, como lo fué, y mandó Cortés que no se hiciese alboroto, ni sentimiento, y que disimulados nos estuviésemos en nuestras chozas: y luego de todas aquellas gentes que venian con las cargas se adelantaron cuatro principales que traían cargo de entender en las paces, como les fué mandado por los caciques viejos, y haciendo señas de paz, que era abajar la cabeza, se vinieron derechos á la choza y aposento de Cortés, y pusieron la mano en el suelo, y besaron la tierra, y hicieron tres reverencias, y quemaron sus copales, y dijeron que todos los caciques de Tlaxcala, y vasallos y aliados, y amigos, y confederados suyos, se vienen á meter debajo de la amistad y paces de Cortés, y de todos sus hermanos los teules que consigo estaban, y que les perdone, porque no han salido de paz, y por la guerra que nos han dado, porque creyeron y tuvieron por cierto, que éramos amigos de Montezuma y sus mexicanos, los cuales son sus enemigos mortales de tiempos muy antiguos, porque vieron que venian con nosotros en nuestra compañía muchos de sus vasallos que le dan tributos, y que con engaño y traiciones les queria entrar en su tierra, como lo tenian de costumbre para llevar robados sus hijos y mujeres, y que por esta causa no creían á los mensajeros que les enviábamos: y demás desto dijeron, que los primeros indios que nos salieron á

dar guerra así como entramos en sus tierras, que no fué por su mandado y consejo, sino por los chontales estomies, que son gentes como monteses, y sin razon, y que como vieron que éramos tan pocos, que creyeron de tomarnos á manos, y llevarnos presos á sus señores, y ganar gracias con ello, y que ahora vienen á demandar perdon de su atrevimiento, y que cada dia traerán mas bastimento del que allí traían, y que lo recibamos con el amor que lo envian, y que de allí á dos dias vendrá el capitan Xicotenga con otros caciques, y dará mas relacion de la buena voluntad que toda Tlaxcala tiene de nuestra buena amistad. Y luego que hubieron acabado su razonamiento, bajaron sus cabezas, y pusieron las manos en el suelo, y besaron la tierra. Y luego Cortés les habló con nuestras lenguas con gravedad, é hizo del enojado, é dijo, que puesto que habia causas para no los oír, ni tener amistad con ellos; porque desde que entramos por su tierra, les enviamos á demandar paces, y les envió á decir que los queria favorecer contra sus enemigos los de México, é no lo quisieron creer, y querian matar nuestros embajadores y no contentos con aquello, nos dieron guerra tres veces y de noche, y que tenia espías y asechanzas sobre nosotros y en las guerras que nos daban les pudiéramos matar muchos de sus vasallos, y no quise, y que los que murieron me pesa por ello, que ellos dieron causa á ello, y que tenia determinado de ir adonde están los caci-

ques viejos á dalles guerra: que pues ahora vienen de paz de parte de aquella provincia, que él los recibe en nombre de nuestro rey y señor, y les agradece el bastimento que traen: y les mandó que luego fuesen á sus señores á les decir vengan, ó envien á tratar las paces con mas certificacion, y si no vienen, que iriamos á su pueblo á les dar guerra; y les mandó dar cuentas azules, para que diesen á los caciques en señal de paz; y se les amonestó, que cuando viniesen á nuestro real, fuese de dia, y no de noche, porque los matariamos. Y luego se fueron aquellos cuatro principales mensajeros, y dejaron en unas casas de indios algo apartadas de nuestro real las indias que traían para hacer pan y gallinas, y todo servicio, y veinte indios que les traían agua y leña, y desde allí adelante nos traían muy bien de comer: y cuando aquello vimos, y nos pareció que eran verdaderas las paces, dimos muchas gracias á Dios por ello, y vinieron en tiempo que ya estábamos tan flacos, y trabajados y descontentos con las guerras, sin saber el fin que habria dellas, cual se puede colegir: y en los capítulos pasados dice el coronista Gomora, que Cortés se subió en unas peñas, y que vió el pueblo de Cimpacingo; digo que estaba junto á nuestro real, que harto ciego era el soldado que lo queria ver y no lo via muy claro. Tambien dice que se le querian amotinar y rebelar los soldados, é dice otras cosas que yo no las quiero escribir, porque es gastar palabras, por-

que dice que lo sabe por informacion. Digo, que capitan nunca fué tan obedecido en el mundo, segun adelante lo verán, que tal por pensamiento no pasó á ningun soldado desde que entramos en tierra adentro, si no fué cuando lo de los Arenales; y las palabras que le decian en el capítulo pasado, era por via de aconsejarle, y porque les parecia que eran bien dichas, y no por otra via, porque siempre le siguieron muy bien y lealmente: y no es mucho que en los ejércitos algunos buenos soldados aconsejen á su capitan, y mas si se ven tan trabajados como nosotros andábamos: y quien viere su historia lo que dice, creerá que es verdad, segun lo refiere con tanta elocuencia, siendo muy contrario de lo que pasó. Y dejallo hé aquí, y diré lo que mas adelante nos avino con unos mensajeros que envió el gran Montezuma.

CAPITULO LXXII.

Cómo vinieron á nuestro real embajadores de Montezuma, gran señor de México, y del presente que trujeron.

Como nuestro Señor Dios, por su gran misericordia, fué servido darnos victoria de aquellas batallas de Tlaxcala, voló nuestra fama por todas aquellas comarcas, y fué á oídos del gran Montezuma á la gran ciudad de México, y si ántes nos tenian por teules (que son como sus ídolos) de ahí adelante nos tenian en muy mayor reputacion y por fuertes guerreros, y puso espanto en toda la tierra cómo siendo nosotros tan pocos y los tlaxcaltecas de muy grandes poderes los vencimos, y ahora enviarnos á demandar paz. Por manera que Montezuma, gran señor de México, de muy bueno que era, ó temió nuestra ida á su ciudad, despachó cinco principales hombres de mucha cuenta á Tlaxcala y á nuestro real para darnos el bien venido y á decir

que se habia holgado mucho de nuestra gran victoria que hubimos contra tantos escuadrones de guerreros, y envió un presente obra de mil pesos de oro en joyas muy ricas y de muchas maneras labradas, y veinte cargas de ropa fina de algodon, y envió á decir que queria ser vasallo de nuestro gran emperador y que se holgaba porque estábamos ya cerca de su ciudad, por la buena voluntad que tenia á Cortés y á todos los teules sus hermanos que con él estábamos (que así nos llamaba), y que viese cuánto queria de tributo cada año para nuestro gran emperador, que lo dará en oro, plata y joyas, y ropa, con tal que no fuésemos á México; y esto que no lo hacia porque no fuésemos, que de muy buena voluntad nos acogiera, sino por ser la tierra estéril y fragosa, y que le pesaria de nuestro trabajo si nos lo viese pasar, é que por ventura que no lo podria remediar tan bien como querria. Cortés le respondió y dijo que le tenia en merced la voluntad que mostraba y el presente que envió, y el ofrecimiento de dar á su majestad el tributo que decia, y luego rogó á los mensajeros que no se fuesen hasta ir á la cabecera de Tlaxcala y que allí los despacharia, porque viesen en lo que paraba aquello de la guerra, y no les quiso dar luego la respuesta porque estaba purgado del dia ántes, y purgóse con unas manzanillas que hay en la isla de Cuba y son muy buenas para quien sabe cómo se han de tomar. Dejaré esta materia, y diré lo que mas en nuestro real pasó.

CAPITULO LXXIII.

Cómo vino Xicotenga, capitan general de Tlaxcala, á entender en las paces, y lo que dijo y lo que nos avino.

Estando platicando Cortés con los embajadores de Montezuma, como dicho habemos (y queria reposar porque estaba malo de calenturas y purgado de otro dìa ántes), viénenle á decir que venia el capitan Xicotenga con muchos caciques y capitanes, y que traen cubiertas mantas blancas y coloradas, digo la mitad de las mantas blancas y la otra mitad coloradas, que era su divisa y librea, y muy de paz, y traía consigo hasta cincuenta hombres principales que le acompañaban; y allegado al aposentó de Cortés le hizo muy grande acato en sus reverencias, como entre ellos se usa, y mandó quemar mucho copal, y Cortés con gran amor le mandó sentar cabe sí. Y dijo el Xicotenga que él venia de parte de su padre y de Maseescaci, y de todos los caci-

ques y república de Tlaxcala á rogarle que los admitiese á nuestra amistad, y que venia á dar la obediència á nuestro rey y señor, y á demandar perdon por haber tomado armas y habernos dado guerra; y que si lo hicieron, que fué por no saber quién éramos, porque tuvieron por cierto que veniamos de la parte de su enemigo Montezuma, que como muchas veces suelen tener astucias y mañas para entrar en sus tierras y roballes y saqueallas, que así creyeron que lo queria hacer ahora, y que por esta causa procuraron de defender sus personas y patria, y fué forzado pelear; y que ellos eran muy pobres, que no alcanzan oro, ni plata, ni piedras ricas, ni ropa de algodon, ni aun sal para comer, porque Montezuma no les da lugar á ello para salir á buscallo. Y que si sus antepasados tenian algun oro ó piedras de valor, que al Montezuma se le habian dado cuando algunas veces hacian paces ó treguas, porque no los destruyesen, y esto en los tiempos muy atrás pasados; y porque al presente no tienen que dar, que les perdone, que su pobreza era causa dello y no la buena voluntad. Y dió muchas quejas de Montezuma y de sus aliados, que todos eran contra ellos y les daban guerra, puesto que se habian defendido muy bien; y que ahora quisiera hacer lo mismo con nosotros, y no pudieron, aunque se habian juntado tres veces con todos sus guerreros, y que éramos invencibles; y que como conocieron esto de nuestras personas,

que quieren ser nuestros amigos, y vasallos del gran señor emperador don Cárlos, porque tienen por cierto que con nuestra compañía serian siempre guardadas y amparadas sus personas, mujeres é hijos, y no estarán siempre con sobresalto de los traidores mexicanos: y dijo otras muchas palabras de ofrecimientos con sus personas y ciudad. Era este Xicotenga alto de cuerpo y de grande espalda, y bien hecho, y la cara tenia larga y como hoyosa y robusta, y era de hasta treinta y cinco años, y en el parecer mostraba en su persona gravedad. Y Cortés les dió las gracias muy cumplidas, con halagos que le mostró, y dijo que él los recibia por tales vasallos de nuestro rey y señor, y amigos nuestros. Y luego dijo el Xicotenga que nos rogaba fuésemos á su ciudad, porque estaban todos los caciques viejos y papas aguardándonos con mucho regocijo. Y Cortés le respondió que él iria presto, y que luego fuera, sino porque estaba entendiendo en negocios del gran Montezuma, y como despache aquellos mensajeros que él será allá. Y tornó Cortés á decir algo mas áspero y con gravedad de las guerras que nos habian dado de dia y de noche; é que pues ya no puede haber enmienda en ello, que se lo perdona, y que miren que las paces que ahora les damos que sean firmes y no haya mudamiento, porque si otra cosa hacen que los matará y destruirá su ciudad, y que no aguardasen otras palabras de paces sino de guerra. Y como aquello oyó el

Xicotenga y todos los principales que con él venian, respondieron á una que serian firmes y verdaderas, y que para ello quedaban todos en rehenes; y pasaron otras pláticas de Cortés á Xicotenga, y de todos los más principales, y se les dieron unas cuentas verdes y azules para su padre y para él y los mas caciques; y les mandó que dijesen que iria presto á su ciudad. E á todas estas pláticas y ofrecimientos que he dicho estaban presentes los embajadores mexicanos, de lo cual les pesó en gran manera de las paces, porque bien entendieron que por ellas no les habia de venir bien ninguno. Y desque se hubo despedido el Xicotenga dijeron á Cortés los embajadores de Montezuma medio riendo, que si creía algo de aquellos ofrecimientos é paces que habian hecho de parte de toda Tlaxcala, que todo era burla, y que no los creyesen, que eran palabras muy de traidores y engañosas, que lo hacian para que desque nos tuviesen en su ciudad en parte donde nos pudiesen tomar á su salvo, darnos guerra y matarnos, y que tuviésemos en la memoria cuántas veces nos habian venido con todos sus poderes á matar, y como no pudieron y fueron dellos muchos muertos y otros heridos, que se querian ahora vengar con demandas y paz fingida. Y Cortés respondió con semblante muy esforzado y dijo: Que no se le daba nada porque tuviesen tal pensamiento, como decian; é ya que todo fuese verdad, que él se holgaria dello para castigalles con quita-

lles las vidas, y que eso se le da que den guerra de dia que de noche, ni que sea en el campo que en la ciudad, que en tanto tenia lo uno como lo otro; y para ver si es verdad, que por esta causa determina de ir allá. Y viendo aquellos embajadores su determinacion, rogáronle que aguardásemos allí en nuestro real seis dias, porque querian enviar dos de sus compañeros á su señor Montezuma, y que vendrian dentro de los seis dias con respuesta; y Cortés se lo prometió: lo uno, porque, como he dicho, estaba con calentura; y lo otro, como aquellos embajadores le dijeron aquellas palabras, puesto que hizo semblante no hacer caso dellas, miró que si por ventura serian verdad, hasta ver mas certidumbre en las paces (porque eran tales que habia que pensar en ellas); y como en aquella sazon vió que habia venido de paz, y en todo el camino por donde venimos de nuestra Villa Rica de Vera-Cruz eran los pueblos nuestros amigos y confederados, escribió Cortés á Juan de Escalante, que ya he dicho que quedó en la Villa para acabar de hacer la fortaleza, y por capitan de obra de sesenta soldados viejos y dolientes que allí quedaron, en las cuales cartas les hizo saber las grandes mercedes que nuestro Señor Jesu-Christo nos ha hecho en las batallas que hubimos, en las victorias y reencuentros desde que entramos en la provincia de Tlaxcala, donde ahora han venido de paz, y que todos diesen gracias á Dios por ello, y

que mirasen que siempre favoreciesen á los pueblos totonaques nuestros amigos, y que le enviasen luego en posta dos botijas de vino que habian dejado soterradas en cierta parte señalada de su aposento; y asimismo trujesen hostias de las que habiamos traido de la isla de Cuba, porque las que trujimos de aquella entrada ya se habian acabado. En las cuales cartas dice que hubieron mucho placer en la Villa, y escribió el Escalante lo que allí habia sucedido, y todo vino muy presto. Y en aquellos dias en nuestro real pusimos una cruz muy suntuosa y alta, y mandó Cortés á los indios de Cimpacingo, y á los de las casas que estaban junto de nuestro real, que encalasen un *cu* y estuviese bien aderezado. Dejemos de escribir desto, y volvamos á nuestros nuevos amigos los caciques de Tlaxcala, que, como vieron que no íbamos á su pueblo, ellos venian á nuestro real con gallinas y tunas (que era tiempo dellas), y cada dia traían el bastimento que tenian en su casa y con buena voluntad nos lo daban, sin que quisiesen tomar por ello cosa ninguna, aunque se lo dábamos, y siempre rogando á Cortés que se fuese luego con ellos á su ciudad. Y como estábamos aguardando á los mexicanos los seis dias como les prometió, con palabras blandas les detenia; y luego, cumplido el plazo que habian dicho, vinieron de México seis principales hombres de mucha estima, y trujeron un rico presente que envió el gran

Montezuma, que fueron más de tres mil pesos de oro en ricas joyas de diversas maneras, ducientas piezas de ropa de mantas muy ricas de pluma, y de otras labores, y dijeron á Cortés cuando lo presentaron que su señor Montezuma se huelga de nuestra buena andanza, y que le ruega muy ahincadamente, que ni en bueno ni malo no fuese con los de Tlaxcala á su pueblo, ni se confiase dellos, que lo querian llevar allá para roballe oro y ropa, porque son muy pobres, que una manta buena de algodon no alcanzan; é que por saber que el Montezuma nos tiene por amigos y nos envia aquel oro, y joyas, y mantas, lo procurarán de robar muy mejor. Y Cortés recibió con alegría aquel presente, y dijo que se lo tenia en merced, y que él lo pagaria al señor Montezuma en buenas obras; y que si se sintiese que los tlaxcaltecas les pasase por el pensamiento lo que Montezuma les enviaba á avisar, que se lo pagaria con quitalles á todos las vidas, y que él sabe muy bien cierto que no harán villanía ninguna, y todavía quiere ir á ver lo que hacen. Y estando en estas razones vienen otros muchos mensajeros de Tlaxcala á decir á Cortés cómo vienen cerca de allí todos los caciques viejos de la cabecera de toda la provincia á nuestros ranchos y chozas á ver á Cortés y á todos nosotros para llevarnos á su ciudad; y como Cortés lo supo, rogó á los embajadores mexicanos que aguardasen tres dias por los despachos para

su señor, porque tenia al presente que hablar y despachar sobre la guerra pasada, é paces que ahora tratan, y ellos dijeron que aguardarian. Y lo que los caciques viejos dijeron á Cortés, se dirá adelante.

CAPITULO LXXIV.

Cómo vinieron á nuestro real los caciques viejos de Tlaxcala á rogar á Cortés y á todos nosotros que luego nos fuésemos con ellos á su ciudad, y lo que sobre ello pasó.

Como los caciques viejos de Tlaxcala vieron que no íbamos á su ciudad, acordaron de venir en andas y otros en chamacas é á cuestas, y otros á pié, los cuales eran los por mí ya nombrados, que se decian Maseescaci, Xicotenga el viejo é ciego é Guaxolacima, Chichimeclatecle, Tecapaneca de Topeyanco, los cuales llegaron á nuestro real con gran compañía de principales, y con gran acato hicieron á Cortés y á todos nosotros tres reverencias, y quemaron copal, y tocaron las manos en el suelo y besaron la tierra; y el Xicotenga el viejo comenzó de hablar á Cortés desta manera, y díjole: Malinche, Malinche, muchas veces te hemos enviado á rogar que nos perdones porque salimos de guerra, é ya

te enviamos á dar nuestro descargo, que fué por defendernos del malo de Montezuma y sus grandes poderes, porque creímos que érades de su bando y confederados; y si supiéramos lo que ahora sabemos, no digo yo saliros á recebir á los caminos con muchos bastimentos, sino tenéroslos barridos, y aun fuéramos por vosotros á la mar donde teníades vuestros acales, que son navíos. Y pues ya nos habeis perdonado, lo que ahora os venimos á rogar yo y todos estos caciques, es, que vais luego con nosotros á nuestra ciudad y allí os darémos de lo que tuviéremos, é os servirémos con nuestras personas y haciendas. Y mira, Malinche, no hagas otra cosa, sino luego nos vamos; y porque tememos que por ventura te habrán dicho esos mexicanos algunas cosas de falsedades y mentiras de las que suelen decir de nosotros, no los creas, ni los oigas, que en todo son falsos, y tenemos entendido que por causa dello no has querido ir á nuestra ciudad. Y Cortés respondió con alegre semblante, y dijo: que bien sabia desde muchos años ántes que á estas sus tierras viniésemos, cómo eran buenos, y que de eso se maravilló cuando no salieron de guerra, y que los mexicanos que allí estaban aguardaban respuestas para su señor Montezuma: é á lo que decian que fuésemos luego á su ciudad, y por el bastimento que siempre traían, é otros cumplimientos, que se lo agradecian mucho y lo pagaria en buenas obras, é que ya se hubiera ido si tuviera

quien nos llevase los tepuzques (que son las bombardas); y como oyeron aquella palabra, sintieron tanto placer, que en los rostros se conoceria, y dijeron: ¿pues cómo por esto has estado y no lo has dicho? Y en ménos de média hora traen sobre quinientos indios de carga, y otro dia muy de mañana comenzamos á marchar camino de la cabecera de Tlaxcala con mucho concierto, así de la artillería como de los caballos, y escopetas y ballesteros, y todos los demás, segun lo teniamos de costumbre: y habia rogado Cortés á los mensajeros de Montezuma que se fuesen con nosotros, para ver en qué paraba lo de Tlaxcala, y desde allí les despacharia, y que en su aposento estarian, porque no recibiesen ningun deshonor; porque segun dijeron temíanse de los Tlaxcaltecas. Antes que mas pase adelante quiero decir cómo en todos los pueblos por donde pasamos, ó en otros donde tenian noticia de nosotros, llamaban á Cortés Malinche, y así le nombraré de aquí adelante Malinche en todas las pláticas que tuviéremos con cualesquier indios, así desta provincia como de la ciudad de México, y no le nombraré Cortés, sino en parte que convenga: y la causa de haberle puesto aqueste nombre, es, que como doña Marina nuestra lengua estaba siempre en su compañía, especialmente cuando venian embajadores, ó pláticas de caciques, y ella lo declaraba en lengua mexicana, por esta causa le llamaban á Cortés el capitan de marina, y para mas breve le

llamaron Malinche; y tambien se le quedó este nombre á un Juan Perez de Arteaga, vecino de la Puebla, por causa que siempre andaba con doña Marina, y con Gerónimo de Aguilar deprendiendo la lengua, y á esta causa le llamaban Juan Perez Malinche, que renombre de Arteaga de obra de dos años á esta parte lo sabemos. He querido traer esto á la memoria, aunque no habia para qué; porque se entienda el nombre de Cortés de aquí adelante, que se dice, Malinche: y tambien quiero decir, que como entramos en tierra de Tlaxcala, hasta que fuimos á su ciudad, se pasaron veinte y cuatro dias, y entramos en ella á veinte y tres de Septiembre de mil y quinientos y diez y nueve años, y vamos á otro capítulo, y diré lo que allí nos aviño.

CAPITULO LXXV.

Cómo fuimos á la ciudad de Tlaxcala, y lo que los caciques viejos hicieron: de un presente que nos dieron, y cómo trujeron sus hijas y sobrinas, y lo que más pasó.

Como los caciques vieron que comenzaba á ir nuestro fardaje camino de su ciudad, luego se fueron adelante para mandar que todo estuviese aparejado para nos recibir, y para tener los aposentos muy enramados: é ya que llegábamos á un cuarto de legua de la ciudad, sálennos á recibir los mismos caciques que se habian adelantado, y traen consigo sus hijas y sobrinas, y muchos principales, cada parentela y bando y parcialidad por sí; porque en Tlaxcala habia cuatro parcialidades, sin las de Tecapeneca, señor de Tepoyanco, que eran cinco, y tambien vinieron de todos los lugares sus sujetos, y traían sus libreas diferenciadas, que aunque eran de nequen, eran muy primas, y de buenas labores, y pinturas, porque algodon no lo alcanzaban.

Y luego vinieron los papas de toda la provincia, que habia muchos por los grandes adoratorios que tenian, que ya he dicho que entre ellos se llaman cues, que son donde tienen sus ídolos y sacrifican, y traian aquellos papas braseros con brasas; y con sus inciensos sahumando á todos nosotros, y traían vestidos algunos dellos ropas muy largas, á manera de sobrepellices, y eran blancas, y traían capillas en ellos como que querian parecer á las que traen los canónigos, como ya lo tengo dicho, y los cabellos muy largos y enredados, que no se pueden desparcir, si no se cortan, y llenos de sangre, que les salian de las orejas, que en aquel dia se habian sacrificado; y abajaban las cabezas, como á manera de humildad cuando nos vieron, y traían las uñas de los dedos de las manos muy largas: é oímos decir, que aquellos papas tenian por religiosos y de buena vida, y junto á Cortés se allegaron muchos principales acompañándole. Y como entramos en lo poblado, no cabian por las calles y azoteas, de tantos indios é indias que nos salian á ver con rostros muy alegres, y trujeron obra de veinte piñas hechas de muchas rosas de la tierra, diferenciadas las colores, y de buenos olores, y las dieron á Cortés, y á los demás soldados que les parecian capitanes, especial á los de á caballo: y como llegamos á unos buenos patios adonde estaban los aposentos, tomaron luego por la mano á Cortés, Xicotenga el viejo, y Maseescasi, y le meten en los aposentos, y allí tenian

aparejado para cada uno de nosotros á su uzanza, unas camillas de esteras, y mantas de nequen: y tambien se aposentaron los amigos que traíamos de Cempoal, y de Cocotlan, cerca de nosotros: y mandó Cortés, que los mensajeros del gran Montezuma se aposentasen junto con su aposento. Y puesto que estábamos en tierra, que viamos claramente que estaban de buenas voluntades, y muy de paz, no nos descuidamos de estar muy apercebidos, segun teniamos de costumbre: y parece ser, que nuestro capitan á quien cabia el cuarto de poner corredores del campo, y espías y velas, dijo á Cortés: parece, señor, que están muy de paz, y no habemos menester tanta guarda, ni estar tan recatados como solemos: Mirá, señores, bien veo lo que decís, mas por la buena costumbre hemos de estar apercebidos, que aunque sean muy buenos, no habemos de creer en su paz: sino como si nos quisiesen dar guerra, y los viésemos venir á encontrar con nosotros, que muchos capitanes por se confiar y descuidar, fueron desbaratados; especialmente nosotros, como somos tan pocos, y habiéndonos enviado á avisar el gran Montezuma, puesto que sea fingido y no verdad, hemos de estar muy alerta. Dejemos de hablar de tantos cumplimientos é órden como teniamos en nuestras velas y guardas, y volvamos á decir cómo Xicotenga el viejo y Maseescaci, que eran grandes caciques, se enojaron mucho con Cortés, y le dijeron con nuestras lenguas: Malinche, ó tú nos

tienes por enemigos, ó no muestras obras en lo que te vemos hacer, que no tienes confianza de nuestras personas, y en las paces que nos has dado y nosotros á tí: y esto te decimos, porque vemos que así os velais, y venís por los caminos apercebidos, como cuando veníais á encontrar con nuestros escuadrones: y esto, Malinche, creemos que lo haces por las traiciones y maldades que los mexicanos te han dicho en secreto, para que estés mal con nosotros: mira, no los creas, que ya aquí estás, y te daremos todo lo que quisieses, hasta nuestras personas y hijos, y moriremos por vosotros; por eso demanda en rehenes todo lo que quisieres, y fuere tu voluntad. Y Cortés, y todos nosotros estábamos espantados de la gracia y amor con que lo decian; y Cortés les respondió con doña Marina, que así lo tiene creido, é que no ha menester rehenes, sino ver sus buenas voluntades: y que en cuanto á venir apercebidos, que siempre lo teniamos de costumbre, y que no lo tuviesen á mal: y por todos los ofrecimientos se lo tenia en merced, y se lo pagaria el tiempo andando: y pasadas estas pláticas, vienen otros principales con gran aparato de gallinas, y pan de maíz, y tunas, y otras cosas de legumbres que habia en la tierra, y bastecen el real muy cumplidamente, que en veinte dias que allí estuvimos todo lo hubo sobrado, y entramos en esta ciudad á veinte y tres dias del mes de Septiembre de mil y quinientos y diez y nueve años: é quedaráse aquí, y diré lo que mas pasó.

CAPITULO LXXVI.

Cómo se dijo misa estando presentes muchos caciques, y de un presente que trujeron los caciques viejos.

Otro dia de mañana mandó Cortés, que se pusiese un altar para que se dijese misa, porque ya teniamos vino é hostias: la cual misa dijo el clérigo Juan Diaz, porque el padre de la Merced estaba con calenturas y muy flaco, y estando presente Maseescaci el viejo, y Xicotenga, y otros caciques: y acabada la misa Cortés se entró en su aposento, y con él parte de los soldados que le soliamos acompañar, y tambien los dos caciques viejos, y nuestras lenguas, y díjole el Xicotenga, que le querian traer un presente, y Cortés les mostraba mucho amor, y les dijo, que cuando quisiesen: y luego ten dieron unas esteras, y una manta encima, y trujeron seis ó siete pecezuelos de oro, y piedras de poco valor, y ciertas cargas de ropa de nequen, que todo era

muy pobre, que no valia veinte pesos: y cuando lo daban, dijeron aquellos caciques riendo: Malinche, bien creemos que como es poco eso que te damos, no lo recebirás con buena voluntad: ya te hemos enviado á decir que somos pobres, é que no tenemos oro, ni ningunas riquezas, y la causa dello es, que esos traidores y malos de los mexicanos, y Montezuma que ahora es señor, nos lo han sacado todo cuando soliamos tener paces y treguas que les demandábamos, porque no nos diesen guerra: y no mires que es poco valor, sino recíbelo con buena voluntad, como cosa de amigos y servidores que te seremos: y entónces tambien trujeron aparte mucho bastimento. Cortés lo recibió con alegría, y les dijo que en más tenia aquello por ser de su mano, y con la voluntad que se lo daban que si le trujeran otros una casa llena de oro en granos, y que así lo recibe, y les mostró mucho amor. Y parece ser tenian concertado entre todos los caciques de darnos sus hijas y sobrinas las mas hermosas que tenian, que fuesen doncellas por casar, y dijo el viejo Xicotenga: Malinche: porque mas claramente conozcais el bien que os queremos, y deseamos en todo contentaros, nosotros os queremos dar nuestras hijas, para que sean vuestras mujeres, y hagais generacion, porque queremos teneros por hermanos; pues sois tan buenos y esforzados. Yo tengo una hija muy hermosa, é no ha sido casada, é quiérola para vos: y asimismo Maseescasi, y todos los mas caciques

dijeron que traerian sus hijas, y que las recibiésemos por mujeres, y dijeron otros muchos ofrecimientos, y en todo el dia no se quitaban, así el Masescasi, como el Xicotenga de cabe Cortés; y como era ciego de viejo el Xicotenga, con la mano atentaba á Cortés en la cabeza, y en las barbas y rostro, y se la traía por todo el cuerpo: y Cortés les respondió á lo de las mujeres, que él, y todos nosotros se lo teniamos en merced, y que en nuevas obras se lo pagariamos el tiempo andando: y estaba allí presente el padre de la Merced, y Cortés le dijo: señor padre, paréceme que será ahora bien que demos un tiento á estos caciques para que dejen sus ídolos, y no sacrifiquen, porque harán cualquier cosa que les mandaremos, por causa del gran temor que tienen á los mexicanos: y el fraile dijo: señor, bien es, pero dejémoslo hasta que traigan las hijas, y entónces habrá materia para ello, y dirá vuestra merced que no las quiere recebir, hasta que prometan de no sacrificar: si aprovechare bien; si no haremos lo que somos obligados: y así quedó para otro dia, y lo que se hizo, se dirá adelante.

CAPITULO LXXVII.

Cómo trujeron las hijas á presentar á Cortés y á todos nosotros, y lo que sobre ello se hizo.

Otro dia vinieron los mismos caciques viejos, y trujeron cinco indias hermosas, doncellas y mozas, y para ser indias eran de buen parecer, y bien ataviadas, y traían para cada india otra moza para su servicio, y todas eran hijas de caciques, y dijo Xicotenga á Cortés: Malinche, esta es mi hija, y no ha sido casada que es doncella, tomadla para vos: la cual le dió por la mano, y las demás que las diese á los capitanes; y Cortés se lo agradeció, y con buen semblante que mostró, dijo, que él las recibia y tomaba por suyas, y que ahora al presente, que las tuviesen en su poder sus padres: y preguntaron los mismos caciques, que por qué causa no las tomábamos ahora? y Cortés respondió: porque quiero

hacer primero lo que manda Dios nuestro Señor, que es en el que creemos y adoramos, y á lo que me envió el rey nuestro señor, que es que quiten sus ídolos, que no sacrifiquen ni maten mas hombres, ni hagan otras torpedades malas que suelen hacer, y crean en lo que nosotros creemos que es un solo Dios verdadero, y se les dijo otras muchas cosas tocantes á nuestra santa fe: y verdaderamente fueron muy bien declaradas, porque doña Marina y Aguilar nuestras lenguas estaban ya tan expertas en ello, que se les daba á entender muy bien, y se les mostró una imágen de nuestra Señora con su Hijo precioso en los brazos; y se les dió á entender cómo aquella imágen es figura, como la de nuestra Señora, que se dice Santa María, que está en los altos cielos, y es la Madre de nuestro Señor, que es aquel niño Jesus que tiene en los brazos, y que le concibió por gracia del Espíritu-Santo, quedando vírgen ántes del parto, en el parto, y despues del parto: y aquesta gran señora ruega por nosotros á su Hijo precioso, que es nuestro Dios y Señor, y les dijo otras muchas cosas, que se convenian decir sobre nuestra santa fe: y si quieren ser nuestros hermanos, y tener amistad verdadera con nosotros; y para que con mejor voluntad tomásemos aquellas sus hijas para tenelles, como dicen, por mujeres, que luego dejen sus malos ídolos, y crean, y adoren en nuestro Señor Dios, que es el que nosotros creemos y adoramos, y verán cuanto bien les irá,

porque demás de tener salud, y buenos temporales, sus cosas se les hará prósperamente, y cuando se mueran irán sus ánimas á los cielos á gozar de la gloria perdurable: y que si hacen los sacrificios que suelen hacer á aquellos sus ídolos, que son diablos, les llevarian á los infiernos, donde para siempre jamás arderán en vivas llamas. Y porque en otros razonamientos se les habia dicho otras cosas acerca de que dejasen los ídolos, en esta plática no se les dijo mas; y lo que respondieron á todo es, que dijeron: Malinche, ya te hemos entendido ántes de ahora, y bien creemos que ese vuestro Dios, y esa gran Señora, que son muy buenos; mas mira, ahora venistes á estas nuestras tierras y casas, el tiempo andando entenderemos muy mas claramente vuestras cosas, y veremos cómo son, y haremos lo que sea bueno: cómo quieres que dejemos nuestros teules, que desde muchos años nuestros antepasados tienen por dioses, y les han adorado y sacrificado; ¿é ya que nosotros que somos viejos, por te complacer lo quisiésemos hacer, qué diran todos nuestros papas, y todos los vecinos mozos, y niños desta provincia, sino levantarse contra nosotros especialmente, que los papas han ya hablado con nuestros teules, y le respondieron que no los olvidásemos en sacrificios de hombres, y en todo lo que de ántes soliamos hacer, si no que á toda esta provincia destruirian hambres, pestilencias y guerra? Así que dijeron y dieron por respuesta, que no curásemos más de

les hablar en aquella cosa porque no los habian de dejar de sacrificar, aunque los matasen. Y desque vimos aquella respuesta, que la daban tan de veras y sin temor, dijo el padre de la Merced (que era entendido é teólogo): Señor, no cure v. m. de más les importunar sobre esto, que no es justo que por fuerza les hagamos ser christianos, y aun lo que hicimos en Cempoal en derrocalles sus ídolos no quisiera yo que se hiciera hasta que tengan conocimiento de nuestra santa fe. ¿Qué aprovecha quitalles ahora sus ídolos de un cu y adoratorio, si los pasan luego á otros? Bien es que vayan sintiendo nuestras amonestaciones, que son santas y buenas, para que conozcan adelante los buenos consejos que les damos. Y tambien le hablaron á Cortés tres caballeros, que fueron Pedro de Alvarado y Juan Velazquez de Leon y Francisco de Lugo, y dijeron á Cortés: Muy bien dice el padre, y v. m. con lo que ha hecho cumple, y no se toque más á estos caciques sobre el caso; y así se hizo. Lo que les mandamos con ruegos, fué que luego desembarazasen un cu que estaba allí cerca (y era nuevamente hecho) é quitasen unos ídolos y lo encalasen y limpiasen para poner en él una cruz y la imágen de nuestra Señora, lo cual luego lo hicieron, y en él se dijo misa y se bautizaron aquellas cacicas, y se puso nombre á la hija de Xicotenga doña Luisa, y Cortés la tomó por la mano y se la dió á Pedro de Alvarado, y dijo á Xicotenga que aquel á quien la

daba era su hermano y su capitan, y que lo hubiese por bien porque seria dél muy bien tratada. Y el Xicotenga recibió contentamiento dello. Y la hija ó sobrina de Maseescaci se puso nombre doña Elvira, y era muy hermosa, y paréceme que la dió á Juan Velazquez de Leon, y las demás se pusieron sus nombres de pila, y todas con dones, y Cortés las dió á Christóval de Oli, y á Gonzalo de Sandoval, y á Alonso de Ávila. Y despues desto hecho se les declaró á qué fin se pusieron dos cruces, é que era porque tienen temor dellas sus ídolos, y que á do quiera que estábamos de asiento é dormiamos se ponen en los caminos: é á todo esto estaban muy atentos. Antes que más pase adelante, quiero decir cómo de aquella cacica hija de Xicotenga, que se llamó doña Luisa, que se la dió á Pedro de Alvarado, que así como se la dieron toda la mayor parte de Tlaxcala la acataban y le deban presentes y la tenian por su señora; y della hubo el Pedro de Alvarado (siendo soltero) un hijo que se dijo don Pedro, é una hija que se dice doña Leonor, mujer que ahora es de don Francisco de la Cueva, buen caballero, primo del duque de Alburquerque, é ha habido en ella cuatro ó cinco hijos muy buenos caballeros; y aquesta señora doña Leonor es tan excelente señora, en fin como hija de tal padre, que fué comendador de Santiago, adelantado y gobernador de Guatemala; y por parte de Xicotenga, gran señor de Tlax-

cala, que era como rey. Dejemos estas relaciones, y volvamos á Cortés, que se informó de aquestos caciques y les preguntó muy por entero de las cosas de México, y lo que sobre ello dijeron es esto que diré.

CAPITULO LXXVIII.

Cómo Cortés preguntó á Maseescaci é á Xicotenga por las cosas de México, y lo que en la relacion dijeron.

Luego Cortés apartó aquellos caciques y les preguntó muy por extenso de las cosas de México, y Xicotenga, como era más avisado y gran señor, tomó la mano á hablar, y de cuando en cuando le ayudaba Maseescaci, que tambien era gran señor, y dijeron que tenia Montezuma tan grandes poderes de gente de guerra, que cuando queria tomar un gran pueblo ó hacer un asalto en una provincia, que ponia en campo cien mil hombres; y que esto que lo tenia bien experimentado por las guerras y enemistades pasadas que con ellos tienen de más de cien años, y Cortés le dijo: Pues con tanto guerrero como decís que venian sobre vosotros, ¿cómo nunca os acabaron de vencer? Y respondieron que puesto que algunas veces les desbarataban y mata-

ban, y llevaban muchos de sus vasallos para sacrificar, que tambien de los contrarios quedaban en el campo muchos muertos y otros presos, y que no venian tan encubiertos que dello no tuviesen noticia, y cuando lo sabian, que se apercebian con todos sus poderes, y con ayuda de los de Guaxocingo se defendian é ofendian: é que como todas las provincias y pueblos que ha robado Montezuma y puesto debajo de su dominio estaban muy mal con los mexicanos, y traían dellos por fuerza á la guerra, no pelean de buena voluntad, ántes de los mismos tenian avisos, y que á esta causa les defendian sus tierras lo mejor que podian, y que donde mas mal les habia venido á la contina, es de una ciudad muy grande que está de allí andadura de un dia, que se dice Cholula, que son grandes traidores, y que allí metia Montezuma secretamente sus capitanías y como estaban cerca de noche hacian salto. Y más dijo Maseescaci, que tenia Montezuma en todas las provincias puestas guarniciones de muchos guerreros, sin los muchos que sacaba de la ciudad, y que todas aquellas provincias le tributaban oro, y plata, y plumas, y piedras, y ropa de mantas, y algodon, é indios é indias para sacrificar, y otros para servir; y que es tan gran señor, que todo lo que quiere tiene, y que las casas en que vive tiene llenas de riquezas y piedras chalchihuites que ha robado y tomado por fuerza á quien no se lo da de grado, y que todas las riquezas de la tierra están

en su poder. Y luego contaron del gran servicio de su casa, que era para nunca acabar si lo hubiese aquí de decir, pues de las muchas mujeres que tenia, y cómo casaba á algunas dellas, de todo daban relacion. Y luego dicen de la gran fortaleza de su ciudad, y de la manera que es la laguna y la hondura del agua, y de las calzadas que hay por donde han de entrar en la ciudad, y las puentes de madera que tienen en cada calzada, y cómo entra y sale por el estrecho de abertura que hay en cada puente, y cómo en alzando cualquiera dellas se pueden quedar aislados entre puente y puente sin entrar en su ciudad; y cómo está toda la mayor parte de la ciudad poblada dentro en la laguna, y no se puede pasar de casa en casa si no es por unas puentes levadizas que tienen hechas, ó en canoas, y todas las casas son de azuteas, y en las azuteas tienen hechas como á manera de mamparos y pueden pelear desde encima dellas, y la manera como se provee la ciudad de agua dulce desde una fuente que se dice Chapultepeque, que está de la ciudad obra de média legua, y va el agua por unos edificios y llega en parte que con canoas la llevan á vender por las calles. Y luego contaron de la manera de las armas, que eran varas de á dos gajos, que tiraban con tiraderas, que pasan cualesquier armas, y muchos buenos flecheros, y otros con lanzas de pedernales que tienen una braza de cuchilla, hechas de arte, que cortan más que nava-

jas, y rodelas, y armas de algodon, y muchos honderos con piedras rollizas, é otras lanzas muy largas, y espadas de á dos manos de navajas. Y trujeron pintados en unos paños grandes de nequen las batallas que con ellos habian habido y la manera del pelear; y como nuestro capitan y todos nosotros estábamos ya informados de todo lo que decian aquellos caciques, estorbó la plática y metiólos en otra más honda, y fué que como ellos habian venido á poblar á aquella tierra, é de qué partes vinieron que tan diferentes y enemigos eran de los mexicanos, siendo tan cerca unas tierras de otras. Y dijeron que les habian dicho sus antecesores, que en los tiempos pasados que habia allí entre ellos poblados hombres y mujeres muy altos de cuerpo y de grandes huesos, que porque eran muy malos y de malas maneras, que los mataron peleando con ellos, y otros que quedaban se murieron; é para que viésemos que tamaños é altos cuerpos tenian, trujeron un hueso ó zancarron de uno dellos, y era muy grueso, el altor del tamaño como un hombre de razonable estatura; y aquel zancarron era desde la rodilla hasta la cadera: yo me medí con él, y tenia tan gran altor como yo, puesto que soy de razonable cuerpo. Y trujeron otros pedazos de huesos como el primero; mas estaban ya comidos y deshechos de la tierra, y todos nos espantamos de ver aquellos zancarrones; y tuvimos por cierto haber habido gigantes en esta tierra. Y nuestro

capitan Cortés nos dijo que seria bien enviar aquel gran hueso á Castilla para que lo viese su majestad, y así lo enviamos con los primeros procuradores que fueron. Tambien dijeron aquellos mismos caciques, que sabian de aquellos sus antecesores, que les habia dicho un su ídolo en quien ellos tenian mucha devocion, que vendrian hombres de las partes de hácia donde sale el sol, y de léjas tierras, á les sojuzgar y señorear; que si somos nosotros, holgaran dello, que pues tan esforzados y buenos somos; y cuando trataron las paces se les acordó desto que les habia dicho su ídolo, que por aquella causa nos dan sus hijas, para tener parientes que les defiendan de los mexicanos. Y cuando acabaron su razonamiento, todos quedamos espantados y deciamos si por ventura dicen verdad. Y luego nuestro capitan Cortés les replicó y dijo: que ciertamente veniamos de hácia donde sale el sol, y que por esta causa nos envió el rey nuestro señor á tenellos por hermanos, porque tienen noticia dellos, y que plegue á Dios nos dé gracia para que por nuestras manos é intercesion se salven; y dijimos todos: Amen. Hartos estarán ya los caballeros que esto leyeren de oir razonamientos y pláticas de nosotros á los de Tlaxcala y ellos á nosotros: queria acabar, y por fuerza me he de detener en otras cosas que con ellos pasamos; y es, que el volcan que está cabe Guaxocingo echaba en aquella sazon que estábamos en Tlaxcala mucho fuego, más que otras

veces solia echar, de lo cual nuestro capitan Cortés y todos nosotros (como no habiamos visto tal) nos admiramos dello. Y un capitan de los nuestros, que se decia Diego de Ordás, tomóle codicia de ir á ver qué cosa era, y demandó licencia á nuestro general para subir en él, la cual licencia le dió, y aun de hecho se lo mandó. Y llevó consigo dos de nuestros soldados y ciertos indios principales de Guaxocingo; y los principales que consigo llevaba poníanle temor con decille que cuando estuviese á medio camino de Popocatepeque (que así se llamaba aquel volcan), no podria sufrir el temblor de la tierra ni llamas y piedras y ceniza que dél sale, é que ellos no se atreverian á subir más de hasta donde tienen unos cues de ídolos, que llaman los Teules de Popocatepeque. Y todavía el Diego de Ordás, con sus dos compañeros, fué en su camino hasta llegar arriba, y los indios que iban en su compañía se le quedaron en lo bajo. Despues, el Ordás y los dos soldados vieron al subir que comenzó el volcan á echar grandes llamaradas de fuego y piedras medio quemadas y livianas, y mucha ceniza, y que temblaban toda aquella sierra y montaña adonde está el volcan, y estuvieron quedos sin dar más paso adelante hasta de ahí á una hora que sintieron habia pasado aquella llamarada y no echaba tanta ceniza ni humo, y subieron hasta la boca, que era muy redonda y ancha, y que habia en el anchor un cuarto de legua, y que desde allí se parecia la gran ciudad de Méxi-

co y toda la laguna y todos los pueblos que están en ella poblados. Y está este volcan de México obra de doce ó trece leguas. Y despues de bien visto, muy gozoso el Ordás y admirado de haber visto á México y sus ciudades, volvió á Tlaxcala con sus compañeros y los indios de Guaxocingo; y los de Tlaxcala se lo tuvieron á mucho atrevimiento. Y cuando lo contaba al capitan Cortés y á todos nosotros, como en aquella sazon no habiamos visto ni oído (como ahora que sabemos lo que es, y han subido encima de la boca muchos españoles y aun frailes franciscos), nos admirábamos entónces dello; y cuando fué Diego de Ordás á Castilla lo demandó por armas á su majestad, é así las tiene ahora un su sobrino Ordás que vive en la Puebla. Y despues acá desque estamos en esta tierra, no le habemos visto echar tanto fuego ni tanto ruido como al principio; y aun estuvo ciertos años que no echaba fuego, hasta el año de mil y quinientos y treinta y nueve que echó muy grandes llamas y piedras y ceniza. Dejemos de contar del volcan, que ahora que sabemos qué cosa es y habemos visto otros volcanes, como son los de Nicaragua y los de Guatemala, se podian haber callado los de Guaxocingo sin poner en relacion, y diré cómo hallamos en este pueblo de Tlaxcala casas de madera hechas de redes y llenas de indios é indias que tenian dentro encarcelados y á cebo hasta que estuviesen gordos para comer y sacrificar, las cuales

cárceles les quebramos y deshicimos para que se fuesen los presos que en ellas estaban, y los tristes indios no osaban de ir á cabo ninguno sino estarse allí con nosotros y así escaparon las vidas. Y dende en adelante en todos los pueblos que entrábamos, lo primero que mandaba nuestro capitan era quebralles las tales cárceles y echar fuera los prisioneros: y comunmente en todas estas tierras las tenian. Y como Cortés y todos nosotros vimos aquella gran crueldad, mostró tener mucho enojo de los caciques de Tlaxcala y se lo riñó muy enojado, y prometieron desde allí adelante que no matarian ni comerian de aquella manera más indios. Y dije yo: ¿que qué aprovechaban aquellos prometimientos? que en volviendo la cabeza hacian las mismas crueldades. Y dejémoslo así y digamos cómo ordenamos de ir á México.

CAPITULO LXXIX.

Cómo acordó nuestro capitan Hernando Cortés con todos nuestros capitanes y soldados que fuésemos á México, y lo que sobre ello pasó.

Viendo nuestro capitan que habia diez y siete dias que estábamos holgando en Tlaxcala, y oíamos decir de las grandes riquezas de Montezuma y su próspera ciudad, acordó tomar consejo con todos nuestros capitanes y soldados de quien sentia que le tenian buena voluntad para ir adelante, y fué acordado que con brevedad fuese nuestra partida. Y sobre este camino hubo en real muchas pláticas de desconformidad, porque decian unos soldados que era cosa muy temerosa irnos á meter en tan fuerte ciudad siendo nosotros tan pocos, y decian de los grandes poderes del Montezuma. Cortés respondió que ya no podiamos hacer otra cosa porque siempre nuestra demanda y apellido fué ver al Montezuma

é que por demás eran ya otros consejos; y viendo que tan resueltamente lo decia, y sintieron los del contrario parecer que tan determinadamente se acordaba, y que muchos de los soldados ayudábamos á Cortés de buena voluntad con decir: *Adelante en buena hora*, no hubo mas contradiccion. Y los que andaban en estas pláticas contrarias, eran de los que tenian en Cuba haciendas, que yo y otros pobres soldados ofrecido tenemos siempre nuestras ánimas á Dios que las crió, y los cuerpos á heridas y trabajos, hasta morir en servicio de nuestro Señor y de su majestad. Pues viendo Xicotenga y Maseescaci, señores de Tlaxcala, que de hecho queriamos ir á México, pesábales en el alma, y siempre estaban con Cortés avisándole, que no curase de ir aquel camino, y que no se fiase poco ni mucho de Montezuma, ni de ningun mexicano, y que no se creyese de sus grandes reverencias, ni de sus palabras tan humildes y llenas de cortesías, ni aun de cuantos presentes le ha enviado ni de otros ningunos ofrecimientos, que todos eran de atraidorados, que en una hora se lo tornarian á tomar cuanto le habian dado, y que de noche, y de dia se guardase muy bien dellos, porque tienen bien entendido, que cuando mas descuidados estuviésemos nos darian guerra, y que cuando peleáremos con ellos, que los que pudiésemos matar que no quedasen con las vidas: al mancebo, porque no tome armas; al viejo porque no dé consejo, y le dieron

otros muchos avisos: y nuestro capitan les dijo, que se lo agradecia el buen consejo, y les mostró mucho amor con ofrecimientos y dádivas que luego les dió al viejo Xicotenga y al Maseescaci, y todos los mas caciques, y les dió mucha parte de la ropa fina de mantas que habia presentado Montezuma, y les dijo que seria bueno tratar paces entre ellos y los mexicanos para que tuviesen amistad, y trujesen sal y algodon, y otras mercaderías: y el Xicotenga respondió, que eran por demás las paces, y que su enemistad tienen siempre en los corazones arraigada, y que son tales los mexicanos, que socolor de las paces les harán mayores traiciones, porque jamás mantienen verdad en cosa ninguna que prometen, é que no curase de hablar en ellas, sino que le tornaban á rogar que se guardase muy bien de no caer en manos de tan malas gentes. Y estando platicando sobre el camino que habiamos de llevar para México, porque los embajadores de Montezuma que estaban con nosotros que iban por guias, decian que el mejor camino y mas llano era por la ciudad de Cholula, por ser vasallos del gran Montezuma, donde recibiriamos servicios, y á todos nosotros nos pareció bien que fuésemos á aquella ciudad: y los caciques de Tlaxcala como entendieron que queriamos ir por donde nos encaminaban los mexicanos, se entristecieron, y tornaron á decir, que en todo caso fuésemos por Guaxocingo, que eran sus parientes y nuestros amigos, y no por

Cholula, porque en Cholula siempre tiene Montezuma sus tratos dobles encubiertos: y por mas que nos dijeron y aconsejaron que no entrásemos en aquella ciudad, siempre nuestro capitan con nuestro consejo muy bien platicado, acordó de ir por Cholula: lo uno, porque decian todos que era grande poblacion y muy bien torreada, y de altos y grandes cues, y en buen llano asentada, verdaderamente de léjos parecia en aquella sazon á nuestra gran Valladolid de Castilla la vieja: y lo otro, porque estaba en parte cercana de grandes poblaciones, y tener muchos bastimentos, y tan á la mano á nuestros amigos los de Tlaxcala, y con intencion de estarnos allí, hasta ver de qué manera podriamos ir á México sin tener guerra, porque era de temer el gran poder de mexicanos: si Dios nuestro Señor primeramente no ponia su divina mano y misericordia, con que siempre nos ayudaba, y nos daba esfuerzo no podiamos entrar de otra manera. Y despues de muchas pláticas y acuerdos, nuestro camino fué por Cholula, y luego Cortés mandó que fuesen mensajeros á les decir, que cómo estando tan cerca de nosotros no nos enviaban á visitar y hacer aquel acato que son obligados á mensajeros como somos de tan gran rey y señor, como es el que nos envió á notificar su salvacion, y que los ruega que luego viniesen todos los caciques y papas de aquella ciudad á nos ver y dar la obediencia á nuestro rey y señor, si no que los ternia por

de malas intenciones. Y estando diciendo esto, y otras cosas que convenia envialles á decir sobre este caso, vinieron á hacer saber á Cortés, cómo el gran Montezuma enviaba cuatro embajadores con presentes de oro, porque jamás á lo que habiamos visto, envió mensaje sin presentes de oro, y lo tenia por afrenta enviar mensajeros, si no enviaba con ellos dádivas: y lo que dijeron aquellos mensajeros, diré adelante.

CAPITULO LXXX.

Cómo el gran Montezuma envió cuatro principales hombres de mucha cuenta con un presente de oro y mantas, y lo que dijeron á nuestro capitan.

Estando platicando Cortés con todos nosotros, y con los caciques de Tlaxcala, sobre nuestra partida, y en las cosas de la guerra, viniéronle á decir que llegaron á aquel pueblo cuatro embajadores de Montezuma todos principales, y traían presentes: y Cortés les mandó llamar, y cuando llegaron donde estaba, hiciéronle grande acato, y á todos los soldados que allí nos hallamos: y presentando su presente de ricas joyas de oro, y de muchos géneros de hechuras, que valian bien diez mil pesos, y diez cargas de mantas de buenas labores de pluma, Cortés los recibió con buen semblante: y luego dijeron aquellos embajadores por parte de su señor Montezuma, que se maravillaba mucho estar tantos dias entre aquellas gentes pobres, y sin policía, que

aun para esclavos no son buenos, por ser tan malos, y traidores, y robadores, que cuando mas descuidados estuviésemos, de dia y de noche, nos matarian por nos robar, y que nos rogaba que fuésemos luego á su ciudad: y que nos daria de lo que tuviese, y aunque no tan cumplido como nosotros mereciamos, y él deseaba: y que puesto que todas las vituallas le entran en su ciudad de acarreo, que mandaria proveernos lo mejor que él pudiese. Aquesto hacia Montezuma por sacarnos de Tlaxcala, porque supo que habiamos hecho las amistades que dicho tengo en el capítulo que dello habla, y para ser perfectas, habian dado sus hijas á Malinche: porque bien tuvieron entendido, que no les podia venir bien ninguno de nuestras confederaciones, y á esta causa nos cebaba con oro y presentes, para que fuésemos á sus tierras, á lo ménos porque saliésemos de Tlaxcala. Volvamos á decir de los embajadores, que los conocieron bien los de Tlaxcala, y dijeron á nuestro capitan, que todos eran señores de pueblos y vasallos, con quien Montezuma enviaba á tratar cosas de mucha importancia. Cortés les dió muchas gracias á los embajadores con grandes caricias y señales de amor que les mostró: y les dió por respuesta que él iria muy presto á ver al señor Montezuma, y les rogó que estuviesen algunos dias allí con nosotros, que en aquella sazon acordó Cortés, que fuesen dos de nuestros capitanes personas señaladas, á ver y hablar al gran Mon-

tezuma, á ver la gran ciudad de México, y sus grandes fuerzas y fortalezas, é iban ya camino Pedro de Alvarado, y Bernardino Velazquez de Tapia, y quedaron en rehenes cuatro de aquellos embajadores que habian traido el presente; y otros embajadores del gran Montezuma, de los que solian estar con nosotros fueron en su compañía: y porque en aquel tiempo yo estaba mal herido, y con calenturas y harto tenia que curarme, no me acuerdo bien hasta dónde allegaron, mas de que supimos que Cortés habia enviado así á la ventura á aquellos caballeros, y se lo tuvimos á mal consejo, y le retrujimos: y le dijimos, que cómo enviaba á México no mas de para ver la ciudad y sus fuerzas; que no era buen acuerdo, y que luego los fuesen á llamar, que no pasasen mas adelante, y les escribió que se volviesen luego. Demás desto, el Bernardino Velazquez de Tapia ya habia adolecido en el camino de calenturas, y como vieron las cartas, se volvieron: y los embajadores con quien iban, dieron relacion dello á su Montezuma; y les preguntó, qué manera de rostros y proporcion de cuerpos llevaban los dos teules que iban á México, y si eran capitanes: y parece ser que le dijeron, que el Pedro de Alvarado era de muy linda gracia, así en el rostro como en su persona, y que parecia como al sol, y que era capitan, y demás desto se lo llevaron figurado muy al natural su dibujo y cara: y desde entónces le pusieron nombre, el Tonacio, que quiere

decir el sol hijo del sol, y así le llamaron de allí adelante: y el Bernardino Velazquez de Tapia dijeron, que era hombre robusto y de muy buena disposicion, que tambien era capitan: y al Montezuma le pesó, porque se habian vuelto del camino. Y aquellos embajadores tuvieron razon de comparallos, así en los rostros, como en el aspecto de las personas y cuerpos, como lo significaron á su señor Montezuma: porque el Pedro de Alvarado era de muy buen cuerpo, y ligero, y facciones, y presencia, y así en el rostro como en el hablar, en todo era agraciado, que parecia que estaba riendo: y el Bernardino Velazquez de Tapia era algo robusto, puesto que tenia buena presencia: y desque volvieron á nuestro real, nos holgamos con ellos, y les deciamos, que no era cosa acertada lo que Cortés les mandaba. Y dejemos esta materia, pues no hace mucho á nuestra relacion, y diré de los mensajeros que Cortés envió á Cholula, y la respuesta que enviaron.

CAPITULO LXXXI.

Cómo enviaron los de Cholula cuatro indios de poca valía á desculparse por no haber venido á Tlaxcala, y lo que sobre ello pasó.

Ya he dicho en el capítulo pasado, cómo envió nuestro capitan mensajeros á Cholula, para que nos viniesen á ver á Tlaxcala: é los caciques de aquella ciudad, como entendieron lo que Cortés les mandaba, parecióles que seria bien enviar cuatro indios de poca valía á disculpar é á decir, que por estar malos no venian, y no trujeron bastimento ni otra cosa, sino así secamente dieron aquella respuesta: y cuando vinieron aquellos mensajeros, estaban presentes los caciques de Tlaxcala, é dijeron á nuestro capitan, que para hacer burla dél, y de todos nosotros, enviaban los de Cholula aquellos indios, que eran macegales, é de poca calidad. Por manera que Cortés los tornó á

enviar luego con otros cuatro indios de Cempoal á decir, que viniesen dentro de tres dias hombres principales, pues estaban cinco leguas de allí, é que si no venian, que los ternia por rebeldes: y que cuando vengan que les quiere decir cosas que les convienen para la salvacion de sus ánimas, y buena policía para su buen vivir, y tenellos por amigos y hermanos, como son los de Tlaxcala sus vecinos: y que si otra cosa acordaren, y no quieren nuestra amistad, que nosotros no por eso les procurariamos de descomplacer, ni enojarles. Y como oyeron aquella amorosa embajada, respondieron que no habian de venir á Tlaxcala, porque son sus enemigos, porque saben que han dicho dellos, y de su señor Montezuma muchos males, y que vamos á su ciudad, y salgamos de los términos de Tlaxcala, y si no hicieren lo que deben, que los tengamos por tales, como les enviamos á decir. Y viendo nuestro capitan, que la excusa que decian era muy justa, acordamos de ir allá: y como los caciques de Tlaxcala vieron, que determinadamente era nuestra ida por Cholula, dijeron á Cortés: Pues que así quieres creer á los mexicanos, y no á nosotros, que somos tus amigos? ya te hemos dicho muchas veces, que te guardes de los de Cholula, y del poder de México, y para que mejor te puedas ayudar de nosotros tenemos aparejados diez mil hombres de guerra que vayan en vuestra compañía: y Cortés les dió muchas gracias

por ello, é consultó con todos nosotros, que no seria bueno que llevásemos tantos guerreros á tierra que habiamos de procurar amistades: é que seria bien que llevásemos dos mil, y estos les demandó, y que los demás que se quedasen en sus casas. E dejemos esta plática y diré de nuestro camino.

CAPITULO LXXXII.

Cómo fuimos á la ciudad de Cholula, y del gran recibimiento que nos hicieron.

Una mañana comenzamos á marchar por nuestro camino para la ciudad de Cholula, é íbamos con el mayor concierto que podiamos; porque como otras veces he dicho, adonde esperábamos haber revueltas ó guerras, nos apercebiamos muy mejor, é aquel dia fuimos á dormir á un rio que pasa obra de una legua chica de Cholula, adonde está hecha ahora una puente de piedra: é allí nos hicieron unas chozas é ranchos, y esa noche enviaron los caciques de Cholula mensajeros, hombres principales, á darnos el parabien venidos á sus tierras, y trujeron bastimento de gallinas, y pan de su maíz, é dijeron que en la mañana vendrian todos los caciques y papas á nos recibir, é á que les perdonasen, porque no habian salido luego: y Cor-

tés les dijo con nuestras lenguas doña Marina y Aguilar, que se lo agradecia así por el bastimento que traían como por la buena voluntad que mostraban. E allí dormimos aquella noche con buenas velas y escuchas y corredores del campo. Y como amaneció, comenzamos á caminar hácia la ciudad; é yendo por nuestro camino, ya cerca de la poblacion nos salieron á recibir los caciques y papas, y otros muchos indios, é todos los más traían vestidas unas ropas de algodon de hechura de marlotas, como las traían los indios capotecas. Y esto digo á quien las ha visto y ha estado en aquella provincia, porque en aquella ciudad así se usan: é venian muy de paz y de buena voluntad; y los papas traían braseros con incienso, con que sahumaron á nuestro capitan é á los soldados que cerca dél nos hallamos. E parece ser aquellos papas y principales, como vieron los indios tlaxcaltecas que con nosotros venian, dijéronselo á doña Marina que se lo dijese á Cortés que no era bien que de aquella manera entrasen sus enemigos con armas en su ciudad. Y como nuestro capitan lo entendió, mandó á los capitanes y soldados, y el fardaje, que reparásemos, y como nos vió juntos é que no caminaba ninguno, dijo: Paréceme, señores, que ántes que entremos en Cholula, que demos un tiento con buenas palabras á estos caciques é papas, é veamos qué es su voluntad, porque vienen murmurando destos nuestros amigos de Tlaxcala, y tienen mu-

cha razon en lo que dicen, é con buenas palabras les quiero dar á entender la causa por qué venimos á su ciudad. Y porque ya, señores, habeis entendido lo que nos han dicho los tlaxcaltecas, que son bulliciosos, será bien que por bien den la obediencia á su majestad, y esto me parece que conviene. Y luego mandó á doña Marina que llamase á los caciques y papas allí donde estaba á caballo é todos nosotros juntos con Cortés; y luego vinieron tres principales y dos papas y dijeron: Malinche, perdonadnos porque no fuimos á Tlaxcala á te ver y llevar comida, y no por falta de voluntad sino porque son nuestros enemigos Maseescaci y Xicotenga, é toda Tlaxcala, é porque han dicho muchos males de nosotros é del gran Montezuma nuestro señor, que no basta lo que han dicho sino que ahora tengan atrevimiento, con vuestro favor, de venir con armas á nuestra ciudad; y que le piden por merced que les mande volver á sus tierras, ó á lo ménos que se queden en el campo é que no entren de aquella manera en su ciudad, é que nosotros que vamos mucho en buena hora. E como el capitan vió la razon que tenia, mandó luego á Pedro de Alvarado é al maestre de campo, que era Christóval de Oli, que rogasen á los tlaxcaltecas que allí en el campo hiciesen sus ranchos é chozas, é que no entrasen con nosotros sino los que llevaban la artillería y nuestros amigos los de Cempoal, y les dijesen la causa por qué se mandaba, porque

todos aquellos caciques y papas se temen dellos; é que cuando hubiéremos de pasar de Cholula para México, que los enviaria á llamar, é que no lo hayan por enojo. Y como los de Cholula vieron lo que Cortés mandó, parecia que estaban mas sosegados, y les comenzó Cortés á hacer un parlamento, diciendo: que nuestro rey y señor, cuyos vasallos somos, tiene grandes poderes y tiene debajo de su mando á muchos grandes príncipes y caciques; y que nos envió á estas tierras á les notificar y mandar que no adoren ídolos, ni sacrifiquen hombres, ni coman de sus carnes, ni hagan sodomías, ni otras torpedades: é que por ser el camino por allí para México, adonde vamos á hablar al gran Montezuma, y por no haber otro mas cercano, venimos por su ciudad, y tambien para tenellos por hermanos. E que pues otros grandes caciques han dado la obediencia á su majestad, que será bien que ellos la den como los demás. E respondieron, que aun no habemos entrado en su tierra é ya les mandamos dejar sus teules (que así llaman á sus ídolos), que no lo pueden hacer; y dar la obediencia á ese vuestro rey que decís, les place: y así la dieron de palabra y no ante escribano. Y esto hecho, luego comenzamos á marchar para la ciudad. Y era tanta la gente que nos salia á ver, que las calles é azuteas estaban llenas; é no me maravillo dello, porque no habian visto hombres como nosotros ni caballos, y nos llevaron á aposentar á unas grandes

salas en que estuvimos todos, é nuestros amigos los de Cempoal y los tlaxcaltecas que llevaron el fardaje, y nos dieron de comer aquel dia é otro muy bien é abastadamente. E quedarsehá aquí y diré lo que mas pasamos.

CAPITULO LXXXIII.

Cómo tenian concertado en esta ciudad de Cholula de nos matar por mandado de Montezuma, y lo que sobre ello pasó.

Habiéndonos recibido tan solemnemente como habemos dicho, é ciertamente de buena voluntad, sino que segun despues pareció envió á mandar Montezuma á sus embajadores que con nosotros estaban, que tratasen con los de Cholula que con un escuadron de veinte mil hombres que envió Montezuma, que estuviesen apercebidos para en entrando en aquella ciudad que todos nos diesen guerra, y de noche y de dia nos acapillasen, é los que pudiesen llevar atados de nosotros á México que se los llevasen: é con grandes prometimientos que les mandó, y muchas joyas y ropa que entónces les envió, é un atambor de oro: é á los papas de aquella ciudad, que habian de tomar veinte de nosotros para hacer sacrificios á sus ídolos; pues ya todo

concertado, y los guerreros que luego Montezuma envió estaban en unos ranchos é arcabuezos, obra de média legua de Cholula, y otros estaban ya dentro en las casas, y todos puestos á punto con sus armas; hechos mamparos en las azuteas, y en las calles hoyos é albarradas para que no pudiesen correr los caballos; y aun tenian unas casas llenas de varas largas, y colleras de cueros é cordeles con que nos habian de atar é llevarnos á México. Mejor lo hizo nuestro Señor Dios, que todo se les volvió al revés. E dejémoslo ahora é volvamos á decir que así como nos aposentaron, como dicho hemos, é nos dieron muy bien de comer los dias primeros; é puesto que los viamos que estaban muy de paz, no dejábamos siempre de estar muy apercebidos, por la buena costumbre que en ello teniamos. E al tercero dia, ni nos daban de comer, ni parecia cacique ni papa; é si algunos indios nos venian á ver, estaban apartados que no se llegaban á nosotros, é riéndose como cosa de burla. E como aquello vió nuestro capitan, dijo á doña Marina é Aguilar nuestras lenguas, que dijese á los embajadores del gran Montezuma que allí estaban, que mandasen á los caciques traer de comer: é lo que traían era agua y leña; y unos viejos que los traían decian que no tenian maíz, é que en aquel dia vinieron otros embajadores del Montezuma é se juntaron con los que estaban con nosotros, é dijeron muy desvergonzadamente y sin hacer acato, que su se-

ñor les enviaba á decir que no fuésemos á su ciudad porque no tenia que darnos de comer, é que luego se querian volver á México con la respuesta. E como aquello vió Cortés, le pareció mal su plática, é con palabras blandas dijo á los embajadores que se maravillaba de tan gran señor como es Montezuma, tener tantos acuerdos; é que les rogaba que no se fuesen porque otro dia se querian partir para velle é hacer lo que mandase; y aun me parece que les dió un sartalejo de cuentas, é los embajadores dijeron que sí aguardarian. Y hecho esto, nuestro capitan nos mandó juntar y nos dijo: Muy desconcertada veo esta gente; estemos muy alerta, que alguna maldad hay entre ellos. E luego envió á llamar al cacique é principal, que ya no se me acuerda cómo se llamaba, ó que enviase algunos principales. E respondió que estaba malo é que no podia venir él ni ellos. Y como aquello vió nuestro capitan, mandó que de un gran *cu* que estaba junto de nuestros aposentos le trujésemos dos papas con buenas razones, porque habia muchos en él. Trujimos dos dellos sin les hacer deshonor, y Cortés les mandó dar á cada uno un chalchihui, que son muy estimados entre ellos, como esmeraldas, é les dijo con palabras amorosas que por qué causa el cacique y principales, é todos los más papas, están amedrentados; que los ha enviado á llamar y no habian querido venir. Y parece ser que el uno de aquellos papas era hombre muy principal entre ellos y tenia

cargo ó mando en todos los demás *cues* de aquella ciudad, que debia de ser á manera de obispo entre ellos y le tenian gran acato, é dijo que los que son papas que no tenian temor de nosotros, que si el cacique y principales no han querido venir, que él iria á les llamar, y que como él les hable que tiene creido que no harán otra cosa y que vernan. E luego Cortés dijo que fuese en buen hora, y quedase su compañero allí aguardando hasta que viniesen. E fué aquel papa é llamó al cacique é principales, é luego vinieron juntamente con él al aposento de Cortés, y les preguntó con nuestras lenguas doña Marina é Aguilar, que por qué habian miedo é por qué causa no nos daban de comer, y que si reciben pena de nuestra estada en la ciudad que otro dia por la mañana nos queriamos partir para México é ver é hablar al señor Montezuma, é que le tengan aparejados tamemes para llevar el fardaje é tepuzques (que son las bombardas), é tambien que luego traigan comida. Y el cacique estaba tan cortado que no acertaba á hablar, y dijo que la comida que la buscarian; mas que su señor Montezuma les ha enviado á mandar que no la diesen, ni queria que pasásemos de allí adelante. Y estando en estas pláticas vinieron tres indios de los de Cempoal nuestros amigos, y secretamente dijeron á Cortés que habian hallado junto adonde estábamos aposentados hechos hoyos en las calles é cubiertos con madera é tierra, que no mirando mucho en ello no se podria ver, é

que quitaron la tierra de encima de un hoyo que estaba lleno de estacas muy agudas para matar los caballos que corriesen; é que las azuteas que las tienen llenas de piedras é mamparos de adobes; y que ciertamente estaban de buen arte, porque tambien hallaron albarradas de maderos gruesos en otra calle. Y en aquel instante vinieron ocho indios tlaxcaltecas de los que dejamos en el campo que no entraron en Cholula, y dijeron á Cortés: Mira, Malinche, que esta ciudad está de mala manera, porque sabemos que esta noche han sacrificado á su ídolo (que es el de la guerra) siete personas, y los cinco dellos son niños, porque les dé victoria contra vosotros; é tambien habemos visto que sacan todo el fardaje é mujeres é niños. Y como aquello oyó Cortés, luego los despachó para que fuesen á sus capitanes los tlaxcaltecas que estuviesen muy aparejados si los enviásemos á llamar. Y tornó á hablar al cacique y papas y principales de Cholula que no tuviesen miedo ni anduviesen alterados, y que mirasen la obediencia que dieron, que no la quebrantasen, que les castigaria por ello, que ya les ha dicho que nos queremos ir por la mañana, que ha menester dos mil hombres de guerra de aquella ciudad que vayan con nosotros como nos han dado los de Tlaxcala, porque en los caminos los habrá menester. E dijéronle que sí darian así los hombres de guerra como los del fardaje. E demandaron licencia para irse luego á los apercebir. Y muy

contentos se fueron porque creyeron que con los guerreros que nos habian de dar é con las capitanías de Montezuma que estaban en los arcabuezos y barrancas, que allí de muertos ó presos no podriamos escapar por causa que no podrian correr los caballos, y por ciertos mamparos y albarradas (que dieron luego por aviso á los que estaban en guarnicion) que hiciesen á manera de callejon que no pudiésemos pasar; y les avisaron que otro dia habiamos de partir, é que estuviesen muy á punto todos porque ellos darian dos mil hombres de guerra, é como fuésemos descuidados que allí harian su presa los unos y los otros é nos podian atar: é que esto que lo tuviesen por cierto, porque ya habian hecho sacrificios á sus ídolos de guerra, y les han prometido la victoria. Y dejemos de hablar en ello, que pensaban que seria cierto, é volvamos á nuestro capitan, que quiso saber muy por extenso todo el concierto y lo que pasaba. Y dijo á doña Marina que llevase mas chalchihuis á los dos papas que habia hablado primero, pues no tenia miedo, é con palabras amorosas les dijese que les queria tornar á hablar Malinche, é que los trujese consigo. Y la doña Marina fué y les habló de tal manera, que lo sabia muy bien hacer, y con dádivas vinieron luego con ella. Y Cortés les dijo que dijesen la verdad de lo que supiesen, pues eran sacerdotes de ídolos é principales, que no habian de mentir, é que lo que dijesen que no seria descubierto por via nin-

guna, pues que otro dia nos habiamos de partir, é que les daria mucha ropa. E dijeron que la verdad es que su señor Montezuma supo que íbamos á aquella ciudad, é que cada dia estaba en muchos acuerdos é que no determinaba bien la cosa, é que unas veces les enviaba á mandar que si allí fuésemos que nos hiciesen mucha honra é nos encaminasen á su ciudad, é otras veces les enviaba á decir que ya no era su voluntad que fuésemos á México, é que ahora nuevamente le han aconsejado su Tezcatepuca y su Huichilobos, en quien ellos tienen gran devocion, que allí en Cholula los matasen ó llevasen atados á México. E que habia enviado el dia ántes veinte mil hombres de guerra, y la mitad están ya aquí dentro desta ciudad é la otra mitad están cerca de aquí entre unas quebradas; é que ya tienen aviso que os habeis de ir mañana, y de las albarradas que se mandaron hacer y de los dos mil guerreros que os habemos de dar, é cómo tenian ya hechos conciertos que habian de quedar veinte de nosotros para sacrificar á los ídolos de Cholula. Y sabido todo esto Cortés les mandó dar mantas muy labradas y les rogó que no lo dijesen porque si lo descubrian, que á la vuelta que volviésemos de México los matarian, é que se querian ir muy de mañana, é que hiciesen venir todos los caciques para hablalles, como dicho les tiene. Y luego aquella noche tomó consejo Cortés de lo que habiamos de hacer, porque tenia muy estremados varones y de

buenos consejos; y como en tales casos suele acaecer, unos decian que seria bien torcer el camino é irnos para Guaxocingo; otros decian que procurásemos haber paz por cualquiera via que pudiésemos y que nos volviésemos á Tlaxcala; otros dimos parecer que si aquellas traiciones dejábamos pasar sin castigo, que en cualquiera parte nos tratarian otras peores: y pues que estábamos allí en aquel gran pueblo é habia hartos bastimentos, les diésemos guerra, porque más la sentirian en sus casas que no en el campo, y que luego apercibiésemos á los tlaxcaltecas que se hallasen en ello. Y á todos pareció bien este postrer acuerdo, y fué desta manera: que ya que les habia dicho Cortés que nos habiamos de partir para otro dia, que hiciésemos que liábamos nuestro hato (que era harto poco), y que unos grandes patios que habia donde posábamos, estaban con altas cercas, que diésemos en los indios de guerra, pues aquello era su merecido, y que con los embajadores de Montezuma disimulásemos y les dijésemos que los malos de los cholultecas han querido hacer una traicion y echar la culpa della á su señor Montezuma é á ellos mismos como sus embajadores, lo cual no creíamos que tal mandase hacer, y que les rogábamos que se estuviesen en el aposento de nuestro capitan, é no tuviesen mas pláticas con los de aquella ciudad, porque no nos den que pensar que andan juntamente con ellos en las traiciones, y para que se vayan con nosotros á México

por guias: y respondieron, que ellos, ni su señor Montezuma no saben cosa ninguna de lo que les dicen, y aunque no quisieron les pusimos guardas, porque no se fuesen sin licencia, y porque no supiese Montezuma que nosotros sabiamos que él era quien los habia mandado hacer: é aquella noche estuvimos muy apercebidos y armados y los caballos ensillados y enfrenados, con grandes velas y rondas, que esto siempre lo teniamos de costumbre, porque tuvimos por cierto que todas las capitanías, así de mexicanos, comò de cholultecas, aquella noche habian de dar sobre nosotros: y una india vieja, mujer de un cacique, como sabia el concierto y trama que tenian ordenado, vino secretamente á doña Marina nuestra lengua, y como la vió moza, y de buen parecer, y rica, le dijo y aconsejó que se fuese con ella á su casa, si queria escapar la vida, porque ciertamente aquella noche, ó otro dia nos habian de matar á todos; porque ya estaba así mandado y concertado por el gran Montezuma, para que entre los de aquella ciudad, y los mexicanos se juntasen, y no quedase ninguno de nosotros á vida, ó nos llevasen atados á México: y porque sabe esto, y por mancilla que tenia de la doña Marina, se lo venia á decir, y que tomase todo su hato y se fuese con ella á su casa, y que allí la casaria con un su hijo, hermano de otro mozo que traía la vieja que le acompañaba. E como lo entendió la doña Marina, y en todo era muy avisada, le dijo:

¡ó madre, que mucho tengo que agradeceros eso que me decís! yo me fuera ahora, sino que no tengo de quien fiarme para llevar mis mantas y joyas de oro, que es mucho. Por vuestra vida, madre, que aguardeis un poco vos, y vuestro hijo, y esta noche nos irémos, que ahora ya veis que estos teules estan velando y sentirnos han: y la vieja creyó lo que la decia, y quedóse con ella platicando, y le preguntó que de qué manera nos habian de matar, é cómo é cuándo se hizo el concierto: y la vieja se lo dijo ni más ni ménos que lo habian dicho los dos papas: é respondió la doña Marina: pues cómo siendo tan secreto ese negocio, lo alcanzastes vos á saber? dijo, que su marido se lo habia dicho, que es capitan de una parcialidad de aquella ciudad, y como tal capitan está ahora con la gente de guerra que tiene á cargo, dando órden para que se junten en las barrancas con los escuadrones del gran Montezuma, y que cree estarán juntos esperando para cuando fuésemos, y que allí nos matarian, y que esto del concierto, que lo sabia tres dias habia, porque de México enviaron á su marido un atambor dorado, é á otras tres capitanías tambien les envió ricas mantas, y joyas de oro, porque nos llevasen á todos á su señor Montezuma; y la doña Marina como lo oyó, disimuló con la vieja, y dijo: ó cuánto me huelgo en saber que vuestro hijo, con quien me quereis casar, es persona principal. Mucho hemos estado hablando, no querria que nos sintiesen,

por eso madre, aguardad aquí, comenzaré á traer mi hacienda, porque no lo podré sacar todo junto, é vos, é vuestro hijo mi hermano lo guardaréis, y luego nos podremos ir: y la vieja todo se lo creía, y sentóse de reposo la vieja, ella y su hijo, y la doña Marina entra de presto donde estaba el capitan Cortés, y le dice todo lo que pasó con la india: la cual luego la mandó traer ante él, y la tornó á preguntar sobre las traiciones y conciertos, y le dijo ni más ni ménos que los papas, y le pusieron guardas, porque no se fuese, y cuando amaneció era cosa de ver la priesa que traían los caciques y papas con los indios de guerra con muchas risadas, y muy contentos, como si ya nos tuvieran metidos en el garlito é redes, é trujeron mas indios de guerra que les pedimos, que no cupieron en los patios, por muy grandes que son, que aun todavía se están sin deshacer por memoria de lo pasado: é por bien de mañana que vinieron los cholultecas con la gente de guerra, ya todos nosotros estábamos muy á punto para lo que se habia de hacer, y los soldados de espada y rodela puestos á la puerta del gran patio para no dejar salir á ningun indio de los que estaban con armas, y nuestro capitan tambien estaba á caballo acompañado de muchos soldados para su guarda: y cuando vió que tan de mañana habian venido los caciques, y papas, y gente de guerra, dijo: qué voluntad tienen estos traidores de vernos entre las barrancas para se hartar de nues-

tras carnes: mejor lo hará nuestro Señor: y preguntó por los dos papas que habian descubierto el secreto, y le dijeron que estaban á la puerta del patio con otros caciques que querian entrar, y mandó Cortés á Aguilar nuestra lengua, que les dijesen que se fuesen á sus casas, é que ahora no tenian necesidad de ellos, y esto fué por causa, que pues nos hicieron buena obra, no recibiesen mal por ella, porque no los matasen: é como Cortés estaba á caballo, é doña Marina junto á él, comenzó á decir á los caciques y papas, que sin hacelles enojo ninguno, ¿á qué causa nos querian matar la noche pasada? é que si les hemos hecho, ó dicho cosa para que nos tratasen aquellas traiciones, mas de amonestalles las cosas que á todos los mas pueblos por donde hemos venido, les decimos que no sean malos ni sacrifiquen hombres, ni adoren sus ídolos, ni coman las carnes de sus prójimos; que no sean sométicos, é que tengan buena manera en su vivir, y decirles las cosas tocantes á nuestra santa fe, y esto sin apremialles en cosa ninguna: é á qué fin tienen ahora nuevamente aparejadas muchas varas largas y recias como colleras, y muchos cordeles en una casa junto al gran cu: é por qué han hecho de tres dias acá albarradas en las calles, é hoyos, é pertrechos en las azuteas: é por qué han sacado de su ciudad sus hijos é mujeres, y hacienda: é que bien se ha parecido su mala voluntad, y las traiciones que nos la pudieron encubrir, que aun de co-

mer no nos daban, que por burla traían agua y leña, y decian que no habia maíz: y que bien sabe que tienen cerca de allí en unas barrancas muchas capitanías de guerreros esperándonos, creyendo que habiamos de ir por aquel camino á México para hacer la traicion que tienen acordada, con otra mucha gente de guerra que esta noche se ha juntado con ellos: que pues en pago de que los venian á tener por hermanos, é decilles lo que Dios nuestro Señor, y el rey manda, nos querian matar, é comer nuestras carnes, que ya tenian aparejadas las ollas con sal é ají, é tomates: que si esto querian hacer, que fuera mejor que nos dieran guerra, como esforzados y buenos guerreros en los campos, como hicieron sus vecinos los tlazcaltecas: é que sabe por muy cierto lo que tenian concertado en aquella ciudad, y aun prometido á su ídolo abogado de la guerra, y que le habian de sacrificar veinte de nosotros delante del ídolo, y tres noches ántes ya pasadas que le sacrificaron siete indios, porque les diese victoria: la cual les prometió, é como es malo é falso, no tiene ni tuvo poder contra nosotros, y que todas estas maldades y traiciones que han tratado y puesto por obra han de caer sobre ellos, y esta razon se lo decia doña Marina, y se lo daba muy bién á entender: y como lo oyeron los papas y caciques y capitanes, dijeron, que así es verdad lo que les dice, y que dello no tienen culpa, porque los embajadores de Montezuma lo ordenaron por mandado

de su señor. Entónces les dijo Cortés, que tales traiciones como aquellas, que mandan las leyes reales que no queden sin castigo, é que por su delito que han de morir: é luego mandó soltar una escopeta, que era la señal que teniamos apercibida para aquel efecto, y se les dió una mano, que se les acordará para siempre, porque matamos muchos dellos, y otros se quemaron vivos, que no les aprovechó las promesas de sus falsos ídolos: y no tardaron dos horas que no llegaron allí nuestros amigos los tlaxcaltecas que dejamos en el campo, como ya he dicho otra vez, y peleaban muy fuertemente en las calles donde los cholultecas tenian otras capitanías defendiéndolas, porque no les entrásemos: y de presto fueron desbaratadas, y iban por la ciudad robando y cautivando, que no los podiamos detener; y otro dia vinieron otras capitanías de las poblaciones de Tlaxcala, y les hacian grandes daños porque estaban muy mal con los de Cholula: y como aquello vimos, así Cortés, como los demás capitanes y soldados, por mancilla que hubimos dellos, detuvimos á los tlaxcaltecas que no hiciesen mas mal: y Cortés mandó á Pedro de Alvarado, y á Christóval de Oli, que le trujesen todas las capitanías de Tlaxcala para les hablar, y no tardaron de venir, y les mandó que recogiesen toda su gente y que se estuviesen en el campo, y así lo hicieron, que no quedó con nosotros sino los de Cempoal: y en aqueste instante vinieron ciertos caciques y

papas cholultecas que eran de otros barrios, que no se hallaron en las traiciones, segun ellos decian (que como es gran ciudad, era bando y parcialidad por sí) y rogaron á Cortés, y á todos nosotros que perdonásemos el enojo de las traiciones que nos tenian ordenadas, pues los traidores habian pagado con las vidas: y luego vinieron los dos papas amigos nuestros que nos descubrieron el secreto, y la vieja mujer del capitan que queria ser suegra de doña Marina (como ya he dicho otra vez) y todos rogaron á Cortés fuesen perdonados, Y Cortés cuando se lo decian mostró tener grande enojo, y mandó llamar á los embajadores de Montezuma, que estaban detenidos en nuestra compañía, y dijo, que puesto que toda aquella ciudad merecia ser asolada, y que pagaran con las vidas, que teniendo respeto á su señor Montezuma, cuyos vasallos son, los perdona, é que de ahí adelante que sean buenos, é no les acontezca otra como la pasada, que morirán por ello. Y luego mandó llamar los caciques de Tlaxcala que estaban en el campo, é les dijo que volviesen los hombres y mujeres que habian cautivado, que bastaban los males que habian hecho. Y puesto que se les hacia de mal de volvello, é decian, que de muchos mas daños eran merecedores, por las traiciones que siempre de aquella ciudad han recibido; por mandallo Cortés volvieron muchas personas: mas ellos quedaron desta vez ricos, así de oro, é mantas, é algodon, y sal é es-

clavos. Y demás desto Cortés los hizo amigos con los de Cholula, que á lo que despues ví é entendí jamás quebraron las amistades: é mas les mandó á todos los papas é caciques cholultecas que poblasen su ciudad, é que hiciesen tiangues, é mercados, é que no hubiesen temor, que no se les haria enojo ninguno: y respondieron que dentro en cinco dias harian poblar toda la ciudad, porque en aquella sazon todos los mas vecinos estaban amontonados, é dijeron que temian que Cortés los nombrase cacique, porque el que solia mandar, fué uno de los que murieron en el patio. E luego preguntó, que á quién le venia el cacicazgo, é dijeron que á un su hermano: al cual luego le señaló por gobernador, hasta que otra cosa fuese mandada. Y demás desto, desque vió la ciudad poblada, y estaban seguros en sus mercados, mandó que se juntasen los papas y capitanes con los demás principales de aquella ciudad, y se les dió á entender muy claramente todas las cosas tocantes á nuestra santa fe, é que dejasen de adorar ídolos, y no sacrificasen, ni comiesen carne humana, ni se robasen unos á otros, ni usasen las torpedades que solian usar, y que mirasen que sus ídolos los traen engañados, y que son malos, y no dicen verdad: é que tuviesen memoria, que cinco dias habia las mentiras que les prometieron, que les darian vitoria, cuando sacrificaron las siete personas: é cómo todo cuanto dicen á los papas, é á ellos, es todo malo, é que los rogaba que luego

los derrocasen é hiciesen pedazos, é si ellos no querian, que nosotros los quitariamos, é que hiciesen encalar uno como humilladero, donde pusimos una cruz. Lo de la cruz luego lo hicieron, y respondieron, que quitarian los ídolos; y puesto que se lo mandó muchas veces que los quitasen lo dilataban. Y entónces dijo el padre de la Merced á Cortés, que era por demás á los principios quitalles sus ídolos, hasta que vayan entendiendo mas las cosas y ver en qué paraba nuestra entrada en México, y el tiempo nos diria lo que habiamos de hacer, que al presente bastaba las amonestaciones que se les habia hecho, y ponelles la cruz. Dejaré de hablar desto, y diré cómo aquella ciudad está asentada en un llano, y en parte, é sitio, donde están muchas poblaciones cercanas, que es Tepeaca, Tlaxcala, Chalco, Tecamachalco, Guaxocingo, é otros muchos pueblos, que por ser tantos, aquí no los nombro: y es tierra de maíz, é otras legumbres, é de mucho ají, é toda llena de maizales, que es de lo que hacen el vino, é hacen en ella muy buena loza de barro colorado, é prieto, é blanco de diversas pinturas, é se bastece della México, y todas las provincias comarcanas: digamos ahora cómo en Castilla lo de Talavera, ó Palencia. Tenia aquella ciudad en aquel tiempo sobre cien torres muy altas, que eran cues, é adoratorios, donde estaban sus ídolos, especial el cu mayor era de mas altor que el de México, puesto que era muy suntuoso y alto

el cu mexicano, y tenia otros cien patios para el servicio de los cues: y segun entendimos, habia allí un ídolo muy grande, el nombre dél no me acuerdo, mas entre ellos tenian gran devocion, y venian de muchas partes á le sacrificar, é á tener como á manera de novenas, y le presentaban de las haciendas que tenian. Acuérdome, que cuando en aquella ciudad entramos, que cuando vimos tan altas torres, y blanquear nos pareció al propio Valladolid (1.) Dejemos de hablar de esta ciudad,

(1) "Esta ciudad de Cholula, *dice Cortés,* está asentada en un llano y tiene hasta veinte mil vecinos dentro del cuerpo de la ciudad, y tiene de arrabales otras tantas." *De su terreno dice:* "Es la ciudad mas á propósito para vivir españoles, que yo he visto de los puertos acá; porque tiene algunos baldíos, y aguas para criar ganados, lo que no tienen ningunas de cuantas hemos visto; porque es tanta la multitud de la gente, que en estas partes mora, que ni un palmo de tierra hay, que no esté labrado, y aun con todo en muchas partes padecen necesidad por falta de pan." *Del traje cuenta:* "La gente de ésta ciudad es mas vestida que los de Tascaltecal, porque los honrados ciudadanos de ella todos traen albornoces encima de la otra ropa, aunque son diferenciados de los de Africa, porque tienen maneras; pero en la hechura, y tela, y los rapacejos son muy semejables.—*Cortés, Carta II.*" Por la descripcion de las tierras y pueblos que los españoles encontraban en su tránsito y expediciones, puede formarse juicio de la riqueza, poder, poblacion, agricultura y artes de los americanos. En la misma carta deja dicho Cortés que Cempoala, que llamó *Sevilla,* su sierra y provincia serian hasta cincuenta mil hombres de guerra. Antes de concluir la paz con Tlaxcala, cuenta que en una salida que hizo para correr los alrededores

y todo lo acaecido en ella, y digamos cómo los escuadrones que habia enviado el gran Montezuma, que estaban ya puestos entre los arcabuezos que están cabe Cholula, y tenian hechos mamparos y callejones para que no pudiesen correr los caballos

entró en varios pueblos, uno dellos tan grande, que por matrícula ó visitacion que mandó hacer halló veinte mil casas. Del territorio de la república de Tlaxcala refiere que por visitacion que mandó hacer halló quinientos mil vecinos con otra provincia mas pequeña que está junto á ella que se decia Guasincango. Es notable la descripcion que hace de la capital de Tlaxcala. "La cual ciudad, dice, es tan grande, y de tanta admiracion, que aunque mucho de lo que ella podria decir deje, lo poco que diré creo es casi increible, porque es muy mayor que Granada, y muy mas fuerte, y de tan buenos edificios, y de muy mucha más gente que Granada tenia al tiempo que se ganó; y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra, que es de pan, y de aves, y caza, y pescado de los rios, y de otras legumbres, y cosas que ellos comen muy buenas. Hay en esta ciudad un mercado en que cuotidianamente todos los dias hay en él de treinta mil ánimas arriba vendiendo y comprando, sin otros muchos mercadillos que hay por la ciudad en partes. En este mercado hay todas cuantas cosas, así de mantenimiento, como de vestido, y calzado que ellos tratan, y puede haber. Hay joyerías de oro y plata, y piedras, y de otras joyas de plumaje, tan bien concertado como puede ser en todas las plazas, y mercados del mundo: hay mucha loza de todas maneras, y muy buena, y tal como la mejor de España. Venden mucha leña y carbon, y yerbas de comer, y medicinales. Hay casas donde lavan las cabezas como barberos, y las rapan, hay baños. Finalmente que entre ellos hay toda manera de buena órden, y policía; y es gente de toda razon y concierto, y tal que lo mejor de Africa no se le iguala. Es esta provin-

como lo tenian concertado (como ya otra vez he dicho), é como supieron lo acaecido se vuelven mas que de paso para México y dan relacion á su Montezuma, segun y de la manera que todo pasó; y por presto que fueron ya teniamos la nueva de dos prin-

cia de muchos valles llanos, y hermosos, y todos labrados, y sembrados, sin haber en ellos cosa vacua. Tiene en torno la provincia noventa leguas y más.—*Cortés, Carta II.*" No debe parecer inverisímil una poblacion tan crecida en estos paises. Aunque carecian de animales domésticos, como del buey, asno, mula y caballo, esta misma privacion era el fundamento de tanta multitud por una razon muy natural: sin animales domésticos ni para la labor de las tierras, ni para el tragino, hacian los hombres lo que en Europa hacen las bestias: mantenian hombres con las producciones, que habian de sustentar á los irracionales: la mitad ó gran parte de las tierras cultivadas en la Europa se ocupan en granos y frutos con que sostener el ganado de la labor, las bestias de arriería, las de regalo y lujo, y las que sirven en los ejércitos. Todos los terrenos cultivados servian entre los americanos para alimento de los hombres; por otra parte, segun se llega á entender de Cortés poseían el arte del riego. Veremos en Cortés y Castillo que la industria, esto es, aquellas ocupaciones que distrayendo al hombre de la agricultura le emplean en otras fatigas, estaban ejercitadas en el imperio de México por innumerables brazos. Grande industria, y en una nacion grande, no puede existir sin grande agricultura; grandes ciudades, corte populosa, no se suelen hallar sino sobre la base de un gran cultivo de la tierra. En las naciones salvajes, y en los pueblos pastores no son regulares estas reuniones fijas de multitudes de hombres. Creo que este discurso disuelve cualquier dificultad que se haga sobre la poblacion numerosa que los españoles encontraron en varios paises de América.

cipales, que con nosotros estaban, que fueron en posta: y supimos muy de cierto que cuando lo supo Montezuma que sintió gran dolor y enojo, é que luego sacrificó ciertos indios á su ídolo Huichilobos (que le tenia por dios de la guerra), porque les dijese en qué habia de parar nuestra ida á México ó si nos dejaria entrar en su ciudad. Y aun supimos que estuvo encerrado en sus devociones y sacrificios dos dias juntamente con diez papas los mas principales: y hubo respuesta de aquellos ídolos, que tenian por dioses, y fué que le aconsejaron que nos enviase mensajeros á disculpar de lo de Cholula, y que con muestras de paz nos deje entrar en México, y que estando dentro, con quitarnos la comida é agua, ó alzar cualquiera de las puentes, nos mataria; y que en un dia, si nos daba guerra, no quedaria ninguno de nosotros á vida, y que allí podria hacer sus sacrificios así al Huichilobos, que les dió esta respuesta, como á Tezcatepuca, que tenian por dios del infierno, é se hartarian de nuestros muslos y piernas y brazos; y de las tripas y el cuerpo y todo lo demás, hartarian las culebras y serpientes é tigres que tenia en unas casas de madera, como adelante diré en su tiempo y lugar. Dejemos de hablar de lo que Montezuma sintió de lo sobredicho, y digamos cómo esta cosa ó castigo de Cholula fué sabido en todas las provincias de la Nueva-España; y si de ántes teniamos fama de esforzados y habian sabido de las guerras de Potonchan, y Tabasco, y

Cingapancinga, y lo de Tlaxcala, y nos llamaban teules, que es nombre como sus dioses ó cosas malas, desde ahí adelante nos tenian por adivinos, y decian que no se nos podria encubrir cosa ninguna mala que contra nosotros tratasen, que no lo supiésemos, y á esta causa nos mostraban buena voluntad. Y creo que estarán hartos los curiosos lectores de oir esta relacion de Cholula, é ya quisiera habella acabado de escribir. Y no puedo dejar de traer aquí á la memoria las redes de maderos gruesos que en ella hallamos, las cuales tenian llenas de indios y muchachos á cebo para sacrificar y comer sus carnes, las cuales redes quebramos y los indios que en ellas estaban presos les mandó Cortés que se fuesen adonde eran naturales, y con amenazas mandó á los capitanes y papas de aquella ciudad que no tuviesen más indios de aquella manera, ni comiesen carne humana, y así lo prometieron. Mas ¿qué aprovechaban aquellos prometimientos, que no lo cumplian? Pasemos ya adelante, y digamos que aquestas fueron las grandes crueldades que escribe y nunca acaba de decir el señor obispo de Chiapa don fray Bartolomé de las Casas, porque afirma y dice que sin causa ninguna, sino por nuestro pasatiempo y porque se nos antojó, se hizo aquel castigo (1). Y tambien quiero decir que unos buenos religiosos franciscos, que fueron los primeros

(1) El derecho de la guerra y el de la propia defensa, tanto mas rigurosa cuanto es mayor el riesgo, justifica la conduc-

frailes que su majestad envió á esta Nueva-España despues de ganado México, segun adelante diré, fueron á Cholula para saber y pesquisar, é inquirir, cómo y de qué manera pasó aquel castigo, é por qué causa. E la pesquisa que hicieron fué con los mismos papas é viejos de aquella ciudad, y despues de bien sabido dellos mismos, hallaron ser ni más ni ménos que en esta mi relacion escribo; y si no se hiciera aquel castigo, nuestras vidas estaban en harto peligro, segun los escuadrones y capitanías tenian de guerreros mexicanos y de los naturales de Cholula, é albarradas é pertrechos; que si allí por nuestra desdicha nos mataran, esta Nueva-España no se ganara tan presto, ni se atreviera á venir otra armada; é ya que viniera, fuera con gran trabajo porque les defenderian los puertos, y se estuvieran siempre en sus idolatrías. Yo he oído decir á un fraile francisco de buena vida, que se decia fray Toribio Motelmea, que si se pudiera excusar aquel castigo y ellos no dieran causa á que se hiciese, que mejor fuera; mas ya que se hizo, que fué bueno, para que los indios de todas las provincias de la Nueva-España viesen y conociesen que aquellos ídolos y todos los demás son malos y mentirosos; y que viendo que lo que les habia prometido salió al revés, que perdiesen la devocion que ántes tenian con ellos, y que desde allí en adelan-

ta de Cortés contra los de Cholula, que habrian acabado con los españoles sin esta prevencion.

te no le sacrificaban ni venian en romería de otras partes como solian; y desde entónces no curaron mas dél y le quitaron del alto *cu* donde estaba y lo escondieron ó quebraron, que no pareció más, y en su lugar habian puesto otro ídolo. Dejémoslo ya y diré lo que más adelante hicimos.

CAPITULO LXXXIV.

De ciertas pláticas é mensajeros que enviamos al gran Montezuma.

Como habian pasado ya catorce dias que estábamos en Cholula y no teniamos en qué entender, y vimos que quedaba aquella ciudad muy poblada é hacian mercados, é habiamos hecho amistades entre ellos y los de Tlaxcala, é les teniamos puesto una cruz, é amonestádoles las cosas tocantes á nuestra santa fe, y viamos que el gran Montezuma enviaba á nuestro real espías encubiertamente á saber é inquirir qué era nuestra voluntad é si habiamos de pasar adelante para ir á su ciudad, porque todo lo alcanzaba á saber muy enteramente por dos embajadores que estaban en nuestra compañía, acordó nuestro capitan de entrar en consejo con ciertos capitanes é algunos soldados que sabia que le tenian buena voluntad, y porque demás de ser muy esfor-

zados eran de buen consejo, porque ninguna cosa hacia sin primero tomar sobre ello nuestro parecer. Y fué acordado, que blanda y amorosamente enviásemos á decir al gran Montezuma que para cumplir con lo que nuestro rey y señor nos envió á estas partes, hemos pasado muchos mares é remotas tierras solamente para le ver é decille cosas que le serian muy provechosas cuando las haya entendido: que viniendo que veniamos camino de su ciudad, porque sus embajadores nos encaminaron por Cholula, que dijeron que eran sus vasallos, é que dos dias los primeros que en ella entramos nos recibieron muy bien, é para otro dia tenian ordenada una traicion con pensamiento de matarnos. Y porque somos hombres que tenemos tal calidad que no se nos puede encubrir cosa de trato ni traicion ni maldad que contra nosotros quieran hacer, que luego no lo sepamos, é que por esta causa castigamos algunos de los que querian ponerlo por obra; é que porque supo que eran sus sujetos, teniendo respeto á su persona y á nuestra gran amistad, dejó de matar y asolar todos los que fueron en pensar en la traicion: y lo peor de todo es que dijeron los papas é caciques que por consejo é mandado dél y de sus embajadores lo querian hacer, lo cual nunca creimos que tan gran señor como él es, tal mandase, especialmente habiéndose dado por nuestro amigo. Y tenemos colegido de su persona, que ya que tan mal pensamiento sus ídolos le pusiesen de darnos

guerra, que seria en el campo; mas en tanto teniamos que pelease en campo como en poblado, que de dia que de noche, porque los matariamos á quien tal pensase hacer. Mas como lo tiene por grande amigo y le desea ver y hablar, luego nos partimos para su ciudad á dalle cuenta muy por entero de lo que el rey nuestro señor nos mandó. Y como el Montezuma oyó esta embajada y entendió que por lo de Cholula no le poniamos culpa, oímos decir que tornó á entrar con sus papas en ayunos é sacrificios que hicieron á sus ídolos para que se tornase á retificar que si nos dejaria entrar en su ciudad ó no, y si se lo tornaba á mandar como lo habia dicho otra vez. Y la respuesta que les tornó á dar fué como la primera, y que de hecho nos deje entrar y que dentro nos mataria á su voluntad. Y más le aconsejaron sus capitanes y papas, que si ponia estorbo en la entrada que le hariamos guerra en los pueblos sus sujetos, teniendo como teniamos por amigos á los tlaxcaltecas y todos los totonaques de la sierra é otros pueblos que habian tomado nuestra amistad, y por excusar estos males, que mejor y mas sano consejo es el que les ha dado su Huichilobos. Dejemos de más decir de lo que Montezuma tenia acordado, é diré lo que sobre ello hizo, y cómo acordamos de ir camino de México: y estando de partida llegaron mensajeros de Montezuma con un presente, y lo que envió á decir.

CAPITULO LXXXV.

Cómo el gran Montezuma envió un gran presente de oro, y lo que envió á decir, y cómo acordamos ir camino de México, y lo que mas acaeció.

Como el gran Montezuma hubo tomado otra vez consejo con sus Huichilobos é papas é capitanes, y todos le aconsejaron que nos dejase entrar en su ciudad é que allí nos matarian á su salvo, y despues que oyó las palabras que le enviamos á decir acerca de nuestra amistad é tambien otras razones bravosas cómo somos hombres que no se nos encubre traicion que contra nosotros se trate que no lo sepamos, y que en lo de la guerra que eso se nos da que sea en el campo ó en poblado, que de noche ó de dia, ó de otra cualquier manera, é como habia entendido las guerras de Tlaxcala é habia sabido lo de Potonchan, é Tabasco, é Cingapacinga, é agora lo de Cholula, estaba asombrado y aun temero-

so; y despues de muchos acuerdos que tuvo envió seis principales con un presente de oro, y joyas de mucha diversidad de hechuras, que valdria, á lo que juzgaban, sobre dos mil pesos; y tambien envió ciertas cargas de mantas muy ricas de primas labores: é cuando aquellos principales llegaron ante Cortés con el presente, besaron la tierra con la mano, y con gran acato como entre ellos se usa, dijeron: Malinche, nuestro señor el gran Montezuma te envia este presente, y dice que lo recibas con el amor grande que te tiene é á todos vuestros hermanos, é que le pesa del enojo que les dieron los de Cholula, é quisiera que los castigara más en sus personas, que son malos y mentirosos, é que las maldades que ellos querian hacer le echaban á él la culpa é á sus embajadores; é que tuviésemos por muy cierto que era nuestro amigo, é que vamos á su ciudad cuando quisiéremos; que puesto que él nos quiere hacer mucha honra, como á personas tan esforzadas y mensajeros de tan alto rey como decís que es, é porque no tiene que nos dar de comer, que á la ciudad se lleva todo el bastimento de acarreo, por estar en la laguna poblados, no lo podia hacer tan cumplidamente; mas que él procurará de hacernos toda la más honra que pudiere, y que por los pueblos por donde habiamos de pasar que él ha mandado que nos den lo que hubiéremos menester; é dijo otros muchos cumplimientos de palabra. Y como Cortés lo entendió por nuestras lenguas,

recibió aquel presente con muestras de amor, é abrazó á los mensajeros y les mandó dar ciertos diamantes torcidos, é todos nuestros capitanes é soldados nos alegramos con tan buenas nuevas, é mandarnos que vamos á su ciudad, porque de dia en dia lo estábamos deseando todos los mas soldados, especial los que no dejábamos en la isla de Cuba bienes ningunos é habiamos venido dos veces á descubrir primero que Cortés. Dejemos esto y digamos cómo el capitan les dió buena respuesta y muy amorosa, y mandó que se quedasen tres mensajeros de los que vinieron con el presente, para que fuesen con nosotros por guias, y los otros tres volvieron con la respuesta á su señor y les avisaron que ya íbamos camino. Y despues que aquella nuestra partida entendieron los caciques mayores de Tlaxcala, que se decian Xicotenga el viejo é ciego y Maseescaci (los cuales he nombrado otras veces), les pesó en el alma, é enviaron á decir á Cortés que ya le habian dicho muchas veces que mirase lo que hacia é se guardase de entrar en tan grande ciudad, donde habia tantas fuerzas y tanta multitud de guerreros, porque un dia ó otro nos darian guerra, é temian que no podriamos salir con las vidas, é que por la buena voluntad que nos tienen que ellos quieren enviar diez mil hombres, con capitanes esforzados, que vayan con nosotros con bastimento para el camino. Cortés les agradeció mucho su buena voluntad, y les dijo que no era

justo entrar en México con tanta copia de guerreros, especialmente siendo tan contrarios los unos de los otros; que solamente habia menester mil hombres para llevar los tepuzques é fardaje é para adobar algunos caminos. Ya he dicho otra vez que tepuzques en estas partes dicen por los tiros, que son de hierro, que llevábamos; y luego despacharon los mil indios muy apercebidos; é ya que estábamos muy á punto para caminar, vinieron á Cortés los caciques é todos los más principales guerreros de Cempoal (que andaban en nuestra compañía y nos sirvieron muy bien y lealmente), é dijeron que se querian volver á Cempoal y que no pasarian de Cholula adelante para ir á México, porque cierto tenian que si allá iban que habian de morir ellos y nosotros, é que el gran Montezuma los mandaria matar, porque eran personas muy principales de los de Cempoal que fueron en quitalles la obediencia, é en que no se le diese tributo, y en aprisionar sus recaudadores cuando hubo la rebelion ya por mí otra vez escrita en esta relacion. Y como Cortés les vió que con tanta voluntad le demandaban aquella licencia, les respondió con doña Marina é Aguilar: que no hubiesen temor ninguno de que recibirian mal ni daño; é que pues iban en nuestra compañía, ¿que quién habia de ser osado á los enojar á ellos ni á nosotros? E que les rogaba que mudasen su voluntad é que se quedasen con nosotros, y les prometió que les haria ricos. E por más que se lo

rogó Cortés, é doña Marina se lo decia muy afectuosamente, nunca quisieron quedar, sino que se querian volver. E como aquello vió Cortés, dijo: Nunca Dios quiera que nosotros llevemos por fuerza á esos indios que tan bien nos han servido. Y mandó traer muchas cargas de mantas ricas é se las repartió entre todos, é tambien envió al cacique gordo (nuestro amigo, señor de Cempoal), dos cargas de mantas para él y para su sobrino Cuesco, que así se llamaba otro gran cacique; y escribió al tiniente Juan de Escalante (que dejábamos por capitan, y era en aquella sazon alguacil mayor), todo lo que nos habia acaecido y cómo ya íbamos camino de México, é que mirase muy bien por todos los vecinos; é se velase, que siempre estuviese de dia é de noche con gran cuidado, que acabase de hacer la fortaleza é que á los naturales de aquellos pueblos que los favoreciese contra mexicanos, y no les hiciese agravio, ni ningun soldado de los que con él estaban: y escritas estas cartas y partidos los de Cempoal, comenzamos de ir nuestro camino muy apercebidos.

CAPITULO LXXXVI.

Cómo comenzamos á caminar para la ciudad de México, y de lo que en el camino nos avino, y lo que Montezuma envió á decir.

Así como salimos de Cholula con gran concierto, como lo teniamos de costumbre, los corredores del campo á caballo, descubriendo la tierra, y peones muy sueltos juntamente con ellos, para si algun paso malo ó embarazo hubiese se ayudasen los unos á los otros, é nuestros tiros muy á punto, é escopetas, é ballesteros, é los de á caballo de tres en tres, para que se ayudasen, é todos los mas soldados en gran concierto. No sé yo para que lo traigo tanto á la memoria, sino que en las cosas de la guerra, por fuerza hemos de hacer relacion dello, para que se vea cuál andábamos la barba sobre el hombro. E así caminando, llegamos aquel dia á unos ranchos, que están en una como serrezuela, que es poblacion de

Guaxocingo, que me parece que se dicen los ranchos de Iscalpan, cuatro leguas de Cholula: é allí vinieron luego los caciques y papas de los pueblos de Guaxocingo, que estaban cerca, é eran amigos, é confederados de todos los de Tlaxcala; y tambien vinieron otros pueblezuelos que están poblados á las haldas del volcan, que confinan con ellos: y trujeron todos mucho bastimento, y un presente de joyas de oro de poca valía, y dijeron á Cortés que recibiese aquello, y no mirase á lo poco que era, sino á la voluntad con que se lo daban: y le aconsejaron que no fuese á México, que era una ciudad muy fuerte y de muchos guerreros, y que correriamos mucho peligro, é que ya que íbamos, que subido aquel puerto, que habia dos caminos muy anchos, y que el uno iba á un pueblo que se dice Chalco, y el otro Talmalanco, que era otro pueblo, y entramos sujetos á México; y que el un camino estaba muy barrido y limpio, para que vamos por él, y que el otro camino lo tienen ciego, y cortados muchos árboles muy gruesos, y grandes pinos, porque no puedan ir caballos, ni pudiésemos pasar adelante: y que abajado un poco de la sierra, por el camino que tenian limpio, creyendo que habiamos de ir por él, que tenian cortado un pedazo de la sierra, y habia allí mamparos, é albarradas: é que han estado en el paso ciertos escuadrones mexicanos, para nos matar, é que nos aconsejaban que no fuésemos por el que estaba limpio, sino por don-

de estaban los árboles atravesados, é que ellos nos darán mucha gente que lo desembaracen: é pues que iban con nosotros los tlaxcaltecas, que todos quitarian los árboles, é que aquel camino salia á Talmalanco: é Cortés recibió el presente con mucho amor, y les dijo, que les agradecia el aviso que le daban, y con el ayuda de Dios, que no dejará de seguir su camino, é que irá por donde le aconsejaban. E luego otro dia bien de mañana comenzamos á caminar, é ya era cerca de mediodía cuando llegamos en lo alto de la sierra, donde hallamos los caminos ni más ni ménos que los de Guaxocingo dijeron: y allí reparamos un poco, y aun nos dió que pensar en lo de los escuadrones mexicanos, y en la sierra cortada donde estaban las albarradas de que nos avisaron. Y Cortés mandó llamar á los embajadores del gran Montezuma, que iban en nuestra compañía, y les preguntó, que cómo estaban aquellos dos caminos de aquella manera, el uno muy limpio y barrido, y el otro lleno de árboles cortados nuevamente? y respondieron, que porque vamos por el limpio que sale á una ciudad que se dice Chalco, donde nos harán buen recebimiento, que es de su señor Montezuma; y que el otro camino que le pusieron aquellos árboles, y le cegaron, porque no fuésemos por él, que hay malos pasos é se rodea algo para ir á México, que sale á otro pueblo que no es tan grande como Chalco (1);

(1) El pueblo principal de la provincia de Chalco, con las

entónces dijo Cortés que queria ir por el que estaba embarazado, é comenzamos á subir la sierra puestos en gran concierto, y nuestros amigos apartando los árboles muy grandes y gruesos, por donde pasamos con gran trabajo, y hasta hoy están algunos dellos fuera del camino: y subiendo á lo mas alto, comenzó á nevar, y se cuajó de nieve la tierra, é caminamos la sierra abajo, y fuimos á dormir á unas caserías que eran como á manera de aposentos, ó mesones donde posaban indios mercaderes, é tuvimos bien de cenar, é con gran frio pusimos nuestras velas, y rondas, é escuchas, y aun corredores del campo (1); é otro dia comenzamos á caminar, é á hora de misas mayores llegamos á un pueblo, que ya he dicho que se dice Talmalanco, y nos recibieron bien, é de comer no faltó: é como supieron de otros pueblos de nuestra llegada, luego vinieron los de Chalco, é se juntaron con los de Talmalanco, é á Mecameca, é Acingo, donde están las canoas, que es puerto dellos, é otros pueblezuelos, que ya no se me acuerda el nombre de-

aldeas que habia á dos leguas de él, tenia mas de veinte mil vecinos.—*Cortés, Carta II.*

(1) Desde estas sierras, *dice Cortés*, que se descubrian los llanos de Culúa, y la gran ciudad de Temixtitan, y las lagunas que hay en dicha provincia. Los llanos, refiere en otra parte, que tenian en torno hasta setenta leguas, rodeados de sierras, y en ellos dos grandes lagunas, donde están la capital y otras muchas ciudades.—*Cortés, Carta II.* Esto debia ofrecer á los españoles una maravillosa perspectiva.

llos: y todos juntos trujeron un presente de oro, y dos cargas de mantas, é ocho indias, que valdria el oro sobre ciento y cincuenta pesos, y dijeron: Malinche, recibe estos presentes que te damos, y tennos de aquí adelante por tus amigos: y Cortés los recibió con grande amor, y se les ofreció, que en todo lo que hubiesen menester los ayudaria: y cuando los vió juntos dijo al padre de la Merced, que les amonestase las cosas tocantes á nuestra santa fe, é dejasen sus ídolos, y se les dijo todo lo que soliamos decir en los mas pueblos por donde habiamos venido: é á todo respondieron, que bien dicho estaba, é que lo verian adelante. Tambien se les dió á entender el gran poder del emperador nuestro señor, y que veniamos á deshacer agravios é robos: é que para ello nos envió á estas partes: é como aquello oyeron todos aquellos pueblos que dicho tengo, secretamente, que no lo sintieron los embajadores mexicanos, dieron tantas quejas de Montezuma, y de sus recaudadores, que les robaban cuanto tenian, é las mujeres, é hijas si eran hermosas, las forzaban delante dellos, y de sus maridos, y se las tomaban, é que les hacian trabajar, como si fueran esclavos, que les hacian llevar en canoas, é por tierra madera de pinos, é piedra, é leña, é maíz, é otros muchos servicios de sembrar maizales, é les tomaban sus tierras para servicio de ídolos, é otras muchas quejas, que como ya muchos años que pasó, no me acuerdo: é Cortés les conso-

ló con palabras amorosas, que se les sabia muy bien decir con doña Marina, é que ahora al presente no puede entender en hacelles justicia, é que se sufriesen, que él les quitaria aquel dominio: é secretamente les mandó, que fuesen dos principales con otros cuatro amigos de Tlaxcala, á ver el camino barrido, que nos hubieron dicho los de Guaxocingo, que no fuésemos por él para que viesen qué albarradas é mamparos tenian, ú si estaban allí algunos escuadrones de guerra: y los caciques respondieron: Malinche, no hay necesidad de irlo á ver, porque todo está ahora muy llano é aderezado. E has de saber que habrá seis dias que estaban á un mal paso, que tenian cortada la sierra, porque no pudiésedes pasar, con mucha gente de guerra del gran Montezuma; y hemos sabido, que su Huichilobos que es el Dios que tienen de la guerra, les aconsejó que os dejen pasar, é cuando hayais entrado en México, que allí os matarán: por tanto, lo que nos parece es, que os esteis aquí con nosotros, y os daremos de lo que tuviéremos, é no vais á México, que sabemos cierto, que segun es fuerte, y de muchos guerreros, no os dejarán con las vidas: y Cortés les dijo con buen semblante, que no tenian los mexicanos, ni otras ningunas naciones poder para nos matar, salvo nuestro Señor Dios, en quien creemos. E que porque vean que al mismo Montezuma, y á todos los caciques y papas, les vamos á dar á entender lo que nuestro Dios manda, que luego nos

queriamos partir: é que le diesen veinte hombres principales, que vayan en nuestra compañía, é que haria mucho por ellos, é les haria justicia cuando haya entrado en México, para que Montezuma ni sus recaudadores no les hagan las demasías y fuerzas, que han dicho que les hacen: y con alegre rostro todos los de aquellos pueblos por mí ya nombrados dieron buenas respuestas, y nos trujeron los veinte indios: é ya que estábamos para partir, vinieron mensajeros del gran Montezuma, y lo que dijeron diré adelante.

CAPITULO LXXXVII.

Cómo el gran Montezuma nos envió otros embajadores con un presente de oro, y mantas, y lo que dijeron á Cortés, y lo que les respondió.

Ya que estábamos de partida para ir nuestro camino á México, vinieron ante Cortés cuatro principales mexicanos, que envió Montezuma, y trujeron un presente de oro, y mantas, y despues de hecho su acato, como lo tenian de costumbre, dijeron: Malinche, este presente te envia nuestro señor, el gran Montezuma, y dice, que le pesa mucho por el trabajo que habeis pasado en venir de tan léjas tierras á le ver: y que ya te ha enviado á decir otra vez, que te dará mucho oro, y plata y chalchihuis en tributo para vuestro emperador y para vos, y los demás teules que traeis, y que no vengas á México: ahora nuevamente te pide por merced, que no

pases de aquí adelante, sino que te vuelvas por donde venistes, que él te promete de te enviar al puerto mucha cantidad de oro, y plata, y ricas piedras para esë vuestro rey, y para tí te dará cuatro cargas de oro, y para cada uno de tus hermanos una carga; porque ir á México, es excusada tu entrada dentro, que todos sus vasallos están puestos en armas para no os dejar entrar. Y demás desto, que no tenia camino, sino muy angosto, ni bastimentos que comiésemos: y dijo otras muchas razones y inconvenientes, para que no pasásemos de allí: é Cortés con mucho amor abrazó á los mensajeros, puesto que le pesó de la embajada, y recibió el presente, que ya no se me acuerda qué tanto valía: é á lo que yo ví, y entendí, jamás dejó de enviar Montezuma oro, poco ó mucho, cuando nos enviaba mensajeros, como otra vez he dicho. Y volviendo á nuestra relacion, Cortés les respondió, que se maravillaba del señor Montezuma, habiéndose dado por nuestro amigo y siendo tan gran señor, tener tantas mudanzas: que unas veces dice uno, y otras envia á mandar al contrario. Y que en cuanto á lo que dice, que dará el oro para nuestro señor el emperador, y para nosotros, que se lo tiene en merced, y por aquello que ahora le envia, que en buenas obras se lo pagará el tiempo andando; y que si le parecerá bien, que estando tan cerca de su ciudad, será bueno volvernos del camino sin hacer aquello que nuestro señor nos manda? que si el señor Mon-

tezuma hubiese enviado mensajeros y embajadores á algun gran señor, como él es, é ya que llegasen cerca de su casa aquellos mensajeros que enviaba, se volviesen sin le hablar, y decille á lo que iban, cuando volviesen ante su presencia con aquel recaudo, qué merced les haria, sino tenellos por cobardes y de poca calidad? que así haria el emperador nuestro señor con nosotros; y que de una manera ó otra, que habiamos de entrar en su ciudad; y desde allí adelante, que no le enviasen mas excusas sobre aquel caso, porque le ha de ver, y hablar, y dar razon de todo el recaudo á que hemos venido, y ha de ser á su sola persona: y cuando lo haya entendido, si no le pareciere bien nuestra estada en su ciudad, que nos volveremos por donde venimos. E cuanto á lo que dice, que no tiene comida, sino muy poco, é que no nos podremos sustentar; que somos hombres que con poca cosa que comemos, nos pasamos, é que ya vamos á su ciudad, que haya por bien nuestra ida (1.) Y luego

(1) Una de las determinaciones de Cortés, que mas se admira en esta conquista, es la de empeñarse en llegar hasta la capital del imperio de México, á pesar de la repugnancia de su poderoso y terrible monarca. No se admira ménos que en tal combate de pretensiones, un tan gran príncipe recibiese la ley del gefe de unos aventureros, sin echar mano de los grandes recursos de su poder, ni del rigor de su fiereza. Crecerá la admiracion cuando se vea, que este gefe tiene formado el proyecto de señorear en su imperio y sujetarle. El suceso de este proyecto se palpa, y el modo con que se hizo apénas

en despachando los mensajeros comenzamos á caminar para México, y como nos habian dicho y avisado los de Guaxocingo, y los de Chalco, que Montezuma habia tenido pláticas con sus ídolos y papas, que si nos dejaria entrar en México, ó si nos daria guerra: y todos sus papas le respondieron, que decia su Huichilobos, que nos dejase entrar, que allí nos podrá matar, segun dicho tengo otras veces en el capítulo que dello habla, y como somos hombres, y temiamos la muerte, no dejábamos de pensar en ello, y como aquella tierra es muy pobla-

se concibe. No se puede imaginar en un tan corto número de españoles un contrapeso, que balancée la multitud, y las fuerzas de las naciones que dominó. Todos los cálculos del poder humano fallan en una desproporcion tal. He creido siempre, que solo Cortés podria dar la razon de las determinaciones osadas que tomó, y del medio con que combinaba la pequeñez de sus fuerzas, armas, y recursos con la magnitud de sus empresas. La artillería, cuando la tuvo, estaba reducida á un corto número de tiros, á veces sin uso, por falta de pólvora: veremos que sin aquella vencieron los españoles en los mayores peligros; y que con ella fueron vencidos, y estuvieron á pique de perderse. La fuerza efectiva de los españoles estaba mas en su esfuerzo y constancia que en la calidad de sus armas; pero siendo tan pocos, nada se encuentra que disminuya su enorme desproporcion con las inmensas ventajas de la multitud armada. El discurso, despues de venerar la Divina Providencia, se ve obligado á combinar estos extremos al parecer inconciliables, poniendo la consideracion en el genio del capitan. Este, saliendo de las reglas comunes de las resoluciones humanas, se empeñó en la carrera de lo extraordinario, y supo empeñar en ella á sus compañeros:

da, íbamos siempre caminando muy chicas jornadas: y encomendándonos á Dios, y á su bendita Madre nuestra Señora, y platicando cómo y de qué manera podiamos entrar; y pusimos en nuestros corazones con buena esperanza, que pues nuestro Señor Jesu-Christo fué servido guardarnos de los peligros pasados, tambien nos guardaria del poder de México: y fuimos á dormir á un pueblo que se dice Istapalatengo, que es la mitad de las casas en el agua, y la mitad en tierra firme, donde está una serrezuela, y agora está una venta cabe él, y allí tuvimos bien de cenar. Dejemos esto y volvamos al gran Montezuma,

pensó que la conquista de aquel imperio se habia de deber más á las fuerzas morales que á las físicas. De aquí una disciplina admirable en aquel pequeño ejército, que le daba la representacion y vigor de uno grande; y de aquí aquella política, que dió á Cortés tanto ascendiente en el espíritu de los americanos, y de que se valió para enervar las fuerzas de sus enemigos, y aumentar las propias. El nombre de *Malinche* era, digámoslo así, un *númen* para los americanos; ilusion ú opinion que supo mantener y aumentar en medio de las mayores calamidades. En resolucion, la historia de esta conquista en nada se parece á la de los célebres imperios, capitanes, y conquistadores. En todos los siglos se encuentran victorias, derrotas de ejércitos, defensas, y asaltos heróicos de plazas, gloriosos desafíos á los mayores peligros. Vió el mundo grandes capitanes y conquistadores; pero tambien es verdad que si hicieron grandes cosas, fué con grandes medios. Por esto, despues de haber pasado las historias de estos héroes, se entrará en la de esta conquista, y todo parecerá nuevo, sin ejemplo, y fuera del órden acostumbrado de las cosas humanas.

que como llegaron sus mensajeros é oyó la respuesta que Cortés le envió, luego acordó de enviar á su sobrino que se decia Cacamatzin, señor de Tezcuco, con muy gran fausto, á dar el bien venido á Cortés y á todos nosotros; y como siempre teniamos de costumbre tener velas y corredores del campo, vino uno de nuestros corredores á avisar que venia por el camino muy gran copia de mexicanos de paz, y que al parecer venian de ricas mantas vestidos. Y entónces, cuando esto pasó, era muy de mañana y queriamos caminar, y Cortés nos dijo que reparásemos en nuestras posadas hasta ver qué cosa era. Y en aquel instante vinieron cuatro principales, y hacen á Cortés gran reverencia y le dicen que allí cerca viene Cacamatzin, grande señor de Tezcuco, sobrino del gran Montezuma, y que nos pide por merced que aguardemos hasta que venga. Y no tardó mucho, porque luego llegó con el mayor fausto y grandeza que ningun señor de los mexicanos habiamos visto traer, porque venia en andas muy ricas, labradas de plumas verdes y mucha argentería, y otras ricas piedras engastadas en ciertas arboledas de oro, que ellas traía hechas de oro, y traían las andas á cuestas ocho principales, y todos decian que eran señores de pueblos; é ya que llegaron cerca del aposento donde estaba Cortés, le ayudaron á salir de las andas y le barrieron el suelo y le quitaban las pajas por donde habia de pasar. Y desque llegaron ante nuestro capitan, le hicieron

grande acato, y el Cacamatzin le dijo: Malinche, aquí venimos yo y estos señores á te servir é hacerte dar todo lo que hubieres menester para tí y tus compañeros, y meteros en vuestras casas, que es nuestra ciudad, porque así nos es mandado por nuestro señor el gran Montezuma, y dice que por esto lo deja y no por falta de muy buena voluntad que os tiene. Y cuando nuestro capitan y todos nosotros vimos tanto aparato y majestad como traían aquellos caciques, especialmente el sobrino de Montezuma, lo tuvimos por muy gran cosa, y platicamos entre nosotros que cuando aquel cacique traía tanto triunfo, ¿qué haria el gran Montezuma? Y como el Cacamatzin hubo dicho su razonamiento, Cortés le abrazó y le hizo muchas caricias á él y á todos los más principales, y le dió tres piedras que se llaman margaritas, que tienen dentro de sí muchas pinturas de diversos colores, y á los demás principales se les dió diamantes azules, y les dijo que se lo tenia en merced, é ¿cuándo pagaria al señor Montezuma las mercedes que cada dia nos hace? Y acabada la plática luego nos partimos, é como habian venido aquellos caciques que dicho tengo, traían mucha gente consigo y de otros muchos pueblos que están en aquella comarca, que salian á vernos, todos los caminos estaban llenos dellos. Y otro dia por la mañana llegamos á la calzada ancha. Ibamos camino de Iztapalapa; y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas

en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha por nivel cómo iba á México, nos quedamos admirados y deciamos que parecia á las casas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y *cues* y edificios que tenian dentro en el agua, y todas de cal y canto: y aun algunos de nuestros soldados decian que si aquello que veían si era entre sueños. Y no es de maravillar que yo aquí lo escriba desta manera, porque hay que ponderar mucho en ello, que no sé cómo lo cuento, ver cosas nunca oídas ni vistas y aun soñadas como vimos. Pues desque llegamos cerca de Iztapalapa, ver la grandeza de otros caciques que nos salieron á recibir, que fué el señor del pueblo que se decia Coadlavaca y el señor de Cuyoacan, que entrambos eran deudos muy cercanos del Montezuma, y de cuando entramos en aquella villa de Iztapalapa de la manera de los palacios en que nos aposentaron, de cuán grandes y bien labradas eran de cantería muy prima, y la madera de cedros y de otros buenos árboles olorosos con grandes patios é cuartos, cosas muy de ver, y entoldados con paramentos de algodon. Despues de bien visto todo aquello, fuimos á la huerta y jardin, que fué cosa muy admirable vello y pasallo, que no me hartaba de mirallo y ver la diversidad de árboles y los olores que cada uno tenia, y andenes llenos de rosas y flores, y muchos frutales y rosales de la tierra, y

un estanque de agua dulce; y otra cosa de ver, que podrian entrar en el verjel grandes canoas desde la laguna, por una abertura que tenia hecha, sin saltar en tierra, y todo muy encalado y lucido de muchas maneras de piedras y pinturas en ellas, que habia harto que ponderar, y de las aves de muchas raleas y diversidades que entraban en el estanque. Digo otra vez que lo estuve mirando, y no creí que en el mundo hubiese otras tierras descubiertas como estas, porque en aquel tiempo no habia Perú, ni memoria dél. Agora toda esta villa está por el suelo perdida, que no hay cosa en pié. Pasemos adelante, y diré cómo trujeron un presente de oro los caciques de aquella ciudad y los de Cuyoacan, que valia sobre dos mil pesos, y Cortés les dió muchas gracias por ello y les mostró grande amor. Y se les dijo con nuestras lenguas las cosas tocantes á nuestra santa fe, y se les declaró el gran poder de nuestro señor el emperador. E porque hubo otras muchas pláticas lo dejaré de decir, y diré que en aquella sazon era muy gran pueblo, y que estaba poblada la mitad de las casas en tierra y la otra mitad en el agua; agora en esta sazon está todo seco, y siembran donde solia ser laguna, y está de otra manera mudado, que si no lo hubiera de ántes visto no lo dijera, que no era posible que aquello que estaba lleno de agua esté agora sembrado de maizales y muy perdido. Dejémoslo aquí, y diré del solemnísimo recebimiento que nos hizo

Montezuma á Cortés y á todos nosotros en la entrada de la gran ciudad de México (1).

(1) Es digna de leerse la relacion que hace Cortés de la marcha y ciudades por donde pasaba: "E yo partí luego tras "ellos [el señor de Tezcuco y su comitiva] muy acompañado "de muchas personas que parecian de mucha cuenta, como "despues pareció serlo, é todavía seguia el camino por la costa "de aquella gran laguna, é á una legua del aposento donde "partí, ví dentro en ella, casi dos tiros de ballesta, una ciudad "pequeña que podria ser hasta de mil ó dos mil vecinos, toda "armada sobre el agua, sin haber para ella ninguna entrada, "y muy torreada segun lo que de fuera parecia. E otra legua "adelante entramos por una calzada tan ancha como una lanza "gineta, por la laguna adentro, de dos tercios de legua, y por "ella fuimos á dar á una ciudad la mas hermosa, aunque pequeña, "que hasta entónces habiamos visto, así de muy bien obradas "casas y torres, como de la buena órden que en el fundamento "della habia, por ser armada toda sobre agua. Y en esta ciudad, "que será fasta de dos mil vecinos, nos recibieron muy bien y "nos dieron muy bien de comer: é allí me vinieron á hablar el "señor y las personas principales della, y me rogaron que me "quedase allí á dormir. E aquellas personas que conmigo iban "de Moctezuma, me dijeron que no parase, sino que me fuese "á otra ciudad, que está tres leguas de allí, que se dice Izta-"palapa, que es de un hermano del dicho Moctezuma, y así lo "hice. E la salida desta ciudad, donde comimos, cuyo nom-"bre al presente no me ocurre á la memoria, es por otra cal-"zada que tira una legua grande hasta llegar á la tierra firme. "E llegado á esta ciudad de Iztapalapa, me salió á recibir "algo fuera della el señor y otro de una gran ciudad que está "cerca della, que será obra de tres leguas, que se llama Cal-"naalcan (parece ser Cuyoacan), y otros muchos señores que "allí me estaban esperando, é me dieron hasta tres ó cuatro "mil castellanos y algunas esclavas y ropa, é me hicieron muy

"buen acogimiento. Terná esta ciudad de Iztapalapa doce ó "quince mil vecinos, la cual está en la costa de una laguna "salada grande, la mitad dentro del agua y la otra mitad en "la tierra firme. Tiene el señor della unas casas nuevas, que "aun no están acabadas, que son tan buenas como las mejores "de España, digo de grandes y bien labradas, así de obra de "cantería como de carpintería y suelos, y complimientos para "todo género de servicio de casa, excepto mazonerías y otras "cosas ricas que en España usan en las casas: acá no las tie- "nen. Tiene en muchos cuartos altos y bajos jardines muy "frescos de muchos árboles y flores olorosas; asimismo alber- "cas de agua dulce, muy bien labradas, con sus escaleras "hasta lo fondo. Tiene una muy grande huerta junto á la casa "y sobre ella un mirador de muy hermosos corredores y salas, "y dentro de la huerta una muy grande alberca de agua dul- "ce, muy cuadrada, y las paredes della de gentil cantería, é "alrededor della un anden de muy buen suelo ladrillado, tan "ancho que pueden ir por él cuatro paseándose, y tiene de "cuadra cuatrocientos pasos, que son en torno mil y seiscien- "tos. De la otra parte del anden, hácia la pared de la huerta, "va todo labrado de cañas con unas verjas, y detrás dellas "todo de arboledas y yerbas olorosas. Y dentro de la alberca "hay mucho pescado y muchas aves, así como lavancos y cer- "cetas y otros géneros de aves de agua, y tantas, que muchas "veces casi cubren el agua. Otro dia, despues que á esta ciudad "llegué, me partí, y á média legua andada entré por una cal- "zada que va por medio desta dicha laguna dos leguas fasta "llegar á la gran ciudad de Temixtitan, que está fundada en "medio de la dicha laguna, la cual calzada es tan ancha como "dos lanzas, y muy bien obrada, que pueden ir por toda ella "ocho de caballo á la par: y en estas dos leguas, de la una "parte y de la otra de la dicha calzada están tres ciudades, y "la una dellas, que se dice Mesicalsingo, está fundada la ma- "yor parte della dentro de la dicha laguna; y las otras dos, "que se llaman la una Niciaca y la otra Huchilohuchico, están

"en la costa della, y muchas casas dellas dentro en el agua. La "primera ciudad destas terná tres mil vecinos, y la segunda mas "de seis mil, y la tercera otros cuatro ó cinco mil vecinos; y en "todas muy buenos edificios de casas y torres, en especial las "casas de los señores y personas principales, y de las de sus "mezquitas ú oratorios donde ellos tienen sus ídolos." *Cortés, Carta II.*

CAPITULO LXXXVIII.

Del gran é solemne recebimiento que nos hizo el gran Montezuma á Cortés y á todos nosotros en la entrada de la gran ciudad de México.

Luego otro dia de mañana partimos de Iztapalapa muy acompañados de aquellos grandes caciques que atrás he dicho. Ibamos por nuestra calzada adelante, la cual es ancha de ocho pasos y va tan derecha á la ciudad de México, que me parece que no se tuerce poco ni mucho; é puesto que es bien ancha, toda iba llena de aquellas gentes, que no cabian unos que entraban en México y otros que salian que nos venian á ver, que no los podiamos rodear de tantos como vinieron porque estaban llenas las torres é *cues*, y en las canoas y de todas partes de la laguna; y no era cosa de maravillar, porque jamás habian visto caballos ni hombres como nosotros. Y de que vimos cosas tan admirables no sabiamos qué

nos decir, ó si era verdad lo que por delante parecia, que por una parte en tierra habia grandes ciudades, y en la laguna otras muchas, é víamosle todo lleno de canoas, y en la calzada muchas puentes de trecho en trecho, y por delante estaba la gran ciudad de México, y nosotros aun no llegábamos á cuatrocientos y cincuenta soldados, y teniamos muy bien en la memoria las pláticas é avisos que nos dieron los de Guaxocingo, é Tlaxcala y Talmanalco, y con otros muchos consejos que nos habian dado para que nos guardásemos de entrar en México, que nos habian de matar cuando dentro nos tuviesen. Miren los curiosos lectores esto que escribo si habia bien que ponderar en ello, qué hombres ha habido en el universo que tal atrevimiento tuviesen. Pasemos adelante, y vamos por nuestra calzada. Ya que llegamos donde se aparta otro calzadilla que iba á Cuyoacan, que es otra ciudad, adonde estaban unas como torres que eran sus adoratorios, vinieron muchos principales y caciques con muy ricas mantas sobre sí, con galanía y libreas diferenciadas las de los unos caciques á los otros, y las calzadas llenas dellos, y aquellos grandes caciques enviaba el gran Montezuma delante á recibirnos. Y así como llegaban delante de Cortés, decian en sus lenguas que fuésemos bien venidos, y en señal de paz tocaban con la mano en el suelo y besaban la tierra con la mesma mano. Así que estuvimos detenidos un buen rato, y desde allí se

adelantaron el Cacamacan, señor de Tezcuco, y el señor de Iztapalapa, y el señor de Tacuba, y el señor de Cuyoacan á encontrarse con el gran Montezuma, que venia cerca en ricas andas, acompañado de otros grandes señores y caciques que tenian vasallos; é ya que llegábamos cerca de México, adonde estaban otras torrecillas, se apeó el gran Montezuma de las andas, y traíanle del brazo aquellos grandes caciques debajo de un palio muy riquísimo á maravilla, y la color de plumas verdes con grandes labores de oro con mucha argentería y perlas, y piedras chalchihuis que colgaban de unas como bordaduras, que hubo mucho que mirar en ello. Y el gran Montezuma venia muy ricamente ataviado segun su usanza, y traía calzados unos como cotaras, que así se dice lo que se calzan, las suelas de oro, y muy preciada pedrería encima en ellas. E los cuatro señores que le traían del brazo venian con rica manera de vestidos á su usanza, que parece ser se los tenian aparejados en el camino para entrar con su señor, que no traían los vestidos con que nos fueron á recibir; y venian sin aquellos grandes señores otros grandes caciques que traían el palio sobre sus cabezas, y otros muchos señores que venian delante del gran Montezuma barriendo el suelo por donde habia de pisar, y le ponian mantas porque no pisase la tierra. Todos estos señores ni por pensamiento le miraban á la cara, sino los ojos bajos é con mucho acato, excepto aquellos

cuatro deudos y sobrinos suyos que le llevaban del brazo. E como Cortés vió y entendió, é le dijeron que venia el gran Montezuma, se apeó del caballo, y desque llegó cerca de Montezuma á una se hicieron grandes acatos: el Montezuma le dió el bien venido, é nuestro Cortés le respondió con doña Marina que él fuese el muy bien estado. E paréceme que el Cortés con la lengua doña Marina, que iba junto á Cortés, le daba la mano derecha y el Montezuma no la quiso, é se la dió á Cortés, y entónces sacó Cortés un collar que traía muy á mano de unas piedras de vidrio, que ya he dicho que se dicen margaritas, que tienen dentro muchas colores é diversidad de labores, y venia ensartado en unos cordones de oro con almizque porque diesen buen olor, y se le echó al cuello al gran Montezuma, y cuando se lo puso le iba á abrazar, y aquellos grandes señores que iban con el Montezuma detuvieron el brazo á Cortés, que no le abrazase, porque lo tenian por menosprecio; y luego Cortés con la lengua doña Marina le dijo que holgaba agora su corazon en haber visto un tan gran príncipe, y que le tenia en gran merced la venida de su persona á le recibir, y las mercedes que le hace á la contina. E entónces el Montezuma le dijo otras palabras de buen comedimiento, é mandó á dos de sus sobrinos de los que le traían del brazo, que era el señor de Tezcuco y el señor de Cuyoacan, que se fuesen con nosotros hasta aposentarnos; y el Montezuma con

los otros dos de sus parientes Cuedlavaca y el señor de Tacuba, que le acompañaban, se volvió á la ciudad, y tambien se volvieron con él todas aquellas grandes compañías de caciques y principales que le habian venido á acompañar. E cuando se volvian con su señor estábamoslos mirando cómo iban todos los ojos puestos en tierra, sin miralle, y muy arrimados á la pared, y con gran acato le acompañaban: y así tuvimos lugar nosotros de entrar por las calles de México sin tener tanto embarazo. ¿Quién podrá decir la multitud de hombres y mujeres, y muchachos, que estaban en las calles é azoteas, y en canoas en aquellas acequias, que nos salian á mirar? Era cosa de notar, que agora que lo estoy escribiendo se me representa todo delante de mis ojos como si ayer fuera cuando esto pasó, y considerada la cosa y gran merced que nuestro Señor Jesu-Christo nos hizo, y fué servido de darnos gracia y esfuerzo para osar entrar en tal ciudad, é me haber guardado de muchos peligros de muerte como adelante verán. Dóile muchas gracias por ello, que á tal tiempo me ha traido para podello escribir, é aunque no tan cumplidamente como convenia y se requiere: y dejemos palabras, pues las obras son buen testigo de lo que digo.

E volvamos á nuestra entrada en México, que nos llevaron á aposentar á unas grandes casas, donde habia aposentos para todos nosotros que habian sido de su padre del gran Montezuma, que se

decia Axayaca, adonde en aquella sazon tenia el gran Montezuma sus grandes adoratorios de ídolos, é tenia una recámara muy secreta de piezas y joyas de oro, que era como tesoro de lo que habia heredado de su padre Axayaca, que no tocaba en ello, y asimismo nos llevaron á aposentar á aquella casa, por causa que como nos llamaban teules, é por tales nos tenian, que estuviésemos entre sus ídolos, como teules que allí tenia. Sea de una manera, ú de otra, allí nos llevaron, donde tenia hechos grandes estrados, y salas muy entoldadas de paramentos de la tierra, para nuestro capitan y para cada uno de nosotros otras camas de esteras, y unos toldillos encima, que no se da mas cama, por muy gran señor que sea, porque no las usan, y todos aquellos palacios muy lucidos y encalados, y barridos, y enramados. Y como llegamos y entramos en un gran patio, luego tomó por la mano el gran Montezuma á nuestro capitan, que allí lo estuvo esperando, y le metió en el aposento y sala, donde habia de posar, que la tenia muy ricamente aderezada, para segun su usanza: y tenia aparejado un muy rico collar de oro, de hechura de camarones, obra muy maravillosa, y el mismo Montezuma se le echó al cuello á nuestro capitan Cortés, que tuvieron bien que mirar sus capitanes del gran favor que le dió: y cuando se lo hubo puesto, Cortés le dió las gracias con nuestras lenguas: é dijo Montezuma: Malinche, en vuestra casa estais vos,

y vuestros hermanos, descansad, y luego se fué á sus palacios, que no estaban léjos: y nosotros repartimos nuestros aposentos por capitanías, é nuestra artillería asestada en parte conveniente, y muy bien platicado la órden que en todo habiamos de tener: y estar muy apercebidos, así los de á caballo, como todos nuestros soldados: y nos tenian aparejada una muy suntuosa comida á su uso é costumbre, que luego comimos. Y fué esta nuestra venturosa é atrevida entrada en la gran ciudad de Tenustitlan México, á ocho dias del mes de Noviembre, año de nuestro Salvador Jesu-Christo de mil y quinientos y diez y nueve años. Gracias á nuestro Señor Jesu-Christo por todo. E puesto que no vaya expresado otras cosas que habia que decir, perdónenme que no lo sé decir mejor por agora, hasta su tiempo. E dejemos de mas pláticas é volvamos á nuestra relacion de lo que mas nos avino, lo cual diré adelante.

CAPITULO LXXXIX.

Cómo el gran Montezuma vino á nuestros aposentos con muchos caciques que le acompañaban, é la plática que tuvo con nuestro capitan.

Como el gran Montezuma hubo comido, y supo que nuestro capitan y todos nosotros asimismo habia buen rato que habiamos hecho lo mismo, vino á nuestro aposento con gran copia de principales, é todos deudos suyos, é con gran pompa: é como á Cortés le dijeron que venia, le salió á la mitad de la sala á le recibir, y el Montezuma le tomó por la mano, é trajeron unos como asentaderos, hechos á su usanza, é muy ricos y labrados de muchas maneras con oro: y el Montezuma dijo á nuestro capitan que se sentase, é se asentaron entrambos, cada uno en el suyo; y luego comenzó el Montezuma un muy buen parlamento, é dijo, que en gran manera se holgaba de tener en su casa y reino unos caballeros tan es-

forzados, como era el capitan Cortés y todos nosotros, é que habia dos años que tuvo noticia de otro capitan que vino á lo de Champoton, é tambien el año pasado le trujeron nuevas de otro capitan, que vino con cuatro navíos, é que siempre lo deseó ver, é que ahora que nos tiene ya consigo para servirnos, y darnos de todo lo que tuviese. Y que verdaderamente debe de ser cierto que somos los que sus antepasados muchos tiempos ántes habian dicho, que vendrian hombres de hácia donde sale el sol á señorear aquestas tierras: y que debemos de ser nosotros, pues tan valientemente peleamos en lo de Potonchan y Tabasco y con los tlaxcaltecas, porque todas las batallas se las trujeron pintadas al natural (1). Cortés le respondió con

(1) El autor es aquí muy breve. "Y dende á poco rato, *dice Cortés*, ya que toda la gente de mi compañía estaba aposentada, volvió Montezuma, con muchas y diversas joyas de oro, y plata, y plumajes, y con fasta cinco ó seis mil piezas de ropa de algodon muy ricas, y de diversas maneras tejida y labrada: é despues de me la haber dado, se sentó en otro estrado, que luego le ficieron allí junto el otro donde yo estaba; y sentado, propuso en esta manera: "Muchos dias há, que por nuestras escrituras, tenemos de nuestros antepasados noticia, que yo, ni todos los que en esta tierra habitamos, no somos naturales de ella, sino extranjeros, y venidos á ella de partes muy extrañas: é tenemos asimismo, que á estas partes trajo nuestra generacion un señor, cuyos vasallos todos eran, el cual se volvió á su naturaleza, y despues tornó á venir, dende en mucho tiempo, y tanto, que ya estaban casados los que habian quedado con las mujeres naturales de la tierra, y

nuestras lenguas que consigo siempre estaban, especial la doña Marina, y le dijo que no sabe con qué pagar, él ni todos nosotros, las grandes mercedes recibidas de cada dia: é que ciertamente veniamos de donde sale el sol, y somos vasallos, y criados de un gran señor que se dice el emperador don Cárlos, que tiene sujetos á sí muchos y grandes príncipes: é que teniendo noticia dél, y de cuán gran señor es, nos envió á estas partes, á le ver é rogar, que sean christianos, como es nuestro empe-

tenian mucha generacion, y fechos pueblos donde vivian: é queriéndolos llevar consigo, no quisieron ir, ni ménos recibirle por señor, y así se volvió. E siempre hemos tenido, que los que de él descendiesen habian de venir á sojuzgar esta tierra, y á nosotros como á sus vasallos. E segun de la parte que vos decís que venís, que es á do sale el sol, y las cosas que decís de este gran señor, ó rey que acá os envió creemos, y tenemos por cierto el ser nuestro señor natural; en especial que nos decís que él há muchos dias que tiene noticia de nosotros. E por tanto vos sed cierto, que os obedeceremos, y y ternemos por señor en lugar de ese gran señor que decís, y que en ello no habia falta, ni engaño alguno; é bien podeis en toda la tierra, digo, que en la que yo en mi señorío poseo, mandar á vuestra voluntad, porque será obedecido y fecho: y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos dello quisiéredes disponer. E pues estais en vuestra naturaleza, y en vuestra casa, holgad, y descansad del trabajo del camino, y guerras que habeis tenido; que muy bien sé todos los que se vos han ofrecido de Puntunchan acá; é bien sé, que los de Cempoal, y de Tlaxcaltecal os han dicho muchos males de mí; no creais mas de lo que vos por vuestros ojos veredes, en especial de aquellos que son mis enemigos, y algunos dellos eran

rador, é todos nosotros, é que salvarán sus ánimas, él y todos sus vasallos, é que adelante le declarará más, cómo, y de qué manera ha de ser: y cómo adoramos á un solo Dios verdadero, y quién es, y otras muchas cosas buenas que dirá, como les habia dicho á sus embajadores Tendile, é Pitalpitoque, é Quintalvor cuando estábamos en los arenales. E acabado este parlamento tenia apercebido el gran Montezuma muy ricas joyas de oro, y de muchas hechuras, que dió á nuestro capitan, é asimismo á

mis vasallos, y han se me rebelado con vuestra venida, y por se favorecer con vos, lo dicen: los cuales sé que tambien os han dicho, que yo tenia las casas con las paredes de oro, y que las esteras de mis estrados, y otras cosas de mi servicio eran asimismo de oro, y que yo que era, y me facia Dios, y otras muchas cosas: las casas ya las veis que son de piedra, y cal, y tierra. *Y entónces alzó las vestiduras, y me mostró el cuerpo diciendo á mí:* veisme aquí, que soy de carne y hueso como vos, y como cada uno, y que soy mortal, y palpable, *asiéndose él con sus manos de los brazos y del cuerpo;* ved cómo os han mentido; verdad es que yo tengo algunas cosas de oro, que me han quedado de mis abuelos: todo lo que yo tuviere teneis cada vez que vos lo quisiéredes: yo me voy á otras casas, donde vivo: aquí sereis proveidos de todas las cosas necesarias para vos y vuestra gente; é no recibais pena alguna, pues estais en vuestra casa y naturaleza." Yo le respondí á todo lo que me dijo, satisfaciendo á aquello que me pareció que convenia, en especial en hacer creer, que vuestra majestad era á quien ellos esperaban, é con eso se despidió; y ido, fuimos muy bien proveidos de muchas gallinas, pan, y frutas y otras cosas necesarias especialmente para el servicio del aposento."—*Cortés, Carta II.*

cada uno de nuestros capitanes dió cositas de oro, y tres cargas de mantas de labores ricas de pluma, y entre todos los soldados tambien nos dió á cada uno á dos cargas de mantas, con alegría, y en todo parecia gran señor. Y cuando lo hubo repartido, preguntó á Cortés; que si éramos todos hermanos, y vasallos de nuestro gran emperador, é dijo, que sí, que éramos hermanos en el amor y amistad, é personas muy principales, é criados de nuestro gran rey y señor. Y porque pasaron otras pláticas de buenos comedimientos entre Montezuma y Cortés, y por ser esta la primera vez que nos venia á visitar, y por no le ser pesado, cesaron los razonamientos; y habia mandado el Montezuma á sus mayordomos, que á nuestro modo y usanza estuviésemos proveidos: que es maíz, é piedras, é indias para hacer pan, é gallinas, y fruta, y mucha yerba para los caballos: y el gran Montezuma se despidió con gran cortesía de nuestro capitan y de todos nosotros, y salimos con él hasta la calle, y Cortés nos mandó que al presente, que no fuésemos muy léjos de los aposentos, hasta entender mas lo que conviniese. E quedarse ha aquí, é diré lo que adelante pasó.

CAPITULO XC.

Cómo luego otro dia fué nuestro capitan á ver al gran Montezuma, y de ciertas pláticas que tuvieron.

Otro dia acordó Cortés de ir á los palacios de Montezuma, é primero envió á saber qué hacia, y supiese cómo íbamos, y llevó consigo cuatro capitanes, que fué Pedro de Alvarado, y Juan Velazquez de Leon, y Diego de Ordas, é á Gonzalo de Sandoval, y tambien fuimos cinco soldados: y como el Montezuma lo supo, salió á nos recebir á la mitad de la sala muy acompañado de sus sobrinos, porque otros señores no entraban, ni comunicaban donde el Montezuma estaba, si no era á negocios importantes: y con gran acato que hizo á Cortés, y Cortés á él, se tomaron por las manos, é adonde estaba su estrado le hizo sentar á la mano derecha: y asimismo nos mandó sentar á todos nosotros en asientos que allí mandó traer: é Cortés le comenzó

á hacer un razonamiento con nuestras lenguas doña Marina, é Aguilar: é dijo, que ahora que habia venido á ver y hablar á un tan gran señor, como era, estaba descansado, y todos nosotros, pues ha cumplido el viaje é mando que nuestro gran rey y señor le mandó: é lo que mas le viene á decir de parte de nuestro Señor Dios es, que ya su merced habrá entendido de sus embajadores Tendile, é Pitalpitoque é Quintalvor, cuando nos hizo las mercedes de enviarnos la luna, y el sol de oro, en el arenal, cómo les dijimos que éramos christianos, é adoramos á un solo Dios verdadero, que se dice Jesu-Christo, el cual padeció muerte y pasion por nos salvar: y le dijimos cuando nos preguntaron, que por qué adorábamos aquella cruz, que la adorábamos por otra, que era señal donde nuestro Señor fué crucificado por nuestra salvacion, é aquesta muerte y pasion, que permitió que así fuese, por salvar por ella todo el linaje humano que estaba perdido, y que aqueste nuestro Dios resucitó al tercero dia, y está en los cielos, y es el que hizo el cielo, y tierra, y la mar, y crió todas las cosas que hay en el mundo, y las aguas, y rocíos, y ninguna cosa se hace sin su santa voluntad, y que en él creemos, y adoramos; y que aquellos que ellos tienen por dioses, que no lo son, sino diablos, que son cosas muy malas, y cuales tienen las figuras, que peores tienen los hechos, é que mirasen cuán malos son, y de poca valía, que adonde tene-

mos puestas cruces, como las que vieron sus embajadores con temor dellas, no osan parecer delante, y que el tiempo andando lo verian. E lo que agora le pide por merced es, que esté atento á las palabras que agora le quiere decir. Y luego le dijo, muy bien dado á entender, de la creacion del mundo, é cómo todos somos hermanos, hijos de un padre y de una madre, que se decian Adan y Eva, é como tal hermano, nuestro gran emperador, doliéndose de la perdicion de las ánimas, que son muchas las que aquellos sus ídolos llevan al infierno donde arden en vivas llamas, nos envió para que esto que ha oído lo remedie, y no adoren aquellos ídolos, ni les sacrifiquen mas indios: y pues todos somos hermanos, no consientan sodomías, ni robos: y más les dijo, que el tiempo andando enviaria nuestro rey y señor unos hombres, que entre nosotros viven muy santamente mejores que nosotros, para que se lo den á entender: porque al presente no veniamos á mas de se lo notificar: é así se lo pide por merced, que lo haga y cumpla. E porque pareció que el Montezuma queria responder, cesó Cortés la plática. E díjonos Cortés á todos nosotros que con él fuimos; con esto cumplimos, por ser el primer toque: y el Montezuma respondió: Señor Malinche, muy bien entendido tengo vuestras pláticas y razonamientos ántes de agora, que á mis criados sobre vuestro Dios les dijísteis en el arenal; y eso de la cruz, y todas las cosas que en los pueblos por

donde habeis venido, habeis predicado, no os hemos respondido á cosa ninguna dellas; porque desde ab inicio acá adoramos nuestros dioses: y los tenemos por buenos, é así deben ser los vuestros, é no cureis mas al presente de nos hablar dellos: y en eso de la creacion del mundo, así lo tenemos nosotros creido muchos tiempos pasados: é á esta causa tenemos por cierto, que sois los que nuestros antecesores nos dijeron que vernian de adonde sale el sol; é á ese vuestro gran rey yo le soy en cargo, y le daré de lo que tuviere, porque como dicho tengo otra vez, bien há dos años tengo noticia de capitanes que vinieron con navíos por donde vosotros vinísteis, y decian que eran criados de ese vuestro gran rey. Querria saber si sois todos unos; é Cortés le dijo que sí, que todos éramos criados de nuestro emperador, é que aquellos vinieron á ver el camino, é mares, é puertos para lo saber muy bien, y venir nosotros como venimos: y decíalo el Montezuma por lo de Francisco Fernandez de Córdoba, é Grijalva, cuando venimos á descubrir la primera vez: y dijo, que desde entónces tuvo pensamiento de ver algunos de aquellos hombres que venian, para tener en sus reinos é ciudades, para les honrar: é que pues sus dioses le habian cumplido sus buenos deseos, é ya estábamos en sus casas, las cuales se pueden llamar nuestras, que holgásemos, y tuviésemos descanso, que allí seriamos servidos; é que si algunas veces nos enviaba á decir,

que no entrásemos en su ciudad, que no era de su voluntad, sino porque sus vasallos tenian temor, que les decian que echábamos rayos é relámpagos, é con los caballos matábamos muchos indios, é que éramos teules bravos, é otras cosas de niñerías. E que agora que ha visto nuestras personas, y que somos de hueso; y de carne, y de mucha razon, é sabe que somos muy esforzados, por estas causas nos tiene en mas estima que le habian dicho, é que nos daria de lo que tuviese. E cortés, é todos nosotros respondimos que se lo teniamos en grande merced tan sobrada voluntad: y luego el Montezuma dijo riendo, porque en todo era muy regocijado, en su hablar de gran señor: Malinche, bien sé que te han dicho esos de Tlaxcala, con quien tanta amistad habeis tomado, que yo soy como dios, ó teule, que cuanto hay en mi casa es todo oro, é plata, y piedras ricas: bien tengo conocido, que como sois entendidos, que no lo creíades, y lo teníades por burla, lo que ahora, señor Malinche, veis mi cuerpo de hueso, y de carne, como los vuestros: mis casas y palacios de piedra, y madera, y cal: de ser yo gran rey, si soy; y tener riquezas de mis antecesores, sí tengo; mas no las locuras y mentiras que de mí os han dicho: así que tambien lo terneis por burla, como yo tengo lo de vuestros truenos y relámpagos. E Cortés le respondió tambien riendo, y dijo que los contrarios enemigos siempre dicen cosas malas é sin verdad de los que quieren mal, é que bien ha

conocido que en estas partes otro señor más magnífico no le espera ver, é que no sin causa es tan nombrado delante de nuestro emperador. E estando en estas pláticas, mandó secretamente Montezuma á un gran cacique, sobrino suyo de los que estaban en su compañía, que mandase á sus mayordomos que trujesen ciertas piezas de oro, que parece ser debieran estar apartadas para dar á Cortés, é diez cargas de ropa fina, lo cual repartió el oro y mantas entre Cortés y los cuatro capitanes; é á nosotros los soldados nos dió á cada uno dos collares de oro, que valdria cada collar diez pesos, é dos cargas de mantas. Valia todo el oro que entónces dió sobre mil pesos; y esto daba con una alegría y semblante de grande é valeroso señor: y porque pasaba la hora más de medio dia, y por no le ser mas importuno, le dijo Cortés: El señor Montezuma siempre tiene por costumbre de echarnos un cargo sobre otro, en hacernos cada dia mercedes; ya es hora que v. m. coma. Y el Montezuma dijo que ántes por haberle ido á visitar le hicimos merced. Y así nos despedimos con grandes cortesías dél, y nos fuimos á nuestros aposentos, é íbamos platicando de la buena manera y crianza que en todo tenia, é que nosotros en todo le tuviésemos mucho acato é con las gorras de armas colchadas quitadas cuando delante dél pasásemos: é así lo haciamos. E dejémoslo aquí é pasemos adelante.

CAPITULO XCI.

De la manera é persona del gran Montezuma, y de cuán gran señor era.

Seria el gran Montezuma de edad de hasta cuarenta años, y de buena estatura y bien proporcionado, é cenceño é pocas carnes, y la color no muy moreno sino propia color y matiz de indio, y traía los cabellos no muy largos sino cuanto le cubrian las orejas, é pocas barbas, prietas y bien puestas, é raras, y el rostro algo largo y alegre, é los ojos de buena manera, é mostraba en su persona en el mirar por un cabo amor, é cuando era menester gravedad. Era muy pulido y limpio; bañábase cada dia una vez á la tarde; tenia muchas mujeres por amigas, é hijas de señores, puesto que tenia dos grandes cacicas por sus legítimas mujeres, que cuando usaba con ellas era tan secretamente que no lo alcanzaba á saber sino algunos de los que le

servian: era muy limpio de sodomías. Las mantas y ropas que se ponia un dia, no se las ponia sino desde á cuatro dias. Tenia sobre docientos principales de su guarda en otras salas junto á la suya, y estos no para que hablasen todos con él sino cual ó cual; y cuando le iban á hablar, se habian de quitar las mantas ricas y ponerse otras de poca valía; mas habian de ser limpias, y habian de entrar descalzos y los ojos bajos puestos en tierra, y no miralle á la cara, y con tres reverencias que le hacian primero que á él llegasen, é le decian en ellas: señor, mi señor, gran señor. Y cuando le daban relacion á lo que iban, con pocas palabras los despachaba, sin levantar el rostro al despedirse dél, sino la cara é ojos bajos en tierra hácia donde estaba, é no vueltas las espaldas, hasta que salian de la sala. E otra cosa ví, que cuando otros grandes señores venian de léjas tierras á pleitos ó negocios, cuando llegaban á los aposentos del gran Montezuma, habíanse de descalzar é venir con pobres mantas, y no habian de entrar derecho en los palacios sino rodear un poco por el lado de la puerta de palacio, que entrar de rota batida teníanlo por desacato. En el comer le tenian sus cocineros sobre treinta maneras de guisados, hechos á su modo y usanza, y teníanlos puestos en braseros de barro chicos debajo porque no se enfriasen. E de aquello que el gran Montezuma habia de comer, guisaban mas de trescientos platos, sin mas de mil para la gente de

guarda; y cuando habia de comer, salíase el Montezuma algunas veces con sus principales y mayordomos, y le señalaban cuál guisado era mejor ó de qué aves é cosas estaba guisado, y de lo que le decian, de aquello habia de comer: é cuando salia á lo ver, eran pocas veces. E como por pasatiempo, oí decir, que le solian guisar carnes de muchachos de poca edad. Y como tenia tantas diversidades de guisados, y de tantas cosas, no lo echábamos de ver si era de carne humana ú de otras cosas, porque cotidianamente le guisaban gallinas, gallos de papada, faisanes, perdices de la tierra, codornices, patos mansos y bravos, venado, puerco de la tierra, pajaritos de caña, y palomas, y liebres, y conejos, y muchas maneras de aves, é cosas de las que se crian en estas tierras, que son tantas, que no las acabaré de nombrar tan presto, y así no miramos en ello. Lo que yo sé es, que desque nuestro capitan le reprehendió el sacrificio y comer de carne humana, que desde entónces mandó que no le guisasen tal manjar. Dejemos de hablar en esto, y volvamos á la manera que tenia en su servicio al tiempo de comer, y es desta manera. Que si hacia frio, teníanle hecha mucha lumbre de ascuas de una leña de cortezas de árboles que no hacian humo, el olor de las cortezas de que hacian aquellas ascuas muy oloroso; y porque no le diesen mas calor de lo que él queria, ponian delante una como tabla labrada con oro y otras figuras de ídolos, y

él sentado en un asentadero bajo, rico é blando, é la mesa tambien baja, hecha de la misma manera de los asentaderos, é allí le ponian sus manteles de mantas blancas y unos pañizuelos algo largos de lo mismo, y cuatro mujeres muy hermosas y limpias le daban aguamanos en unos como á manera de aguamaniles hondos, que llaman jicales, y le ponian debajo para recoger el agua otros á manera de platos, y le daban sus toallas, é otras dos mujeres le traían el pan de tortillas; é ya que comenzaba á comer, echábanle delante una como puerta de madera muy pintada de oro, porque no le viesen comer. Y estaban apartadas las cuatro mujeres á parte, y allí se le ponian á sus lados cuatro grandes señores viejos y de edad en pié, con quien el Montezuma de cuando en cuando platicaba é preguntaba cosas, y por mucho favor daba á cada uno destos viejos un plato de lo que él comia. E decian que aquellos viejos eran sus deudos muy cercanos, é consejeros, é jueces de pleitos; y el plato y manjar que les daba el Montezuma comian en pié y con mucho acato, y todo sin miralle á la cara. Servíase con barro de Cholula, uno colorado y otro prieto. Miéntras que comia, ni por pensamiento habian de hacer alboroto, ni hablar alto los de su guarda que estaban en las salas cerca de la del Montezuma. Traíanle frutas de todas cuantas habia en la tierra; mas no comia sino muy poca, y de cuando en cuando traian unas como copas de oro

fino, con cierta bebida hecha del mismo cacao, que decian era para tener acceso con mujeres, y entónces no mirábamos en ello; mas lo que yo ví, que traían sobre cincuenta jarros grandes hechos de buen cacao con su espuma, y de lo que bebia, y las mujeres le servian al beber con gran acato; y algunas veces al tiempo del comer estaban unos indios corcovados muy feos, porque eran chicos de cuerpo y quebrados por medio los cuerpos, que entre ellos eran chocarreros; é otros indios, que debian de ser truhanes, que le decian gracias; é otros que le cantaban y bailaban, porque el Montezuma era aficionado á placeres y cantares, é á aquellos mandaba dar los relieves y jarros del cacao; y las mismas cuatro mujeres alzaban los manteles y le tornaban á dar agua á manos, y con mucho acato que le hacian. E hablába Montezuma á aquellos cuatro principales viejos en cosas que le convenian, y se despedian dél con gran acato que le tenian, y él se quedaba reposando. Y cuando el gran Montezuma habia comido, luego comian todos los de su guarda é otros muchos de sus serviciales de casa, y me parece que sacaban sobre mil platos de aquellos manjares que dicho tengo, pues jarros de cacao con su espuma (como entre mexicanos se hace) mas de dos mil, y fruta infinita. Pues para sus mujeres y criadas, é panaderas, é cacaguoteras era gran costa la que tenia. Dejemos de hablar de la costa y comida de su casa, y digamos de los ma-

yordomos y tesoreros, é despensas y botillería, y de los que tenian cargo de las casas adonde tenian el maíz; digo que habia tanto que escribir, cada cosa por sí, que no sé yo por dónde comenzar, sino que estábamos admirados del gran concierto é abasto que en todo habia. Y más digo, que se me habia olvidado, que es bien de tornallo á recitar, y es, que le servian al Montezuma, estando á la mesa cuando comia, como dicho tengo, otras dos mujeres muy agraciadas, tortillas amasadas con huevos y otras cosas sustanciosas; eran las tortillas muy blancas, y traíanselas en unos platos cobijados con sus paños limpios, y tambien le traían otra manera de pan, que son como bollos largos, hechos y amasados con otra manera de cosas sustanciales, y pan pachol, que en esta tierra así se dice, que es á manera de unas obleas. Tambien le ponian en la mesa tres cañutos muy pintados y dorados, y dentro tenian liquidámbar, revuelto con unas yerbas que se dice tabaco, y cuando acababa de comer, despues que le habian cantado y bailado, y alzada la mesa, tomaba el humo de uno de aquellos cañutos, y muy poco, y con ello se dormia. Dejemos ya de decir del servicio de su mesa, y volvamos á nuestra relacion. Acuérdome que era en aquel tiempo su mayordomo mayor un gran cacique, que le pusimos por nombre Tapia, y tenia cuenta de todas las rentas que le traían al Montezuma con sus libros hechos de su papel, que se dice amatl, y tenia destos libros una gran casa dellos. Dejemos de hablar de

los libros y cuentas, pues va fuera de nuestra relacion, y digamos cómo tenia Montezuma dos casas llenas de todo género de armas, y muchas dellas ricas con oro y pedrería, como eran rodelas grandes y chicas, y unas como macanas, y otras á manera de espadas de á dos manos, engastadas en ellas unas navajas de pedernal, que cortaban muy mejor que nuestras espadas, é otras lanzas mas largas que no las nuestras, con una braza de cuchilla, y engastadas en ellas muchas navajas, que aunque dén con ellas en un broquel ó rodela, no faltan, é cortan en fin como navajas, que se rapan con ellas las cabezas; y tenian muy buenos arcos y flechas, y varas de á dos gajos, y otras de á uno con sus tiraderas, y muchas hondas y piedras rollizas, hechas á mano, y unos como paveses, que son de arte, que los pueden arrollar arriba cuando no pelean, porque no les estorbe, y al tiempo de pelear, cuando son menester, los dejan caer é quedan cubiertos sus cuerpos de arriba abajo. Tambien tenia muchas armas de algodon colchadas, y ricamente labradas por defuera, de plumas de muchos colores á manera de divisas é invenciones, y tambien otros como capacetes, y cascos de madera y de hueso tambien muy labrados de pluma por defuera. Y tenian otras armas de otras hechuras, que por excusar prolijidad las dejo de decir. Y sus oficiales, que siempre labraban y entendian en ello, y mayordomos que tenian cargo de

las casas de armas. Dejemos esto, y vamos á la casa de aves, y por fuerza me he de detener en contar cada género, de qué calidad eran. Digo que desde águilas reales y otras águilas mas chicas, é otras muchas maneras de aves de grandes cuerpos hasta pajaritos muy chicos pintados de diversas colores. Tambien donde hacen aquellos ricos plumajes que labran de plumas verdes; y las aves destas plumas, es el cuerpo dellas á manera de las picazas que hay en nuestra España, llámanse en esta tierra quezales; y otros pájaros que tienen la pluma de cinco colores, que es verde, colorado, blanco, amarillo y azul, estos no sé cómo se llaman. Pues papagayos de otras diferenciadas colores tenia tantos, que no se me acuerda los nombres dellos. Dejemos patos de buena pluma, y otros mayores que les querian parecer, y de todas estas aves pelábanles las plumas en tiempos que para ello era convenible, y tornaban á pelechar. Y todas las mas aves que dicho tengo, criaban en aquella casa; y al tiempo del encoclar, tenian cargo de les echar sus huevos ciertos indios é indias que miraban por todas las aves, é de limpiarles sus nidos, darles de comer, y esto á cada género é ralea de aves lo que era su mantenimiento. Y en aquella casa habia un estanque grande de agua dulce, y tenia en él otra manera de aves muy altas de zancas y colorado todo el cuerpo y alas y cola: no sé el nombre dellas; mas en la isla de Cu-

ba las llamaban *ipiris* á otras como ellas. Y tambien en aquel estanque habia otras raleas de aves que siempre estaban en el agua. Dejemos esto, y vamos á otra gran casa donde tenia muchos ídolos, y decian que eran sus dioses bravos, y con ellos muchos géneros de animales de tigres y leones de dos maneras: unos que son de hechura de lobos, que en esta tierra se llaman adives, y zorros y otras alimañas chicas; y todas estas carníceras se las mantenian con carne, y las mas dellas criaban en aquella casa, y les daban de comer venados, gallinas, perrillos y otras cosas que cazaban, y aun oí decir que cuerpos de indios de los que sacrificaban. Y es desta manera, que ya me habrán oido decir, que cuando sacrificaban á algun triste indio, que le aserraban con unos navajones de pedernal por los pechos y bullendo le sacaban el corazon y sangre, y lo presentaban á sus ídolos en cuyo nombre hacian aquel sacrificio, y luego les cortaban los muslos y brazos y la cabeza, y aquello comian en fiestas y banquetes, y la cabeza colgaban de unas vigas, y el cuerpo del indio sacrificado no llegaban á él para le comer, sino dábanlo á aquellos bravos animales. Pues más tenian en aquella maldita casa, muchas víboras y culebras emponzoñadas, que traen en las colas unos que suenan como cascabeles. Estas son las peores víboras de todas: y teníanlas en cunas, tinajas y en cántaros grandes, y en ellos mucha pluma, y allí tenian sus huevos y

criaban sus viboreznos, y les daban á comer de los cuerpos de los indios que sacrificaban, y otras carnes de perros de los que ellos solian criar. Y aun tuvimos por cierto que cuando nos echaron de México y nos mataron sobre ochocientos y cincuenta de nuestros soldados é de los de Narvaez, que de los muertos mantuvieron muchos dias á aquellas fuertes alimañas y culebras, segun diré en su tiempo y sazon; y aquestas culebras y bestias tenian ofrecidas á aquellos sus ídolos bravos para que estuviesen en su compañía. Digamos ahora las cosas infernales que hacian cuando bramaban los tigres y leones, y aullaban los adives y zorros, y silbaban las sierpes, era grima oirlo y parecia infierno. Pasemos adelante, y digamos de los grandes oficiales que tenia de cada género de oficio que entre ellos se usaba, y comencemos por los lapidarios y plateros de oro y plata, y todo vaciadizo, que en nuestra España los grandes plateros tienen que mirar en ello; y destos tenia tantos y tan primos en un pueblo que se dice Escapuzalco, una legua de México. Pues labrar piedras finas y chalchihuis, que son como esmeraldas, otros muchos grandes maestros. Vamos adelante á los grandes oficiales de asentar de pluma, y pintores, y entalladores muy sublimados, que por lo que ahora hemos visto la obra que hacen, ternemos consideracion en lo que entónces labraban; que tres indios hay en la ciudad de México tan primos en su oficio de entalladores y pin-

tores, que se dicen Marcos de Aquino, y Juan de la Cruz, y el Crespillo, que si fueran en tiempo de aquel antiguo é afamado Apeles ú de Micael Angel, ó Berruguete, que son de nuestros tiempos, les pusieran en el número dellos. Pasemos adelante, y vamos á las indias de tejederas y labranderas que le hacen tanta multitud de ropa fina con muy grandes labores de plumas; y de donde mas cuotidianamente la traían era de unos pueblos y provincia que está en la costa del Norte de cabe la Veracruz, que la decian Costatan, muy cerca de San Juan de Ulúa, donde desembarcamos cuando veníamos con Cortés; y en su casa del mismo Montezuma todas las hijas de señores que tenia por amigas, siempre tejian cosas muy primas, é otras muchas hijas de mexicanos vecinos, que estaban como á manera de recogimiento, que querian parecer monjas, tambien tejian, y todo de pluma. Estas monjas tenian sus casas cerca del gran *cu* del Huichilobos; y por devocion suya, y de otro ídolo de mujer, que decian, que era su abogada para casamientos, las metian sus padres en aquella religion, hasta que se casaban, y de allí las sacaban para las casar. Pasemos adelante, y digamos de la gran cantidad de bailadores, que tenia el gran Montezuma, y danzadores, é otros que traen un palo con los piés: y de otros que vuelan cuando bailan por alto; y de otros que parecen como matachines, y estos eran para dalle placer. Digo: que tenia un barrio

destos, que no entendian en otra cosa. Pasemos adelante, y digamos de los oficiales que tenia, de canteros, é albañiles, carpinteros, que todos entendian en las obras de sus casas. Tambien digo, que tenia tantos cuantos queria. No olvidemos las huertas de flores, y árboles olorosos, y de muchos géneros que dellos tenia, y el concierto y pasaderos dellos, y de sus albercas, estanques de agua dulce, cómo viene una agua por un cabo, y va por otro, é de los baños que dentro tenia, y de la diversidad de pajaritos chicos, que en los árboles criaban: y qué de yerbas medicinales y de provecho, que en ellas tenia, era cosa de ver; y para todo esto muchos hortelanos, y todo labrado de cantería, así baños, como paseaderos, y otros retretes y apartamientos, como cenadores: y tambien adonde bailaban, é cantaban: é habia tanto que mirar en esto de las huertas, como en todo lo demás, que no nos hartábamos de ver su gran poder. E así por el consiguiente tenia maestros de todos cuantos oficios entre ellos se usaban, y de todos gran cantidad. Y porque yo estoy harto de escribir sobre esta materia, y mas lo estarán los lectores, lo dejaré de decir, y diré cómo fué nuestro capitan Cortés con muchos de nuestros capitanes y soldados, á ver el Tatelulco, que es la gran plaza de México, y subimos en el alto *cu*, donde estaban sus ídolos Tezcatepuca y su Huichilobos: y esta fué la primera vez que nuestro capitan salió á ver la ciudad de México, y lo que en ello pasó.

CAPITULO XCII.

Cómo nuestro capitan salió á ver la ciudad de México, y el Tatelulco, que es la plaza mayor, y el gran cu de su Huichilobos, y lo que mas pasó.

Como habia ya cuatro dias que estábamos en México, y no salia el capitan, ni ninguno de nosotros de los aposentos, excepto á las casas y huertas, nos dijo Cortés, que seria bien ir á la plaza mayor á ver el gran adoratorio de su Huichilobos, y que queria envialle á decir al gran Montezuma, que lo tuviese por bien, y para ello envió por mensajero á Gerónimo de Aguilar, y á doña Marina, é con ellos á un pajecillo de nuestro capitan, que entendia ya algo de la lengua, que se decia Orteguilla: y el Montezuma, como lo supo, envió á decir que fuésemos mucho en buen hora: y por otra parte temió no le fuésemos á hacer algun deshonor á sus ídolos, y acordó de ir él en persona con muchos de sus

principales, y en sus ricas andas salió de sus palacios, hasta la mitad del camino, y cabe unos adoratorios se apeó de las andas porque tenia gran deshonor de sus ídolos, ir hasta su casa é adoratorios de aquella manera, y no ir á pié, y llevábanle de brazo grandes principales, é iban delante del Montezuma señores de vasallos, y llevaban dos bastones, como cetros, alzados en alto, que era señal que iba allí el gran Montezuma: y cuando iba en las andas, llevaba una varita, la media de oro, y media de palo, levantada como vara de justicia: y así se fué y subió en su gran cu, acompañado de muchos papas, y comenzó á sahumar, y hacer otras ceremonias al Huichilobos. Dejemos al Montezuma, que ya habia ido adelante como dicho tengo, y volvamos á Cortés, y á nuestros capitanes y soldados, como siempre teniamos por costumbre de noche, y de dia estar armados, y así nos via estar el Montezuma, y cuando lo íbamos á ver, no lo teniamos por cosa nueva. Digo esto, porque á caballo nuestro capitan, con todos los mas que tenian caballos, y la mayor parte de nuestros soldados muy apercebidos fuimos al Tatelulco, é iban muchos caciques, que el Montezuma envió para que nos acompañasen: y cuando llegamos á la gran plaza, que se dice el Tatelulco, como no habiamos visto tal cosa, quedamos admirados de la multitud de gente, y mercaderías que en ella habia, y del gran concierto y regimiento, que en todo tenian: y los principales

que iban con nosotros, nos los iban mostrando: cada género de mercaderías estaban por sí, y tenian situados y señalados sus asientos. Comenzamos por los mercaderes de oro, y plata, y piedras ricas, y plumas, y mantas, y cosas labradas, y otras mercaderías, esclavos, y esclavas: digo, que traían tantos á vender á aquella gran plaza, como traen los portugueses los negros de Guinea, é traíanlos atados en unas varas largas, como collares á los pescuezos, porque no se les huyesen, y otros dejaban sueltos. Luego estaban otros mercaderes, que vendian ropa mas basta, é algodon, é otras cosas de hilo torcido, y cacaguateros, que vendian cacao: y desta manera estaban cuantos géneros de mercaderías hay en toda la Nueva-España, puesto que por su concierto de la manera que hay en mi tierra, que es Medina del Campo donde se hacen las ferias, que en cada calle están sus mercaderías por sí, así estaban en esta gran plaza, y los que vendian mantas de nequen, y sogas, y cotaras, que son los zapatos que calzan y hacen de nequen, y de las raíces del mismo árbol, muy dulces cocidas, y otras zarrabusterías que sacan del mismo árbol, todo estaba á una parte de la plaza en su lugar señalado; y cueros de tigres, de leones, y de nutrias y de adives, y de venados, y de otras alimañas, é tejones, é gatos monteses, dellos adobados, y otros sin adobar. Estaban en otra parte otros géneros de cosas é mercaderías. Pasemos adelante, y digamos de los que vendian frísoles, y chía,

y otras legumbres é yerbas, á otra parte. Vamos á los que vendian gallinas, gallos de papada, conejos, liebres, venados, y anadones, perrillos, y otras cosas deste arte, á su parte de la plaza. Digamos de las fruteras, de las que vendian cosas cocidas, mazamorreras, y mal cocinado, tambien á su parte, puesto todo género de loza hecha de mil maneras, desde tinajas grandes, y jarrillos chicos que estaban por sí aparte: y tambien los que vendian miel, y melcochas, y otras golosinas que hacian, como nuegados. Pues los que vendian madera, tablas, cunas viejas, é tajos, é bancos, todo por sí. Vamos á los que vendian leña, acote, é otras cosas desta manera. ¿Qué quieren mas que diga que hablando con acato, tambien vendian canoas llenas de hienda de hombres, que tenian en los esteros cerca de la plaza, y esto era para hacer ó para curtir cueros, que sin ella dacian, que no se hacian buenos. Bien tengo entendido, que algunos se reirán desto; pues digo que es así; y mas digo, que tenian por costumbre, que en todos los caminos, que tenian hechos de cañas, ó paja, ó yerbas, porque no los viesen los que pasasen por ellos, y allí se metian si tenian gana de purgar los vientres, porque no se les perdiese aquella suciedad. ¿Para qué gasto ya tantas palabras de lo que vendian en aquella gran plaza? porque es para no acabar tan presto de contar por menudo todas las cosas; sino que papel, que en esta tierra llaman amatl, y unos cañutos de olores con

liquidámbar, llenos de tabaco, y otros ungüentos amarillos, y cosas deste arte, vendian por sí: y vendian mucha grana debajo de los portales que estaban en aquella gran plaza: é habia muchos herbolarios, y mercaderías de otra manera, y tenian allí sus casas, donde juzgaban tres jueces, y otros como alguaciles ejecutores, que miraban las mercaderías. Olvidádoseme habia la sal, y los que hacian navajas de pedernal, y de cómo las sacaban de la misma piedra. Pues pescaderas, y otros que vendian unos panecillos, que hacen de una como lama, que cogen de aquella gran laguna, que se cuaja, y hacen panes dello, que tienen un sabor á manera de queso: y vendian hachas de laton, y cobre, y estaño, y jícaras, y unos jarros muy pintados, de madera hechos. Ya querria haber acabado de decir todas las cosas que allí se vendian, porque eran tantas, y de tan diversas calidades, que para que lo acabáramos de ver é inquirir, era necesario mas espacio, que como la gran plaza estaba llena de tanta gente, y toda cercada de portales, que en un dia no se podia ver todo, y fuimos al gran cu, é ya que íbamos cerca de sus grandes patios, é ántes de salir de la misma plaza, estaban otros muchos mercaderes, que segun dijeron, era que venian á vender oro en granos como lo sacan de las minas, metido el oro en unos cañutillos delgados de los de ánsarones de la tierra, é así blancos, porque se pareciese el oro por defuera, y por el largor y gordor de los cañuti-

llos, tenian entre ellos su cuenta, qué tantas mantas, ó qué jiquipiles de cacao valia, ó qué esclavos, ó otra cualquier cosa á que lo trocaban: é así dejamos la gran plaza sin mas la ver, y llegamos á los grandes patios y cercas donde estaba el gran cu; y tenia ántes de llegar á él un gran circuito de patios, que me parece que eran mayores que la plaza que hay en Salamanca, y con dos cercas al rededor, de cal y canto: y el mismo patio y sitio todo empedrado de piedras grandes de losas blancas, y muy lisas: y adonde no habia de aquellas piedras, estaba encalado y bruñido, y todo muy limpio, que no hallaran una paja, ni polvo en todo él. Y cuando llegamos cerca del gran cu, ántes que subiésemos ninguna grada dél, envió el gran Montezuma desde arriba, donde estaba haciendo sacrificio, seis papas, y dos principales, para que acompañasen á nuestro capitan Cortés: y al subir de las gradas, que eran ciento y catorce, le iban á tomar de los brazos para le ayudar á subir, creyendo que se cansaria, como ayudaban á subir á su señor Montezuma, y Cortés no quiso que llegasen á él: y como subimos á lo alto del gran cu, en una placeta que arriba se hacia, adonde tenian un espacio, como andamios, y en ellos puestas unas grandes piedras, adonde ponian los tristes indios para sacrificar, allí habia un gran bulto como de dragon, é otras malas figuras, y mucha sangre derramada de aquel dia. E así como llegamos, salió el gran Montezuma de un adorato-

rio donde estaban sus malditos ídolos, que era en lo alto del gran cu, y vinieron con él dos papas, y con mucho acato que hicieron á Cortés é á todos nosotros, le dijo: Cansado estareis, señor Malinche, de subir á este nuestro gran templo: y Cortés les dijo con nuestras lenguas, que iban con nosotros, que él, ni nosotros no nos cansábamos en cosa ninguna: y luego le tomó por la mano, y le dijo, que mirase su gran ciudad, y todas las mas ciudades que habia dentro en el agua, é otros muchos pueblos en tierra al rededor de la misma laguna, y que si no habia visto bien su gran plaza, que desde allí la podria ver muy mejor: y así lo estuvimos mirando, porque aquel grande y maldito templo estaba tan alto, que todo lo señoreaba, y de allí vimos las tres calzadas que entran en México, que es la de Iztapalapa, que fué por la que entramos cuatro dias habia: y la de Tacuba, que fué por donde despues de ahí á ocho meses salimos huyendo la noche de nuestro gran desbarate, cuando Cuedlavaca, nuevo señor, nos echó de la ciudad, como adelante diremos, y la de Tepeaquilla: y viamos el agua dulce, que venia de Chapultepeque, de que se proveía la ciudad, y en aquellas tres calzadas, las puentes que tenian hechas de trecho á trecho, por donde entraba y salia el agua de la laguna, de una parte á otra; é vimos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venian con bastimentos, y otras que venian con cargas é mercaderías: y viamos,

que cada casa de aquella gran ciudad, y de todas las demás ciudades que estaban pobladas en el agua, de casa á casa no se pasaba sino por unas puentes levadizas, que tenian hechas de madera, ó en canoas: y viamos en aquellas ciudades cues é adoratorios á manera de torres é fortalezas, y todas blanqueando, que era cosa de admiracion; y las casas de azuteas, y en las calzadas otras torrecillas é adoratorios, que eran como fortalezas. Y despues de bien mirado, y considerado todo lo que habiamos visto, tornamos á ver la gran plaza, y la multitud de gente que en ella habia, unos comprando y otros vendiendo, que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí habia, sonaba mas que de una legua: y entre nosotros hubo soldados que habian estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla, y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto, y tamaño, y llena de tanta gente, no la habian visto. Dejemos esto, y volvamos á nuestro capitan que dijo á fray Bartolomé de Olmedo, ya otras veces por mí nombrado, que allí se halló: Paréceme, señor padre, que será bien que demos un tiento á Montezuma, sobre que nos deje hacer aquí nuestra iglesia: y el padre dijo, que seria bien, si aprovechase; mas que le parecia que no era cosa convenible hablar en tal tiempo, que no via al Montezuma de arte, que en tal cosa concediese; y luego nuestro Cortés dijo al Montezuma con doña Marina la len-

gua: Muy gran señor es vuestra merced y de mucho mas es merecedor: hemos holgado de ver vuestras ciudades. Lo que os pido por merced, es, que pues estamos aquí en vuestro templo, que nos mostreis vuestros dioses y teules: y el Montezuma dijo, que primero hablaria con sus grandes papas: y luego que con ellos hubo hablado, dijo, que entrásemos en una torrecilla é apartamiento á manera de sala, donde estaban dos como altares con muy ricas tablazones encima del techo; é en cada altar estaban dos bultos, como de gigante, de muy altos cuerpos, y muy gordos: y el primero, que estaba á la mano derecha, decian que era el de Huichilobos, su dios de la guerra, y tenia la cara y rostro muy ancho, y los ojos disformes é espantables, y en todo el cuerpo tanta de la pedrería, é oro, y perlas, é aljófar pegado con engrudo, que hacen en esta tierra de unas como raices, que todo el cuerpo y cabeza estaba llena dello, y ceñido al cuerpo unas á manera de grandes culebras de oro, y pedrería, y en una mano tenia un arco, en otra unas flechas. E otro ídolo pequeño que allí cabe él estaba, que decian que era su paje, le tenia una lanza, no larga, y una rodela muy rica de oro é pedrería: é tenia puestos al cuello el Huichilobos unas caras de indios, y otros como corazones de los mismos indios, y estos de oro, y dellos de plata con mucha pedrería azules: y estaban allí unos braseros con incienso, que es su copal, y con tres corazones de indios

de aquel dia sacrificados, é se quemaban, y con el humo é copal le habian hecho aquel sacrificio: y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan bañadas y negras de costras de sangre, y asimismo el suelo, que todo hedia muy malamente. Luego vimos á la otra parte de la mano izquierda, estar el otro gran bulto del altor del Huichilobos, y tetenia un rostro como de oso: y unos ojos que le relumbraban, hechos de sus espejos, que se dice Tezcat, y el cuerpo con ricas piedras pegadas, segun y de la manera del otro su Huichilobos; porque segun decian, entrambos eran hermanos: y este Tescatepuca era el dios de los infiernos, y tenia cargo de las ánimas de los mexicanos, y tenia ceñidas al cuerpo unas figuras como diablillos chicos, y las colas dellos como sierpes; y tenia en las paredes tantas costras de sangre, y el suelo todo bañado dello, que en los mataderos de Castilla no habia tanto hedor: y allí le tenian presentado cinco corazones, de aquel dia sacrificados: y en lo mas alto de todo el cu estaba otra concavidad muy ricamente labrada la madera della; y estaba otro bulto como de medio hombre, y medio lagarto, todo lleno de piedras ricas, y la mitad dél enmantado. Este decian, que la mitad dél estaba lleno de todas las semillas que habia en la tierra, y decian que era el dios de las sementeras y frutas, no se me acuerda el nombre dél, y todo estaba lleno de sangre, así paredes, como altar: y era tanto el hedor, que no

viamos la hora de salirnos á fuera: y allí tenian un tambor muy grande en demasía, que cuando le tañían, el sonido dél era tan triste y de tal manera, como dicen, instrumento de los infiernos, y mas dos leguas de allí se oía: y decian que los cuerpos de aquel atambor eran de sierpes muy grandes: é en aquella placeta tenian tantas cosas muy diabólicas de ver, de bocinas y trompetillas, y navajones, y muchos corazones de indios, que habian quemado, con que sahumaban aquellos sus ídolos, y todo cuajado de sangre, y tenian tanto, que los doy á la maldicion; y como todo hedia á carnicería, no viamos la hora de quitarnos de tan mal hedor, y peor vista: y nuestro capitan dijo á Montezuma con nuestra lengua, como medio riendo: Señor Montezuma, no sé yo cómo un tan gran señor, é sabio varon como vuestra merced es, no haya colegido en su pensamiento, cómo no son estos vuestros ídolos dioses, sino cosas malas, que se llaman diablos. Y para que vuestra merced lo conozca, y todos sus papas lo vean claro, hacedme una merced, que hayais por bien, que en lo alto desta torre pongamos una cruz, y en una parte destos adoratorios, donde están vuestros Huichilobos, y Tezcatepuca, haremos un apartado, donde pongamos una imágen de nuestra Señora, la cual imágen ya el Montezuma la habia visto, y vereis el temor que dello tienen esos ídolos que os tienen engañados. Y el Montezuma respondió medio enojado, y dos pa-

pas que con él estaban mostraron malas señales, y dijo: Señor Malinchi, si tal deshonor, como has dicho, creyera que habeis de decir, no te mostrara mis dioses; aquestos tenemos por muy buenos, y ellos dan salud, y aguas, y buenas sementeras, é temporales, y victorias y cuanto queremos; é tenémoslos de adorar, y sacrificar: lo que os ruego es, que no se digan otras palabras en su deshonor. Y como aquello le oyó nuestro capitan, y tan alterado, no le replicó más en ello, y con cara alegre le dijo: Hora es que v. m. y nosotros nos vamos. Y el Montezuma respondió que era bien; é que porque él tenia que rezar é hacer ciertos sacrificios en recompensa del *gratlatlacol*, que quiere decir pecado, que habia hecho en dejarnos subir en su gran cu, é ser causa de que nos dejase ver sus dioses, é del deshonor que les hicimos en decir mal dellos, que ántes que se fuese que los habia de rezar y adorar. Y Cortés le dijo: Pues que así es, perdone, señor. E luego nos bajamos las gradas abajo; y como eran ciento y catorce, á algunos de nuestros soldados que estaban malos de bubas ó humores les dolieron los muslos de bajar. Y dejaré de hablar de su adoratorio, y diré lo que me parece del circuito y manera que tenia; y si no lo dijere tan al natural como era, no se maravillen, porque en aquel tiempo tenia otro pensamiento de entender en lo que traíamós entre manos, que era en lo militar y lo que mi capitan Cortés me mandaba, y no en hacer re-

laciones. Volvamos á nuestra materia. Paréceme que el circuito del gran cu seria de seis muy grandes solares (de los que dan en esta tierra), y desde abajo hasta arriba adonde estaba una torrecilla, é allí estaban sus ídolos, va estrechando; y en medio del alto cu, hasta lo más alto dél, van cinco concavidades á manera de barbacanas, y descubiertas sin mamparos. Y porque hay muchos *cues* pintados en reposteros de conquistadores, é en uno que yo tengo, que cualquiera dellos ha que los ha visto podrá colegir la manera que tenian por defuera; mas lo que yo ví y entendí, é dello hubo fama en aquellos tiempos que fundaron aquel gran cu, en el cimiento dél habian ofrecido de todos los vecinos de aquella gran ciudad, oro, é plata, y aljófar, é piedras ricas, é que le habian bañado con mucha sangre de indios que sacrificaron que habian tomado en las guerras, y de toda manera de diversidad de semillas que habia en toda la tierra, porque les diesen sus ídolos victorias é riquezas y muchos frutos. Dirán ahora algunos lectores muy curiosos que cómo pudimos alcanzar á saber que en el cimiento de aquel gran cu echaron oro, y plata, é piedras de chalchihuis ricas, y semillas, y lo rociaban con sangre humana de indios que sacrificaban, habiendo sobre mil años que se fabricó y se hizo. A esto doy por respuesta, que desde que ganamos aquella fuerte y gran ciudad y se repartieron los solares, que luego propusimos que en aquel gran

cu habiamos de hacer la iglesia de nuestro patron é guiador señor Santiago, é cupo mucha parte de solar del alto cu para el solar de la santa iglesia, y cuando abrian los cimientos para hacerlos mas fijos, hallaron mucho oro, y plata, y chalchihuis, y perlas, é aljófar y otras piedras. Y asimismo á un vecino de México, que le cupo otra parte del mismo solar, halló lo mismo, y los oficiales de la hacienda de su majestad demandábanlo por de su majestad, que le venia de derecho, y sobre ello hubo pleito, é no se me acuerda lo que pasó, mas de que se informaron de los caciques y principales de México y de Guatemuz, que entónces era vivo, é dijeron que es verdad que todos los vecinos de México de aquel tiempo echaron en los cimientos aquellas joyas é todo lo demás, é que así lo tenian por memoria en sus libros y pinturas de sus cosas antiguas, é por esta causa se quedó para la obra de la santa iglesia de señor Santiago. Dejemos esto, y digamos de los grandes y suntuosos patios que estaban delante del Huichilobos, adonde está ahora señor Santiago, que se dice el Taltelulco, porque así se solia llamar. Ya he dicho que tenian dos cercas de cal y canto ántes de entrar dentro, é que era empedrado de piedras blancas como losas, y muy encalado y bruñido y limpio, y seria de tanto compás y tan ancho como la plaza de Salamanca; y un poco apartado del gran cu estaba una torrecilla, que tambien era casa de ídolos ó puro infierno, porque

tenia á la boca de la una puerta una muy espantable boca de las que pintan, que dicen que es como la que está en los infiernos con la boca abierta y grandes colmillos para tragar las ánimas. E asimismo estaban unos bultos de diablos y cuerpos de sierpes junto á la puerta, y tenian un poco apartado un sacrificadero, y todo ello muy ensangrentado y negro de humo é costras de sangre; y tenian muchas ollas grandes y cántaros é tinajas dentro en la casa llenas de agua, que era allí donde cocinaban la carne de los tristes indios que sacrificaban, que comian los papas, porque tambien tenian cabe el sacrificadero muchos navajones y unos tajos de madera, como en los que cortan carne en las carnicerías. Y asimismo, detrás de aquella maldita casa, bien apartado della, estaban unos grandes rimeros de leña, y no muy léjos una gran alberca de agua, que se henchia y vaciaba, que le venia por su caño encubierto de la que entraba en la ciudad de Chapultepeque. Yo siempre la llamaba á aquella casa el infierno. Pasemos adelante del patio, y vamos á otro cu, donde era enterramiento de grandes señores mexicanos, que tambien tenian otros ídolos, y todo lleno de sangre é humo, y tenia otras puertas y figuras de infierno; y luego, junto aquel cu, estaba otro lleno de calaveras é zancarrones puestos con gran concierto, que se podian ver; mas no se podian contar porque eran muchos, y las calaveras por sí, y los zancarrones en

otros rimeros: é allí habia otros ídolos, y en cada casa ó cu y adoratorio que he dicho, estaban papas con sus vestiduras largas de mantas prietas, y las capillas como de dominicos, que tambien tiraban un poco á las de los canónigos, y el cabello muy largo y hecho que no se podia desparcir ni desenredar; y todos los mas sacrificados las orejas, é en los mismos cabellos mucha sangre. Pasemos adelante, que habia otros cues apartados un poco de donde estaban las calaveras, que tenian otros ídolos y sacrificios de otras malas pinturas, é aquellos decian que eran abogados de los casamientos de los hombres. No quiero detenerme mas en contar de ídolos, sino solamente diré que en torno de aquel gran patio habia muchas casas, é no altas, é eran adonde estaban y residian los papas é otros indios que tenian cargo de los ídolos; y tambien tenian otra muy mayor alberca ó estanque de agua y muy limpia á una parte del gran cu, y era dedicada para solamente el servicio de Huichilobos é Tezcatepuca, y entraba el agua en aquella alberca por caños encubiertos que venian de Chapultepeque, é allí cerca estaban otros grandes aposentos á manera de monasterio, adonde estaban recogidas muchas hijas de vecinos mexicanos, como monjas, hasta que se casaban: y allí estaban dos bultos de ídolos de mujeres que eran abogadas de los casamientos de las mujeres, y á aquellas sacrificaban y hacian fiestas porque les diesen buenos maridos. Mucho me he detenido en

contar deste gran cu del Tatelulco y sus patios, pues digo era el mayor templo de sus ídolos de todo México, porque habia tantos, y muy suntuosos, que entre cuatro ó cinco barrios tenian un adoratorio y sus ídolos; y porque eran muchos é yo no sé la cuenta de todos, pasaré adelante y diré que en Cholula el gran adoratorio que en él tenian, era de mayor altor que no el de México, porque tenia ciento y veinte gradas; y segun dicen, el ídolo de Cholula teníanle por bueno, é iban á él en romería de todas partes de la Nueva-España á ganar perdones, y á esta causa le hicieron tan suntuoso cu, mas era de otra hechura que el mexicano; é asimismo los patios muy grandes é con dos cercas. Tambien digo que el cu de la ciudad de Tezcuco era muy alto de ciento y diez y siete gradas, y los patios anchos y buenos, y hecho de otra manera que los demás. Y una cosa de reir es, que tenian en cada provincia sus ídolos, y los de la una provincia ó ciudad no aprovechaban á los otros, é así tenian infinitos ídolos, y á todos sacrificaban. Y despues que nuestro capitan y todos nosotros nos cansamos de andar y ver tantas diversidades de ídolos y sus sacrificios, nos volvimos á nuestros aposentos, y siempre muy acompañados de principales y caciques, que Montezuma enviaba con nosotros. Y quedarsehá aquí, y diré lo que mas hicimos (1).

(1) Las relaciones de Cortés confirman la grandeza de

Montezuma, el aparato de su servidumbre, el ceremonial de su palacio, lo populoso de su corte, el esplendor de los señores vasallos de Montezuma, que tenian sus casas en México; el concurso á sus mercados y plazas, de las cuales la mayor estaba rodeada de portales, concurriendo á ella cotidianamente á comprar y vender arriba de sesenta mil ánimas. Es curiosa su descripcion, y se omite por excusar repeticion de muchas cosas que refiere Castillo. Sin embargo, conducirá para la mayor claridad de los sucesos de que se trata en adelante, la que hace Cortés de la situacion de México y su provincia: "La cual dicha provincia (dice) es redonda, y está toda "cercada de muy altas y ásperas sierras; y lo llano della terná "en tornos fasta setenta leguas: y en el dicho llano hay dos la-"gunas que casi lo ocupan todo, porque tienen canoas en torno "mas de cincuenta leguas. E la una destas dos lagunas es de "agua dulce, y la otra, que es mayor, es de agua salada. Di-"vídelas por una parte una cuadrillera pequeña de cerros muy "altos que están en medio de esta llanura, y al cabo se van á "juntar las dichas lagunas en un estrecho de llano que entre "estos cerros y las sierras altas se hace, el cual estrecho terná "un tiro de ballestas; é por entre la una laguna y la otra, é "las ciudades y otras poblaciones que están en las dichas la-"gunas, contratan las unas con las otras en sus canoas por el "agua, sin haber necesidad de ir por la tierra. E porque esta "laguna salada grande crece y mengua por sus mareas, segun "hace la mar, todas las crecientes corre el agua della á la otra "dulce, tan recio como si fuese caudaloso rio, y por consiguien-"te á las menguantes va la dulce á la salada. Esta gran ciu-"dad de Temixtitan está fundada en esta laguna salada, y des-"de la tierra firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cual-"quiera parte que quisieren entrar á ella, hay dos lagunas. "Tiene cuatro entradas toda la calzada hecha á mano, tan "ancha como dos lanzas ginetas. Es tan grande la ciudad co-"mo Sevilla y Córdoba. Son las calles della, digo las princi-"pales, muy anchas y muy derechas, y algunas destas, y to-

'das las demás, son la mitad de tierra, y por la otra mitad es "agua, por la cual andan en sus canoas; y todas las calles, de "trecho á trecho, están abiertas por do atraviesa el agua de "las unas á las otras; é en todas estas aberturas, que algunas "son muy anchas, hay sus puentes de muy anchas y muy "grandes vigas, juntas y recias y bien labradas, y tales que "por muchas dellas pueden pasar diez de caballo juntos á la "par." *Cortés, Carta II.*

FIN DEL TOMO PRIMERO.



ÍNDICE.

—